ANTONIO CAPONNETTO

EL DEBER CRISTIANO DE LA LUCHA

SCHOLASTICA

BUENOS AIRES, 1992

1. Antonio Caponnetto / Los Arquetipos y la Historia.
2. Mario Caponnetto / El Hombre y la Medicina.
3. Antonio Caponnetto / El Deber Cristiano de la Lucha.

Hecho el depósito de establece la ley 11.723.
Libro de Edición Argentina.
Publicado en setiembre de 1992.

ISBN 950-99839-2-6

Impreso en la Argentina. Printed in Argentina.

A quienes han hecho de la Fe una milicia,
y de la Milicia un servicio a la Fe.

"Cruces y espadas, tal es nuestro destino...
Herir por doquier la perdición y el mal
de que no terminamos de librarnos...
Gritar que somos infatigables,
que nuestro corazón quebrado en nuestro pecho
no se doblegará, no cambiará...
Y leer en los siglos la suerte elegida...
la muerte es perecedera, la Fe eterna."

KAZIMIERZ WIERZYNSKI

"Marchar sin Fe no podemos, porque es la Fe la que nos ha dado todo nuestro empuje en la lucha... Antes que nuestros cuerpos se consuman y se agote nuestra sangre, es preferible morir en los montes peleando por nuestra Fe."

CORNELIO CODREANU

Dos errores simultáneos —remozados y difundidos con preocupante efectividad— parecen exigir con urgencia alguna palabra aclaratoria.

Consiste el primero en la negación de la naturaleza épica del cristianismo, *con su correlato predecible que es* el rechazo por el sentido cristiano de las armas.

No son faltas de poca monta, como podría suponer un análisis superficial. Negar la existencia y el sentido de la Iglesia Militante —*definida en* Trento *como congregación de todos los fieles que aún viven en la tierra y que tienen guerra continua con los cruelísimos enemigos carnales, endemoniados y mundanos— es cerrarse al misterio mismo de la* Comunión de los Santos, *es dejar de creer en la unidad e indivisibilidad de la Esposa de Cristo, y es, como veremos, empequeñecer la virtud teologal de la Caridad. Negar asimismo, que los soldados de las patrias cristianas han de ser en ellas servidores y defensores decididos de la Verdadera Fe, es confinarlos a un destino de mercenarios o al de meros profesionales de la violencia.*

En tanto conglomerado de todas las herejías, incluyendo las más antiguas, puede señalarse sin dificultad al progresismo *como el actual responsable del primer extravío. Él ha predicado, en efecto, un cristianismo sincrético e irenista, abierto y plural, sin contornos dogmáticos definidos, mimetizado con las demás creencias y aliado de toda religiosidad humanista en la construcción de la* Nueva Ciudad Secular. *El resultado es cierto catolicismo mitigado y atemperado, que jamás se define como Verdad Absoluta, que ha dejado de sostener la necesidad de estar inserto en la Iglesia Romana como vía ordinaria de salvación, y que*

con muchas actitudes públicas homologa el trigo con la cizaña, para confusión y escándalo de la feligresía fiel. Ejemplos y nombres, dolorosamente abundan.

Es obvio que en esta cosmovisión el combate carece de sentido. No sólo porque ya no hay con quién enfrentarse, ni a quién convertir, aplacar o debelar, sino porque aquellos a quienes hasta ayer cabía ver como pasibles de una conquista apostólica, hoy son otras tantas alternativas válidas del espiritualismo ecumenista. Y aquellos otros a quienes la recta doctrina hacía columbrar como réprobos, han pasado a ser los escogidos cuando no los socios predilectos. Se reservará para ellos toda la comprensión y la condescendencia que se niega a los propios, y un trato tanto más condescendiente cuanto más se hallen en las antípodas morales, confesionales o ideológicas. Las reglas pusilánimes de la convivencia pacífica han reemplazado al hablar oportuna o inoportunamente que nos fue enseñado desde antiguo. Y aquí es cuando se opera la parodia del Ordo Amoris, *que anticipábamos al comienzo.*

Porque la caridad bien entendida empieza por casa, dice el refrán, y más profundamente tiene un Orden, *dirá Santo Tomás,* (S. Th. 2, 2, 26, 1), *en virtud del cual no sólo es lícito sino debido preferir en el amor a los mejores, a los próximos antes que a los extraños, a los virtuosos más que a los malos* (S. Th. *idem, ant., a. 6-9). Siendo un desorden amar a los enemigos* per se, *pues sería "perverso y contrario a la caridad amar la maldad ajena"* (S. Th. 2, 2, 25, 8). *Nada de lo cual contradice las enseñanzas evangélicas que nos manda extremar y prolongar la caridad y la misericordia hasta incluir en ella a nuestros propios y personales adversarios. Ejercicio obligado y difícil que nos libra de las semillas siempre mortales del odio y nos diferencia de los paganos, pero que no supone permanecer inánimes ante el avance del Maligno. Por eso el Magisterio distinguió siempre con propiedad entre* hostis *o enemigo público e* inimicus *o agresor privado. Frente a la clase de estos últimos hemos de estar movidos a ofrecer nuestra humillación; frente a los primeros hemos de estar prontos a impedirles su triunfo con nuestra pelea, precisamente para no faltar a la caridad ni traicionar la Verdad.*

No es casual que hablando del Ordo Amoris *y de sus hondas resonancias, el Aquinate haya sacado a relucir la cuestión de la guerra justa; y que citando a San Agustín haya llegado a la conclusión de que incumbe castigar a los perturbadores y precaverse de "enemigos externos con belicosa espada"* (S. Th., 2, 2, 40, 1). *Precisamente porque el*

cristiano combate por amor y no por iracundia.

Roto el significado y la jerarquía de la caridad sobreviene lo paródico y lo utópico: la fraternidad universal, el amor a la Humanidad, la filantropía, la opción clasista por los pobres, el romanticismo naturalista o —en el caso particular que nos ocupa— el afecto y la reconciliación con el enemigo público por razón de tal *y el rechazo expreso a cualquier obligación pugnativa invocando una paz sin sustento ni justicia. No hay, pues, para la mentalidad progresista ni porqué ni con quién batirse. Todo discurrirá por los carriles del eclecticismo nivelador e informe.*

Años de esta prédica ruinosa han formado una juventud católica —y aún una adultez— negada al orgullo y al desafío de ser partes actuantes de la Iglesia Verdadera, y de ser, en consecuencia, la línea de avanzada en su custodia y en la contención de quienes osen minarla desde adentro o desde afuera. Han formado, en suma, un tipo de creyente que se siente más cómodo en la Torre de Babel que en las filas del Señor de los Ejércitos. Y más identificado con la "cuerda" prolijidad exterior de los fariseos que con la locura de la Cruz.

Desde otra perspectiva, aparentemente opuesta al progresismo y hasta con pretensiones tradicionales, por lo menos en su configuración formal, una espiritualidad acentuadamente laical viene suscitando simétricos resultados.

En ella se predica expresamente el amor al mundo, la reconciliación con sus poderes, la contemporización con sus manifestaciones, la alegre inserción en su marcha de éxitos y de negocios temporales. Se desdeña sutilmente la noción de contemptus mundi *—enseñada en el Evangelio e históricamente ligada a los momentos más gloriosos de la Cristiandad— mientras se sobrevalora la realización profesional, el activismo proselitista, las grandes iniciativas empresariales, la autosuficiencia del orden secular.*

Espiritualidad entretejida de abdicaciones y de compromisos temporales, que no sólo rechaza el magisterio unívoco de los místicos sobre la incompatibilidad entre la perfección cristiana y los afectos demasiado humanos hacia el mundo, sino que propone un modelo de santidad asociado a la vida ordinaria, común y corriente, sin los sobresaltos extraordinarios de los santos auténticos, sin el heroísmo ni el sacrificio ni las renuncias que nos relatan las hagiografías, y con los defectos y ocupaciones habituales de cualquiera. Para alcanzar tal estado bastaría

convertirse en un módico ciudadano más, que pasa inadvertido en el trajín de sus ocupaciones laborales.

Se entiende que los promotores de tales desaciertos declaren sus preferencias por el pluralismo político y religioso, omitan y contradigan implícitamente la doctrina de la Realeza Social de Jesucristo, y enseñen de un modo reiterado que no se debe tener enemigos sino amigos a diestra y a siniestra. *Y se entiende asimismo que semejante concepción mueva las adhesiones de los hábiles triunfadores de la vida, de aquellos a quienes conviene servir mansamente a dos señores, sembrar y desparramar a la vez, y acomodarse a los malabares de todas las posiciones con la tranquilidad de haberse echado encima un poco de agua bendita o algún aforismo piadoso. Más allá de las intenciones que no juzgamos, resultan en la práctica ubicuos y ambivalentes, permeables e intercambiables,* católicos sin hipótesis de conflicto, *como se los ha llamado en ilustrativa síntesis.*

Si el progresismo alimentó la quimera pacifista de un puñado de resentidos y la sola hostilidad hacia la Iglesia, típicamente revolucionaria, su presunto contradictor lleva tranquilidad a las conciencias burguesas, justifica sus alianzas y sus consorcios terrenos, legitima sus heterodoxias y sus opciones públicas, y reserva un exclusivo gesto pugnativo para quienes ponen en evidencia sus falacias. Son dos maneras de desnaturalizar y de negar la materia épica del cristianismo, dos modos de diluir y de desfigurar el sentido cristiano de la lucha, dos vías de abolición del significado mismo de las batallas sagradas. Dos formas convergentes de conspirar contra la Iglesia Militante.

Pero hablábamos al comienzo de un doble error; y nombrábamos al segundo como el rechazo de la acepción cristiana de las instituciones armadas. Si no hay agonía *en la identidad de los hombres de Fe, tampoco tiene por qué haber Fe en la identidad de los hombres de Armas. Los ejércitos han de ser, entonces, nada más que instrumentos internacionales e intercambiables aptos para la consolidación del* Nuevo Orden Mundial. *Éticamente desmovilizados ayer por el liberalismo y físicamente inmovilizados después por la estrategia marxista, la extinción de las Armas nacionales y de su natural religiosidad es hoy un fin que no se oculta ni se niega. Del mismo modo que la disolución de las soberanías se exhibe impúdicamente como lo más provechoso para el desarrollo material de los pueblos que quieran alistarse en el circuito internacio-*

nalista, el fin de sus instituciones castrenses —entendidas como comunidad bélica sostenida en creencias sobrenaturales comunes— se presenta como el cese definitivo de los resabios medievales que estarían impidiendo el ingreso pleno a la modernidad.

En tan inicua cosmovisión, ¿cómo recordar siquiera a los guerreros de la Vendée *o a los del* Ejército Cristero, *a los de los pueblos eslavos alzados contra los rojos, a los de la noble* Croacia *todavía sangrante? ¿Cómo mentar las tropas del Caudillo en la* Cruzada Española *o a nuestros propios cuadros, que en* Tucumán *o en* Malvinas, *morían con escapularios en el pecho y rosarios en los fusiles?*

Nada de esto hoy se dice, ni se propone o exalta. Ejércitos dóciles a las necesidades tácticas del Nuevo Orden: ésto es lo que se pretende. Siempre prontos para acudir aquí o allá a resolver sus inconvenientes y a apañar sus intereses; convertidos en apéndices de la ONU o de la Casa Blanca, sin guerras contra los enemigos reales o históricos que atenacen o invadan su suelo, pero listos a encuadrarse como mercenarios en las eufemísticamente llamadas "fuerzas de paz". Ejércitos fiscalizadores del dogma democratista y del culto a los derechos humanos, tan dispuestos a ejercer su papel de policía del Norte, como a permitir los ladrones y saqueadores del suelo natal.

Lo grave —aunque siéndolo y en grado extremo— no es que así se expidan los ideólogos del mundialismo, sino que éste sea el pensamiento asumido como propio, y ductilmente acatado por las más altas autoridades castrenses de no pocos ejércitos americanos y del nuestro en particular. Las cuales, no conforme con disolver unidades, desactivar comandos, desmantelar guarniciones, desarmar legítimos proyectos misilísticos, debilitar la custodia de las fronteras, pelear del bando de nuestros adversarios e invasores, vender predios y eliminar agregadurías, sostienen la urgencia y la conveniencia de una formación filosófica que abandone definitivamente la idea del Ejército Cristiano, so pena de caer en el temido fundamentalismo. Las fuerzas armadas serán, en adelante, una mixtura híbrida e incolora, multívoca y secularizada a disposición de los titulares del omnímodo Orden Planetario. Lejos, muy lejos, de aquella "intrepidez en el dar testimonio de cristianismo", que alguna vez les solicitó el Papa Paulo VI *a los militares, para que "en las vivencias del carácter bautismal" se sintieran "soldados del Evangelio dispuestos a sacrificarse dando la vida por los hermanos, a ejemplo de Cristo"* (Homilía

en Roma, *el 23-11-75). Lejos, más lejos aún de los días inaugurales de la Cristiandad y de la Patria, en que sus tropas eran la espada invicta al pie de la Verdad Crucificada.*

Va de suyo, en consecuencia y como ya quedó dicho, que tales yerros exigen una palabra aclaratoria.

Es el propósito de las páginas que siguen. Escritas para demostrar la íntima armonía que late entre el agua purificadora del bautismo y la sangre redentora derramada en una contienda justa. Entre el monje y el guerrero, entre el asceta y el cruzado, entre la espada y la Cruz.

Escritas para no olvidar que todavía se nos sigue pidiendo el Buen Combate, que hay obligación de entablarlo sin excusas ni huidas. Y para exaltar a aquellos —que en diversidad de tiempos y de espacios— han caído, librándolo, con la alegría en el alma.

Escritas para reiterar que no se puede ser gris, ni neutro, ni indiferente o tibio. Sólo de un solo Señor.

Escritas, una vez más, para elogiar a los Santos y a los Héroes. A los caballeros y a los mártires, a los patriotas de la tierra y a los patriotas del Cielo, *a los que sin fuerzas físicas ninguna se mantuvieron firmes en el supremo testimonio. A los que reconquistan cada día su alma, a los que resisten y embisten, soportan y avanzan, hablan verdades y callan lamentos. Para dar gracias al Dios de los Ejércitos que a todos nos comanda.*

Y escritas, al fin, para recordarles a los católicos que hay una batalla pendiente. Será al clarear el alba o al declinar la tarde, al anuncio sonoro del Arcángel o en el silencio mudo de un páramo imprevisto. Será por Cristo y por instaurar definitivamente en Él todas las cosas.

Entretanto, cobijados bajo Su Bandera, no podemos dormir sino velar.

ANTONIO CAPONNETTO

Buenos Aires, 22 de agosto de 1992. Festividad de María Reina.

Capítulo I
Fe y Milicia

Combatir: Lo que el Cristiano Sabía

Hace más de medio siglo, en un libro tan difundido como heterodoxo, Don Miguel de Unamuno hablaba de *La Agonía del Cristianismo*. Entre los escasos aciertos de una obra que abunda en extravíos, recordaba allí uno que bien vale la pena contemplar hoy: el cristiano es siempre un agonista. Sea que actúe o enfrente una actuación, lo cierto es que la historia lo tiene como protagonista y antagonista, el combate está en la naturaleza misma de su condición. Dirá de sí mismo y se dirá de él: *ecce christianus*. He aquí el cristiano. He aquí alguien llamado a batallar. Para él ha sido hecha la contienda y la milicia, el vivir esforzado y la conducta heroica[1].

Esta verdad fundamental y rotunda no fue puesta jamás en duda; antes bien, constituyó desde siempre uno de los presupuestos firmes sobre el cual asentar la conducta creyente.

—El cristiano sabía que su sola existencia y su Fe son resistidos por el mundo, que le presenta provocación y pugna. Precisamente, de embestir al mundo y a su Príncipe se trata, tal como se promete en las aguas bautismales.

—El cristiano sabía que está llamado a ser piedra de escándalo para infieles y prevaricadores, y roca firme donde reposen

[1] Unamuno, Miguel de, *La Agonía del Cristianismo*, Buenos Aires, Losada, 1938.

las armas de la buena pelea. No se le pide ni se le concede la vida cómoda, sino la senda angosta y el andar resuelto entre tensiones.

—El cristiano sabía que la Revelación se abre con una lid celeste: la del Arcángel Miguel contra las huestes de Luzbel, y que ha de cerrarse también con otra conflagración definitiva, de la que está escrito: *Ipsa conteret caput tuum*. Ella misma —la Virgen Santísima— aplastará la cabeza del Maligno. No hay que dormir entonces, sino portar despiertos la bandera, como decía Santa Teresa.

—El cristiano sabía que toda esa Revelación así iniciada y concluida, tomaba la forma de una epopeya divina. Porque si algo surge de los Sagrados Textos es la-voluntad del Señor de proveer hombres egregios para Su Causa y movilizarlos en gestas de sangre y de victoria. Acertaba, pues, el pensamiento pascaliano: "la más cruel guerra que Dios puede hacer a los hombres en esta vida, es dejarlos sin aquella guerra que vino a traer". Cerrada al testimonio y a la brega, el alma se paraliza y reseca hasta la muerte.

—El cristiano sabía que la guerra comienza sobre sí mismo, y que si allí no se vence no hay modo de asegurar ningún triunfo. Polémica interior —la más difícil— pues "combatiendo contra nosotros mismos", dice San Pedro, "somos de nosotros mismos combatidos". Polémica callada, recóndita y naturalmente privada. Asisten *la oración* y *el ejercicio*, la *confianza extrema en Dios* y la *desconfianza en las solas fuerzas*. No hay maestro de espiritualidad que así no lo aconseje. Pero guerra que se prolonga y proyecta después hacia afuera, frente a todo lo que niegue u ofenda la voluntad del Padre. Ya no contra oponentes personales, ante los cuales cabrá siempre la sugerencia evangélica de colocar la otra mejilla, sino contra enemigos públicos de la Ley de Dios, ante los cuales corresponderá siempre la disposición a rechazarlos con reciedumbre, el deber de enfrentarlos implacablemente.

—El cristiano sabía que hasta Cristo en la Cruz —clavado inerte en dos maderos— es un Rey que enfrenta y desafía al Infame. *Sólo pudo levantar la Ciudad de Dios* —escribirá San

Agustín— *porque tomó por asalto la ciudad del infierno.* Al pie de la cruz, de pie, también lidiaba María. Conquista del Amor Victorioso que no se amilana ante el dolor supremo. Porque ésta es la gran diferencia que distingue y jerarquiza al combate cristiano: *se combate por amor*. No es la iracundia del vil su impulso dominante. Es la virtud de la fortaleza con su doble capacidad de resistir y atacar, de padecer y sublevarse. No es la audacia pasional la que lo mueve —pura pasión del apetito irascible siempre intensa en el agredir pero débil en la resistencia y fácilmente quebradiza—; es la audacia templada por la razón y la justicia que transfigura a los hombres, explica Santo Tomás, con un impulso vehemente, por el cual se menosprecian las dificultades y los temores y se está pronto para iniciar el entrevero. Ni es la ira animal tejida de resentimientos y pequeñeces, el motor de la disputa cristiana. Es la santa y gloriosa ira —Santo Tomás la exime entonces de su condición de pecado capital— por la que se busca alcanzar un bien arduo y reparar con él tanto mal sembrado impunemente. La ira de los santos y de los profetas, la cólera terrible de los justos alzada como castigo y desagravio.

—El cristiano sabía que buscar la pacificación a cualquier precio es el camino más corto para vivir en la discordia y el conflicto. Pues dígase lo que se quiera por boca de los corifeos del pacifismo, lo cierto es que en la paz del mundo todo es pleito, intranquilidad en el desorden que no cesa. Todo es confusión y división, inarmonía en los medios y en los fines que arrastra al caos. Asimismo, todo es inseguridad, pues lo esencial se vuelve contingente y queda amenazado en su integridad. Y todo es indignidad y tristeza, porque la verdad no es celebrada, y en el lugar de la confortación y de la fiesta se entroniza el bullicio y el estrépito. Sin lucha no se puede tener paz. La paz es hija de la batalla sagrada. La paz brota, como una flor intacta, del suelo en el que se han librado los buenos combates del Señor de los Ejércitos. Y los pacíficos, lejos de la imagen vulgar que los asocia con rendidos y pusilánimes, serán entonces los soldados probados en la Milicia de Cristo. Por eso el Señor los llamó bienaventurados y les aseguró que ha-

brían de ser nombrados hijos de Dios.

Lo sabía el cristiano.

—Y sabía, en suma, que la mansedumbre que le es exigida no es debilidad ni indiferencia; menos aún, la impasibilidad e inactividad de quien se coloca por encima de las contiendas porque no quiere arriesgarse en ellas. El manso no es el neutral ni el gris. Es el espíritu sereno que —precisamente por conocer la entidad de la pelea— conoce también el cuándo y el cómo debe alistarse en ella, desechando las tentaciones de la vanidad y de la superficialidad. La suya es la certeza del fuerte y el señorío del veterano. Por eso, Dios Nuestro Señor, también le dedicó a ellos otra de sus bienaventuranzas: "Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra".

—Y el cristiano sabía que por razón de su lucha sería perseguido y padecería tribulaciones. Ningún combatiente cristiano goza de los favores del mundo. Casi se diría que esa es la señal de su coherencia y la garantía de su lealtad. Quien confronta por la Verdad —en réplica fuerte y reacción entusiasta— debe estar preparado a ver el rasguido de vestiduras de todos los hipócritas y a escuchar las admoniciones de todos los pequeños. Los reaccionarios —es decir, los justos que reaccionan contra la iniquidad— tienen ante sí, el ejemplo de los guerreros santos y no se turban ni se intimidan por ello. El modelo de los que se han santificado en la reyerta, conduce y vigoriza. Se lucha por caridad no por desquite; para dejar el testimonio aunque no quede el éxito temporal. Se lucha sin calcular la proporción de fuerzas ni el poder de los perseguidores. Se lucha, en fin, con la certeza de la bienaventuranza que asegura a los perseguidos, por causa de Su Nombre, la posesión del Reino de los Cielos.

—Y entre tantos saberes sustantivos, el cristiano sabía que el suyo, era un combate por las filiaciones creaturales. Por *Dios*, de quien la creatura es hijo en el orden sobrenatural, que es el orden de los órdenes. Por la *Patria*, de la que se es hijo en el tiempo y en la historia, en el espacio de la tierra fundante. Por el *Hogar*, del que se nace hijo en la carne y en la sangre, y al que se vuelve en el abrazo cotidiano.

Combate por la Fe y de la Fe. Con la univocidad de los apologistas y la disposición a dar la vida propia de los mártires. San Pablo lo explicó claramente. Se trata de gastarse y desgastarse por Cristo, de vivir redimiendo el tiempo, exponiendo la recta doctrina y refutando el error. De predicar oportuna e inoportunamente, en las tribulaciones y en las alegrías. Se trata de saber, sin sombra de duda alguna, que "sin efusión de sangre no se obtiene remisión" (Heb. 9, 22). Y en la hora terrible de la soledad y la prueba, en la hora aciaga de la prisión, el infortunio y el fracaso, se trata al fin de entender que estamos "en todo apremiados pero no acosados, perplejos pero no desconcertados, perseguidos pero no abandonados, abatidos pero no aniquilados, llevando siempre en el cuerpo el suplicio mortal de Cristo para que la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo" (2 Cor. 4, 8-10).

Y si insistimos en el tiempo pasado del verbo saber para referirnos al cristiano, es porque todo ese caudal de conocimientos substanciales que lo acompañaban y definían con naturalidad, parecen diluirse hoy, cuando no rechazarse.

Combatir: El Verbo Olvidado

Un frenesí pacifista y un lenguaje anodino se ha apoderado del cristiano medio. No se le escuchará mentar siquiera la obligación del Buen Combate. Ya no digamos en lo que el término pueda implicar de donación física en una lucha justa, sino simplemente en lo que la expresión tiene de imagen y metáfora del esfuerzo contra el mal y la necesidad de vencerlo.

Un desordenado afecto por la propia vida —entendida casi siempre en términos de duración y prolongación biológica— ha terminado colocando a la subsistencia como valor supremo. Y una subsistencia pacata, hedonista, sin sobresaltos ni grandes metas. Por otra parte, una candidez suicida o una complicidad cobarde frente a los enemigos, lo lleva a creer que el bien se impone solo, espontáneamente, o que existen tantos bienes posibles como puntos de vista. Y una cosmovisión *pluralista* e

irenista le ha ahogado todo celo evangélico, todo fervor apostólico, todo gesto de batirse por la Verdad Indivisa. Se vive bajo el primado del *nominalismo* y bajo el estigma del *subjetivismo* más disociador.

Este subjetivismo de base racionalista, reivindica y exalta el derecho a la duda y a la crítica frente a la incertidumbre que da la Revelación y el cumplimiento de los deberes para con Dios. Hace un blasón del diálogo vacuo, un orgullo de la componenda y una cuestión de honor del ceder y transar. Se abre paso así al *relativismo* más crudo, cuya consecuencia última —se busque o no— es el *nihilismo*. Si los valores cambian y cesan, si mudan según los sujetos y pareceres, si nada vale lo que la vida larga y sin riesgos, es inútil presentar batalla al adversario interno o externo. Sencillamente porque ya no existe adversario sino intereses que conciliar y repartir, procurando el máximo de provecho individual.

El resultado visible y a la vez más penoso en el orden individual, es la aparición de un modo repugnante de cristiano —muy sobre todo, de joven cristiano, pero que no excluye a clérigos y a pastores entrados en años— cuya fisonomía espiritual es la misma que la de aquellos desdichados sectarios que pregonan una paz pringosa con los ojos entornados y la voz quebradiza. Cristianos en los que se ha extinguido la pasión misionera, la disciplina severa para consigo mismo y el afán inquebrantable de restaurarlo todo en Cristo. Cristianos mimetizados con el mundo, respetuosos de sus adelantos y progresos, temerosos de la marginación del siglo, dóciles a sus requiebros y prontos para recibir sus recompensas. Cristianos que procuran pasar inadvertidos en sus tareas, sin molestar ni ser piedras de escándalo para el mundo; convencidos de que es preferible que estén ellos en los cargos que detentan, antes que la vacante la ocupe un enemigo; sin llegar a entender jamás que ellos mismos son los peores enemigos del cristianismo con su fe aguada y su conducta timorata. Cristianos *modernos*, con todo el desprecio que esta palabra supone para la sabiduría tradicional y el heroico tesón de los antiguos militantes. Hombrecillos mitigados y grises, ambiguos y flojos, en retro-

ceso siempre cuando está en juego hablar *"sí, sí; no, no"*; mas promocionándose siempre cuando hay que sumarse a la monótona logomaquia de los expertos en trivialidades. A ellos —tengan los cargos que tengan— les aguarda, sin sombra de reparo alguno, el vómito inapelable de Dios.

Correlativamente, en el orden social, se consolida *la ciudad maritaineana*, babel de credos y decálogos, en la que todo está permitido menos afirmar la Principalía de Nuestro Señor Jesucristo; y menos aún, el combatir por ella contra todos sus oponentes. La sola idea de una reyerta digna en defensa de los derechos divinos conculcados, la sola mención de la posibilidad legítima de pasar a la ofensiva para evitar el escarnio y la profanación sistemática a las identidades cristianas de las naciones, la sola suposición de cualquier actitud épica, desencaja a los rebaños adocenados de cristianos mediocres y provoca escozor en quienes los conducen. El inmenso aparato propagandístico se pondrá entonces rápidamente de pie para mantener la "cordura" de la "civilización" y de la felicidad zoológica, en una sociedad "abierta y plural".

Pero esas sociedades así configuradas ya no son naciones bravías ni pueblos dignos de la Historia Universal. Su deserción de la batalla sagrada los desfigura hasta el espanto de una mutilación provocada por la mano justiciera del Altísimo. Lo escribió con maestría Donoso Cortés: "Hay guerra siempre que la sociedad entra en lucha con un obstáculo que se opone a su perfección, siempre que necesita vencer para cumplir su destino. Cuando un pueblo manifiesta ese horror civilizado por la sangre, luego al punto recibe el castigo de su culpa: Dios muda su sexo, lo despoja del signo público de la virilidad, le convierte en un pueblo hembra y le envía conquistadores para que le quiten la honra".[2] No es otro el cuadro que tenemos a la vista.

Pero hasta aquí estaríamos en el plano más visible u objetivo del problema, esto es, en el plano ideológico. O para ser

[2] Cfr. Cortés, Donoso, *Cartas de París, Carta del 10 de septiembre de 1842*. En Cortés, Donoso, *Obras Completas*, Madrid, BAC, 1970, I, p. 902 y ss.

más exactos, en el de *la substitución de la teología por la ideología*.

En efecto, el llamado *progresismo religioso* —modernismo redivivo y como tal, conglomerado de todas las herejías, al exacto decir de San Pío X— ha actualizado, entre otros, los viejos errores de los valdenses, albigenses o hussitas, contribuyendo a afianzar en las últimas décadas, ese tipo humano y social que describíamos antes, en los que se ha perdido el sentido cristiano de la lucha. En la práctica, el progresismo ha actuado como una ideología disolvente de la Iglesia Militante. Con todos los recursos de los ideólogos y una fuerte carga de utopismo y eclecticismo, sus principales mentores bajaron la guardia de los cristianos fieles haciéndoles creer que esa actitud de custodios de la ortodoxia pertenecía a un pasado que debía superarse irremisiblemente. En esta concepción, la Iglesia dejaba de ser fortaleza irreductible, y sus miembros arriaban el puente levadizo para alternar con sus enemigos seculares, franqueándoles la entrada. Pero si fue posible marchitar el combate *ad extra* es porque primero se le quitó la razón al combate *ad intra*. Ni el *mundo*, ni el *demonio*, ni la *carne* fueron ya contrincantes a derrotar. Con el primero se enseñó a contemporizar y a resultar simpático. Del segundo se dejó de hablar, cuando no se identificó su existencia con la jerarquía y el orden. La tercera fue la gran recibida y hospedada, al punto que no pocas posturas contestatarias hallaban su motivación secreta en desórdenes privados y en escándalos conocidos.

Mas el paradójico y maligno peligro del progresismo fue éste: paralelamente a la destrucción del *miles Christi*, engendró un remedo falaz y vil de contendiente, que alcanzó su cumbre más dramática en la aparición del sacerdote guerrillero. El *partisano de la Revolución*, el luchador clasista o el agitador social, tuvieron su "justificación teológica" y su exaltación "evangélica". Pero la misma "teología" condenaba a los Cruzados y a los Guerreros de Cristo Rey que recorren gloriosos los siglos y la geografía de Occidente.

El *combate místico* —que comienza en los repliegues del alma y continúa en la extensión decidida de los brazos— fue reemplazado así por el *conflicto social*, que no es otra cosa que

una disputa de pequeños sin hidalguía ninguna. "Enfermedad del gigantismo", dice el Padre García Vieyra marcando la paradoja, "batalla de filisteos donde ningún David aparece para vencer en nombre del Señor de los Ejércitos".[3] Y es estrictamente cierto, porque nada más alejado del arquetipo del combatiente cristiano que la imagen infatuada del gigante —todo musculatura e insolencia— alzado en su soberbia contra la majestad de Dios. No en vano, la literatura épica clásica y las más conocidas sagas caballerescas, encarnan el vicio en la figura del urso y resaltan la valentía de los humildes y la discreción de los veraces. No en vano el Quijote se enfrentó con sus gigantes "en fiera y desigual batalla" porque "es un gran servicio a Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra".[4] Y no en vano, al fin, estos gigantes ideológicos del progresismo, se tumban ante el estrépito de la Verdad, poniendo en evidencia su endeblez. Como la estatua de Nabucodonosor de la que nos habla el *Libro de Daniel*, así también los colosos inventados por los progresistas para corroer la Cristiandad, van rodando por el piso al empuje de una sola y certera piedra lanzada desde lo Alto.

Esa piedra ya ha sido arrojada por Pedro. El progresismo ha sido detectado y reprobado explícita e implícitamente por la Cátedra Romana. Cierto que no todos los correctivos han tenido la contundencia y la celeridad deseada; cierto también que hay aún aspectos y personajes sobre los que corrrespondería avanzar anatema en ristre, pero es igualmente cierto que no hay error esencial que no haya sido señalado.

En lo que concierne al tema que nos ocupa, el Magisterio de la Iglesia no ha cesado hasta hoy de distinguir entre la verdadera y la falsa paz, no escatimando prédicas sobre la perentoriedad de resistir al Maligno, y ha ratificado la doctrina de siempre sobre la licitud del empleo de la fuerza como

[3] García Vieyra, Alberto, *Los Padres del Desierto. Las Fuentes de la Vida*, Santa Fe, San Jerónimo, 1981, p. 13.
[4] *Quijote*, I, VIII.

recurso defensivo, agotadas todas las instancias. Ni ha cedido tampoco a la tentación antimilitarista de nuestros días, resaltando una y otra vez el valor y la legitimidad de las Fuerzas Armadas en la vida de las naciones. Al respecto, baste remitir a la *Spirituali Militum Curae*, la *Constitución Apostólica* del actual Pontífice sobre la asistencia espiritual a los militares.[5]

Pero más allá de estas cuestiones específicas —y si se quiere, casuísticas— lo importante es no haber abandonado las razones y los motivos, los fines y las metas a partir de los cuales y por los cuales, el cristiano está llamado a batallar.

"Ser cristiano" —declara *Juan Pablo II*— "debe decir vigilar, como vigila el soldado durante la guardia... Vigilar significa custodiar un gran bien... significa percibir agudamente los valores que existen en la vida de cada hombre por el simple hecho de haber sido creado a imagen y semejanza de Dios y haber sido redimido con la sangre de Cristo. Vigilar quiere decir recordar todo esto... Hay pues que vigilar y cuidar con gran celo... No puede permitirse que se pierda nada de lo que es cristiano sobre esta tierra".[6]

Y más explícitamente, si cabe: "La lucha es, con frecuencia, una necesidad moral, *un deber*. Manifiesta la fuerza del carácter, puede hacer florecer un heroismo auténtico. «La vida del hombre en esta tierra es un combate», dice el Libro de Job; el hombre tiene que enfrentarse con el mal y luchar por el Bien todos los días. El verdadero bien moral no es fácil, hay que conquistarlo sin cesar, en uno mismo, en los demás, en la vida social e internacional".[7]

Siendo pues, gravísima la influencia del progresismo, no

[5] Cfr. JUAN PABLO II, *Spirituali militum curae*. (En: L'Osservatore Romano, Ciudad del Vaticano, 1 de junio de 1986, p. 9 y ss.).

[6] Cfr. JUAN PABLO II, *Peregrinación Apostólica a Polonia*, Madrid, BAC, 1979, p. 136-137.

[7] Palabras de Juan Pablo II a André Frossard. En: FROSSARD, ANDRÉ, *No tengáis miedo. Diálogo con Juan Pablo II*, Barcelona, Plaza y Janes, 1982, p. 220.

es el factor que más nos preocupa en la pérdida del sentido cristiano de la lucha. Al menos, insistimos, es un factor visible, contrarrestado y formalmente descalificado. ¿Qué pueden importar los chillidos pacifistas de los heresiarcas cuando la voz del Vicario de Cristo nos llama a la pelea?

La Tibieza

Hay en cambio otra variable, probablemente más funesta, porque es inasible y difusa y anida secretamene en el corazón del hombre moderno. Nos referimos al gran pecado de *la tibieza*.

Apresurémonos en aclarar que al situar la tibieza en la intimidad misma del hombre moderno, no estamos haciendo de una falla moral una cuestión cronológica, como tampoco lo es aquello que entendemos por modernidad. Mas si es cierto que hay yerros y virtudes cuyo predominio caracterizan a una época o una condición, los tiempos que corren desde la instalación del espíritu burgués como poder expansivo, se configuran por un declinar del coraje, por un manifiesto crepúsculo de la fortaleza, por una verdadera crisis de la bravura.

No son pocos los pensadores que han notado este rasgo —sea aprobándolo o zahiriéndolo— y citarlos siquiera a todos sería alejarnos de la cuestión central. La verdad es que tibios y tibieza existieron siempre, pero sólo quebradas las murallas de la Cristiandad y entronizado el antropocentrismo con su ética del provecho, su criterio de la bondad natural, su egoísmo erigido en norma y su relativismo e inmanentismo expreso, aquellos se vuelven paradigmáticos y ocupan las funciones directrices del cuerpo social. Otra vez *subjetivismo* y *racionalismo*, aparecen en la base de la destrucción de la plenitud humana. Otra vez, y como siempre, el primado de la autosuficiencia y de la autoestima por encima de cualquier principio irrevocable y eterno, acaban haciendo del hombre una caricatura de sí mismo. "Llegaremos a ser grandes en Él" —enseñaba San Agustín— "si permanecemos pequeños junto a Él". Pero cuando se bus-

ca la grandeza en la comodidad de no tener compromisos ni deudas para con Dios, una pequeñez diminutiva y contrahecha corroe la integridad humana hasta hacerla irreconocible. Los tibios mandan e imponen su consigna. Los tibios son moda respetable y canon de comportamiento. Su magistero podría expresarse sintéticamente en la gastada fórmula: "bueno es aquel que no le hace mal a nadie".

Toda la intelección y la actuación moral quedan reducidos así a una reacción primaria negativa: no meterse con nadie ni con nada, no causarle a los demás lo que no quisiéramos que nos causen, no entrometerse en problemas ni enterarse de lo que ocurre a nuestro lado. O como decía García Venturini en *La Nación* del 11 de marzo de 1979 definiendo y defendiendo al liberalismo, éste "es una concepción abierta que no obliga a nadie a nada". No podía pedirse mayor brevedad y precisión para connotar la mentalidad despreciable de los neutros. No podía describirse con menos palabras la actitud mental de los desertores de compromisos sagrados y negadores de responsabilidades absolutas.

Ese hombre ecléctico y plural, mínimo y mediocre, que no se obliga a nada ni se debe más que a sí mismo, es la figura del tibio. Ni enfría con el vigor de los témpanos, ni caldea con la lumbre del fuego apasionado. Adormece y soporiza. Entibia.

Fue precisamente de tibios y ambivalentes que el Papa San Pío X acusó a los católicos inficionados de liberalismo de *Le Sillon*, en su encíclica *Notre Charge Apostolique*. Cristianos "cruzados de brazos" los llamó el Pontífice, frente a los ataques que estremecen a la Ciudad Católica.

Cristianos de "vergonzosa inercia", "cobarde neutralidad" y llenos de "rodeos y convenios" en pro de una conciliación inconducente e indebida entre los que están con el Señor y los que están contra Él. "Son estos, sueños de enfermos, alucinaciones que siempre han ocurrido y ocurrirán mientras haya soldados cobardes que arrojen las armas a la sola presencia del enemigo, o traidores que pretendan hacer a toda costa las paces con los contrarios, a saber, con el enemigo irreconciliable

de Dios y de los hombres".[8]

Cristianos llenos de dobleces y de respetos humanos. Maestros en el arte de la simulación y de la acción psicológica. Capaces, en nombre de la estrategia, de convertirse en compañeros de ruta o en socios ocasionales de los enemigos, para que nadie pueda tildarlos de cerrados o exagerados. Convencidos de que obtienen un triunfo porque duran en cargos o funciones, atenuando sus convicciones y subordinando sus creencias. Víctimas y victimarios de la gran tentación de la figuración social, del protagonismo en altos niveles y del culto a la propia personalidad. Oportunistas y arribistas a toda costa, artífices de la omisión, expertos en eufemismos y elipsis, creadores del estilo sibilino y alambicado. Fáciles de reconocer porque eluden tan sistemáticamente a los combatientes frontales como procuran la compañía "prestigiosa" de los que detectan alguna cuota de poder. *Cristianos bifácicos*, los llama con acierto Caturelli; enclenques y duales, en quienes se ha anestesiado el sentido sobrenatural de la vida, y la doblez gana terreno en sus almas. *Cristianos Verbicidas*, que se avergüenzan del Evangelio y se reconocen por una común señal: no saben, ni quieren ni pueden hablar *"sí, sí; no, no"*.[9]

Es que la tibieza no es un pecado intrascendente sino una consecuencia directa del resquebrajamiento de las virtudes teologales. Apagada la Fe, descartada la Esperanza y enfriada la Caridad, el alma se entenebrece y vacía, y el vacío es cubierto —como una forma de torpe compensación— con la excesiva preocupación por sí mismo. Pero no la preocupación por el crecimiento interior, manifestado en la devoción intensa o en la piedad fecunda, sino por la actividad exterior y dispersiva. El tibio hace cosas, pero cosas que no son, que no tienen una entidad y un rango ennoblecedor. Pierde el entusiasmo —

[8] San Pío X, *Communium rerum*, 13-14.

[9] Caturelli, Alberto, *Sí, sí; no, no*. (En: *Mikael*, n. 7, Paraná, 1981, p. 45-54). Genta llamaba a los tibios "incapaces del sí e incapaces del no". Cfr. Genta, Jordán B., *Curso de Psicología*, Buenos Aires, Huemul, 1969, p. 258.

ese "fervor de la primera caridad" (Apo. 2,4) cuya ausencia reprocha el Señor— y se va conformando cada vez con menos en las metas espirituales, mientras busca cada vez más los objetivos materiales. Pronto para aflojar y transar, y lento para exigirse y disciplinarse. Ese es el tibio. Por eso el desaliento y la tristeza lo invade por mucho que quiera recubrirse de algarabía. Y donde hay tristeza no puede haber santidad ni siquiera cristianismo. Justamente, como "una cierta tristeza" define Santo Tomás de Aquino a la tibieza, y prosigue: "...por ella, el hombre se vuelve tardo para realizar actos espirituales a causa del esfuerzo que comportan".[10]

En el fondo, subyace un rechazo por todas las formas de mortificación y de enfrentamiento, y predomina la voluntad plebeya de vivir a gusto, sin excederse en los esfuerzos ni con las iniciativas y dando rienda suelta a los personales afectos desordenados. Mediocridad y poquedad son las divisas del tibio. Aplicadas a todos los órdenes de la vida, pero sobre todo al de la relación con Dios.

El Dios real, que solicita y exige, que manda y requiere, que obliga y compromete, es inadmisible para los tibios. Huyen de Él porque "no los deja en paz", porque su voz y su presencia imperativa les quiebra el remanso despreciable en el que están sumergidos. Por eso, la tibieza, también ha sido definida como la *"detestatio boni divini"*, como la huída y la aversión conciente de los bienes de Dios.

Uno de sus síntomas evidentes —dice Francisco Fernández Carvajal, a quien venimos siguiendo en estas consideraciones[11]— es el envejecimiento interior y la avaricia. Senilidad del corazón y mezquindad notoria, expresada en la incapacidad de desasirse y desprenderse, de entregarse confiado y alegre y de entregar consigo aquello que Dios y el prójimo merecen. Pero es una ley paradojal ilevantable: quien menos da, menos tiene. El avaro no

[10] Santo Tomás, *S. Th.* 1, q. 63, a. 2.
[11] Cfr. Fernández Carvajal, Francisco, *La Tibieza*, Madrid, Palabra, 1978.

es dueño de nada; las cosas y las obsesiones lo poseen. La cicatería del tibio lo esclaviza, pues, a su propio y miedoso egoísmo, sin permitirle disfrutar ni un instante, en estado de permanente insatisfacción. No hay modo más rápido de fosilizar al espíritu, así se viva cronológicamente en plena juventud.

El tibio, en fin, se descubre por su retroceso constante y por su desaparición lisa y llana cada vez que es ineludible avanzar. La rutina de la fuga le va forjando el hábito de la claudicación, y la suma de pequeñas infidelidades le vuelven connatural la traición. Por eso se sorprende y se agravia cuando se lo acusa de traidor. Es que en un estado al que va llegando gradual y naturalmente, justificándose a cada paso, engañándose con eufemismos y, sobre todo, insensibilizándose para la necesaria fidelidad de cada día. Cuando no se es fiel en lo poco, cuando se transita por la senda ancha y se rechazan las cruces del camino estrecho, cuando no se tiene más honradez ni honor, y el apego a la molicie produce horror por el Calvario, es porque la perfidia ha ido anulando el sentido de la lealtad. Ya ni siquiera violenta la acusación de traidor. Se la desdeña como cosa procedente de fanáticos y exaltados. Adjetivos éstos, siempre listos en boca de los tibios. Con ellos descalifica a los cruzados y a los príncipes cristianos de muchas guerras justas; con ellos cree asustar a otros tantos pusilánimes como él y aliviar su conciencia de hombre racional y moderado. Pero desde el fondo de los siglos, legiones de espadas con reliquias en las empuñaduras —espadas de santos y de ángeles, de mártires y de paladines— desautorizan al tibio y graban a fuego su nombre en la nómina de los viles.

La tibieza vuelve a los hombres "demasiado humanos", horizontales en sus apetencias y en sus respuestas. Hombres diminutivos ganados por la superficialidad y con un rechazo terminante a la contemplación de las postrimerías. Al tibio, en efecto, la *Muerte* le espanta con su sola mención, el *Juicio* cree poder ganarlo como arregla sus pleitos temporales, y el *Infierno* y la *Gloria* le son substancialmente indiferentes, pues de lo contrario no se explica su abulia en la lucha para evitar el primero y conquistar la segunda. Un sujeto desdeñoso de las

postrimerías podrá ser un hábil para el mundo, un exitoso personaje en los negocios temporales, pero mirado con ojos de eternidad es una creatura desesperanzada. Y en este punto la tibieza se identifica con la *acedia* y se explica por ella.

La acedia, como se sabe, es esa *species tristitiae*, esa especie de tristeza respecto del bien divino del hombre. *Tristitia saeculia*, tristeza del mundo que "lleva a la muerte", especifica Santo Tomás. Nace de la desesperación y sólo engendra personas de espaldas a las obligaciones para con Dios. No es, como explica Pieper con maestría, una simple pereza, entendida ésta como desapego por el trabajo en su acepción burguesa del *homo faber*. Mas bien, el mundo totalitario del trabajo en el que el hombre moderno se sumerge, suele ser el síntoma y el corolario de la acedia. Búsqueda del hacer y del fabricar, del producir y del ganar a expensas del tiempo para Dios, del espacio para el ocio, del descanso del espíritu en la meditación de los misterios sagrados. La gran ausente en el ánimo del dominado por la acedia, es la virtud de la magnanimidad. Sin ella, todos los movimientos del hombre tienden a la negación y a la pequeñez. En el fondo es un rechazo a aceptar y a cumplir la propia misión y el personal destino, como creatura hecha a imagen y semejanza del Creador.

Las hijas de la acedia, como las llama Santo Tomás, no tardan en aparecer en el comportamiento del tibio. A la *desesperación* le sigue la *evagatio mentis*, errabunda y desordenada inquietud que toma diversos modos, pero convergentes todos en la inautenticidad del ser, en la trivialización de la vida y en la divagación de la existencia. Sea en la verborragia vana (*verbositas*), en la búsqueda banal de novedades (*curiositas*), en la desubicación de los actos (*importunitas*), en la falta de sosiego interior (*inquietudo*) o en la incapacidad de permanecer firme en sitio y determinaciones (*instabilitas loci vel propositi*), el tibio expresa su pérdida de identidad y de señorío. Crece entonces el *torpor*, especie de indolencia y de indiferencia frente a la salvación y al destino eterno. La poquedad de ánimo o *pusilanimidad*, el rencor y el resentimiento; en una palabra, la *malicia*, teológicamente entendida como aversión y odio por todo lo que lle-

ve el signo de Dios.[12]

Hay en la Sagrada Escritura una imagen muy ilustrativa del tibio en la figura de la higuera estéril. Al fin de cuentas, falto de aliento y de fuerza, apocado y negligente, el tibio se vuelve yermo y pasible de la maldición del Señor. No ha sido capaz de hablar de Él en tiempo presente; no ha creído en Su Promesa de estar todos los días hasta la consumación de los siglos, no ha pedido, como los discípulos de Emáus, que se quedara al declinar la tarde para nunca más estar solo, ni sintió como ellos que se le abrasaba el corazón con Sus palabras de vida eterna mientras Les predicaba por el camino. No preparó las armas para el día de la batalla sagrada, ni se alistó en los ejércitos de la reconquista espiritual. Por no avanzar, retrocedió, hasta caer sin pena ni gloria. Higuera estéril, árido, infructuoso. Definitivamente.

Tampoco falta en el *Antiguo Testamento* la maldición contra los tibios. Un pasaje del *Libro de los Números* parece ilustrarlo con propiedad. Se trata de aquel en que Dios ordena a Moisés que envíe a sus mejores varones —"todos jefes" (Num. 13, 12)— a que exploren la tierra prometida, el solar a conquistar y en el cual aposentarse. Así lo hizo Moisés, confiando la misión a doce hombres, a quienes exhortó al despedirlos diciéndoles: "¡Sed valientes!" (13, 20). Al cabo de cuarenta días, los exploradores regresaron. Traían la alegría de haber constatado que aquella era "verdaderamente la tierra de la que mana leche y miel" (13, 23); la indescriptible satisfacción de no haber sido abandonados por el Señor. Pero el temor y los cálculos humanos prevalecieron sobre sus ánimos y una horrible tibieza los hizo desistir del mandato celestial por miedo a los habitantes que habían visto en aquella anhelada tierra. "Hemos visto los gigantes, hijos de Haanaq... no podemos subir

[12] Cfr. PIEPER, JOSEF, *Las virtudes fundamentales*, Madrid, Rialp, 1980. Particularmente: *Esperanza*, III, p. 393 y ss. Y SANTO TOMÁS, *S. Th.* 1, 2, 35, 8; 2-2, 35, y *De Malo*, 11, 3; 11, 4 y 8, 1.

contra ese pueblo porque es más fuerte que nosotros... seremos como langostas frente a ellos..." (13, 31-32). La ira del Señor tampoco se hizo esperar. Inquiriendo con justicia: "¿Hasta cuándo ha de ultrajarme este pueblo?, ¿hasta cuándo no ha de creerme a pesar de todos los prodigios que he hecho en medio de él?" (14, 11-12), los condena a vagar por el desierto, a vivir otra vez como parias por no haberse atrevido a merecer una patria, conquistándola con coraje, desafiando el poder de los gigantes y de los intrusos. Pero en su misericordia ejemplar, sólo destaca y resalta a un hombre, a *Caleb*, Jefe de Judá, el único que "ha estado animado de otro espíritu y me ha seguido fielmente" (14, 24); el único que enfrentó la defección de sus pares y los gritos de la turbamulta diciéndoles "subamos pues y apoderémonos (de la tierra) porque ciertamente le podremos (a los poderosos)". A él, a *Caleb*, el denostador de los tibios y el Jefe heroico, el Señor le concedió la gracia de poseer la tierra (14, 24). La lucha es para los esforzados y decididos. La recompensa celestial también lo es.

La Lucha Contra las Tentaciones de la Tibieza

Pero si ha de concluirse en que la tibieza es el gran obstáculo para emprender el combate, ha de saberse también que la misma no es insalvable. Casi valdría la paradoja de afirmar que contra ella tiene que llevarse a cabo la primera contienda para que todas las demás sean posibles.

Es innegable que las dificultades arrecian. Por un lado, la gran tentación de *un cristianismo sin Cruz*. Un cristianismo en contravención con la advertencia de Cristo y a través del cual se perderá la vida por intentar salvarla. Las cruces que nos acosan son múltiples, pero ninguna más sutil y terrible que la insinuación de despojarnos de ellas. De comportarnos como si no existieran, amparados en la utilidad de la vida cómoda y en las muchas ocupaciones laborales. Renunciar a la comodidad no es sólo ni principalmente dejar de lado el confort superfluo. Es algo más difícil aún: estar preparados para la incomodidad de saberse señalado y perseguido, de saber que no podrá contarse

con el éxito mundano ni con el reconocimiento de los poderosos ni con el aplauso de las multitudes. Y en la soledad y la adversidad, saberse al fin, fiel a uno mismo y continuar andando.

Por otro lado, la gran tentación de bajar la guardia, de resignarse a un cristianismo en paridad de condiciones con el error y convertido en una religión más. Los católicos corrientes ya no creen ni afirman, ni sostienen ni defienden que la suya sea la Religión Verdadera. Tampoco se oye esta esencial declaración en boca de muchos pastores o autoridades eclesiales destacadas. La Iglesia Católica, dicen en cambio, debe aspirar a un mero reconocimiento en el mosaico de iglesias y creencias. Y no faltan algunos que, confundiendo las prerrogativas y los derechos de la Verdad con privilegios o regalías particulares, rechazan incluso cualquier natural prevalencia que pudieran conservar aún el catolicismo en las sociedades que él ayudó como nadie a constituir. Este conformarse cada vez con menos en el orden de los bienes espirituales, es típico del pecado de la tibieza. Nada tiene que ver con la humildad, pero sí, y mucho, con la imperdonable cobardía de permitir que el trigo sea nivelado con la cizaña y acabe asfixiado por ella.

Este *igualitarismo* fatal, que vuelve innecesaria e inútil la lucha pues no hay Bien que sostener ni Mal que refutar, sino medios bienes y males que componer sin remordimientos, se completa con una tercera tentación casi convertida en moda: *la moderación*. No la que brota de la templanza y como tal, hacedora de la mesura y de la sobriedad en la conducta, sino la que es poquedad y flojera, medianía y suavidad empalagosa, falta de vigor para exaltar la Verdad y proclamar su alabanza a los cuatro rumbos. El moderado es el cristiano módico. Pendiente de los respetos humanos, de la oportunidad, y del decir de los personajes encumbrados. Absolutamente incapaz de la confrontación y la pelea, y por lo mismo, hábil malabarista de opiniones y pensamientos. El gracejo hispano ha acuñado para tales sujetos el irreemplazable mote de *pasteleros*.

Alguien —casi todo el mundo en rigor— le ha hecho creer al moderado que la civilización se identifica con la capacidad de negociarlo todo, y que la lucha es rémora del pasado y blasón

de barbarie. Un cristiano "civilizado", "aggiornado" y "al día", no riñe ni batalla, ni polemiza ni se deja sacudir de indignación: concilia, compone, arregla, conversa. A lo sumo tendrá conflictos y ahogos que se le irán con un buen analista, el cual le recomendará la panacea universal de la tolerancia, asumida conscientemente a riesgo de convertirse en un fanático.

Pocos como Chesterton han hecho la radiografía exacta del pacifista y de la sociedad enferma de falsa moderación, que considera perturbadores y locos a los que están dispuestos a combatir los únicos combates legítimos: los que se libran por Dios y por la Patria, por los altares y los hogares, por la sagrada tradición y los dogmas incontrovertibles, por los misterios que están más allá de la razón y las realidades celestes que hacen inteligibles y dignas las terrenas. Pero pocos también como este gran gladiador de la Fe, han dejado para la historia de la mejor literatura cristiana, retratos vivos y aleccionadores del combatiente de Cristo. Cruzados como *Mac Ian*, hidalgos como *Adam Wayne*, caballeros como *Mr. Herne*, u osados reaccionarios como *Dalroy* y *Pump* de *La Hostería Volante*, figuras todas representativas de la clase de hombres que requiere la catolicidad: listos en todo momento a batirse contra herejes y herejías, a no rehuir las controversias, a provocar y desafiar a los miserables profanadores de la Verdad, a los blasfemos y a los sacrílegos. Listos —con todo el cuerpo y el alma en pugna pidiendo restauración y reconquista— a dar la sangre y el aliento por la custodia del Sagrario. Listos a preservar la tierra carnal y el paisaje nativo donde fuimos bautizados y donde concebimos a nuestros hijos, a la sombra de un Crucifijo. Listos a no tolerar profanaciones y agravios y a castigar a los perjuros condignamente. Listos —eternamente listos— a cruzar espadas con cualquiera que osara rozar la grandeza sin mancha de la gloriosa Cristiandad. Hombres que el mundo consideró locos, extravagantes, raros y desaforados. Que nunca fueron comprendidos por los moderados, que se acaloran por las tasas de interés y se matan por las cotizaciones de la bolsa. Hombres que están a la diestra del Padre, de guardia permanente, con sus aceros flamígeros, sus risas francas y alegres, y la obstinada

costumbre de no dar ni pedir tregua.

Pero con la gracia de Dios es posible encontrar los antídotos para vencer a la tibieza y a sus tentaciones. Los antídotos son necesariamente las virtudes y los atributos morales que derivados de ellas hacen del hombre un ser combativo y duro de rendir. Es preciso, por supuesto, cultivar todas las virtudes, y tal vez, de un modo especial en estos tiempos, *la fortaleza y la paciencia, la perseverancia y la magnanimidad*. Fortaleza para atacar, pero ante todo para resistir, que —llevado al grado heroico— es la substancia misma del martirio. Paciencia para sobrellevar con entereza los pesares sin poner límites subjetivos a las pruebas que se nos envían ni caer tampoco en veleidades estoicas. La paciencia del Señor que pidió se le apartara el cáliz de amargura, pero por sobre todo, pidió que se cumpliera la voluntad del Padre. Perseverancia para persistir y prolongar la contienda aunque ésta parezca no tener fin ni nos resulte favorable. Saber con ella que uno es el tiempo de la siembra y otro el de la cosecha. Y magnanimidad para apetecer lo egregio, lo superior, lo grande, y aborrecer las múltiples formas que toma la medianía encandilando nuestros sentidos.

Todas las virtudes, insistimos, son necesarias. Teologales, cardinales e intelectuales. Todos los atributos y rasgos que definen una personalidad fuerte. Pero así como esquematizamos en tres las tentaciones del tibio, en tres factores también queremos hacer fincar la recuperación del sentido cristiano de la lucha.

Audacia, Ira y Alegría

En primer lugar, *la audacia*.

No, claro está, en lo que el término dice de cualidades funestas. La insolencia, el descaro o la desvergüenza, son acepciones válidas pero negativas de la palabra, que justifican la expresión corriente: "el mundo es de los audaces". Lo es, en efecto, pues los inescrupulosos y los amorales se enseñorean impunemente. La audacia como pasión desordenada del apetito

irascible y como vicio opuesto por exceso a la virtud de la fortaleza, está en las antípodas de cualquier regeneración ética. Antes bien, es causa de discordia, y de uno de los fenómenos más desagradables que caracterizan a esta época nuestra; el del desborde puramente animal de energías para consumar los objetivos más ruines.

Así las cosas, el audaz puede ser un mercenario o un delincuente.

Pero los antiguos enseñaban —y Santo Tomás recibe y mejor transmite la lección— que hay una *audacia meramente pasional* y otra *racional*.

La primera es la que llevamos descripta. Intensa en el agredir pero débil en el resistir y, por lo tanto, fácil de quebrarse por el temor a los contratiempos. El hombre dominado por la audacia, se gloría corrientemente de sus fuerzas y ostenta seguridades múltiples. Pero la soberbia de sus gestos y sus palabras se desvanece cuando la lucha arrecia o las dificultades superan lo previsto. Su ánimo decae con la misma facilidad con que crecía su grandilocuencia.

Por el contrario, la audacia racional e inteligente, comienza por no dominar al sujeto sino por ser éste quien la tiene férrea y deliberadamente controlada. Con ella, es capaz de acometer veloz y vehementemente, superando temores y obstáculos y movido siempre por un ímpetu de victoria.

Este modelo de audaz es oponente del miedo y de la duda. Tiene una secreta y firme esperanza que lo impulsa y su mayor atributo es saber resistir y soportar. Calladamente, sin ostentaciones ni bravuconerías; sin anuncios ni amenazas.

Como los mejores guerreros retratados por los clásicos, desdeña la publicidad de sus destrezas o la exhibición de sus capacidades. No es el *miles gloriosus* de *Plauto*, es el *miles Christi* del *Apóstol San Pablo*. Se llama a silencio para hablar cuándo y cómo cuadra. Reza y pelea. Es el hombre indicado para los tiempos difíciles, porque está habituado a moverse entre dificultades y a vencer pese a ellas.

En rigor no es otro que el hombre de la virtud de la fortaleza. Pero sujeto a ella y gobernado por ella, la audacia ha-

ce a los fuertes "inasequibles al desaliento".[13]

En segundo lugar, se requiere *la ira*.

Ahora bien: si la audacia es pasible de una calificación negativa y sólo rescatable aclarando su motivación y su finalidad, cuánto más la ira que es, lisa y llanamente, un pecado capital. Aquel por el que buscamos la venganza y alimentamos el rencor. Puede llevarnos a la *manía* y a la *furia* y lo que es más común, al *odio*, que ya no es una pasión transeúnte, sino permanente que corroe el alma con sus deseos desordenados de maldad. Es *la ira meramente pasional*, la *ira per vitium*, que se hace inveterada, obnubila a la razón, desquicia a la voluntad y degrada al hombre al nivel de las bestias. Nada de esto es cristiano, claro está, y a nada de esto aludimos cuando reclamamos la ira, junto al arrojo o audacia, para recuperar el sentido de la lucha.

Pero aquí también, los Antiguos, y Santo Tomás elevando aún más la sabiduría de aquellos, han hecho distingos y precisiones que bien valen la pena recordar.

Dice el Angélico que hay una forma de ira no sólo lícita y justa, sino en ocasiones necesaria. Es la que sujeta a la razón —y en todo dominada por ella— persigue la aplicación del bien de la reparación y el castigo al mal de la persona o cosa agraviante. Es *la ira racional y voluntaria*, que no deja de ser pasión, pero pasión ordenada y encaminada a obtener un bien arduo y difícil; *la ira per zelum*, la que tuvieron los santos y los profetas, y de un modo distinto pero normativo —puramente espiritual— los Ángeles y el mismo Dios. La santa, bendita y gloriosa ira con que Nuestro Señor Jesucristo alzó la vara en su mano estremecedora, decidido a expulsar a empellones a los que habían convertido en mercado la Casa del Padre.[14]

Sólo un cristianismo inficionado de Jansenismo —con su rechazo u ocultamiento de las pasiones como si todas ellas y

[13] Sobre la audacia, cfr. SANTO TOMÁS, *S. Th.* 1, 2, q. 43, arts. 1, 2, 3 y 4.
[14] Sobre la ira, cfr. SANTO TOMÁS, *S. Th.* 1, 2, q. 46, 47 y 48.

todo en ellas fuese pecaminoso— pudo llevar a la convicción de que lo pasional *per se* es contrario a la virtud, y en ese caso no sólo aconsejar la supresión de las pasiones sino atreverse a enmendar la misma naturaleza humana hecha por Dios. Pero sólo un cristianismo descolorido de pacifismo progresista y por la ética del pequeño burgués, pudo escamotear la importancia de la audacia y de la ira como factores coadyuvantes de la virtud de la fortaleza.

El maestro Santo Tomás de Aquino estaba muy por encima de estas pequeñeces. Maldijo la ira en tanto pecado capital, y explicando el quinto mandamiento, indicó las cinco razones por las cuales el buen cristiano debe evitarla. Porque quien se deja llevar por ella fácilmente es un insensato y un pecador. Porque el que permanece en ella se convierte en iracundo sin capacidad de perdonar ni de reconciliarse. Porque conduce al odio que es la forma más sórdida de violar la caridad. Porque alimenta el orgullo y la injuria. Y porque, al fin, ciega a la justicia.[15] Pero hechas estas salvedades imprescindibles, también es cierto que enseñó que la ira racional "tiene cabida en el sabio", que no es una potencia inútil ni nociva y que "cuando alguien se irrita cuando debe y en cuanto debe, entonces es un acto de virtud y se llama celo".[16]

Y enseñó asimismo, para todos los siglos, que también "el valiente hace uso de la ira en el ejercicio de su propio acto... porque el abalanzarse contra el mal es propio de la ira, y de ahí que pueda ésta entrar en inmediata cooperación con la fortaleza".[17]

No se trata de desconocer el valor de la mansedumbre, ni la advertencia de que seríamos enviados como ovejas entre lobos. Tampoco se niega la preeminencia del resistir sobre el agredir y el valor de ofrecerse como víctima antes de hacer víctimas.

[15] Cfr. Santo Tomás, *Mandamientos*, V, 139 y ss.
[16] Idem ant. 141 y ss.
[17] Cfr. Santo Tomás, *S. Th.* 2, 2, q. 123, a. 10, ad. 3.

Pero la mansedumbre no es incapacidad de airarse y la fortaleza del cristiano tiene que estar dispuesta a un "hasta que", a llegar a un extremo en el que —agotados todos los demás recursos— sea preciso el *insilit* y el *aggredi*, el *sublevarse* y *atacar*. En tal caso, nada puede impedir a la conciencia cristiana el riesgo de la acometida y el belicoso asalto. Sabiendo que más allá de los resultados temporales, siempre podrá asegurársele al malvado lo que le gritó San Pablo al sumo sacerdote que ordenó su tortura: "A tí te golpeará Dios, muro blanqueado".

La ira, entonces, es una energía constructiva y movilizadora que aparece como conveniente y hasta imprescindible cuando está en juego una meta que se resiste a los intentos fáciles, un *bonum arduum* para cuya conquista y cuidado se necesiten derribar obstáculos inhabituales y sortear impedimentos mayúsculos. La fuerza del enojo justiciero, la indignación ante la corrupción y el caos, el enfadarse contra los conculcadores de la Verdad, son actitudes irreprochables, a través de las cuales el cristiano debe entusiasmarse en arrollar a los enemigos de Dios. No son acciones que vayan contra la razón, por el contrario, la razón gana en acometividad, como dice San Gregorio Magno, si la ira contribuye poniéndose de su parte. Y la ira se mantiene en quicio y evita la iracundia si está sostenida y gobernada por la inteligencia. Pero lo que debe quedar definitivamente en claro, es que no se puede ni se debe desarraigar del corazón del hombre esta pasión si no se quiere mutilarlo. Tampoco se puede ni se debe reducir el cristianismo a un dulzor de eunucos o a los soponcios de damiselas abanicadas. La falta de coraje y de noble irritación no define al cristianismo sino a su parodia. Sobre esta parodia terrible de un "cristiano sin lágrimas" y sin batalla, se construye ese sórdido "mundo feliz" que desenmascarara *Aldous Huxley*. En él, el hombre ya no se agita ni se dispone a correr riesgos y peligros en la lucha, se lo somete "regularmente, una vez al mes, al tratamiento obligatorio de S.P.V. (Sucedáneo de Pasión Violenta)", a través del cual se le inocula "un equivalente fisiológico completo del temor y de la ira", con todas las garantías del laboratorio. La química reemplaza así a las pasiones y a los

sentimientos, y todos podrán "enojarse" metódicamente para compensar el organismo.[18] Pero sobre esta parodia del cristianismo, no sólo observable en la ciencia ficción, han elaborado también sus befas los innúmeros Nietzsche, y han construido su "religiosidad" los píos premios Nobel de la paz.

La verdad es bien distinta. El cristiano es varón de pelea probada. No la declama ni la provoca. La espera y la acepta; la lleva a cabo. Ni se considera invulnerable ni se cree inmune. Su mérito es combatir sabiéndose falible y contingente. Frente a un enemigo que lo dobla en poder pero que no puede igualarlo en la certidumbre final de la victoria.[19]

Junto a *la recta audacia* y a *la santa ira*, hemos de pedir también *la alegría*. Ante todo, porque ella es la compañera natural del alma cristiana. Sin alegría no se puede ser cristiano ni combatir como tal. Ella está presente en el corazón mismo de la Iglesia, porque la Esposa de Cristo no podía ser triste. San Hilario la llama precisamente: "Musa de la Alegría que habita en la tierra de los justos". Y tendrá siempre razón Bernanos cuando define a un pueblo cristiano por su envés: "¿qué hacéis con la gracia de Dios, no debía irradiar de vosotros? ¿Dónde diablos escondéis vuestra alegría?" Es que quien la esconde o no la trasunta ha perdido el orgullo y el vigor de saberse cristiano. Chesterton dice que es un bien recóndito y secreto, pero ello no quiere decir que sea incomunicable sino que es inviolada. Se puede despojar al pagano de la publicidad de su algarabía, pero no se puede arrancar de la intimidad del bautizado el motivo de su alegría.

La alegría, pues, es una presencia viva entre los combatientes cristianos. Está atestiguada en los sagrados textos y en

[18] Cfr. HUXLEY, ALDOUS, *Un mundo feliz*, Barcelona, Plaza y Janes, 1984, p. 183.

[19] Sobre este tema de la ira véase además: SANTO TOMÁS, *De Malo*, 12, 1 y PIEPER, JOSEF, *Las virtudes...* ob. cit. *Fortaleza*, IV, p. 202 y ss. y *Templanza*, VII, p. 282 y ss.

la tradición bimilenaria, en los ángeles que exultaban de gozo como mensajeros o adalides del Señor de los Ejércitos, y en los mártires que paralizaban las risotadas del circo con la sonrisa inefable de los ojos que han presentido el Paraíso. En los sabios y en los santos, en los héroes y en los poetas, en todos los que de palabra u obra, de espíritu y de sangre, alabaron y celebraron la majestad de Dios Uno y Trino. En la Cátedra de Vida Eterna y en la Historia de la Conquista y Expansión de la Fe. En los bienaventurados a los que les fue dicho "alegraos y regocijaos". Y está en María Santísima —*causa nostra laetitia*— y en Nuestro Señor Jesucristo, que nos sigue atajando por los caminos, como a los discípulos de Emáus, para reprocharnos: "¿por qué estáis tristes?"

Sin alegría, repitámoslo, no se puede combatir. Y si lo hacemos prescindiendo de ella o habiéndola perdido sin remedio, nuestra batalla llevará otro emblema y será yerma. La alegría es el resultado de saber que se trabaja por la justicia; mas por sobre todo, es el fruto de tener lo que se ama. ¿Cómo no ha de ser alegre el cristiano que sirve a un Rey y Señor que es el Amor mismo?; ¿cómo no resplandecerá en su ánimo el brillo de la alegría si se sabe soldado del Amor Invicto?; ¿cómo, en suma, a diferencia de tantos substitutos o sucedáneos de la alegría, él no tendrá el verdadero júbilo, el genuino alborozo, el auténtico y duradero regocijo?

Y será la alegría la que coloree su vigor en los momentos de briosa iniciativa, y la que impida que decaiga su ánimo en los duros momentos del fracaso y la retirada. Porque la alegría verdadera no sólo estimula y empuja, sino también, y mucho más, sostiene en las caídas y alienta en la flojedad. Es una posesión íntima, una certidumbre privada que brota de la Fe, y que no abandona fácilmente al cristiano mientras éste se mantiene unido a las fuentes en que aquella abreva. Quien vive en la plenitud de la ortodoxia guerrea por ella, quien se sabe continuador en tiempo y espacio de una lucha antigua cuyos adalides llevaron el corazón transido de alegría, quien entiende como Santo Tomás Moro que el aburrimiento y las lamentaciones vanas son concesiones a los planes del Demonio, quien abre, al fin,

de par en par las puertas a la Verdad Crucificada, no puede estar dominado por la angustia. Antes bien, ésta parece acompañar indefectiblemente el rictus habitual de los herejes y la pose intelectual de los modernos renegados.

Por eso, escribió bien Anzoátegui sobre las diferencias entre nosotros y los ingleses cuando las primeras invasiones del siglo pasado, y cantó mejor aún las razones secretas de nuestra victoria:

"Ellos traían su tristeza
la invencible tristeza inseparable del crimen de herejía
y nosotros teníamos, por encima de todo, nuestra alegría.
La alegría de reír cuando ríe la pajarería de la vida
presente
y, con la alegría de la vida futura, la divina alegría de
llorar limpiamente;
de llorar de alegría por el viejo pecado
que iluminó la sangre transparente de Jesucristo
Resucitado...".[20]

Lamentablemente, la tristeza y la protesta, típicas de la modernidad (porque dígase lo que se quiera, pero el Medioevo era alegre como buen tiempo de fiesta y de culto, y pícaro hasta el desparpajo con esa libertad propia de los hijos de Dios; la nuestra en cambio es época repleta de bullicio pero vacía de alegría); la protesta y la tristeza, decimos, se han impuesto como moda y garantía de pretendida seriedad. Pero estos especialistas de la seriedad dan risa. Ése es su castigo. Porque una cosa es la inquietud del corazón cristiano que se duele por lo que ama y ve escarnecido, o que padece, como decía Castellani, por poseer "algo en cierto modo infinito encerrado en algo finito". La aflicción del creyente, las lágrimas del perseguido o la turbación del espíritu religioso. Esta inquietud ha acompañado

[20] ANZOÁTEGUI, IGNACIO B., *Poema de las Invasiones Inglesas*. En su: *Antología Poética*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1952, p. 119 y ss.

a los grandes hombres sin ostentaciones públicas, como una callada y silente cruz; y frente a ella cabe el deber de la misericordia y del auxilio. Pero otra cosa es la angustia del pecado, esa angustia inmanente y ahogada en sí misma por la complicidad con el mal, que se exhibe ridículamente como trofeo de sensibilidad cultural o social. Son los profesionales de la tristeza. Hijos de una época a la que han contribuido a disolver, ni siquiera saben ser placenteramente paganos. Como el *Mr. Hirt* de Chesterton, el moderno profesional de la tristeza "se apesta de purgas de hiel para hacerse un atroz vejestorio", se alimenta "de espinacas cocidas con té" y prepara "conferencias pro ley del divorcio" rodeado de viejas tías solteronas. Porque los que viven sin Cristo tampoco tienen el placer.[21]

El cristiano debe huir de esta angustia letal y falsificada que se le quiere contagiar en nombre del compromiso con el "drama contemporáneo". Sabiendo que el primer gran drama es haber despojado del corazón de los hombres y de las naciones la fuente de su más alta alegría. Debe huir de los grises y tibios con la misma tenacidad con que ha de estar pronto para consolar a los que genuinamente sufren, con el estandarte de la alegría cristiana.

Por eso, en su *Didáctica de la Alegría,* lo primero que hace Marechal es enseñar a escapar de los tristes:

"...Desertarás primero la tristeza,
con su país de soles indecisos...
La tristeza es el juego más tramposo del diablo...
Una vez expulsada la tristeza,
cuídate de los tristes:
ellos no ven la luz como no sea
por el solo agujero de sus flautas..."[22]

[21] CHESTERTON, GILBERTO K., *Problema*. Seguimos la traducción originalísima del Padre Castellani. Cfr. CASTELLANI, LEONARDO, *Crítica Literaria*. En su: *Crítica Literaria y notas a caballo de un país en crisis*, Buenos Aires, Dictio, 1974, p. 177.

[22] MARECHAL, LEOPOLDO, *Didáctica de la Alegría*. En su: *Heptamerón*, Buenos Aires, Sudamericana, 1966, p. 23 y ss.

Pero enseñando a la vez, cuál ha de ser la conducta de un verdadero alegre, escribe estos versos:

"...Sea la paz el agua de tu día
y el vino de tu noche.
Pero si la justicia te llamase a una guerra,
ceñirás tu buen casco y empuñarás tu lanza.
Y verterás tu sangre y la del otro,
fiel a una rigurosa economía.
La tierra se alimenta con la sangre del justo,
y con la del injusto se purga sabiamente".[23]

La guerra justa, pues, está en los planes del alegre, y su alegría armada será la guerra justa.

El cristiano debe atender a esta Didáctica. Para vencer definitivamente la tristeza. Para quebrar la medianía de los grises. Para recuperar el sentido de la Batalla Sagrada.

Con una audacia que sea derivación de la valentía. Ni altanerías ni amenazas, ni gestos hoscos ni poses provocativas. Ya quedó dicho. Comportamientos heroicos en el silencio del deber cumplido, teniendo sólo a Dios como testigo.

Con una ira que sea el resultado de la templanza. Ni la irritación del energúmeno, ni el berrinche del obcecado, ni el odio del poseso. La santa ira para vengar agravios y desfacer entuertos.

Con una alegría que sea el fruto del Amor. Difícil alegría que sobrevuela altiva y serena por encima de la angustia y de la exaltación pasajera. Alegría de cáliz transubstanciado, de Ángel ceñido con espada justiciera, de bandera izada hasta el tope en día de Triunfo. Alegría de milagro solicitado a la Medianera de todas las Gracias. Como lo cantó Gonzalo de Berceo:

"Miraglos muchos fase la Virgen siempre pura.
Aguardando los coytados de dolor e de tristura".

A Ella finalmente, volvamos nuestra alma, en esta lucha

[23] Idem ant. p. 36-37.

por reaprender a luchar. Y si alguna vez nos sobreviene la pena y el desasosiego, pidámosle con el Arcipreste de Hita, en el viejo castellano de nuestros orígenes:

> "Estrella del mar, puerto de folgura
> De dolor singular e de tristura
> Venme librar
> E confortar
> Señora del altura.
> Nunca fallesce tu merced cumplida
> Siempre guarece —cuitas e da vida
> Nunca peresce
> Nin entristece
> Quien a ti non olvida..."

Capítulo II
El Sentido de la Lucha en Grecia y Roma

La Preparación Evangélica

Un importante debate, de esos destinados a no concluir fácilmente, ha planteado desde hace ya bastante tiempo, las relaciones entre el universo grecorromano y el Cristianismo. No es una discusión en torno a la existencia de tales relaciones, sino a partir de la certeza de las mismas. Más propiamente, sobre si han constituido una *separación* o una *continuidad* histórica.

Las argumentaciones se entremezclan y combinan. Parece obvio sostener que la historia humana es un *continuum*, se conciba éste linealmente o al modo hegeliano de sucesivas superaciones dialécticas. Y hasta Spengler —que creía firmemente en las almas intransferibles de cada gran cultura— no podía dejar de admitir una cierta comunicabilidad entre ellas. Pero la cuestión está en dilucidar si hay sólo sucesividad cronológica o si, por el contrario, una eterna raíz común enlaza y vertebra esas horas del hombre en el mundo. Si hay sólo una diacronía o sincronía física, o una Creación común regida por un Padre Creador y Providente; si únicamente se registran contactos interculturales, o si las distintas expresiones de la civilización no son sino semillas de un mismo Logos fundante, voces de un Verbo Original.

En el caso que nos ocupa —el de las relaciones entre la Helenidad, la Romanidad y el Cristianismo—, se han negado o afirmado por razones encontradas. Defensores exacerbados

del paganismo, reclaman, a la par que su superioridad, su autonomía histórica y una comprensión del mismo que no establezca comparaciones. Estudiando los dioses griegos, *Walter F. Otto*, concluye en que "el resto de las religiones no nos ayudan, y la griega no es igualable con ninguna".[1] Por su parte, *Louis Rougier* y la *Nueva Derecha* creen que el daño irreparable de la Iglesia consiste en haber derrumbado el Viejo Occidente pagano, cuya gravitación exaltan.[2] Y defensores extraviados del Cristianismo, lo imaginan "incontaminado" de antigüedad clásica, estableciendo una contraposición tajante. Tal, entre otras, la posición de *Charles Moeller*, que funda su antagonismo irreductible en la presunta ausencia de tres nociones claves en el horizonte helénico; la noción de pecado, la de dolor y la de misericordia.[3]

[1] OTTO, WALTER F., *Los dioses de Grecia. La imagen de lo divino a la luz del espíritu griego*, Buenos Aires, Eudeba, 1973, p. 241. La religiosidad griega, según Otto, supera a la cristiana por su falta de dogmatismo y de espiritualidad sobrenatural, e incluso, por su ausencia de "humillaciones" culturales, con sus plegarias e imprecaciones varias. Los griegos no necesitaron una "revelación autoritaria", ni una "escritura sagrada" que les indicase "lo que es indispensable saber o creer" (cfr. igualmente su *Teofonía*, Buenos Aires, Eudeba, 1978, pptte. *Introducción*). Por cierto que estos juicios, amén del carácter despectivo, son por lo menos discutibles aún desde el punto de vista puramente helénico.

[2] Cfr. ROUGIER, LOUIS, *Le conflit du christianisme primitif et de la civilisation antique*, Paris, G.R.E.C.E., 1974. El libro tiene prólogo de Alan de Benoist y expresa el pensamiento de toda la *nouvelle droite*. Para un análisis crítico de esta postura, véase: DUMONT, JEAN, *La Iglesia ante el reto de la Historia*, Madrid, Encuentro, 1987, I parte, cap. 1.

[3] Cfr. MOELLER, CHARLES, *Sagesse grecque et paradoxe chrétienne*. Paris-Tournai, Casterman, 1948. No es nuestro propósito considerar ahora los múltiples matices críticos a que podría someterse esta posición. Respecto de la ausencia de la noción de pecado, coinciden entre otros, THEODORORE PARKER (cfr. JAMES, W., *The Varieties of Religious Experience*, Fontana Library, 1960), A. J. FESTUGIÈRE (cfr. *New Scholasticism*, V, 1931, p. 88-94), SÖREN KIERKEGAARD (cfr. *Sydonmen til Doeden*. En: *Samlede Vacker*, V, Copenhague, 1920). Otros autores en cambio, han entrevisto claramente entre los griegos, y no sin fundamentos, no sólo la noción de pecado sino también la de remordimiento, castigo y necesidad de examinar la conciencia. Tales, por ejemplo, E. R.

En el medio de estos ejemplos dispares, hay lugar para las idealizaciones más bellas y utópicas de los principios griegos y romanos —piénsese si no en *Winckelmann* o en *Goethe*— y para una condena de los mismos por su condición protocristiana. Siempre habrá un *Nietzsche* que le reproche a Platón, haber sido "tan cristiano antes del Cristianismo".[4] O un *Toynbee* que justifique el rechazo pagano a la Fe Católica,[5] o un ya citado *Spengler* que convoque a rescatar el espíritu fáustico contra un cristianismo considerado enclenque.[6] O un *Peyrefitte* que siga reprochándole al Catolicismo, ser portador del "mal romano heredado del estado cesarista".[7] Como se ve, hay opciones para los rumbos más atravesados.

Lejos de estos extravíos y de cualquier innovación en la materia, consideramos sencillamente, con la mejor tradición historiográfica de la Iglesia, que cabe una *interpretatio christiana* de la antigüedad clásica; y que la misma nos la hace ver y entender como una *praeparatio evangélica*, como una prefiguración del mensaje revelado, como una anticipación de la plenitud de tiempo y de espacio que significó la Encarnación. No es sólo una continuidad genética al modo historicista, es una relación fontal, como la que guardan las ramas más altas respecto del leño madre. Los *semina Verbi* crecieron bajo el cielo de la Hélade y al calor de la lumbre romana. Y anunciaron recónditamente el misterio de Dios Uno y Trino, generador y padre del

---

DOODS (cfr. *The Greeks and the irrational*. Berkeley, Los Ángeles, 1956), E. F. THOMPSON, E. NORDEN, K. PRAECHTER, J. JAHNEL, M. KÄHLER, etc. Más próximas, véanse las obras de MONDOLFO, RODOLFO, *La comprensión del sujeto humano en la cultura antigua*, Buenos Aires, Imán, 1955 y LASSO DE LA VEGA, JOSÉ S., *Ideales de la formación griega*, Madrid, Rialp, 1966.

4 NIETZSCHE, FEDERICO, *El Ocaso de los Ídolos*, Buenos Aires, Siglo XX, 1979, p. 103-104.

5 TOYNBEE, ARNOLD, *La Civilización Helénica*, Buenos Aires, Emecé, 1975.

6 SPENGLER trata este tema tan suyo, especialmente en *La Decadencia de Occidente*, Madrid, Espasa Calpe, T. II, 1947.

7 Cfr. PEYREFITTE, ALAIN, *El Mal Francés*, Barcelona, Plaza y Janes, 1980.

único mundo conocido.

Semillas plantadas por Una Sola Mano, fructificaron con el sello del Divino Sembrador. Y asomaron los tallos y los brotes en paisajes tantas veces oscuros y tenebrosos, al modo de una ráfaga del sol. Semillas transfiguradoras de la realidad y anunciadoras de una Buena Nueva. Vestigios del Génesis universal e irrepetible. Por eso, pudo escribir San Basilio que "la flor de la antigüedad clásica pertenece al pueblo de Dios", y que "la sabiduría antigua anuncia la verdad cristiana".

Grecia y Roma constituyen de algún modo —y así lo comprendieron los Padres— una preparación remota de la Encarnación. *Preparación del Testamento,* la llamaba San Eusebio; y en alguna forma lo era, ciertamente. Porque esos filósofos y poetas, en quienes está la síntesis del mundo antiguo, atisbaron entre sombras el resplandor del Dios Verdadero. Del *deus absconditus y crucifixus* por el que sentían nostalgia en medio de las tinieblas politeístas. Un cansancio de dioses indeseables les estremecía el alma, y una disposición a recibir el auténtico Espíritu los cubría de anhelos y, a veces, de remordimientos. "Primer Principio" —rezaba Cicerón— "ten piedad de mí".

Ese hombre antiguo —no todos, es cierto, sino "por intermedio de pocos", como enseña Santo Tomás, y "paulatinamente y como a tientas"—[8] tuvo la experiencia de la antelación de la Verdad. "Como el niño que roba un pez de oro a las aguas, se levantaba henchido y deslumbrado y las nombraba con el verbo de sus artes, como divina. La germinación de la vida, el rodar del mundo, del sol y de la luna, las venas de los ríos, la savia y la sangre, todo para él flotaba sostenido por raíces de misterio, las cuales, bajo la presión inconsciente del Bien Infinito perdido y la nostalgia inviolable del hombre por ese Bien, eran... como el centellear de un fondo de llamas y de aguas inmensas".[9]

[8] Santo Tomás, *S. Th.* I, q. I, a. I, in corp.: I, 44,2; y *De Pot.* 3,5.
[9] Cfr. Petit de Murat, Mario José, Fray, *Jesús, el Cristo, Hijo de Dios e*

Es posible entonces, leer los días de Grecia y de Roma *sub specie anticipationis* del Cristianismo. Días de inspiración que anunciaban otros de transfiguración salvífica.

No es ésta una fácil celebración del humanismo clásico al estilo de Renán, en su oración laica y racional en la Acrópolis de Atenas. Tampoco un desconocimiento de las graves limitaciones del paganismo, aun desde el punto de vista filosófico. En tal sentido, siempre será prudente tener en cuenta el texto del Aquinate citado precedentemente. *A tientas y paulatinamente caminaron tras la verdad, sin poseerla plenamente.* Pero la búsqueda del sentido cristiano —sea de la lucha, como en este caso, o de la simple existencia en su acepción más amplia— no puede prescindir de los antecedentes griegos y romanos. Esta prescindencia es, precisamente, una de las razones fundamentales por las que se suele circunscribir la tradición occidental y católica a una duración más o menos larga pero que no llega nunca a su verdadera matriz.

Hoy, que el pensamiento moderno rechaza expresamente las categorías helénicas y romanas y que aun dentro de la Iglesia Católica no faltan quienes desconocen u omiten la viva tradición clásica en aras de oscuros sincretismos, o reducen el mensaje de Grecia y de Roma a una imperdonable referencia didáctica. Hoy que se habla con ligereza del "judeocristianismo" —como si fueran lo mismo Abraham y Melquisedec, la Cábala y el Talmud, la Encarnación y el Deicidio— pero nadie recuerda la condición propedéutica del testimonio Antiguo para los cimientos de nuestra Fe. Hoy, que se ha olvidado a San Pablo predicando en el Areópago sobre el dios escondido —citándole a los helenos uno de sus poetas para enseñarles que "somos linaje suyo" (Hech, 17,82)— y a San Juan exaltando la belleza del Logos entre romanos y efesios, con su palabra iluminada, como lo veía Ana Catalina de Emerich. Hoy, hay que volver

---

Hijo del Hombre, Tucumán, Grupo de Estudios del Tucumán Fray Petit de Murat, 1988, p. 16-17.

los pasos hacia los poetas y los sabios de la civilización grecorromana. Ellos guardan mucho más que una lección humanística. Ellos guardan la memoria y la interioridad de la Tradición de Occidente.

San Justino decía que el Verbo se había hecho escuchar por boca de Sócrates. Y San Eusebio —precisamente en su *Preparación Evangélica* (XIII, 14,2)— elogiaba en Platón el haber alcanzado "los propileos de la Verdad". Con gran razón concluye *Jaeger* en la solidaridad esencial entre la *paideia griega* y la *paideia Christi*,[10] y agudamente *Dumont*, señala que "las Antígonas no pueden ser más que católicas". Porque en buena ciencia, difícilmente pueda inteligirse otra cosa, en el gesto de la heroína de Sófocles, que un preanuncio de la verdad cristiana.[11] Y hasta el mismo *Toynbee* trae, entre sus páginas desacertadas, este aserto notable. "Jesús es la tercera persona del singular de un verbo semítico, pero Cristo es el participio pasado de un verbo griego".[12]

También el Padre *Festugière*, con la precisión de su veteranía en la materia, advirtió este providencial entrelazamiento, a cuya dilucidación le ha consagrado páginas profundas. Y si por un lado nos recuerda que es un error confundir al paganismo con el burdo politeísmo, al punto que los Padres de la Iglesia tomaron de los mismos filósofos griegos sus argumentos contra las mitologías. Y si puede asociar la noche oscura

[10] Cfr. JAEGER, WERNER, *Cristianismo primitivo y paideia griega*, México, Fondo de Cultura Económica, 1965.

[11] DUMONT, JEAN, *La Iglesia...*, ob. cit., p. 66. Leopoldo Marechal ha explicitado bellamente esta idea en su *Antígona Vélez*. La heroína entierra, pese a todo, a su hermano traidor, cumpliendo los preceptos de la piedad cristiana que en su furia había mandado violar Don Facundo Galván. Y en la improvisada tumba del desdichado Ignacio, clava una cruz que ella misma le hizo. "Ella sola" —repite Lisandro, hijo de Don Facundo— "ella sola, con una pala en el hombro y una cruz en las manos" (Cfr. MARECHAL, LEOPOLDO, *Antígona Vélez*, Buenos Aires, Colihue, 1989, Cuadro Tercero).

[12] TOYNBEE, ARNOLD, *La civilisation à l'épreuve*, Paris, 1951, p. 237. Cit. por DUMONT, JEAN, *La Iglesia...*, ob. cit., p. 42.

y el martirio de *Orestes* al drama cristiano. Y retratarnos a Sócrates de tal modo que parece entresacado de uno de los pasos del Vía Crucis. O recordarnos que el Apóstol había mandado tener en cuenta todo aquello que fuese justo, amable y puro en las generaciones venideras. Por otro lado, y con no menos énfasis, nos enseña que la Religión de Cristo no es un sincretismo de leyendas helénicas, romanas y orientales, ni una evolución natural de creencias paganas, ni un remedo de antiguas supersticiones, como con ignorancia culposa han querido ver marxistas y funcionalistas. Y no lo es a tal extremo, que recreando un diálogo imaginario pero posible, entre San Pablo y un pagano culto contemporáneo que lo escuchase, Festugière demuestra la posible incompatibilidad en que habrían caído. Porque mas allá de las prefiguraciones, la Fe de Cristo y en Cristo fue raigal y substancialmente una Buena Nueva. Y sobre todo, una conducta nueva, movida por algo que les era absolutamente desconocido: la caridad. La caridad fundada en un dios que no era simplemente el Demiurgo del Timeo, o el Motor Inmóvil de Aristóteles. Era un Padre Misericordioso, Rey y Señor del Amor Invicto.[13]

[13] Cfr. Festugière, A. J., *La esencia de la tragedia griega*, Barcelona, Ariel Filosofía, 1986; pptte. caps.: *Aspectos de la religión popular griega*, y *Pensamiento griego y Pensamiento Cristiano*. Véase asimismo, del mismo autor: *Libertad y Civilización entre los griegos*, Buenos Aires, Eudeba, 1972; pptte. cap. 3. Y, *Sócrates*, Buenos Aires, Inter Americana, 1943; pptte. cap. VI. Festugière establece una serie de distingos entre los cultos y creencias paganas y el Cristianismo, dirigidos precisamente a aquellos que "quieren hacernos creer que la Religión de Jesús-Hombre-Dios es una réplica del viejo uso, corriente desde Alejandro, de divinizar a aquel ser humano particularmente benéfico para la humanidad" (cfr. *La esencia...*, ob. cit., p. 84). Hay que tener en cuenta en ese sentido, que esta es la acusación más repetida por el positivismo y recogida posteriormente por el marxismo, sobre todo desde el psicoanálisis (cfr. vg.: Freud, *El porvenir de una ilusión*, y *Totem y Tabú*) y desde las variantes etnológicas estructuralistas y funcionalistas. (Cfr. Engels, *Historia del Cristianismo Primitivo, Bruno Bauer y el Cristianismo Primitivo;* Loisy, *Nacimiento del Cristianismo*; Kautsky, *Orígenes del Cristianismo*, etc.) En cuanto al actual sincretismo judeocristiano pregonado por algunos pseudoecumenistas, se olvida

Puede decirse entonces, con propiedad, que sin plagios ni sincretismos, sin evoluciones genéticas ni hipótesis transformistas, la Cristiandad se fue asentando hermosamente en los pilares gloriosos de la civilización griega y romana.

La latinidad del Imperio —con su unidad política, jurídica e idiomática— fue además el recipiente apto para que pudiera crecer la universalidad de la Iglesia y expandirse la palabra del Evangelio. "Didicerunt omnes homines" —dice San Ambrosio (*Enarrationes in Psalmos XLV*, 21)— sub uno terrarum imperio viventes, unius Dei omnipotentis imperium fideli eloquio confiteri". Pero antes, Dios lo quiso, hizo falta la sangre fresca y fecunda de los mártires. Y "así como Dios eligió al pueblo de Israel para que de su seno naciera el Mesías, eligió una civilización para establecer sobre ella su Iglesia. De Israel exigió la lealtad a la Alianza, y sobre los que fueron fieles edificó su comunidad sacrificial. De la latinidad habría de tomar las obras: el idioma, las creencias, el derecho, el arte, los criterios políticos, económicos y militares. En una palabra, todo eso que la latinidad, asumiendo el esfuerzo genial de los griegos, plasmó con su genio peculiar".[14]

Grecia y Roma, en suma, cada una a su modo y con lo suyo, se comportaron como vehículos del Verbo, como camino a través de los cuales, los hombres pudieron acceder y conocer a quien dijo: "Yo soy el Camino".

---

que una cosa es el hebraísmo que se convierte y cristianiza, y otra el fariseísmo judaico, que sigue, empecinadamente, vanagloriándose y reivindicando el Deicidio. (Cfr. al respecto, el trabajo de CARLOS A. DISANDRO: *La Herejía Judeo-Cristiana*, Buenos Aires, Struhart, 1983). Finalmente, sobre los límites de la filosofía antigua y la novedad y la superioridad intrínseca de la metafísica cristiana, cfr.: ALBERTO CATURELLI, *La metafísica cristiana en el pensamiento occidental*, Buenos Aires, Ediciones del Cruzamante, 1983, pptte. *Introducción* y cap. 1.

[14] Cfr. CALDERÓN BOUCHET, RUBÉN, *¿Civilización latina o judeocristiana?* (*Gladius*, n. 1, Buenos Aires, 1984, p. 102). Del mismo autor, *Formación de la Ciudad Cristiana*, Buenos Aires, Dictio, 1978, pptte. cap. 1.

Con estos distingos hechos —bien que de un modo precario e insuficiente— cabe plantearse el interrogante fundamental para nuestro tema. Tal el interrogante acerca del sentido griego y romano de la lucha, de su aporte a la comprensión cabal de este deber humano ineludible, y de su contribución a la perspectiva cristiana.

El griego era un pueblo acostumbrado al combate. Tuvo que luchar para imponerse en su propia geografía, y para mantenerse soberano en cada uno de sus predios. Tuvo que dar batallas contra extranjeros hostiles, y conoció las adversidades internas que lo desangraron durante años. Formó a sus hombres para el alistamiento marcial cuando fue necesario, e imprimió un cierto estilo de campamento en marcha a la educación de sus ciudadanos. Las aguas de sus mares cobijaron navíos, definitivamente anclados después de las refriegas, y las alturas de sus montes presenciaron hazañas que habrían de contarse. Mares y montes, llanuras y colinas, ciudades y plazas en las que señoreó la luz de la vida contemplativa, fueron también —o por lo mismo— espacios para *Ares*, aquella deidad con atributos de casco y lanza bajo cuya tutela se emprendía la guerra. Pero profundamente religiosos como eran (Hölderlin propuso su piedad como ejemplo) sabían que ningún signo terreno dejaba de tener su correlato entre los signos celestes. La lucha, entonces, era cosa de la tierra, pero también y como todo, dependía de lo Alto. Pugnaban las falanges y los tercios en un juego de músculos y de hierro, pero el combatiente debía conocer primero los valores y los ideales a cuyo servicio había fraguado la carne y el metal de su cuerpo guerrero.

Defender el orden de la ciudad entrañable o la justicia de una causa, era defender el orden y la justicia arquetípicos que encarnaban los conductores y los jefes. La memoria de los modelos impedía la deslealtad, su imitación aseguraba la victoria. Y una opción tajante se imponía: o la mediocridad de una vida muelle o el desafío de *Píndaro* de "llegar a ser lo que eres". Para unos, la oscuridad del alma dominada por las fuerzas inferiores. Para

otros, el esplendor de la areté. Para los desertores de la eternidad, el olvido y la niebla. Para los heraldos de la sabiduría y de la belleza, el refulgir de la gloria. Espíritu trágico, personalidad tensa, inteligencia clara, lenguaje conciso de definiciones unívocas, así era el griego en la vida y en la ofrenda, en la fatiga, el sacrificio y el combate.

Su virtud de soldado era avanzar intrépido. Sin treguas ni reposos, y sin rehuir las ocasiones de peligro. Tampoco conocía la misericordia y su brazo alzado no tenía más límites que las fronteras de su espada filosa. Pero en la guerra o en la paz estaba sujeto a la implacable *moira* como al destino ineluctable, y su verdadera fortaleza consistía en ejercitar la mesura evitando todas las formas de *hybris*, es decir, de soberbia y de descontrol. La principal batalla, entonces, no era misión de hoplitas sino de sabios, y se libraba una vez más en el interior del hombre. Porque si algo tenía en claro el griego era la correspondencia íntima entre la *ciudad* y el *alma*. Como una juntura invisible pero viva, las sabía ligadas en relación directa. Y si el alma semejaba un microcosmos, la polis podía ser considerada un macroántropos. Por eso, la *paideia* y la *politeia* marchaban paralelas, y la Patria se hacía fuerte o se desmoronaba, ante todo, en el alma de sus hijos; principalmente en la de aquellos llamados a regir sus destinos. La soberanía de la Patria o su decadencia irremisible estaba en juego en un combate más singular que el de los titanes: el combate del espíritu por su virtud. La hora de la ruina política, por lo tanto, es la hora de la decrepitud y de la vulgaridad de las almas rectoras. Las horas de epopeyas nacionales, en cambio, están marcadas primero en el señorío espiritual de sus caudillos, poetas y gobernantes.

La misma idea de la divinidad contenía e inspiraba contiendas. Es una fuerza y una acción que el griego sentía cerca suyo. Empuja y enardece en la adversidad, aconseja o resuelve en la duda, y hasta puede auxiliar físicamente cuando flaquea el brazo. Pues el hombre solo no era, como quería *Fausto*, aquel que "entonces sí, valdría la pena ser un hombre"; era "el sueño de una sombra", decía *Píndaro*, "pero cuando el esplendor viene del cielo, él brilla en la luz y la vida es delicio-

sa" (*Oda Pítica* 8,95). El hombre sin la divinidad se anonada y extingue. Con ella en cambio, se plenifica y se resuelve a obrar.

Cada hombre, por lo tanto, y con cuanta más razón si ha elegido el oficio de combatir, ha de buscar de un modo constante la vecindad y la protección de una divinidad tutora. Ha de escucharla en la soledad de sus decisiones trascendentes y acatarla con humildad en sus premoniciones graves. La locura y la tragedia de *Ayax* que nos describe Sófocles, es precisamente la del guerrero soberbio que pretendió emprender conquistas y logros prescindiendo de la divinidad. "¡Diosa!" —se atrevió a decirle a Atenea— "cuida de los otros argivos, porque donde estoy yo la falange es irrompible". Y el guerrero envanecido sucumbió. En las antípodas de su gesto, la *Ilíada* nos pinta al hijo de *Oileo* que reconociendo la presencia de Poseidón en medio de la refriega, sólo tiene palabras para exclamar: "mi corazón se levanta con renovado deseo de combatir, pies y manos están llenos de impulso torrentoso". Es la gratitud del que se sabe indigente si desde Arriba nadie baja en su auxilio.

La divinidad custodiaba y preservaba el orden, y era capaz de la mayor severidad contra aquellos que lo vulnerasen, como sucede con las *Erinnias*. La divinidad se enfurece, y vuelve su ira sobre los que faltan a la tradición de los antepasados. Porque fallar a la ley que rigió y regirá el Principio es provocar el caos. Sin embargo y paradójicamente, esta idea divina tan celosa de los valores arcaicos no era concebible en la representación de una figura anciana. Antes bien, buscaba las imágenes que la exaltaran juvenil y floreciente. Así la sacralidad se revestía de frescura, y desde las alturas etéreas instaba a los hombres a una vida amorosa. Pero quien volviese la espalda a sus requerimientos envejecía de corazón y de voluntad, perdía entidad y potencia.

Aquiles con su quiebra de la compasión ante *Héctor*, quiebra a su vez los fundamentos de "la muda tierra" y recibe la admonición de Apolo. *Prometeo* se rebela contra principios primordiales y su expiación es durísima. Y hasta los *Titanes* son dominados y vencidos por los *Olímpicos*, que restablecen así el

orden alterado. Porque el *Titán* es la artimaña y el fraude, y el *héroe olímpico* la orgullosa frontalidad en la pelea. Un símbolo más de que en la concepción helénica de la lucha no vale antes la musculatura que el espíritu.

Aquellos tiempos heroicos, lo eran precisamente porque se miraba con menosprecio la bruta exaltación hercúlea, o la moral pendenciera sin causa justa u ocasión honrosa para combatir. Hasta el mismo *Ares* en algún momento es desdeñado, porque únicamente inspira el odio criminal y la maldición vengativa. Su compañera *Eris* —dice la Ilíada— era "la que siembra el odio entre las masas". Por eso Zeus lo acusa de estar con todos y contra todos. El mismo Zeus que arroja a los *Titanes* a la oscuridad del *Tártaro*, para que triunfe y se imponga una generación divina y heroica del más noble linaje. E instalados en sus reinos —lo cuenta *Hesíodo* en la *Teogonía*— escuchan el sonido de la lira y el canto de las *Musas* que sus adversarios ya no pueden percibir. Es la victoria de la armonía. Es la victoria de la buena batalla.

Nadie mejor que *Atenea* para arquetipizar este ideal combatiente. Como un emblema diáfano se levanta sobre los griegos con su escudo protector, su aguda lanza en ristre y armada en armas de oro reluciente. "No sólo es mucho más que una diosa de las batallas, sino que es enemiga declarada de los espíritus salvajes, cuya existencia entera se consume en el tumulto del combate... Primero son los guerreros cuyo ánimo ella enardece. Antes del comienzo de la batalla sienten su presencia inspiradora, deseando probar su heroísmo. La diosa, sacudiendo su temible égida, corre a través de los grupos llamados a las armas... Su espíritu hace estremecer todos los corazones en furioso ardor bélico... Sin embargo, más significativos todavía que su reinado sobre ejércitos y ciudades, son sus vínculos con las personalidades que sobresalen por su vigor. Es la hermana divina, la amiga, la compañera del héroe en sus acometidas porque su cercanía los alienta, inspira y hace feliz en el momento oportuno... Lo que Atenea muestra al hombre, lo que ella quiere de él y a lo que lo inspira, es ciertamente audacia, voluntad de vencer y valentía. Pero todo eso no significa

nada sin la prudencia y claridad ilustrada. De ellas se origina la hazaña y completan la esencia de la diosa de la victoria. Su luz brilla no sólo para el guerrero en la batalla. Donde quiera que se den hechos notables, se terminen y se consigan luchando en la vida de la acción y del heroísmo, ella está presente... Ella es el esplendor del momento claro y vigoroso al que el éxito ha de llegar, como la *Dike* alada vuela de las manos de la diosa hacia el vencedor con la corona. Ella es la omnipresente cuya palabra, cuyo ojo resplandeciente hallan al héroe en el momento oportuno y lo inspiran para el trabajo práctico y viril... Representa al mundo de la acción, aunque no de la imprudente y cruda, sino de la sensata que conduce a la victoria, con más seguridad por su pura conciencia. Sólo la victoria hace su mundo perfecto".[15]

La lucha que *Atenea* inspira y simboliza, la que sostiene y promueve, no es puro dinamismo exterior ni técnica de sometimiento físico. Es un estilo y un principio, un conjunto de valores y de bienes que tienen que ser defendidos y levantados en triunfo. Y es, incluso, una disposición del ánimo para no dejarse amilanar ni retroceder en las adversidades. En el *canto cuatro* de la Ilíada aparece la diosa caminando en el tumulto griego que empezaba a desfallecer, y los cuadros áticos veían el vuelo del buho como un presagio y una orden de victoria. También *Aquiles* recibe su visita severa y serena para ordenar su cólera contra *Agamenón*. Y *Heracles*, *Tideo* u *Odiseo* confían en ella y solicitan su concurso en las horas difíciles. Es el sentido interior del combatiente y la justicia de su causa. No sólo ni primariamente su auxilio material, sino ante todo su razón y su prudencia, su sensatez y el decoro que debe regir toda su conducta heroica. No tampoco el derramamiento vil de sangre y de horror, sino la sabiduría y la dignidad de la fuerza al servicio del bien.[16]

[15] Cfr. OTTO, WALTER, *Los dioses de Grecia...*, ob. cit., III, 1-6.

[16] Es de hacer notar que Atenea, aunque diosa, no tiene característi-

Atenea, en una palabra, es el entendimiento del sentido de la guerra, la inteligencia de las causas por las cuales hay que matar o morir. Ella misma se lo dice a *Ulises*, en el *canto trece* de la *Odisea*: "A mí me dan entre todos los dioses, el galardón de la mente clara". Los griegos podían contar con su cercanía, cada vez que superada la vida ordinaria, marchasen resueltos a una contienda honrosa...

"Color de espiga el adorado pelo
que el casco ajusta victoriosamente;
Detrás el bosque de laurel, y enfrente
la dura y limpia soledad del cielo"[17]

Entre el bosque y el cielo, y para recordar también que la lucha tiene su ética y su significado, estaba *Apolo*, voz que les habla a los héroes el idioma de sus obligaciones y la obligación de su reciedumbre. Por eso lo acusará a Aquiles de innoble dureza al maltratar el cuerpo caído de Héctor. Y Píndaro se dirigirá a él en la *Oda Pítica* para pedirle que pueble una ciudad recién fundada con varones exentos de impiedades y dotados de fortaleza.

Porque habrá que reiterarlo nuevamente: el combate para estos hombres tenía dos dimensiones. Una externa o física, que cualquier entrenado podía ejecutar con mayor o menor habilidad o destreza. Pero la fuerza podía ser sólo audacia brutal

---

cas femeninas, ni maternales, ni amorosas. Su porte y su desenvolvimiento son masculinos. No actúa como dama de los caballeros ni como señora celestial. Características éstas que los prejuicios anticatólicos de Walter Otto ponen de manifiesto como sello de la superioridad pagana (cfr. vg. *Los dioses...*, ob. cit., p. 199 y ss. Y *Teofonía*, ob. cit., p. 125 y ss.), en lugar de advertir la insalvable limitación del mundo clásico. Sólo en el Cristianismo, María Santísima, hará de guardiana y protectora de las armas cruzadas. Generala de las tropas de Cristo, potente y diáfana "como un Ejército dispuesto para la batalla". Pero madre, esposa e hija —mujer plena— a la que San Pío V llamó Nuestra Señora de la Victoria.

[17] Anzoátegui, Ignacio B., *Atenea*. En: *Mitología y Vísperas de Georgina*, Buenos Aires, Emecé, 1949, p. 21.

y salvajismo, o potencia subordinada a normas y leyes perennes. En este caso, la batalla recuperaba su dimensión interior. Se libraba primero en la mente del héroe y ordenaba sus pasiones. Él entendía entonces que su puño y su adarga eran prolongación terrena del mandato de los dioses, y que nada podía fallar en sus conductas que revelara un desacato a los cánones celestes. Su talla de héroe se medía precisamente por su espíritu, y hasta por el recato con que adornaba sus acciones. Tal vez por eso, dice Hesíodo en *Los Trabajos y los Días*, que en la oscura edad de hierro —cuando ya no es el héroe quien señorea sino el titán o el urso, es decir, la sola agresividad sin decoro— *Aidos*, la divinidad del pudor y del recato sagrado, se marcha del mundo humano envuelta en su ropaje blanco.

Y hay además otro rasgo distintivo del combatiente cabal: sus empresas pueden y deben ser cantadas. Ya que el canto es participación en la vida divina y por él resuena la verdad revelada por las musas. No es combinación de letras y sonidos humanos. Es proferición celeste a la que hombres y mujeres, aquí abajo, prestan sus oídos y sus labios.

Rapsodas y poetas —escuchas atentos y dóciles de la divinidad— ponen su arte al servicio de la exaltación de las gestas, y las transmiten para memoria y ejemplo de las generaciones venideras. Cantar hazañas es eternizarlas, y es a la vez dejarse cubrir por los coros de la eternidad. De allí, que en las instancias finales de dramas y desmayos —como *Helena* ante la caída de Troya— los personajes homéricos encuentran un consuelo hondo en la certeza de que serán objeto de un gran canto. Pues en definitiva, son las deidades las que entonan, y los hombres los que reciben y participan de lo cantado.

No hay que olvidar que las *Musas* tienen su origen en la guerra. Fue *Zeus* quien las creó después de la derrota de los *Titanes* para que fueran el testimonio y la celebración de esa primera batalla sagrada. Y los griegos decían verlas descender por las noches desde la cumbre del Helicón, formando un coro misterioso y solemne. Guardaban una tradición originaria y fundante y la comunicaban a los héroes en ocasiones trascendentes. Los espartanos, cuenta Plutarco, les ofrecían sacrificios

antes de las contiendas, para disponer el *tymos* —el coraje— pero también para aprestar el logos. Y ellas podían engalanar las frentes de los recios vencedores con coronas entretejidas de follajes consagrados. O conceder la victoria después de una aparente muerte, como le sucedió a *Reso*, en el último año de la guerra troyana.[18] Un luchador heroico, pues, un auténtico combatiente de espíritu y de cuerpo, se distinguía también por esto que hemos dicho: *sus proezas merecían ser cantadas*. El parte final de sus batallas lo pasaban las Musas a esa historia magna que labran las epopeyas y escriben los adalides.

La Ciudad y el Héroe

La sociedad griega reposa en gran parte sobre los pilares fundamentales del heroísmo. Y el héroe —su grandeza y su vigencia— reposa a la vez sobre el acatamiento a los dioses, sobre el sentido espiritual de su contienda, y sobre la posibilidad cierta de suscitar un canto a su memoria.

El héroe es la primera certidumbre terrena de la patria. Ha tenido una existencia superior y una muerte gloriosa. Una misión épica cumplida acabadamente, y un destino exento de vulgaridades. Es la excelencia en la que cabe mirarse y el origen ontológico de la tierra. Símbolo del pasado y de las antigüedades —es decir, de los días fundacionales de la polis— es tambien, y por lo mismo, divisa del porvenir. Porque no puede avanzarse sin la solidaridad de las generaciones presentes con los padres de la estirpe. Porque son necesarias las raíces para volar como las alas para enraizarse.

El griego los invoca en sus juramentos y los reverencia en sus solemnidades. Les promete una fidelidad renovada porque los sabe capaces de una existencia imperecedera. Y se reúne en torno a sus sepulcros para ratificar la promesa de una victoria

[18] Cfr. Otto, Walter F., *Las Musas. El origen divino del canto y del mito*, Buenos Aires, Eudeba, 1981.

pendiente o guardar la memoria de una gesta cumplida. Porque las tumbas de los héroes son la morada de sus restos. Y por ellas —por los huesos queridos que cobijan, por el "polvo enamorado" que diría Quevedo— la ciudad y el héroe quedan ligados para siempre en nupcias de sangre y de honor. Privar a un suelo de la tumba de sus héroes era disminuirlo y maldecirlo. Emplazarla en cambio, en sitio de privilegio, como cuenta *Foustel de Coulanges* que era costumbre fija, denotaba un ejercicio precioso de la virtud de la piedad. *Teseo* no estuvo plenamente domiciliado en Atenas hasta que su osamenta no descansó en el Teseion. Y Maratón inmortalizó su nombre, por los nombres de los allí caídos y sepultados en ardorosa batalla. "¡Ática la gigante!", pudo decirle Hölderlin, "...yo querría dormir en mi estrecha tumba, junto a los santos de Maratón".[19]

[19] HÖLDERLIN, J. C. FRIEDRICH, *Grecia*. En: *Poesía Completa* (edición bilingüe), Barcelona, Libros Río Nuevo, Colección Aires Frescos, 1984, p. 33. Sobre la relación entre la ciudad y sus héroes, cfr. la clásica: *La Ciudad Antigua*, de FOUSTEL DE COULANGES (Madrid, Daniel Jorro, 1920), y sobre la inmortalidad de los héroes y el valor de sus tumbas, cfr. RODHE, ERWIN, *Psyche. El culto de las almas y la creencia en la inmortalidad entre los griegos*, Madrid, Summa, 1942, pptte. cap. *Los Héroes*.

Un síntoma reciente y cercano de la pérdida de la piedad, en el sentido griego de la palabra, lo constituyó el conjunto de manifestaciones hostiles a la repatriación de los restos de Don Juan Manuel de Rosas. Estamos lejos de aprobar el penoso sincretismo del lenguaje oficial que rodeó a tan justiciera medida. Pero el tono condenatorio —indocto y resentido— de liberales y masones, o el reticente de tantos moderados, fue una prueba inequívoca del envilecimiento de la inteligencia y de la pérdida de las categorías clásicas a que estamos sometidos. Los restos del Caudillo debían —stricto sensu— descansar en su Patria. Y la tierra natal saldaba así, tardíamente, una deuda, sin lo cual no podía aspirar a un verdadero señorío. El desafío y a la vez el drama de esta Argentina doliente es su ninguna seriedad para acatar la memoria del Héroe que reposa en su tumba patricia. Y la traición explícita de los gobernantes a su magisterio. Un griego jamás lo hubiese consentido, por lo menos sin estremecimiento profundo. Sus leyendas abundaban en relatos fantasmagóricos de héroes vilipendiados u olvidados que, en tales circunstancias, volvían por sus fueros y dejaban caer el peso de su vara. Era el sentido sagrado de la historia que les hacía estar alertas y vigilantes para no traicionar. Bajo tales influjos clásicos, el Duque de Rivas, escribió seguramente su

Mas como el héroe recibe ofensa y castiga si se lo olvida injustamente, pero tutela aún después de muerto a sus conciudadanos leales, los griegos vieron alguna vez la sombra armada y fogosa de *Teseo* que se ponía a la cabeza de las armas de su patria para pelear contra los extranjeros. Como *Panainos* —el hermano de Fidias— pintó la aparición de *Equetto* en las llanuras de Maratón. O como aseguran que *Ayax* se hizo visible en *Salamina* y tornó invencible a sus compatriotas. El héroe, en suma, está indisolublemente ligado a su pueblo y a su estirpe. Es su conciencia histórica y su llamarada perpetua. Todas las honras le pertenecen, como le pertenecen los comienzos inaugurales y los fines políticos. Y todo pueblo que se precie de tal, y no de simple yuxtaposición de multitudes, ha de vivir atento al mandato de los sepulcros señeros. Allí están las páginas platónicas del *Critón* para enseñarnos en qué consiste precisamente el ejercicio de la piedad.

El héroe es también la condición y la garantía de la verdadera libertad. La consiguió para su patria luchando por ella con yelmo, coraza y grebas; pero la representa a la vez en su ejercicio, ya que la libertad es antes exigencia y rigor que vida licenciosa; espíritu de sacrificio y de obediencia antes que permisivismo. Es la prueba de la hombría y del señorío.

Por eso *Demóstenes* insistía en distinguir a griegos y a bárbaros por la libertad, y *Homero* decía que Zeus "despoja al hombre de la mitad de su hombría si llega para él el día de la servidumbre". Y *Pericles*, en aquel discurso notable que recogió *Tucídides*, les dice a los atenienses: "Tenéis una gran polis y una gran reputación, debéis ser dignos de ellas. Os pertenece la mitad del mundo: el mar... Si os apartáis de los esfuerzos

---

leyenda *El Aniversario* en la que se cuenta cómo los esqueletos de los conquistadores de Badajoz acudieron a una misa de aniversario un año en que los caballeros de la ciudad, entretenidos en futilidades, olvidaron hacerlo. Los modernos, claro, sonríen escépticos e indulgentes ante estos símbolos de la cultura tradicional. Así estamos.

de la soberanía, no reclaméis ninguno de sus honores; y no creáis que podéis abatir sin peligro un imperio que en realidad es una tiranía. Para nosotros la alternativa del Imperio es la esclavitud". Atenas era la libertad —la *eleuthería* para mejor nombrarla—, sus enemigos, el despotismo y el vasallaje. Coincidimos con el comentario de *Kitto:* "no podemos menos que admirar la grandeza del hombre que pudo hablar a sus conciudadanos en estos términos, y la grandeza del pueblo que pudo en tal instancia no sólo escuchar tal discurso, sino ser en lo esencial persuadido por él".[20]

Y porque es la libertad y el señorío sobre todo lo propio, el héroe es asimismo un ideal político y pedagógico. Su grandeza educa y conduce. Su magnanimidad hace ejemplares a los hombres y a las ciudades dispuestos a seguirlos. Y en el hombre y en la ciudad —así regidos, así formados— la *areté* resplandece como un casco al que ilumina el sol de la intemperie.

El griego lo contempla en toda su proporción arquitectónica. Lo sabe duro e implacable, avasallador y orgulloso en su marcha ascendente. Ajeno a los cansancios y a los quejidos, semeja un peñasco al que las olas golpean y cubren pero no tumban ni conmueven. Es la "corriente heraclea", dice *Festugière*, que atraviesa el pensamiento y el comportamiento de los griegos.[21] Es el hábito estoico que distingue a los jefes y a todos aquellos que aspiran a mandar y a enseñar.

Nada en él es improvisación ni ligereza. Tampoco ocultamiento o enigma indescifrable. Como que está ligado al destino público de su patria y su gente, su desempeño es también visible y claro. El héroe no tiene secretos, escribe *Nicol*, porque la heroicidad es deslumbrante. No es una abstracción, porque toma las formas definidas de una persona eminente. Es un signo y

[20] KITTO, H. D. F., *Los Griegos*, Buenos Aires, Eudeba, 1985, p. 197. Para los textos de Tucídides, cfr. *Historia de la Guerra del Peloponeso*, Madrid, Hernando, 1952-55, 3 vols.

[21] FESTUGIÈRE, A. J., *Epicuro y sus dioses*, Buenos Aires, Eudeba, 1963, p. 6.

un símbolo, pero se ha hecho vida concreta. Es una realeza y un poder que contagia y suscita la emulación. Hasta su carro de combate —en el que llega vencedor como partió— está indicando su pasión por el riesgo y el peligro. Está indicando el ethos caballeresco, dice Spengler, del que quiere batirse a prisa y de frente, cara a cara con el enemigo, sin eludir el choque y el forcejeo. Como en la leyenda de *Pélops*, en que éste —auxiliado por Poseidón— derrotó en los carros al Rey *Cinomaos*, conquistando así su reino y la mano de su hija *Hipodamia*.[22]

A imitación del héroe se ha de luchar y vivir. Para que la existencia sea armoniosa y bella —porque el *kalós*, lo bello, también pugna con el *aiskhros* que es su contrario—, y para que en el hombre "la hombría adquiera alas", como cantaba Píndaro. Si no es éste el camino —ir en pos de las formas arquetípicas— todo se afea y derrumba irremisiblemente. Al igual que en los *Caracteres de Teofrasto*, en que los retratos de las almas son mostrencos y viles.

En medio de limitaciones éticas pavorosas y aun de aberraciones que no pueden ocultarse, estos paganos intuyeron que el sentido de la lucha no radica en la musculatura ni en la estructura ósea, sino en el espíritu que mueve huesos y músculos y en los ideales hacia los cuales se ordenan. Entendieron la importancia de lo egregio para formar la personalidad individual y social, porque un paisaje sólo es inteligible cabalmente cuando se otea desde las cimas más altas. Y nos dejaron sus arquetipos heroicos, y aún sus heroínas épicas (—hasta Eurípides pone en boca de una esclava que se dirige a *Creusa*, en el *Ion*, estas palabras significativas: "debes hacer algo como

[22] Cfr. NICOL, EDUARDO, *La Idea del Hombre*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977, pptte. II, 3 y 4, p. 113 y ss. Sobre *El carro de combate y su significación en la historia universal*, cfr. SPENGLER, OSWALD, Conferencia pronunciada en Münich el 6-2-1934, en la Sociedad de Amigos del Arte y de la Cultura Asiáticos. En: *El Hombre y la Técnica y otros ensayos*, Madrid, Espasa Calpe, 1967, p. 81 y ss.

corresponde a una mujer, ¡empuña la espada!"—) para que varones y mujeres tuvieran espejos en los cuales mirarse.

El héroe es, en definitiva, una forma arquetípica, un primer modelo hacia el cual regresar para encontrar el camino personal y comunitario. Protagonista hegemónico de los comienzos de la República, la salva y la aleja de los peligros, a la par que la aproxima y la familiariza con la gloria. *Agamenón* los invoca en sus arengas y *Temístocles* les agradece la victoria. Encarnan virtudes inusuales y habilidades que sólo se conquistan con esfuerzos prolongados y arduos. Si el héroe buscaba al enemigo más brioso para batirse con él, sus palabras no eran menos filosas que su acero. Sabía pronunciarlas con plasticidad y sabiduría, y con tal sobriedad y laconismo que grababan a fuego las páginas de la historia. Y sabía cumplirlas una vez pronunciadas, porque faltar a la palabra era deshonrarse hasta la anonadación.

El lenguaje del héroe enseñaba y forjaba las inteligencias, así como su brazo poderoso iba abriendo los claros por donde desfilaban los ejércitos. Incapaz de dobleces o de simulaciones, el idioma heroico estaba labrado en definiciones unívocas. Es una semántica ratificada con sangre, podría decir Nietzsche. Y la figura legendaria de *Demóstenes* —por sí sola— corroboraría la expresión. Porque el orador eximio, que no casualmente llamaba a sus discursos "sus soldados", hizo más por su Patria con las *Filípicas* o con las *Olintíacas*, que con el arma al brazo con que también supo servirla y honrarla.

Nadie recordará esta noche la verborragia indigna de tanto ideólogo fatuo pronunciada a la mañana. Nadie retendrá esa fraseología cobarde de dirigentes y líderes propagada desde los medios masivos; ni alma alguna será arrebatada al combate difícil por el balbuceo insignificante que dan en llamar acción psicológica. Pero pasaron los siglos y las edades, y seguimos tomando lecciones de los laconismos helénicos proferidos por los héroes. Seguimos acudiendo a esas palabras distinguidas y señoriales con que definieron conductas y resolvieron circunstancias complejas. Seguimos hablando porque antes hablaron ellos. "¡Ven a tomarlas!", fue la respuesta de *Leonidas*

a *Jerjes* cuando envanecido le pidió la rendición de las armas. Y apenas un "Si..." condicional y suspenso, le contestaron los espartanos a la "larga" amenaza de *Filipo de Macedonia:* "Si entro en Laconia destruiré vuestra ciudad". "Si..." contenía toda la réplica. Pero era posible este lenguaje heroico porque un comportamiento acorde lo acompañaba. Porque no se trataba de bravatas al aire ni de declaraciones a la prensa. Eran juramentos y promesas solemnes. Eran votos y compromisos irrevocables. Sabían lo que decían aquellas madres espartanas, cuando despidiendo a sus hijos para la guerra, le entregaban el escudo con esta fórmula señera: "Con él o sobre él". Pues un combatiente volvía victorioso o descansando para siempre sobre el metal de su escudo. Su carácter no permitía negociaciones ni rendiciones, ni tratos inconducentes. Sólo la escueta sequedad de vencer o morir. Sobre sus tumbas nunca holladas —como la de los grandes de las Termópilas— *Simónides de Ceos* pudo escribir estos versos, que no resistimos recordar aquí:

"De los que en muerte generosa y clara
en los altos Termópilas cayeron,
y venturosa suerte así tuvieron,
se venera el sepulcro como un ara.
No le oscurecerá la edad avara
que todo lo consume; y los que fueron
capaces de un tal hecho, y tal pudieron,
gozan una alabanza eterna y rara.
La religiosa tumba do hora posa
de estos varones ínclitos la llama,
que en lúgubre silencio y paz reposa,
a una jamás perecedera fama
elevará la Grecia gloriosa
doquier que el nombre de la patria se ama".[23]

[23] Cfr. Simónides de Ceos, *De los que murieron en las Termópilas.* En: Sainz de Robles, Federico Carlos, *Poetas Líricos Griegos,* Madrid, Espasa Calpe, 1981, p. 68.

Acatamiento a los dioses, sentido espiritual de la lucha, defensa y encarnación de la verdadera libertad, personalidad educadora y paradigmática, lenguaje de definiciones y conductas firmes, y por todo ello y tanto más, posibilidad de ser celebrado en el canto, son algunas de las notas características con las que venimos perfilando a los héroes del mundo clásico. Pero quedaría incompleta la descripción si no se aludiera a su capacidad de sacrificio. El sacrificio es lo contrario del beneficio, y quien lo pregona y practica debe saber que por lo mismo puede quedarse en la soledad y el abandono. Pero los prefiere a la adulación y al servilismo. Porque he aquí una cuestión crucial: el héroe se vincula con las masas en una relación de conducción y no de demagogia, de servicio y no de aprovechamiento. No es él quien necesita de ellas, sino ellas las que reclaman su jefatura y su guía, las que acatan su prevalencia y se nutren de sus ejemplos. El héroe sabe que el rescate de las esencias —por las cuales vale la pena vivir y morir— no depende de ecuaciones matemáticas sino de designios celestes. No está ligado a la suma de multitudes informes sino a la selección de los mejores espíritus. Por eso, acierta Popescu cuando lo llama "hombre élite". Lo es en tanto eminencia normativa de un pueblo o de una sociedad determinada. Pero lo es también porque ha decicido poner su puño y mente, al servicio de esa comunidad de tiempo, espacio, cuerpos y almas en que le ha tocado desempeñarse. Sin el principio de abnegación y aún de inmolación por las causas justas y por el bien de los conducidos, el heroísmo no sería más que un exhibicionismo de destrezas. Lo que lo eleva y empina es su rango sacrificial, cuya manifestación más nítida es el estar constantemente dispuesto a caer en el combate por la Patria. Pobre y solo, o con la gratitud de los suyos, la condecoración del héroe es la seguridad de haberse entregado a la lucha por los fines más nobles. La cobardía y el egoísmo se pagan con el destierro. Pena grave y sombría que priva al hombre de aquello que lo hace tal: el templo y el agua lustral, la oración y la ciudadanía, el encepamiento al suelo natal.

"La personalidad del héroe lleva en su intimidad el núcleo de las más nobles virtudes, movilizadas con miras a la defensa

de los elevados ideales de la comunidad. La constelación de sus valores está girando en torno a la salvación y defensa de lo justo. Su condición de héroe se perfila en los cruciales instantes que se ciernen sobre el destino de la humanidad. Es entonces cuando agudiza todos sus sentidos y afina sus cualidades y habilidades; es entonces cuando su intimidad se conmueve de la responsabilidad y magnitud de ánimo. Su decisión se torna en pétrea impavidez. Es un ser transfigurado, del cual irradia vitalidad y virilidad. En su obrar no existe una sombra de titubeo, ni un amago de interés personal. Se transforma en una antorcha de entusiasmo y de bravura. Actúa con temeridad porque no le interesa su integridad personal. Los peligros que afronta le estimulan las energías psíquicas. Sus fuerzas aumentan y redobla su ímpetu. Su capacidad de sacrificio parece inagotable. Nada le amedrenta. Incólume e impávido, enfrenta las vicisitudes con la misma serenidad que la muerte... Este hombre élite de la antigüedad, amaba por encima de todo a su polis o urbe, identificada con la voluntad de los dioses que la protegían, y las leyes que tenían vigencia con carácter sagrado... Despreciaba el lujo y las riquezas, rechazando toda ostentación de bienes... Ello era posible solamente mediante una rigurosa disciplina puesta al servicio del espíritu de sacrificio".[24]

Así, bajo el signo del ideal heroico transcurrieron los días de la Grecia Clásica. Heroicidad de batallas físicas y metafísicas. De pica en ristre y de sabiduría agónica. Pero afianzada y sostenida siempre en la afirmación de la grandeza y de la gloria, porque el héroe como el sabio, conoce lo mejor, lo prefiere y lo ama. Y lo mejor es fruto de la justicia —en la relación con los hombres— y de la piedad en la vinculación con Dios. Piadoso y justo era el héroe. "Piadoso el hombre que honra como es debido a los dioses", dirá *Jenofonte*. Y "la piedad no perece",

[24] POPESCU, STAN M., *Auge y Ocaso de la Aristocracia*, Madrid, Organización Sala Editorial, 1974, p. 8-9, 32, 33.

enseña *Sófocles* en el *Filoctetes*. Es "el bello ornato de las ciudades que alimenta la gratitud para siempre", canta *Eurípides* en *Las Suplicantes*. Es la garantía de que "el sol y sus rayos sean alegres", según el *Aristófanes* de *Las Ranas*.

Y justo, en la paz o en la guerra, porque bien lo recoge Platón en el *Gorgias*: es preferible padecer una injusticia antes que cometerla. El justo es siempre más feliz que el injusto, aunque por razón de su virtud deba pasar penurias y persecuciones. Como lo vio también en *La República*, en un pasaje (362 a) que estremecía a los primeros cristianos, el justo "será azotado, torturado y atado, quemados sus ojos y, en fin, tras haber sufrido todos los males, será empalado". Pero el testimonio de la Verdad, aunque le cueste el martirio sostenerlo, es una felicidad que no se equipara con ningún ensayo terreno, y que ningún padecimiento físico puede arrebatar. "Contra todo esto" —le escribe *Epicuro* a su discípulo *Idomeneo*— "está formada en orden de batalla la alegría de mi alma".

Piadoso y justo tiene que ser el héroe.

Por eso y finalmente, su rasgo postrero es saber aguardar y recibir la muerte. No ha de apurarla ni temerla, sino esperarla con honor. "Moriré cuando muera" dice Aquiles, "pero una gloria noble quisiera alcanzar". Morir con la magnanimidad de Sócrates en la celda o con la decisión de Héctor en el torneo. Abruptamente, con un golpe fatídico, o después de inenarrables desventuras. Pero nadie que sea justo y piadoso se dará muerte a sí mismo. "Sería un crimen cobarde", reflexiona *Teseo*. Y más categóricamente *Sócrates* en el *Fedón*: "el hombre está en el mundo como un centinela. En un puesto que no puede abandonar sin permiso de Dios". Fue, entre otros, el drama de *Ayante* que nos cuenta *Sófocles*.

De guardia permanente, el héroe ha de saber vivir y morir como un hombre entero. *Epícteto* en sus *Disertaciones* fue mucho más lejos —o más cerca, según se mire— y lo llamó *testigo*. Mas su presentimiento necesitaba el *experimentum crucis* para corroborarse. Necesitaba al *Christus patiens* y al *Santo* capaz de emularlo hasta las últimas consecuencias. Pero ello nos lleva inexorablemente fuera de Grecia y del paganismo.

Este sentido de la lucha y estos ideales épicos recorren toda la historia de la antigüedad clásica. Y si bien es cierto que refulgen de un modo eximio en sus grandes héroes, también lo es que fueron asumidos por sus hombres de pensamiento y de reflexión. Filósofos, oradores, artistas y poetas, corroboraron en Grecia aquellas enseñanzas de Don Quijote en su célebre *Discurso de las Armas y las Letras*: "nunca la pluma embotó a la lanza ni la lanza a la pluma".

Esos intelectuales de la helenidad, en algunos casos notables, que sabían discurrir sobre la importancia del hombre agonal y el valor del esfuerzo, fueron ellos mismos, muchas veces, los primeros en tener que demostrarlo con sus conductas públicas. La vida les exigió la prueba de la coherencia extrema y —salvo excepciones lamentables— supieron conservarla. No juzgamos aquí la finalidad o el contenido de las luchas que emprendieron, a veces desencaminadas y equívocas, sino el hecho simple y digno, pero nuevo de tan olvidado, de batirse por los propios ideales hasta las últimas consecuencias. De lidiar en la aspereza del terreno físico por lo que entreveían como bueno en el terreno de las lucubraciones metafísicas.

En un mundo como el actual, que reinvindica el derecho al miedo por sobre los deberes del coraje, que enfermo de pacifismo hasta la náusea identifica la labor intelectual con el desdén por cualquier forma de combate. En un mundo prosaico que enfrenta dialécticamente la espada con la pluma y agrupa a los artistas o científicos en el partido de los adocenamientos burgueses, no se puede más que admirar a aquellos griegos que salieron del claustro para marchar al descampado. O que hicieron de su pensamiento y de su vocación una batalla sostenida y un aliento a los guerreros de la justicia. Que no firmaron solicitadas por la paz a cualquier precio, ni escamotearon sus obligaciones castrenses cuando la polis les reclamó el alistamiento o la disputa.

No se puede sino volver la mirada con respeto hacia el *Jenofonte* que escribió la *Anábasis* porque antes fue su fogoso

protagonista. Hacia *Esquilo* que fue herido en las llanuras de *Maratón*. Hacia *Zenón de Elea* que se enfrentó con el tirano *Nearco*, hacia *Hecateo* que participó de la sublevación jónica contra Persia; o hacia *Solón* que en las calles de su patria instaba mediante elegías a recuperar *Salamina* por las armas, en un momento en que tal pedido era considerado un delito porque primaba la moral del rebaño que no tiene controversias con nadie. "¡Vamos a pelear!", cantaba en cambio *Solón* y sus pregoneros, "vindicando el gran borrón que nuestro honor padece". O hacia *Pítaco*, que destronó a *Melancro* y defendió a *Mitilene* peleando cuerpo a cuerpo contra el olimpiónico *Prinón*. O, al fin, hacia el maestro *Sócrates*, héroe de Potidea y soldado ejemplar, sobre cuyos pasos volveremos más adelante.[25]

Hombres de una sola pieza protagonizaron y escribieron las páginas más nobles de la historia. Mas como es cierto el juicio de Aristóteles sobre la preeminencia de verdad de la poesía ante la historia, y como es bien sabido que en la gran literatura está mejor documentado el ideal humano de una época que en los mismos archivos, hay que acudir a poetas y escritores para acabar de comprender este sentido de la lucha y del heroísmo que estamos esbozando.

Empezando por *Homero*. A quien ante todo —y más allá de las disquisiciones eruditas de tanto crítico— conviene darle este nombre personal y privado que lo singulariza. Pues como

[25] Cfr. algunos de estos datos en DIÓGENES LAERCIO, *Vida de los Filósofos Más Ilustres*, pptte.: I, 5; II, 5-6; IX, 5, Buenos Aires, Espasa Calpe Argentina, 1949-50, 3 vols. En contraste, y como para resaltar aún más estos testimonios positivos escuetamente presentados, puede citarse el caso de Arquíloco. Un mercenario célebre por la crueldad de sus sátiras, con las cuales ridiculizó las glorias de las armas y de la vida heroica. Y que en el colmo de su impiedad llegó a ufanarse de haber abandonado el escudo que, como bien lo cantaron Homero y Hesíodo, no era solamente un arma defensiva sino el emblema de la cosmogonía divina. Al igual que *Alceo* —quien también huyó dejando el escudo al enemigo—, son contrafiguras del verdadero combatiente. (Sobre Arquíloco, cfr.: BONARD, ANDRÉ, *Civilización Griega. De la Ilíada al Partenón*, Buenos Aires, Sudamericana, 1970, cap. 4).

bien ha dicho *Glover*, "existe el sentimiento de que un gran poema implica un gran poeta, no un gran sindicato".[26]

Homero es el cantor por antonomasia de las gestas y de las hazañas. Es el cantor del Héroe. Por él se expresa la mejor conciencia de la helenidad, y por él sabían los griegos que más allá de sus diferencias y rivalidades constituían un pueblo con vocación universal. Y recíprocamente, cuando el mundo entero regresa a Grecia buscando las fuentes, pasa por Homero como quien pasa por un manantial original y fundante.

Todo su canto transcurre sobre un espacio sagrado signado por un tiempo de lucha. Pero estas coordenadas de tiempo y de espacio se convierten al fin en testigos de la grandeza de sus protagonistas o de las miserias de sus contrafiguras. Porque así como el héroe parece transfigurar al paisaje y dar sentido a las horas, hora y paisaje se entenebrecen y vacían con las pequeñeces de los hombres viles. Pero una cosa es cierta: los dioses sólo auxilian a los magnánimos, sólo responden a quienes les responden. Ni la vulgaridad ni la flojera serían jamás objeto de la atención celeste.

Por los hexámetros sonoros de los versos homéricos late un enfrentamiento paradigmático, en los cuales, para mal y para bien, se expresan modelos de conducta. Modelos que son aqueos o troyanos, que viven en edades arcaicas o míticas, pero que poseen una talla universal, casi diríamos cósmica. Estaba en el alma del griego optar por la lucha virtuosa de los héroes o por las insignificancias de los seres abyectos. Optar por la mediocridad de una larga vida vegetativa y muelle, o salirle a la muerte, tempranamente, en un entrevero legendario y glorioso. Optar por Aquiles, Ulises y Héctor, o por *Margites*, aquel ridículo necio del poema homónimo. Pelear como hombres bravos, a la intemperie de soles devoradores y de fríos crueles, o como los ratones y las ranas de la *Batracomiomaquia* que él mismo compuso para parodia y escarnio de los débiles. Es-

[26] Glover, T. R., *El Mundo Antiguo*, Buenos Aires, Eudeba, 1977, p. 45.

taba en el espíritu del griego, en suma, imitar la constancia del peregrinar de *Odiseo*, la digna realeza de *Príamo*, la fidelidad de *Eumeo*, la sabiduría de *Néstor*; o la soberbia indigna de *Tersites*, la furia de *Diomenes* o la jactancia de *Agamenón*. Inspirarse en *Euriclea, Hécuba, Andrómaca* o *Penélope* —el servicio, la piedad, el amor y la lealtad, si cabe el esquematismo— o preferir las seducciones de *Circe* o la belleza fatal de la esquiva *Helena*.

Combaten los héroes en el campo del honor, ensangrentados y recios. Combaten también los hombres y las mujeres con caracteres contrapuestos y antagónicos. Y combaten las cosas, en una batalla poética y resonante que los oídos atentos oyen y los ojos prestos ven. Las armas y las palabras, las tinieblas y las luces, las naves y los caballos, el viento, el ciprés, las águilas o el olivo, el peñasco y el agua, el ágora o la costa del mar, la estrella del alba y el sol del crepúsculo. Homero todo es un ciclo épico acabado y completo.[27]

Es cierto que las conductas bélicas de algunos personajes desconocen las virtudes del perdón y de la misericordia. Es cierto que en pos de la victoria y del poder, los guerreros cometen muchas veces tropelías y venganzas, y que el sentido espiritual del combate se eclipsa en ocasiones frente al choque de los cuerpos enardecidos y salvajes: *Finley*, comentando la oración de Héctor a Zeus pidiéndole que su hijo lo superase en hazañas y regresara "cargado de los cruentos despojos del enemigo", se molesta al advertir la ausencia de cualquier "conciencia social" en sus palabras, en las que no hay "ni huella del Decálogo". Y *Bowra* nos explica que aquellos hombres del mundo helénico tradicional "no veían nada malo en el odio", ni consideraban "posible o deseable amar a sus enemigos".[28]

[27] Sobre el significado de los elementos de la naturaleza en Homero, cfr.: DISANDRO, CARLOS A., *La poesía physica de Homero*, La Plata, Hostería Volante, Veterum Sapientia, 1982.

[28] Cfr. FINLEY, M. I., *El Mundo de Odiseo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1961, p. 30, y BOWRA, C. M., *La Aventura griega*, Madrid, Guadarrama, 1960, p. 56.

Explicaciones o comentarios obvios, como que estamos a siglos del *Sermón de la Montaña* y en un universo cultural que no conocía ni practicaba la ética cristiana. No son estas orfandades las que suscitan la admiración por la antigüedad clásica, ni es sobre estos presupuestos que se ha de recuperar o reconstruir nuestra malhadada civilización. Lo que admira y asombra es, precisamente, la paradoja: constatar, pese a todo, la elevación moral e intelectual de los héroes, su plenitud espiritual, sus palabras aladas y definitorias, su respeto por el misterio y por los horizontes sagrados, su piedad vigorosa y altiva. Paradoja, decimos, pues estos dones difíciles supieron destellar entre aquellos griegos antes del Cristianismo. Y ahora, en nuestros días, después de él, y a veces en su nombre, la guerra no es más que un alarde técnico, en la que la imagen clásica del héroe pretende ser reemplazada por la del oscuro experto en maquinaciones computadorizadas a larga distancia. Por la del "tecnócrata de la masacre y de la demolición", como dice Marechal. "Los grandes hechos de armas", en cambio, "se desarrollan como teoremas poéticos. Un Aníbal, un Napoleón o un San Martín son poetas en acción de combate o guerreros en acción de poesía. Lo que hace fal-ta es un equipo bélico entrenado en la costumbre poética del coraje".[29]

He aquí, en dos palabras, lo admirable de Homero y de sus combatientes. *Son poetas en acción de combate o guerreros en acción de poesía.*

Se advierte desde el comienzo de la Ilíada, con la plegaria de *Crises* al borde del mar, "porque la Ilíada se abre con un estado de plegaria, no con un estado de cólera", y el contraste "entre los múltiples rumores de las olas incógnitas y el fervoroso repliegue del alma de Crises", es como "la imagen arquetípica del pensar griego que resuelve lo Múltiple en lo Uno".[30]

[29] MARECHAL, LEOPOLDO, *Megafón o la Guerra*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988, p. 55-56.

[30] DISANDRO, CARLOS A., *La poesía physica...*, ob. cit., p. 33-34.

Se advierte en esos poderosos caudillos, a cuyos pasos resonaba la tierra y crujía de potros. En *Ayax* "el enorme, muralla del pueblo de Acaya", malherido pero de pie, empuñando la lanza que en su mano parecía un fuego devorador, y exhortando a los suyos con palabras bravías: "¡Camaradas, sed hombres!, ¡Mostrad vuestro ardiente denuedo!, ¡Luchemos con bríos!" (Canto XV). Y en *Aquiles*, nacido para los combates singulares, con una fortaleza que se agiganta en la adversidad, para cumplir igual con los designios patrios y divinos.

Se advierte aún en la altivez de *Agamenón*. Cuando pasando revista a sus huestes en la inminencia de una lucha áspera, empezó a recorrer a pie todas las filas guerreras, y prácticamente uno a uno, iba diciéndoles a sus hombres las palabras exactas para moverlos a la lid. No lo mismo para todos, ni mensajes genéricos o difusos. Aliento para "los dánaos de raudos corceles", increpaciones para los retraídos, confianza para los valientes acreditados, lugares de privilegio para los veteranos como *Néstor*, "el viejo señor de los carros", lugares forzados para los cobardes, apelaciones a la honra de los antepasados para los dubitativos, como las hazañas de *Tideo* narradas a *Diomedes*, para que a imitación de sus familiares se batiera resuelto.[31] Y el silencio respetuoso "entre la gran

[31] Es común que los guerreros antiguos recuerden e imiten las glorias de su estirpe. En rigor, se sienten movidos por el mismo destino agónico y trágico, y saben que desentenderse del mismo sería un imperdonable acto de impiedad, amén de cobardía. *Agamenón* empieza por llamarlo a *Diomedes*: "¡Hijo del domador de caballos, del bravo Tideo!", le cuenta después brevemente su historia, que él sin duda también conoce, sin olvidarse de esta importantísima aclaración: que "la diosa Atenea prestábale auxilio". Diomedes está pues ligado a una prosapia que le exige irremisiblemente lidiar. Más adelante, en el Canto VI, cuando se enfrenta con *Glauco* y no sin cierto desdén le señala que no lo ha visto nunca en la lucha, "donde los hombres alcanzan la gloria", lo primero que hace Glauco antes de empuñar las armas, es reseñarle los blasones épicos de su linaje. El sentido de la lucha es también una herencia y una solidaridad de sangre entre los muertos y los que viven. La causa de los ancestros obliga y compromete. Y si sus pequeñeces estigmatizan a los sucesores, sus proezas imponen un desempeño acorde.

multitud donde estaban los *Ayax*", porque hablarles entonces hubiera supuesto en ellos un decaimiento que no conocían: "No os arengo a vosotros, que fuera inoportuno arengaros" (Canto IV).

Se advierte en *Héctor*, el más magnánimo de los personajes homéricos, cuando atento al requerimiento de los dioses, le pide a las mujeres que le recen a Atenea para que pueda vencer a Diomedes, pero se aparta rápido de sus cuidados y sugerencias para volver con sus compañeros de armas que lo aguardan y a quienes no puede fallarles. Y al separarse de su hijo y de su esposa, que le había suplicado se quedase en una escena de inefable ternura comparable a la del destierro del Cid, Héctor, "el del tremolante casco", partió a cumplir con su deber diciéndole: "Todo esto me da cuidado, pero mucho me sonrojaría ante troyanos y troyanas si como un cobarde huyera del combate; y tampoco mi corazón me incita a ello, que siempre supe ser valiente y pelear en la primera fila" (Libro VI).

Se advierte en *Idomeo*, "el famoso lancero", cuando declara que sus armas están hechas para pelear de cerca y no a distancia. Y que nunca podrán lastimarlo en la espalda sino adelante, pues así ocurre con los que se baten en la vanguardia (Canto XIII): "Yo nunca combato a distancia de nuestro enemigo. Y por esto yo tengo azagayas y escudos convexos, y también tengo cascos y tengo brillantes corazas... Y si acaso luchando, te hirieran, nunca nadie podría alcanzarte en la nuca o la espalda; antes

---

En *Las Troyanas* de *Eurípides*, a *Andrómaca*, esposa de Héctor, *Taltibio* le anuncia que los enemigos de la ciudad destruida han decidido matar a su hijo "diciendo que no convenía criar a hijo de padre tan bravo". "¡Oh querido hijo!" —le dice la madre— "te mata la buena raza de tu padre". Y *Hécuba*, su abuela, en la angustia del momento se pregunta y le pregunta a los verdugos: "¿por qué en vuestro terror a este niño, habéis cometido este nuevo asesinato? ¿Temías que reedificase un día Troya derribada?" (cfr. EURÍPIDES, *Las Troyanas*, Buenos Aires, Espasa Calpe Argentina, 1945, p. 139-140 y 152). Se entiende que los españoles hayan acuñado el "Si no maté reyes moros engendré quien los venza". Y que Hernández haga enmendar la conducta de *Picardía* al saber que procedía del bravo *Sargento Cruz*.

bien, te tendría que herir en el pecho o el vientre, avanzando adelante con los que en vanguardia pelean".

Se advierte en definitiva a cada paso, en cada gesto, en cada exclamación o en cada decisión conscientemente tomada. Homero encuentra siempre la metáfora precisa y bella para que podamos aleccionarnos en estas conductas tan alejadas de la vida ordinaria. Por eso, se ha dicho bien, que él "fulgura, mientras los críticos mueren o son abolidos en el decurso polvoriento de los siglos, de libros y de técnicas exploratorias. Homero . esuena dentro del mundo, mientras son abatidas todas las murallas, vilipendiadas todas las estirpes, asesinadas todas las realezas, sepultados todos los imperios. Homero sigue estremecido ante el cuerpo sin vida del magnífico Héctor, mientras las guerras más inicuas han destruido lo que él en aquel antaño bárbaro y denso fundó con la incomparable claridad de su verso. Homero fulgura, resuena, perdura y concilia... fulgura nítido en su propio espacio conciliante, severo en su ritmo sin codicia, con la misma niñez de la primera aurora en la tierra predestinada... Cumple la sentencia de Hölderlin:

"Quita empero
o da la memoria al mar;
y el amor también afinca
diestramente los ojos.
Lo que permanece sin embargo,
eso lo fundan los poetas".[32]

La Poesía Militante

Pero Homero no está solo en esta constelación poética que nos ayuda a descifrar el sentido clásico de la lucha. Los nombres se suceden, casi indefinidamente, y algunos no pueden ni deben soslayarse.

[32] Disandro, Carlos A., *Homero y la Filología Clásica*. En su *Filología y Teología*, Buenos Aires, Horizontes del Gral, 1973, p. 19-20.

Hesíodo es uno de ellos. Si en la *Teogonía*, explicando la genealogía divina, nos describe la grandiosidad de una lucha cósmica que envuelve a todos los elementos y acaba con la derrota de los Titanes, en *Los Trabajos y los Días* (vv. 106-201) nos da su visión, ya bien conocida, de las edades históricas y de su progresiva decadencia. Oro y plata, bronce y hierro se suceden en una dolorosa pendiente. Y de la comunicación primordial con lo divino, el hombre pasa gradualmente —por causa de su *hybris*-- a ser una parodia de sí mismo. Raza de inferiores ensoberbecidos, los hombres férreos ni tienen coraje ni son dueños de una verdadera hombría. Prevalecen en ellos la impiedad y la desmesura, a tal punto que *Aidós* y *Némesis* partirán hacia el Olimpo. Y como el más grave de los síntomas —por el cual se lamenta Hesíodo de no haber muerto antes o nacido después— esta generación mezclará el bien con el mal en una confusión desesperante.

Y sin embargo, en medio de este panorama trágico, el poeta nos habla de una edad heroica, que precede a la de hierro y que parece preciso recuperar, cuyos representantes —los héroes— son los paradigmas de la regeneración y del orden. Por ellos volvieron los tiempos áureos y el respeto hacia lo sagrado. Por ellos volvieron las normas y los modelos, la virilidad y la lealtad. La justicia primó sobre la iniquidad, la valentía sobre la vileza y la beatitud sobre la caída. Los héroes y su tiempo ya existieron, dice Hesíodo; ellos son propiamente la historia, el pasado que no conoció directamente y por lo cual se conduele. Pero ellos triunfaron sobre la muerte, y sus hazañas permanecen invictas e intactas para quienes tengan la sabiduría de contemplarlas e imitarlas.

Porque los días seniles y viciosos no durarán para siempre. Contra la degradación de los vulgares, cabe desear la exactitud gloriosa de los héroes que reivindiquen e instauren nuevamente aquella añorada edad áurea. Héroes que pueden tener la clásica contextura bélica o la mansa laboriosidad del labriego, pero que en ningún caso son figuras antagónicas. Un común denominador los reúne y exalta: son hombres justos y fuertes, prudentes y discretos. Y la justicia, le dice Hesíodo a

Perseo, "es el mejor de los bienes". A quien "le presta atención, le da prosperidad Zeus, el de amplia mirada" (vv. 274-281). Todo un programa, como se advierte, no sólo de alcance político o social, sino de perfección espiritual y de ascensión hacia las virtudes.[33]

También era un camino de purificación el esfuerzo heroico que exigía y admiraba *Tirteo*. Entre la leyenda y la historia nos cuentan un hecho determinante de su vida: que maltrecho físicamente fue enviado en tren de sorna por los atenienses a los espartanos, después que éstos, derrotados por los mesenios, pidieron auxilio y asistencia militar. Pero a diferencia del *Tersites* homérico, este hombre de cuerpo defectuoso tenía un alma grande. Cantó el deber del buen combate, el orgullo de pelear y de morir en defensa de un altar, un sepulcro o una muralla sagrada, la importancia de una polis como ejército vigilante y la obligación de mantenerse firme en la desgracia, resistiendo hasta el final, sin pensar en la rendición o en la fuga. Y los espartanos conocían de memoria sus himnos marciales —verdaderos discursos a la nación espartana, los llama Jaeger rememorando a Fichte— y los recitaban desafiantes antes de lanzarse al ruedo sangriento. Cómo no darle una vez más la razón a José Antonio cuando profetizó que a los pueblos sólo pueden moverlos los poetas.

Tirteo apela como buen antiguo a las glorias de la estirpe. Si hay una filiación carnal y espiritual arquetípica, es justo y lógico que ella imponga condiciones al presente. Como la generación de la que se procede —a imitación y en su home-

[33] Sobre el significado de este clásico texto hesiódico de las edades, cfr. CORDERO, NÉSTOR, *El mito hesiódico de las edades del hombre* (Escritos de Filosofía, n. 3, Buenos Aires, Academia Nacional de Ciencias, Centro de Estudios Filosóficos, 1979, p. 95-195). LA CROCE, ERNESTO, *Sentido y estructura del mito hesiódico de las edades* (Cuadernos de Filosofía, n. 26-27, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, U.N.B.A., 1977, p. 3-14). FERNÁNDEZ BERNARDES, J., *La edad de los héroes en Hesíodo* (Argos n. 1, Buenos Aires, 1977).

naje— se ha de estar dispuesto a batirse por la custodia del solar natal. "Lucharon sin cesar los padres de nuestros padres" —recuerda oportunamente (frag. 4)— "con corazón paciente y armados con lanzas". Y no sería entonces edificante que los jóvenes dejaran avanzar a los ancianos en las primeras filas. Pero un anciano caído en la avanzada, a la par que avergüenza a quienes debieron ocupar su puesto, es un gesto patético de especial fuerza adoctrinadora.

Los versos de *Tirteo* son un llamamiento al sacrificio por los únicos amores dignos de la inmolación humana: el amor hacia lo divino y hacia la patria personal e intransferible. Su "¡Luchemos y Muramos!" no era una buena metáfora intercalada en alguna elegía. Era la consigna de todo un pueblo, que encolumnado detrás de sus Caudillos, no había optado por la democracia como estilo de vida, sino por la milicia como norma del vivir y morir dignamente. La política que brota de su *Eunomia* no es la que protagonizan las muchedumbres con sus votos. Es la epopeya de las naciones conducidas por sus jefes heroicos. Frente a las masas hedonistas y pusilánimes, los ciudadanos dispuestos a pelear. Frente a la costumbre prosaica del durar y vegetar pasivamente, el hábito poético de ejercitar la *areté* y de celebrarla en cánticos jubilosos. Frente a los prófugos y a los rendidos que vagan errantes reivindicando sus derechos, el deber de forjarse en el peligro, en la lucha cuerpo a cuerpo para una causa justa. Con acierto, Demóstenes, lo bautizó "la voz pública de la patria". Porque por él, por sus versos encendidos, hablaba la Esparta recia y hacedora de heraldos. La Esparta que anhelaba ser cuna de renombrados valientes. La Esparta de la aristocracia más encomiable: la de aquellos que son llamados nobles, no por nacer en la nobleza, sino por morir en ella. No es causal que hacia los versos de Tirteo volviera Platón su memoria y sus citas, cuando escribió en *La República* sobre la educación de los guardianes. Y cuando advirtió que si alguno de ellos cometiese la felonía de la deserción o del abandono, sería degradado a la categoría de los que lucran.

El guerrero tirteico no pelea por su fama ni por botín alguno; ni siquiera le es lícito apoderarse de otras cosas que no

sean las armas de sus adversarios caídos. El canon y la medida de su virtud es el servicio al bien común nacional. No es su satisfacción personal o sus cuestiones privadas las que lo motivan a guerrear. Por importantes que parezcan, las razones personales ceden paso a las universales. Por eso, sea que venza o caiga en el intento, "la ciudad toda" le expresa su gratitud o lo llora de consuno. El es "la torre de su ciudad". Es un héroe de la polis, ligado a su destino y a su porvenir. Es un servidor del bien común, con esta idea dominante arraigada en su mente. Y es un héroe humano que se sabe vulnerable, pero que dona y ofrece su fragilidad en aras de valores que lo superan y trascienden. Hay en él, como bien se ha notado, una *contemptio doloris* que lo prepara y fortifica para la *contemptio mortis*. Un padecer y atacar, un resistir y soportar como acto específico de coraje. Y esta disposición al dolor y a la muerte por causa del prójimo, en el sentido más amplio de la palabra, lo acerca a la figura del soldado cristiano. Héroe paciente y resistente, *sustinendo et aggrediendo*, según la clásica fórmula, el arquetipo tirteico es un símbolo de la abnegación por la patria. En sus decisiones épicas no cuentan los bienes materiales ni efímeros, tampoco las aventuras ocasionales o superficiales. Desconoce la codicia y el apego por el dinero. Pelea escueta y grandiosamente por su dios y su tierra, y escucha estas proclamas animosas:

"¡Oh qué bello es morir por la querida
Patria! Varón, en los combates fuerte,
con los primeros expondrás tu vida...
Tú a la batalla por el patrio suelo
valiente corre, y por tus hijos muere
deja de infame vida el torpe anhelo.
Mantén la fila, y denodado hiere,
manténla firme: oprobio a aquel cobarde
que a la fuga en la lid principio diere...
Ora es el tiempo, joven valeroso,
ora es el tiempo que tu ardor se avive
quien a tan grande gloria aspire ansioso,
vista sus armas y la lid no esquive".

Desde el fondo de la Hélade, no hay soldado cabal que no escuche todavía estos versos de Tirteo. Y que en la intimidad de su corazón no retumbe estremecido ante el desafiante lema que repite con fuerza: "¡Mantén la fila... manténla firme!".[34]

Como a Tirteo, también a *Píndaro* la idea del héroe se le hacía inseparable del servicio a la polis. Pero sus arquetipos son fundamentalmente atletas cuya belleza plástica enorgullece a la ciudad que representa. Cantar sus victorias —en himnos y ditirambos, en encomios y epinicios— era celebrar el triunfo de una dedicación ascética, de un alto empeño y de un logrado equilibrio. Poseía por tanto, no sólo un significado deportivo, sino moral y religioso. Porque el deporte para los antiguos, no era ciertamente la guerra, pero tampoco la ocasión para el negocio y el snobismo, como ocurre entre los modernos. El ideal deportivo de los clásicos guardaba su afinidad con el ideal heroico, y de alguna manera lo prefiguraba. Parte de una liturgia sagrada, el deporte y el atleta vivían la proximidad del peligro y del riesgo, se obligaban a esfuerzos sostenidos y graves, y ponían en juego su vida que dejaban muchas veces en la arena al término de los juegos. "El peligro grande", dice Píndaro en la *Olímpica Primera*, "no escoge al hombre cobarde". Y en la *Quinta*: "Siempre, por los frutos de su areté, trabajo y dispendio luchan en pos de una acción que está cubierta por el peligro".

El atleta parecía graficar en su estampa la severidad de las largas horas de sacrificio y de entrenamiento. O prolongar en sus músculos elásticos los pliegos del estandarte patrio que

[34] TIRTEO, *Fragmentos*, Canto I y III. En: SAINZ DE ROBLES, FEDERICO CARLOS, *Poetas Líricos Griegos*, ob. cit. La traducción es de José del Castillo Ayensa. Cfr. igualmente, ANDRADOS, FRANCISCO R., *Líricos Griegos, Elegíacos y yambógrafos*, Barcelona, Alma Mater, 1956, vol. I. Para estas reflexiones sobre Tirteo hemos seguido a JAEGER, WERNER, *Llamamiento de Tirteo a la areté*. En su *Paideia* I, IV, México, Fondo de Cultura Económica, 1978, p. 92 y ss. Y el hermoso capítulo: *El Guerrero Tirteico*. En: LASSO DE LA VEGA, JOSÉ S., *Ideales...*, ob. cit., p. 115.

portaba. Era el modelo de todo aquel que deseara un alma de oro en un cuerpo de hierro. Su intrepidez física se la suponía asociada a una estatura moral acorde. Por esto Píndaro los celebraba como ejemplares humanos. Debían serlo. De destreza en las competencias, de conducta indoblegable en la vida pública. Como el águila soberana de los espacios aéreos, como el arquero seguro y certero en los disparos. He aquí dos de sus imágenes preferidas.

Pero la gloria del atleta, conviene reiterarlo, si ha de ser gloria heroica y digna de ser cantada, no reside primariamente en el despliegue del cuerpo. Le viene de la fidelidad a su genealogía —que se pierde en el misterio de las edades divinas— y de la fidelidad a su propia identidad que se expresa en el "llega a ser lo que eres", el más conocido de los aforismos pindáricos. Lo que veía este *lyricorum princeps*, como lo llamaron los romanos, es que sólo el hombre justo es verdaderamente fuerte. Su alma alcanza la felicidad y reposa —libre ya de torneos y de justas— en la beatitud de los Campos Elíseos.[35]

Esquilo y *Sófocles* dicen lo suyo y hay que escucharlos con atención.

Esquilo, por lo pronto, combatió en Maratón y allí resultó herido. Y es notable que a la hora de pensar un epitafio para su tumba en Gela, no recordó sus lauros poéticos sino sólo su presencia en la legendaria batalla. Señal de que lo escrito con sangre le importaba mucho más que el resto de su valiosa obra. Pero peleó asimismo en la no menos célebre contienda de Salamina, y dejó su testimonio —el testimonio de un combatiente que "no olvida"— en su drama *Los Persas*.

Aquí está en pleno, el sentido de la lucha y el deber de librarla. Esquilo no celebra el triunfo de su patria con fáciles jactancias sino con hondas reflexiones. Los atenienses, nos enseña, fueron fieles a los dioses y actuaron con decoro. Defendían la

[35] Cfr. ESCLASANS, AGUSTÍN, *Píndaro. Himnos Triunfales*, Barcelona, Iberia, Obras Maestras, 1968.

libertad sobre una tierra soberana. Sus enemigos, en cambio, cayeron en desmesura e impiedad. La derrota fue su castigo y a la vez su expiación. No se trata entonces de empuñar un arma y de avanzar resuelto, sino de saber que se empuña y se avanza para defender una causa justa. Y de saber, sobre todo, que si el soldado no es humilde en su fortaleza y religioso en su conducta, la victoria le será esquiva y el adversario humillará su soberbia. Los dioses no auxilian a los altaneros ni a los impíos. Los héroes verdaderos no son jactanciosos ni exhibicionistas. Envían plegarias, escuchan al cielo, arremeten feroces. Pero son, ante todo, criaturas dóciles a la presencia divina. Por eso cuenta Esquilo, que el combate se inició recién "cuando los salvajes caballos blancos del alma cubrieron toda la tierra de gloria, cuando nació un rumor a través del mar, un fuerte rumor exaltado como una impetuosa canción, y *Eco*, respondiendo desde las rocas de la isla gritó: ¡Batalla, batalla!". Y al término de la misma, Temístocles, les dice a sus hombres: "¡No somos nosotros los que hemos hecho esas cosas! Son los dioses y los héroes, a quienes repugnaba que la soberanía de Europa y del Asia estuviera en manos de un hombre orgulloso e impío".

Temístocles, y por su boca el mismo Esquilo, se refiere a Jerjes y a su *hybris* descontrolada, que lo llevó primero a destruir los templos y a encadenar al divino Helesponto, pero que lo llevó después a perder sus vestiduras y su majestad de Rey. Hay orgullo en la victoria y entusiasmo nacional en los vencedores. Atenas toda —valerosa y pía— reivindicaba el honor como un logro colectivo e histórico. Y una lección quedaba refrendada: el hombre debe movilizarse valiente y sobriamente en defensa de su tierra. Valiente y sobrio. Sujeto al orden y a la voluntad de Zeus, que Esquilo se preocupa en imponer por encima del politeísmo, como el dios supremo de justicia y de sabiduría.

Es también la lección de *Los Siete contra Tebas*. Más allá de los grandes temas que aquí se abordan —el fraticidio y la maldición de una estirpe violenta, el torbellino de odios ancestrales y de destinos ineluctables— lo cierto es que *Etéocles*

se yergue como un jefe heroico que no está dispuesto a dejar asaltar a su patria impunemente. Y que sale personalmente al riesgo y al peligro para dar el ejemplo de cómo debe comportarse un conductor de pueblos.[36] Lo demás, la piedad familiar y el respeto a los dioses, lo hará Antígona a costa de su propia vida. Y esto lo cantó Sófocles, inmejorablemente.

Sófocles también supo lo que era la guerra por experiencia propia, pues estuvo en la de Samos durante dos años, como estratega de Pericles. Y todos sus personajes centrales se mueven en el contexto grandioso y trágico de las tradiciones épicas. Son hombres que se ennoblecen y purifican en el dolor y en la soledad, en el abandono al que llegan por el cumplimiento inexorable de sus destinos tortuosos. Son hombres que padecen y que en el sufrimiento conocen y resultan iluminados. *Filoctetes* y *Heracles, Antígona* o *Edipo* quieren decirnos algo importante sobre esto, y es el valor regenerador del sufrimiento heroico. La lucha no necesariamente es victoriosa. No necesariamente concluye con galas y clarines celebratorios. Menos aún la lucha interior que el alma libra con sus propias tensiones desencajadas, y sobre todo, si los dioses juegan arbitraria y cruelmente con su destino. Pero si sobreviene la angustia y la tristeza, el infortunio o la desdicha terrible, el hombre que soporta tiene allí su última posibilidad de grandeza: aceptar el sentido del sufrimiento y del dolor. Y en la aceptación resignada, elevarse por sobre los mediocres y vulgares y descifrar el enigma de lo Alto.

Jaeger dice que el hombre trágico de Sófocles es como un carácter esculpido, con la belleza y la imponencia de una estatua de Fidias. Y bien, ese escultor de hombres propone a la contemplación de los griegos una areté del martirio, una nobleza y una virtud en el padecer, si se nos permite la simplificación. Sus grandes dolientes son notables paradigmas de

[36] Sobre Esquilo cfr. MURRAY, GILBERT, *Esquilo*, Buenos Aires, Espasa Calpe Argentina, 1955 (pptte. cap. IV, *Las piezas bélicas*).

hombres y mujeres que en el dolor y por el dolor llegan a la familiaridad con Dios y comprenden, al fin, la magnitud de su misterio. Es como si extraviados y perdidos recobrasen, al fin, la mirada interior.

Se ha dicho, porque los críticos son propensos al didactismo, que Sófocles representaba al hombre *como debía ser* y que Eurípides, el otro gran vértice de la tragedia griega, lo mostraba con realismo *tal como es*. El mismo Nietzsche lanzó su tonante acusación contra el autor de *Medea*, considerándolo como un envilecedor de los fuertes caracteres trágicos creados por Sófocles. Ni nos conforma el distingo de los críticos, ni nos parece justa la síntesis nietzscheana. En principio, porque el supremo realismo es hablar del *deber ser*, ya que no tanto lo que el hombre ha sido sino lo que ha querido y debido ser, da mejor la pauta de lo que ese hombre verdaderamente es. Y en segundo lugar, porque es posible que Eurípides acentuara intencionadamente las miserias de sus criaturas para que en el contraste refulgiera todavía más el arquetipo ideal.

Sea como fuere, su obra *Las Troyanas* no pasa inadvertidamente ante el tema que nos ocupa. Es el fin de Troya y de quienes fueron su familia fundacional. Es el cautiverio de *Hécuba* y la humillación de las mujeres que alguna vez conocieron un destino prócer. Es el derrumbe de una ciudad concreta y la consecuencia de la caída de su primer héroe. Pero superando las singularidades, Troya es un símbolo universal. Todas las derrotas gloriosas se expresan por ella, y su horizonte de llamas y sangre todavía está vivo en el recuerdo, para indicarnos que la patria vencida y esclavizada permanece en el amor de los que no la olvidan, y están prestos a luchar por su rescate.

Troya está viva en la exaltación de *Héctor* —"el más bravo de los hombres"— que hace con orgullo la discreta *Casandra*. En la dignidad de *Hécuba*, que exclama su condición de madre y esposa de varones ilustres y de vírgenes honorables "y no de una muchedumbre vulgar". En las lágrimas de *Andrómaca* "porque la patria ha muerto" y el egregio *Héctor*, su único hombre y su mejor héroe, ya no cabalga sobre la tierra. Troya vive en ese hijo que le matan, porque "no convenía criar a hi-

jo de padre tan bravo". En *Taltibio* que le anuncia que "subirá a lo alto de las torres paternas". Y en las palabras finales del coro que "al igual que el humo que disipa el viento", ve perecer la patria, derribada de su cúspide y saqueada por el hierro. Tal vez un día, desde los Campos Elíseos, descienda Héctor con su casco oriflama, y desenterrando su escudo que dejó en la tierra yerma, reedifique a lanzazos la patria que le fue arrebatada.

Nadie lo ha escrito mejor que Chesterton: "Aquiles representa su papel de semidios pagano, y luego desaparece. Pero Héctor se engrandece, de siglo en siglo, llega a ser uno de los paladines de la Tabla Redonda, y la canción pone su espada en manos de Rolando, en su último combate, con la púrpura y gloria de su propio desastre. La figura de Héctor, trazada con líneas arcaicas sobre el crepúsculo matutino, es la imagen profética del primer caballero. El nombre de Héctor presagia las derrotas sin número que han de sufrir nuestra raza y nuestra Fe y que su triunfo será el sobrevivir a todas ellas.

El relato del fin de Troya no perecerá. Vivientes ecos, eternos como nuestra desesperación y nuestra esperanza, lo prolonga, indefinidamente. En pie, hubiera permanecido oscura; pero su caída ha sido iluminada por un soplo del fuego que la fijó para siempre, en el inmortal instante de su aniquilamiento. La llama que la consume, no se consumirá jamás".[37]

Desde la comedia nos llegan, asimismo, reflexiones fundamentales. Porque si el drama exaltó a los arquetipos heroicos, el humor y la sátira desnudaron la decadencia democrática y las miserias de una polis entregada a sofistas y merca-

[37] Chesterton, Gilbert K., *El Hombre Eterno*, Buenos Aires, LEA, Libreros y Editores Asociados, 1980, p. 92. Alguna vez, Chesterton mediante, hemos comparado a Malvinas con Troya. Creemos que, salvadas las distancias, la analogía es válida. Porque es posible que "en pie hubiera permanecido oscura", pero saqueada y humillada por el invasor se ha convertido en símbolo y en promesa de regreso. "La llama que la consume no se consumirá jamás...".

deres. Una polis infiel a su genealogía épica y dominada por nuevos ricos, demagogos, sicofantes, invertidos y poetastros. Es, paradójicamente, un nuevo drama descripto con notas sarcásticas; pero que en el fondo y por contraposición, no hace más que resaltar la vigencia y la necesidad de los grandes modelos. El *Diceópolis* de *Los Acarnienses*, el *Agorácrito* de *Los Caballeros*, o el *Filocleón* de *Las Avispas*, son personajes de *Aristófanes* que inspiran un profundo rechazo. Viles y cobardes, oportunistas y grotescos, lascivos y vulgares, han perdido el sentido agónico de la vida y están dispuestos a sacrificar la soberanía de la patria y la piedad debida a los dioses. Hombres dominados por pasiones bajas, se inquietan y se agitan por obtener los favores del vulgo y los poderes materiales, pero sienten horror por la sola posibilidad de combatir en defensa de los valores eternos. Por eso, la paz que se obtiene en esas condiciones no es un bien sino una parodia, y sus gestores no son hombres justos sino pacifistas ramplones, como el *Trigeo* de su comedia titulada precisamente *La Paz*. Una paz que "huele a coladores de vino... a faldas de mujeres que corren a los prados, a esclava medio ebria y ánforas volcadas".

No le faltaban razones a Aristófanes para rechazar las guerras que se desplegaban ante sus ojos, o para suponer como en *Lisístrata*, que desaparecido el tesoro, desaparecería por ende el nervio de la contienda. Pero su crítica implacable —a veces dañina y arbitraria— no parece movida por el beneplácito ante la Atenas abyecta, sino por la añoranza de los días de gloria. Esos días que atenazan el corazón con la nostalgia de su ausencia, en que los héroes se batían en guerras justas, y los sabios no habían abdicado frente a los charlatanes. En que los varones y las mujeres conservaban la certidumbre de alistar el cuerpo y el espíritu para batallas sagradas. "Todo Aristófanes es un desesperado amor por su ciudad. La contempló bella, grande, libre y feliz en los días de su adolescencia, la sintió siempre patria y nodriza del espíritu, ciudad que había conquistado más que un imperio, el derecho de vivir y sobrevivir como creadora de un ideal nuevo". Pero estaba ahora corrompida y enferma. "Frente a ella, para Aristófanes, perdura como ideal la gene-

ración de los combatientes de Maratón que, sin exigir nada, combatieron y murieron en la única guerra justa, la guerra de defensa contra el bárbaro, por la libertad de Grecia".[38]

Crítico de la democracia y nostálgico de la grandeza ateniense, se manifiesta también *Isócrates*. Conoció personalmente el campo de batalla cuando se decidió a seguir a Gorgias en la Guerra del Peloponeso. Pero sobreponiéndose a las discordias intestinas, a las que reprobó en su *Discurso sobre la Paz*, abogó por la unidad de la Hélade. Quería para Atenas la restauración de la antigua república patricia y heroica, la de la *pátrios politeía*. Sin esa radicalización democrática que había traído la delación, la demagogia, la arbitrariedad, la vida licenciosa y el abandono del espíritu combativo. Quería para los ciudadanos la emulación del honor de los antepasados, en el ejercicio virtuoso de las penurias sobrellevadas con decoro. Y quería para Grecia toda, un Caudillo que la salvara de la extinción a manos de los bárbaros. Es, entre otros, el tema que campea en el *Panegírico* y en el *Aeropagítico*. Antiguamente, dice aquí Isócrates, "los ciudadanos fueron tan educados para la virtud, que no se molestaban entre sí y vencían en combate a todos cuantos invadían el territorio. Con nosotros ocurre lo contrario. Porque no pasa un día sin que nos hagamos daño, y tan desatendidos tenemos los asuntos de la guerra que ni nos atrevemos a pasar revista militar a no ser que nos paguen... Yo creo que si imitamos a los antepasados nos libraremos de los males y seremos los salvadores no sólo de la ciudad sino de todos los griegos".[39]

Desde Atenas y desde la guerra brotó además la voz de

[38] Cfr. CANTARELLA, RAFFAELE, *La Literatura Griega Clásica*, Buenos Aires, Losada, 1971, vol. I, p. 351 y 339. Sobre la crítica a la democracia y su particularidad de ahogar los ideales épicos, siempre será oportuno volver a citar y a recomendar la notable obra de STAN M. POPESCU, *Autopsia de la Democracia*, Buenos Aires, Euthymia, 1984.

[39] ISÓCRATES, *Aeropagítico*, 32-83. En: ISÓCRATES: *Discursos*, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 1980, T. II, p. 74.

Jenofonte. Su nombre está asociado a la *Anábasis* o *Expedición de Ciro*, aquel regreso esforzado de diez mil sobrevivientes a Grecia, después que el jefe persa murió peleando en *Cunaxa*, provocando así que los helenos que lo habían secundado en la campaña quedasen librados a su propia suerte.

Jenofonte miraba con desdén a los pusilánimes y a aquellas formas sociales y políticas que permiten que los mismos lleguen a encumbrarse. Y reservaba su admiración por la figura señera del Caudillo y Caballero cuya semblanza ideal trazó en las páginas del *Hipparchicus*.

El soldado es modelo de hombre libre. Porque posee la disciplina para consigo mismo, para con las cosas y los demás. Y esa triple expresión de servicio, de acatamiento y de sujeción es la base de la libertad. Su fuerza reposa en el respeto a la tradición y a la ley, en el amor a la patria y, fundamentalmente, en la confianza en Dios. "Si algún lector se asombra"—previene precisamente en el *Hipparchicus* (IX, 8)— "de que todos los actos de un guerrero comiencen con Dios, es que nunca se ha visto obligado a vivir en peligro". Este contacto asiduo con la muerte, hacía del soldado un hombre atento y dócil al llamamiento celestial. Pero también un hombre dispuesto a impetrar su protección. Una vez más, entonces, se confirma el sentido del combate y del combatiente antiguo. Hombre libre en la exigencia y en la obediencia, piadoso y fiel, el caballero debía cuidarse especialmente del afán de lucro, de la impudicia y de la ingratitud. No puede movilizarse por dinero, ni perder el decoro, ni dejar de ser agradecido a Dios, a la patria y a sus antepasados. Lejos de la retórica y de la sofística, su personalidad crece y gana en lozanía en el cultivo de la vida agreste y dura. Una vida sin sensualidad ni hedonismo, en contacto con la tierra y con sus frutos, pero siempre en vigilia y en tensión, en espera del combate y en búsqueda de la victoria. Y por sobre todas las cosas, una *educación de la verdad* —así la llama en el *Cinegético*— sin la cual cualquier hombre, y cuánto más el llamado a pelear, pierde grandeza y coherencia y se reduce a un embustero.

Elogiando la educación de los persas, y la de Ciro en

particular, nos dice Jenofonte: "Para él lo primero era cumplir con el mayor escrúpulo la palabra dada, ya fuese un tratado, ya una simple promesa... Su ejército era un verdadero ejército. Los generales y los capitanes no acudían a él por dinero, sino porque sabían que obedecer puntualmente a Ciro, representaba más provecho que la simple soldada mensual". Por ese lazo de unión entre el Caudillo y sus subalternos, por esa verdadera jerarquía fundada en el servicio y en el sacrificio y en el ejemplo del valor, "cuando Ciro fue muerto" —concluye el párrafo Jenofonte— "todos los amigos y compañeros de mesa que se encontraban a su lado perecieron combatiendo por su cadáver".[40]

Sócrates: Maestro de Combatientes

Homero, Hesíodo, Tirteo, Esquilo, Sófocles, Aristófanes o Píndaro, Jenofonte e Isócrates, son sólo ejemplos —bien que los creemos representativos— de la expresión griega de una actitud humana esencial: la de armarse espiritualmente, la de saber cómo y qué defender, la de estar dispuesto a la pugna y al sacrificio por los bienes más altos. La actitud militante ante la vida, que se contrapone tanto a la agresividad descontrolada como al pacifismo cobarde. La palabra y la acción como agonistas de una batalla terrena que tiene su correlato en la batalla celeste. Esta es la gran enseñanza de la Antigüedad.

De este modo podríamos aumentar los ejemplos escogidos, porque la literatura y las artes en general, han sido fecundas y aún las llamadas disciplinas científicas en el sentido más amplio, no estaban desvinculadas de los grandes principios que regían todo el comportamiento ético y espiritual. Pero no es posible abandonar Grecia y el análisis del tema de la lucha sin decir dos palabras sobre el maestro *Sócrates*.

[40] Jenofonte, *Anábasis*, Madrid, Espasa Calpe, 1982, I, IX, p. 35-36.

A él hay que seguirlo para entender cabalmente el sentido de la lucha. Y seguirlo, por lo menos, en tres circunstancias claves de su carrera honrosa.

En primer lugar, hay que seguir a Sócrates en las campañas militares de las que supo tomar parte. Porque arraigado en Atenas —ciudad a la que amó y entregó sus vigilias— salió a pelear por ella, con la pobreza de un hoplita, mas con los bríos del mejor general. *Potidea* (432), *Delio* (421) y *Anfípolis* (422), son tres nombres que corroboran y certifican su valor excepcional. Pues no fue un soldado más, ni un enganchado por fuerza de las circunstancias ni un miembro inadvertible y adocenado de una retaguardia difusa. Fue un combatiente íntegro, callado para soportar las penurias, discreto y ejemplar en el esfuerzo, primero en el sacrificio y último en los beneficios; compañero firme para comunicar serenidad y confianza, camarada osado en el ataque y abnegado en el rescate de sus pares que caían en desgracias.

En las noches heladas de Tracia, Sócrates conservaba el ánimo e instaba a no desfallecer. En las marchas rigurosas y difíciles, cargaba orgulloso los pertrechos más ásperos; en las guardias al descampado mantenía el dominio sobre sí mismo, en las vísperas de los combates requería piadosamente el auxilio de Dios, y en medio de la refriega era capaz de acciones vigorosas. Todos sus biógrafos coinciden en las narraciones. Y si Platón pone en boca del *General Laques* la afirmación tajante que de haber peleado cada uno como Sócrates, *Delio* no hubiese sido una derrota. O si Diógenes Laercio o Jenofonte cuentan su desempeño heroico en *Potidea* donde salvó la vida de Alcibíades mereciendo el elogio de los jefes, o el comportamiento activo en *Anfípolis*, cuando ya frisaba los cincuenta años, es porque el maestro había llevado hasta el extremo la coherencia entre su prédica y su obra.

Enseñó la importancia del valor y del amor a la patria. Dialogó sobre la fortaleza heroica y la confianza en Dios. Analizó argumentos sutiles y profundos sobre el esfuerzo y la virtud de la paciencia. Y a la hora de la prueba, cuando las palabras tienen que sellarse con el sudor y la sangre, cargó su arnés y

se puso en camino. Verlo en aquellas campañas rudas, sobreponiéndose a su físico poco privilegiado con el temple de un espíritu superior y elegido, es entender el genuino sentido de la milicia. Es entender al fin, que la clave de la guerra está en el alma que mueve a los cuerpos y que contempla la verdad y la justicia por la que esos cuerpos —elegantes o no, poco importa— pueden quedar cualquier tarde, destrozados en el campo del honor.

"Sócrates soldado del Cuarto Regimiento, marchaba hacia adelante... Incluso, por la carretera, camino de la guerra, iba con los pies descalzos... Sus camaradas no podían evitar cierta admiración. Con su musculosa mano izquierda blandía como una pluma un escudo tan alto como un hombre, hecho con diez corbachos cosidos entre sí y unidos por fuertes tachones de metal. Su mano derecha empuñaba una lanza de roble con punta de hierro de más de seis pies de altura y, por añadidura, un haz de jabalinas. De su cintura colgaba una tremenda espada de dos filos, puntiaguda, apta para dar tajos y tirar estocadas. La correa que cruzaba su macizo pecho sujetaba a su espalda el arco y el carjal lleno de flechas. Y aquel pecho macizo respiraba, a pesar de todo, con manifiesta holgura... Todos los demás soldados habían dejado las armas a los esclavos o en los carros del tren que seguían a las tropas. Sócrates no... «Un hombre tiene que endurecerse a sí mismo», decía. Hay que domar el cuerpo. Por eso, marchaba descalzo por los campos y por los arcillosos caminos transformados en fangales por los chaparrones de noviembre. Por eso cargaba sus anchas espaldas en lugar de depositar sus armas en uno de los carros de bueyes... De noche, los soldados se acercaban a Sócrates y le pedían que les hablara... (Y en las vísperas de Potidea) sólo Sócrates no se refugió en la carpa... Se mantuvo aparte. No respondió cuando lo llamaron. Miraba distraído y ausente. Miraba a las tinieblas de la noche... Iba al frente. Nadie podía seguirlo; era natural: nadie estaba animado por la voz interior. Sócrates era un soldado de la virtud, un guerrero sacerdote. Sabía que su espada y su escudo estaban al servicio de la buena causa y, por eso, su espada tajaba con más fiereza que las de los camaradas y

su escudo protegía el derecho que nos es innato".[41]

En segundo lugar, hay que seguir a Sócrates con sus discípulos. De regreso de la guerra se pone en contacto con ellos, y cuando entre ansiosos y curiosos, le preguntan por lo ocurrido en Potidea, responde lacónicamente sin un alarde de vanagloria o de humano envanecimiento. Él, que había sido el protagonista heroico de la batalla, pospone su fama y la tentación de glosarla, para hablar y discurrir sobre la sabiduría. Es el comienzo de *Cármides*, uno de sus diálogos más vívidos. Se comportaba así, como bien dice *Tovar*, conforme al espíritu arcaico del verdadero combatiente de Maratón. Con una preocupación dominante que estaba por encima de cualquier vulgar jactancia: hacer a los hombres virtuosos, contribuir a su ennoblecimiento moral.[42]

Hay que seguir a Sócrates y a sus discípulos por el gimnasio o por las calles de Atenas. Por ellas va el Maestro enseñando que filosofar es aprender a morir, que sabe más de una cosa quien posee su esencia, y que si no se reconocen y distinguen las esencias, nadie es nadie y es nada. Pero en lo esencial esplende Dios y en Él hay que reposar. Frente a la vulgaridad, la excelencia, frente a la indiferencia por la Verdad, el amor a la sabiduría; frente a la dispersión del activismo, la preeminencia de la vida contemplativa. Tanto para las almas como para la patria, el principio de la regeneración está en la conquista de la virtud. Y de la virtud capital que es la justicia, por la que se alcanza y se cultiva el necesario sentido de la proporción y de la jerarquía. No importarán los dardos de *Calicles* ni el enva-

[41] KRAUS, RENÉ, *La vida privada y pública de Sócrates*, Buenos Aires, Sudamericana, 1966, Cap. *La Voz*, p. 103 y ss.

[42] Cfr. TOVAR, ANTONIO, *Vida de Sócrates*, Madrid, Alianza Universidad, 1984, pptte., p. 105 y ss. Y ROWE, CHRISTOPHER, *Introducción a la ética griega*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979, cap. III. Cfr. asimismo el comienzo del *Cármides*, PLATÓN, *Obras Completas*, Buenos Aires, Bibliográfica Argentina, Bibliográfica Omeba, 1967, T. I, p. 199 y ss.

necimiento de Alcibíades. No importará siquiera que un falso maestro como *Protágoras* llegue infatuado con su cátedra de fuego y humo. Sócrates demostrará las falacias del extranjero sofista, del relumbrón pasajero y efímero. Y alzará su voz —que trae ecos de las voces de Homero y de Parménides— para enseñar la importancia de la palabra libre y señorial ante el lenguaje torvo de los hábiles.

El suyo es el magisterio de la vida interior, de quien aprende que para conocerse a sí mismo debe mirarse en esa parte del alma verdaderamente divina. Y que para conocer lo que es de Dios, y lo que a Él pertenece, debe preferir siempre, empecinadamente, la verdad a la adulación. Porque importa antes vivir honestamente que arrastrar una larga existencia en vano, un día de león a cien años de buey, el servicio a lo Alto al servilismo de los poderosos. Dice bien *Pater* cuando escribe que Sócrates hizo descender la filosofía del cielo a la tierra. Pero la recíproca también es válida: le dio alas al hombre y a la tierra para que pudieran ascender y contemplarse en sus formas arquetípicas.[43]

Este es el carácter del agonista que Sócrates forjaba en sus enseñanzas diarias. Estas eran las razones que debía entender y servir. De allí que al hablar del valor, no lo circunscribe ni exclusiva ni primariamente al que combate peleas corporales, sino al que ejercita la *templanza*, la *justicia* y la *santidad*. El valor es un don que ha de acompañar al hombre en su lucha por la perfección. Un don y un hábito por el que sepa acometer y resistir en medio de las tormentas cotidianas, o en medio de una lid feroz y cruenta desatada por las circunstancias. "Y no sólo un hombre (es) valiente en todo lo relativo a la guerra, sino también en los peligros del mar, en las enfermedades, en la pobreza y en el manejo de los negocios públicos; y lo mismo un hombre (es) valiente en medio de sus disgustos, las triste-

[43] Cfr. Pater, Walter, *Platón y el Platonismo*, Buenos Aires, Emecé, 1946, p. 114.

zas, los temores, los deseos y los placeres; un hombre valiente que sepa combatir sus pasiones, sea resistiéndolas a pie firme, sea huyendo de ellas, porque el valor, Laques, se extiende a todas estas cosas".[44]

Pero sentado este importantísimo precedente, Sócrates se ocupa también de los que llevan armas y tienen por oficio la guerra. De la clase de los guardianes o guerreros, consagrados plenamente al resguardo de la integridad total de la patria. Cumplidos ejemplares de fortaleza, en quienes debía brillar sin mengua, de un modo inmarcesible.

Son ellos los que fijan con su espada y con su sangre los días inaugurales de la ciudad natal. Los que preservan su libertad y tutelan su señorío. Los que conquistan y reconquistan un lugar en la historia de las naciones soberanas. Por eso mismo, por su altísima responsabilidad y por el decoro de su misión, su formación ha de ser impecable y su conducta unívoca. Alejados del lucro y de la plaza pública con sus pasiones descontroladas, todo en sus vidas ha de ser serena intrepidez y lúcida contemplación de la verdad. Preparación intensa y severa, y un juicio elevado y recto, para que por encima de las contingencias y a pesar de ellas, sepan matar y morir por lo permanente. Entrenamiento ascético y mortificante, pero ordenado al amparo del verdadero ser de la República. Acciones únicas y bellas antes que multitud de actos vulgares. Y si esta no fuera su primera fidelidad, si traicionasen el ideal heroico por el ideal de los mercaderes y la moral de los egregios por el oportunismo de los codiciosos. Si lo inferior y mostrenco agitase sus mentes y la cobardía paralizase sus puños. Si, en fin, Dios y la Patria dejasen de ser el móvil central de sus desvelos y un lenguaje ambivalente y una conducta sinuosa caracterizaran su estilo, los guerreros se degradarían inmediatamente a la baja condición de mercenarios.

El mercenario es la ruina de la ciudad y la deserción de

[44] Cfr. PLATÓN, *Laques*. En: *Obras Completas...*, ob. cit., T. I, p. 259.

la fortaleza, como el tirano es la infidelidad a la justicia. Un ejército conducido por mercenarios —o lo que es más grave, por quienes tienen su espíritu y conservan las apariencias normales— acarrea la indefensión de la polis frente a sus enemigos internos y externos. Bien lo verá después Aristóteles en la línea de su lejano maestro. La organización bélica de la Ciudad, decía el Filósofo, es una necesidad moral, es una exigencia ético-política para garantizar el bien común. Ciudad desguarnecida, ciudad sin guerreros cabales, pierde su condición de tal y se convierte en una muchedumbre de siervos susceptible de ser dominada por extraños. El legislador que tolere o promueva semejante indefensión, o el soldado que se haga cómplice de la misma, ha de ser desobedecido y vituperado, pues el bien de la disciplina está subordinado al de la justicia. Y si las tropas se ennoblecen en el ejercicio de la obediencia a sus legítimos superiores, pierden su condición de regulares subordinadas a déspotas o a mercenarios. Las huestes de la República son la República misma en función castrense. Como la paz y la concordia pertenecen a la patria toda, la guerra justa, cuando estalla, compromete a toda la nación, y es deber de los guardianes convertirse en los artífices de la victoria.[45]

Sócrates enseñó a distinguir entre el guerrero y el mercenario. Trazó una línea divisoria entre ambos caracteres, y a la par que inculcó recelo y desprecio por los pusilánimes, reservó su elogio y su cántico para los que son capaces de caer en el combate. Ciudadanos eminentes, que con su donación

[45] Sobre el pensamiento militar de Aristóteles, cfr. SACCHI, MARIO E., *Aristóteles, Santo Tomás de Aquino y el Orden Militar*, Buenos Aires, Cruz y Fierro Editores, 1982. Y sobre la concepción socrática del guerrero, pocos se han ocupado con tanta autoridad , con tanta insistencia y precisión como JORDÁN B. GENTA. Cfr. esp. *Acerca de la libertad de enseñar y la enseñanza de la libertad*, Buenos Aires, Talleres Gráficos de Amílcar Sapere, 1945, pptte., cap. 1, 2 y 3. Asimismo: *La Idea y las Ideologías* y *El Filósofo y los Sofistas*, Buenos Aires, 1949 ambos.

postrera e irrevocable, dan el más elevado testimonio de actitud militante, el ejemplo más alto del sentido agónico que ha de comprometer la existencia entera.

Por eso, cuando le enseña a *Menexenes* cómo hacer el elogio de los caídos por la patria en guerra justa, empieza por celebrar sus hazañas, porque una ciudad que las borre de sus páginas o un magisterio que las olvide no merecen el rango que blasonan. La historia de largas fatigas de esos combatientes, es la historia misma de Grecia en lucha por su libertad. La Nación se identifica con sus mejores hombres y les rinde culto. Y esos guerreros virtusoso son, recíprocamente, el cimiento más firme sobre el que reposa la Nación. Son hijos de la tierra y en ella dejaron un día su sangre. Sócrates los recuerda emocionado: caídos en Maratón, en Salamina, en Artemisa o en Platea... "así es que a estos héroes los miro, no sólo como autores de nuestros días, sino como padres de nuestra libertad y de la de todos los griegos de este continente".

Pero el recuerdo y la gratitud se hace exordio cuando Sócrates se dirige a los familiares de los héroes. Ellos tienen la obligación de recoger su bandera y de levantarla en triunfo con orgullo. No habrán de entregarse al dolor y al desconsuelo, sino a la alegre certeza de que el ejemplo de los bravos no perece jamás. "Que todos los ciudadanos, henchida su alma de tan grandiosos hechos, exhorten a los descendientes de estos valientes, como pudieran hacerlo en un día de batalla, para no desmerecer de sus mayores, ni retroceder, ni echar el pie atrás cobarde y vergonzosamente. Hijos de estos hombres bravíos, yo os exhorto en este día, y donde quiera que me encontrare os exhortaré y os excitaré, a fin de que despleguéis todos vuestros esfuerzos para que lleguéis a toda la altura que podéis llegar".[46]

De esto se trata al fin y al cabo, de transformar el diálogo en conmemoración, el recuerdo en oración fúnebre, la gratitud en promesa de lucha continuada. Oír el mandato de

[46] Cfr. PLATÓN, *Menexenes*. En: *Obras Completas...*, ob. cit., vol. I, p. 395-417.

los héroes, responder hoy como ellos respondieron ayer, es la forma más segura y más difícil de seguir velando por la grandeza de la Patria.

Finalmente —y he aquí la tercera circunstancia de su carrera honrosa a la que antes aludíamos— hay que seguir a Sócrates hasta la celda de su muerte.

Enjuiciado en parodia tribunalicia por exponentes crasos de la perversidad democrática, su *Apología* quedará siempre en la historia como un modelo de la palabra señera y de la conducta digna. Como un paradigma de la honestidad intelectual y de la coherencia extrema entre el pensar y el hacer. Supo vivir como enseñó y morir con prevista muerte. Supo defenderse para defender la verdad y desprenderse de sí mismo por amor a la sabiduría. Supo ofrecerse como víctima antes de hacer víctimas al bien y a la belleza que anhelaba. Casi fuera proporcionado decir que, entre el juicio y la celda de Sócrates, está la estación número cero del Vía Crucis. Porque su sentencia y su final tienen la gravedad de una pasión que prefigura a la Pasión. No la emula ni la equipara. Simplemente la anuncia entre el universo pagano. "Es maravilloso", dice *Guardini*, "cómo convergen aquí lo religioso, lo filosófico y lo humano en una unidad perfecta: discurso que brota de la más íntima profundidad... Sócrates comparece ante lo Eterno, para que su persona y su obra sean medidas con estos patrones. Ante ellos se siente acreditado... Ahora debe morir... Así se abre en torno a la cárcel la anchura del Mar Egeo y la magnificencia de la Hélade... Se acerca nuevamente la figura de Sócrates a una luz maravillosa... lo que allí habla es la vida desbordante".[47]

También el Padre *Sertillanges* vio en el final del Maestro un posible presagio del Misterio del Gólgota, como vio en su filosofía un hilo conductor que remata en Santo Tomás. Y epilogando el notable libro de *Festugière*, escribió con acierto:

[47] GUARDINI, ROMANO, *La muerte de Sócrates*, Buenos Aires, Emecé, 1960, p. 104, 144 y 153.

"«Vale más obedecer a Dios que a los hombres». En parte murió por esto, por lo mismo que morirían tantos mártires. Los Padres de la Iglesia vieron en él más que un precursor. Algunos osaron ver en Sócrates una especie de Cristo por anticipación, un fiel y un testigo de la Verdad antes del gran anuncio que debía ser hecho de ella".[48]

Hay que seguir a Sócrates hasta la celda de su muerte. Allí está, sencillo y grave, rodeado de sus discípulos que quisieran detener esas horas. Allí está. Señor de sus verdugos como señor de sí mismo. Locuaz pero no verborrágico, alegre mas no eufórico, seguro pero no jactancioso. Su corazón áureo, que paralizará muy pronto la cicuta, contiene y resume el horizonte de la Helenidad. Los años han despoblado su frente y vencido sus hombros, pero su mirada sigue alerta y su voz no se ha quebrado en la despedida. Es el mismo de siempre. Idéntico en la adversidad como en la gloria.

Sí, allí está. El Héroe de Potidea, el modelo de Delio, el veterano de Anfípolis. El combatiente heroico y el maestro que discurría por Atenas. El filósofo que zahería a los sofistas y embaucadores, llevando sol y fuego a los espíritus inquietos, alumbrando el entendimiento como una madre alumbraba los cuerpos en el momento de la gestación.

En la celda de Sócrates cabe toda la Grecia. Homero habrá alistado a sus paladines para recibirlo engalanado, y Píndaro y Tirteo afinaban sus himnos esa tarde. Y un Ángel del Dios Único y Verdadero, un Ángel del Dios Uno y Trinitario, un Ángel del Señor Nuestro Dios, se habrá asomado a la ojiva del Cielo de la Hélade para asistir al sabio que partía.

En la celda de Sócrates yace ahora, inmóvil, su cadáver

[48] Cfr. FESTUGIÈRE, A. J., *Sócrates*, Buenos Aires, Inter Americana, Vida del Espíritu, 1943, p. 163-173. El mismo Festugière dice algo parecido: "Jesús murió para dar testimonio de Él, y la muerte de Jesús es nuestro único remedio. Sócrates careció de este remedio, pero ello no obstante, creyó en la bondad de las cosas y que el justo crucificado, a pesar de ello, era el más feliz" (p. 159).

reciente. La lección sobre la inmortalidad del alma debía terminar así, para que tuviera después, con los siglos, más peso y más significado esta sentencia: "No temáis a los que matan el cuerpo, el alma no pueden matar" (Mt. 10,28).

La Fortaleza Romana

Si pasamos a *Roma*, siquiera brevemente, los ejemplos se prolongan y el sentido clásico de la lucha termina de inteligirse.

La sola mención de la ciudad histórica suele asociarse inmediatamente a la guerra y a la conquista; y es un lugar común identificar al romano con las grandes campañas de expansión y de combates cruentos. Motivos no faltan, ciertamente, porque la densa historia de Roma está jalonada de contiendas y de batallas constantes. Las aguas del Tiber o del Tirreno, o las alturas riesgosas del Etna, pueden dar testimonio del agonismo románico. También los ecuos, veyos y volscos. O los samnitas o etruscos, umbríos y sabinos.

Todo en Roma parecía ordenado a la ofensiva y al ataque. Y aún en la derrota dejará la huella de su brío y de su temple extraordinario. Todavía hoy, los nombres de *Heraclea* y *Aúsculo*, en el conflicto con Tarento, son el precio de "la victoria a lo Pirro", porque pese al triunfo, el jefe enemigo perdió la mitad de sus fuerzas ante el ardor de los romanos. Y *Marco Atilio Régulo*, ya en la primera guerra púnica, sigue siendo el ejemplo del varón de palabra y de coraje. Convenció a sus compatriotas para que siguieran peleando contra Cartago, pero fiel a sus principios regresó a la prisión enemiga —de la que había salido para pactar la paz— eligiendo una muerte cruel a la traición a su patria y a la promesa empeñada. Y en la lucha contra *Aníbal* —cuyo cuerpo, dice *Tito Livio*, en las *Décadas*, "no se rendía a ninguna fatiga, ni su ánimo era vencido"— la sola mención de *Sagunto* basta para mentar la capacidad de reacción de los romanos. Allí, frente a las Islas Baleares, sobre el Mar Mediterráneo, la célebre acrópolis ibérica prefirió la muerte a la deshonra. Sobrevino entonces la respuesta de Roma. Hasta

que las legiones intrépidas de *Escipión el Africano* reivindicaron en *Zama*, el sabor de la victoria. *Cicerón* lo hace hablar en el legendario *Sueño* del sexto libro de su *República*, y el vencedor de Aníbal, lejos de vanaglorias terrenas, enseña la importancia de los bienes divinos, que son imperecederos, y colman el alma de armonía. Es la medida del guerrero romano.

Y Roma es *César*. Que es decir *Lérida* y *Farsalia*, pero mejor aún *Gergovia* en la famosa guerra contra los Galos. Rubicón cruzado, suerte echada, y victoria obtenida con sólo llegar y ver, como lo inmortalizó Suetonio. Este es también el otro rasgo espiritual del soldado romano. El mismo que avanzó en centurias y cohortes, en tercios imperiales, severos e implacables, sintiéndose portador de la ley y custodio de su cumplimiento, con una disciplina que sorprendía aún a los adversarios y que *Hegel* describió con admiración como uno de los fundamentos claves de su grandeza frente a los otros pueblos. "Arqueros y honderos precedían en el ataque al ejército romano, para dejar después la decisión a la espada... Los demás pueblos eran también valerosos, pero no tenían esa íntima cohesión que en Roma estaba consagrada por las leyes. Por eso no han logrado el imperio del mundo como los romanos".[49]

Semejante fortaleza y voluntad de combate no se cimentaba, como se comprenderá, en un desarrollo físico fuera de lo común. La potencia de sus huestes o el fuego impetuoso de sus principales caudillos, hay que buscarlo en raíces más hondas.

El romano cultivaba el amor por las formas arquetípicas. Su pragmatismo —del que se ha hablado muchas veces con ligereza— era una vocación por regir arquitectónicamente las cosas. Pero ese regir era una potestad y un señorío —un acto de imperium— y esas cosas, cualesquiera fuesen, las de la guerra o las de la paz, poseían un sentido sacral ante el cual se mostraban piadosos. La realidad conducía a una ulterioridad

[49] Hegel, Federico G. W., *Lecciones sobre la Filosofía de la Historia Universal*, III, II, 2, Madrid, Revista de Occidente, 1974, p. 34.

trascendente. El orden proporcionado de las cosas revelaba un misterio, suponía un principio ordenador. Por eso decía Virgilio que "todas las cosas están llenas de Júpiter", y los antiquísimos libros pontificales, los *Indigitamenta*, establecían un vínculo directo entre la numinosidad de los dioses y el nombre de las cosas.

Volcado a la realidad de la tierra, el romano supo ser agricultor y labriego. A la realidad política de la ciudad, y fue ciudadano. A las altas realidades del cielo, y fue sacerdote y pontífice. Volcado, al fin, a la contienda por su tierra y su cielo, por su unidad y su imperio, se hizo guerrero con tesón encomiable. El mismo *labor improbus* que suponía el oficio de labrar el suelo, de dictar justicia o de guiar ciudades, lo volcó a la profesión de las armas. Y a despecho de tanta retórica trillada de la cursilería pacifista, abrió el surco con su arado y lo regó de sangre con el hierro. Sangre y suelo, arado y espada: emblema de romanos y clave de sus triunfos.

El ideal del combatiente era el ideal ético del hombre esforzado y piadoso. Con esfuerzo de quien se inclina ante la *mater tellus* para arrancarle sus frutos en el sudor de los días. Con piedad de quien se inclina ante el padre cielo para imprecar su auxilio y escuchar sus designios. Pero una certidumbre íntima impulsaba además al romano a batallar denodadamente: Roma, su patria, era el eje del mundo. Pelear por ella hasta las últimas consecuencias era constituirse en ejemplo, como esos hombres elegidos en quienes se manifestaba el *nous cósmico* del que hablaba Cicerón. No era pues, primariamente, una cuestión de arnés o de fuerza, sino de energía espiritual que es la fuente de donde toda fuerza dimana. Ni una cuestión de reciedumbre material sino de entereza religiosa. Sin el móvil de la ejemplaridad humana y el de la piedad divina, sin el carácter de esfuerzo interior y de respeto por la sacralidad de las cosas, el combatiente devenía en un provocador o en un alquilón de músculos para exhibirse en el circo. Fue el principio de la decadencia romana. El soldado campesino es la figura de su gloria. El gladiador por la paga, la contrafigura de su caída. Y esta distancia marca también, como dice *Auguet*, el tránsito del

rito al espectáculo. Del rito sagrado del combate justo, al espectáculo secularizado para satisfacer la pasión de las masas.[50]

Una cosa es alimentar en la arena las veleidades crueles del déspota de turno. Otra muy distinta es la ascesis de poderío —para llevar la ley y los dioses a todo el orbe— proyectado en acción guerrera. Lo primero supone un entrenamiento; lo segundo una fe y un cultivo interior. Por eso, cualquier ocasión era propicia para los festejos sanguinarios, pero sólo los signos místicos indicaban el momento exacto para lograr una batalla. El arte augural, que los patricios confiaban a los sacerdotes, no era una simple adivinación del porvenir inmediato. Era la liturgia de la armonización de los designios celestes con las fuerzas humanas. Y nunca tan necesaria es la armonía, como cuando las fuerzas humanas precisamente, se aprontaban para un combate decisivo. El mismo triunfo, si llegaba, era mérito de sus conductores —de su bravura y sacrificio—, pero el conductor depositaba el laurel de la victoria en el altar privilegiado del Capitolio. Entendía así, que la numinosidad de su heroísmo lo elevaba por encima del resto de sus ciudadanos, pero lo comprometía en deuda de gratitud con la numinosidad de los dioses que lo habían inspirado y protegido. El héroe se convertía en un iniciado, y el mito de su personalidad crecía y unificaba a los pueblos a su alrededor.

Si moría en el empeño, era la suya una *mors triunphalis*, y su alma iba a alistarse en las filas de los guerreros inmortales. Cerrábase entonces una parábola significativa: la lucha que empezaba como cultivo interior de la piedad y del esfuerzo, que se prolongaba después en las mil contingencias del cuerpo y de la tierra, concluía en ejércitos místicos, reservados para aquellos que habían dado todo en la contienda. La guerra venía a ser, claramente, como lo explica *Evola*, una vía de realización espiritual. No es una idea primaria ni exclusivamente romana, es cierto, pero esplende entre los romanos con fuer-

[50] Cfr. AUGUET, ROLAND, *Los juegos romanos*, Barcelona, Ayma, 1970, cap. 1.

za singular. Porque hacían la guerra, pero la guerra hacía en ellos la ocasión para el ejercicio de una *humanitas* virtuosa. La ocasión incluso, para un conocimiento transfigurante de la vida con vistas al más allá.

No quiere decir esto que en sí misma y por sí misma la guerra actuaba de factor purificador y transfigurante. Quiere decir, sencillamente —y para entenderlo es preciso apartarse de los pruritos modernos—, que la guerra era entendida y vivida como una experiencia espiritual. Se iniciaba en la interioridad del combatiente, en la inmaterialidad del alma que vencía sus miedos y debilidades y optaba por la justicia. Se continuaba enfrentando al enemigo exterior en el terreno que fuese. Para reposar al fin en un feudo celeste, nuevamente, en el primado de la inmaterialidad. Las tradiciones más arcaicas sostienen estos principios —bastaría remitirse al *Bhagavad-Gita* de la antiquísima sabiduría hindú— mas los romanos lo asumieron con modalidad propia y notable.[51]

La guerra contra *Cartago* nos lo ilustra. Ella no es sólo una sucesividad de encuentros bélicos durante prolongados años y en espacios diversos. No es sólo una nómina de avances y retrocesos por paisajes marítimos y montañosos. Es un símbolo.

Cartago, la antigua colonia fenicia y adoradora de Moloch, era suntuosa y sensual, entregada al comercio y a las conquistas mercantiles. Era la insolencia de los plutócratas y la presión de los oligarcas sobre la genuina aristocracia. Era la milicia de mercenarios y aventureros que invocando a Baal destruían a su paso las mieses y los vergeles. Cartago era el desprecio por los altares y por las águilas coronadas, y era el apego al dinero y a la fuerza bruta. Ciudad impostada, crecida al calor de la piratería y entregada al hedonismo. Aristóteles la descalificó en su *Política*, como el lugar en que "se estima más la riqueza que la virtud" y en el que la avaricia campea totalmen-

[51] Cfr. EVOLA, JULIUS, *Metafísica de la Guerra*, Buenos Aires, Nuevo Pensamiento, s/f, pptte. cap. 2, *Antiguas tradiciones romanas*.

te. Porque Cartago era ciudad de ricos ensoberbecidos, con un rechazo no sólo sociológico sino ontológico por los pobres y desvalidos. De una riqueza habida a cualquier precio y costo, desde el comercio ilícito en los hombres hasta el oficio de meretrices en las mujeres. Ciudad codiciosa y sórdida, sin poetas ni filósofos, su signo fue ponerse bajo la protección de Afrodita y su vocación amasar ganacias sin límites.

Porque entendieron qué hubiera significado su triunfo en la Historia. Porque previeron que muy distinto hubiese sido el signo de Occidente de haberse impuesto en la pugna, los romanos no consintieron nunca en hacer las paces con Cartago. Roma empeñó hombres y años, esfuerzos y sacrificios prolongados, pero finalmente venció. Hoy que el mundo se prosterna ante Moloch y Baal, que la mentalidad fenicia gana adeptos y honores, que el espíritu cartaginés se apodera de gobiernos y naciones enteras, que las mismas fuerzas armadas se convierten en muchos sitios en rejunte de asalariados sin patria y sin bandera. Hoy, que el anhelo crematístico se enseñorea impunemente sobre la herencia romana, y cuenta con propagandistas y prosélitos en todas partes, no podemos sino entender el símbolo de las guerras púnicas. Entenderlo profundamente y con nostalgia. Y tomando partido, lejos de cualquier neutralidad sospechosa, repetir convencidos la consigna de Catón: "*¡Delenda est Carthago!*".[52]

El secreto de esta fortaleza romana, hemos visto que radicaba en factores espirituales. La piedad y el cultivo interior,

[52] Para una notable caracterización de Cartago y del significado de la lucha romana, cfr. el ya citado libro de CHESTERTON: *El Hombre Eterno*, ptte. cap. VII. Y CALDERÓN BOUCHET, RUBÉN, *Pax Romana, Ensayo para una interpretación del poder político en Roma*, Buenos Aires, Huemul, 1984, cap. IV. Calderón cita aquí, oportunamente, la obra de JEAN PAUL BRISSON: *¿Carthague ou Rome?*, en la que el autor presenta el esquema dialéctico típico de las izquierdas: Cartago sería la democracia y Roma el autoritarismo militar. La simplificación, no obstante, ratifica lo que decíamos antes sobre el valor simbólico de aquella contienda y su vigencia en nuestros días.

la fe y la convicción de representar la ley universal, la disciplina férrea y severa, el ejemplo de sacrificio en los conductores, el apego por las normas arquetípicas. Un armónico núcleo de valores, que en tiempos decorosos, encarnaba en primer lugar, el rey y los patricios. Su *imperium* se expresaba cotidianamente en el *labor improbus*, en el trabajo arduo de legislar y roturar el campo. De legislar como quien busca el fruto maduro de la justicia, y de roturar como quien pesa el equilibrio de las sentencias en la balanza de la equidad. Pero ese *imperium* se ponía a prueba precisamente en tiempos difíciles. Llevar la ciudad a una guerra, exigía a los conductores, entrar primero y salir último del campo de batalla. Y para los patricios, comportarse como un Rey ante sus soldados y familiares. Avanzar resuelto y sin temores, desdeñar los peligros y procurar las ocasiones más trabajosas, apartar el interés de las riquezas, y regresar con el mejor botín: las armas y los pendones del enemigo vencido. Como los viejos y nobles cónsules que retornaban al arado y a la labranza con la misma austeridad con que habían marchado. Como *Lucio Tarquino*, que combatía a pie por no tener recursos para mantener un caballo. Como *Manlio* al entregar la vida de su hijo en aras del principio de la disciplina, o *Fabio Máximo*, que soportó injusticias y aceptó cualquier puesto con tal de servir a la Patria. O como los célebres miembros del Senado, que expulsaron de su seno al censor *Cornelio Rufino*, cuando se presentó con alhajas que ofendían la austeridad y la dignidad del patriciado.

Estos hombres tenían un estilo que los identificaba, una forma de vida diría *Spranger*: exigirse la mayor dureza a sí mismos, para poder ejercer un ascendiente legítimo sobre todos sus subordinados. Y consideraban virtud capital el constituirse de un modo continuo en los primeros servidores de la patria. Porque para ese pueblo de agricultores guerreros, la patria era la tierra de los mayores anhelos y desvelos, la primera tierra de trabajos y sudores inaplazables. Sobre la paz, la fertilidad y la justicia de la ciudad natal, instalaban los dioses el *ius divinum*. Los hombres ponían sus armas al servicio de ese orden y morían para conservarlo. Esta disposición de ánimo consti-

tuía fundamentalmente la *gravitas romana*. La seriedad y la severidad de una conducta que no buscaba tanto el gesto individual como el ordenamiento al bien social. Y en esto, incluso, se ha querido ver una diferencia con el mundo helénico.[53]

Lo cierto es que el héroe estaba indisolublemente unido al destino de su ciudad y de su pueblo. Era su encarnadura y su símbolo, pero se suponían mutuamente en una relación inescindible. El héroe fundaba y la fundación inmortalizaba al héroe. Conductor y conducido se amalgamaban ante la historia. Como lo ha dicho don *Julio Irazusta*: "Dondequiera se fundara un estado, ahondando un poco en las averiguaciones se descubrirá que el fundador fue un caudillo eminente y que su fundación se afianzó gracias a la feliz sucesión de varios principados, más o menos parejos en un mérito más que mediano, después de los cuales fue posible únicamente establecer una libertad regular y verdadera, un régimen permanente de gobierno impersonal. Y dondequiera que la empresa de fundación acometida por los hombres de tal o cual región, haya fracasado, se verá igualmente, luego de ahondado examen, que faltaron el héroe fundador y sus dignos sucesores".[54]

Y lo cierto es también que el desdoro de Roma y el comienzo de su ruina, puede seguirse y explicarse por esta pérdida de la *gravitas* en reyes y patricios; por este abandono del estilo heroico y fundacional y la consiguiente ruptura entre la ciu-

[53] Calderón Bouchet, entre nosotros, ha acentuado con acierto esta diferencia. Los griegos habrían desarrollado mucho más el sentido individualista de los héroes que los romanos, abocados práctica y estratégicamente a la custodia del orden social. Es posible que así sea en el caso de algunos ejemplos literarios, como el Aquiles de Homero o las referencias de Plauto a las que alude el mismo Calderón Bouchet. No acentuaríamos tanto las diferencias, en cambio, a la hora de comparar el comportamiento heroico en guerras reales. La noción de *polis* y de *civitas* —y por consiguiente, la de los deberes hacia ella— son, en general, equivalentes y analogables. Cfr. CALDERÓN BOUCHET, RUBÉN, *Pax Romana*, ob. cit., pptte. p. 187 y ss.

[54] IRAZUSTA, JULIO, *Tito Livio. O del Imperialismo en relación con las formas de gobierno y la evolución histórica*, Buenos Aires, Eudeba, 1968, p. 2.

dad y sus conductores. Es la "cartagización" romana. Cuando los combatientes ineptos y venales abandonan las campañas y no regresan cargados de armas y pendones para entregarse sobriamente a la tierra, sino adornados de pedrerías lujosas para abocarse a alguna aventura comercial y a placeres compensadores. Lo explicó *Lucrecio* en su *De Rerum Natura*, describiendo a ese hombre enfermo que va "mudando de lugar, como si fuera posible descargarse de aquel peso, por huir del fastidio de su casa". O *Juvenal* en sus *Sátiras* protestando contra "la ciudad desvergonzada" en la que "todo vicio ha llegado al colmo". U *Horacio* en la magnífica *Iam pauca aratro*, al lamentarse de que la tierra otrora cultivable, se haya ocupado ahora de palacios opulentos, mientras añora los tiempos en que las costosas piedras sólo tenían uso en los templos y altares.[55]

El Ejemplo de Coriolano

Pero si como bien se afirma, la medida de nuestros pecados da la de nuestra virtud, la decadencia del sentido espiritual de la lucha en los romanos, permite avizorar por contraste, el esplendor de sus días y de sus hombres gloriosos. Suele insistirse en la exhibición de la Roma pervertida y oscura. No hay por qué ocultarla, en tanto fue una realidad y una lección de lo que no debe hacerse. Mas la corrupción de lo mejor es la peor, enseñaban los mismos romanos, y ese peor estado en el que cayeron daba la pauta de su antiguo y mejor ser.

El sentido de la lucha no hay que buscarlo en el circo o en la desvergüenza de los generales cobardes. Tampoco en la lascivia de sus emperadores funestos o en las costumbres de-

[55] Cfr. Lucrecio, *De Rerum Natura*. En: Marías, Julián, *La filosofía en sus textos*, Barcelona, Labor, 1950, vol. I. (Hay también una edición traducida e introducida por Carlos A. Disandro, La Plata, Andes, 1959). Juvenal, *Sátiras*, Madrid, Espasa Calpe, 1965, pptte., Sat. I. Y Horacio, *Odas*, Madrid, Espasa Calpe, 1980, II, XV.

pravadas que se generalizaron con escándalo. Hay que buscarlo, como decíamos antes, en la íntima relación del héroe y la ciudad. Relación misteriosa y fecunda —verdaderas nupcias sagradas— en las que el Ciudadano Eminente conduce y guía, custodia y batalla por el solar fundado. Y la tierra lo glorifica y exalta, le entrega sus frutos preciados y su gratitud constante. Cuando por falta del héroe o por ingratitud de la ciudad, esta relación se resquebraja, todo el orden se desmorona. La discordia crece y amenaza, los caracteres se desdibujan. Si el héroe y la ciudad se reencuentran —en correspondencia de amores y favores— vuelve a brillar la patria y el patriota. Y los dioses celebran la restauración de la concordia. Es la lección espléndida del drama de *Coriolano*, cuya semblanza ha trazado inmejorablemente *Shakespeare* en la obra de teatro homónima.

Coriolano es el arquetipo del guerrero romano. Hombre de principios y de cultivo interior, de piedad recia y firme, de entrega sacrificial a la patria, su nombre conocido le fue añadido al propio de *Cayo Marcio* con motivo de su desempeño valeroso en *Corioles*, peleando contra los volscos.

Una red de intrigas y de rencillas menores lo obligan al destierro, después de haber sido recibido con euforia en el corazón de Roma. Lo prefiere con dolor a tener que agradar a la plebe, como le proponían, o a complicarse en la política facciosa de los patricios decadentes. Pero ofendido en su honor se vuelve contra la ciudad ingrata aliándose con los volscos y con su jefe *Aufidio*, a quienes antes había combatido ferozmente. A punto de saquear su propia tierra —y de consumar así, por despecho, una traición vergonzante— las lágrimas de su madre y de su esposa lo llaman a la mesura y al recto juicio. Es preferible, parece decirnos Coriolano con palabras de Sócrates, padecer una injusticia antes que cometerla. Porque un mal no se remedia con otro pero se sobrepone con un bien. El ataque a la nación amada no remedia el injusto destierro, ni el odio suaviza la conducta desagradecida.

Coriolano es un soldado íntegro. Rechaza a los aduladores y serviles, a los que mudan cada momento de opinión, indolentes en tiempos de paz y medrosos durante la guerra. Rechaza

a la multitud informe y voluble con sus vulgares saberes circunstanciales, y declara no cambiar la espada ni por los sobornos ni por las componendas. Respeta a su enemigo, sin desmerecerlo, porque sabe que sus méritos se ensanchan en la medida que se enfrenta victoriosamente con un león y no con un manso cordero. Y pide que lo sigan únicamente quienes crean que una muerte valiente sobrepuja a una mala vida, amando a su patria hasta el renunciamiento personal. Reacio a los elogios y lacónico en sus respuestas, tiene el idioma del acero, que define cortando y jerarquiza la realidad con cada palabra pronunciada. Idioma unívoco de varones fieles, sin voceros lenguaraces ni ambigüedades enfermizas. Shakespeare pone esta clara sentencia en su boca: "Preferiría que mis heridas estuvieran por curar, antes que oír decir cómo las recibí... Os suplico que me permitáis saltar esas costumbres (la de mostrar al pueblo las heridas y solicitarle el apoyo para ocupar cargos públicos) pues no puedo ponerme la toga de candidato para desnudarme y rogarles que, en obsequio a mis cicatrices, me den el voto. Por favor, dejadme prescindir de tal acción".[56]

Lejos, muy lejos del exhibicionismo, de las promesas vanas y de las amenazas sin peso, Coriolano no se aviene con los enjuagues de los mediocres que ambicionan el poder, ni entra en sus juegos para obtener algún rédito. Por el contrario, despojado de cualquier doblez, no mide su legitimidad política por su declaración de fe democrática o por su garantización del sistema, sino por la conservación intacta de su estatura guerrera. Y en vez de presumir ante la multitud requiriendo sus sufragios, la acusa de inconstante y antojadiza, manejada por tribunos detestables. No es el general que se arrepiente de su pasado autoritario para lanzarse a la carrera de los votos del vulgo. No es el soldado dedicado a la política casera, para conseguir por las urnas lo que no ha sido capaz de conseguir

[56] Shakespeare, William, *Coriolano*, Acto II, escena II. Utilizamos la ed. Clásicos Universales Planeta de la Universidad de Barcelona, Barcelona, 1983.

por las armas. Ni es el comodín de los partidos que se arrogan la representatividad del pueblo. Es el héroe invicto. Y así, inequívocamente se pronuncia: "Los tribunos de la plebe, las lenguas de la boca del vulgo, les desprecio porque se pavonean con autoridad contra toda paciencia de la nobleza... En cuanto la muchedumbre veleidosa... yo no adulo... ¡Oh Dios! Pero vosotros, insensatos patricios, graves pero imprudentes senadores, ¿por qué habéis concedido así a la Hidra (el populacho) que elija un representante que, con su perentorio «debe», sin ser más que el cuerno y el ruido del monstruo, no carece de valor para decir que desviará vuestra corriente a una acequia y hará suyo vuestro cauce... Si sois sabios, no seáis como tontos vulgares, al mezclarse vuestros votos, el gusto dominante lleva su sabor... a mi alma le duele saber, cuando dos autoridades se elevan sin que ninguna de ellas sea la suprema, qué pronto puede entrar la confusión por la brecha entre ambas, apoderándose de la una por medio de la otra". Con admiración su amigo *Menenio* comenta al final de su discurso: "Este hombre es demasiado noble para el mundo: no es capaz de adular... Su corazón es su boca. Lo que forja su pecho, su lengua tiene que desahogarlo, y cuando se irrita, se olvida de haber oído jamás el nombre de la muerte" (Acto I, escena III).

Condenado al destierro por la conjuración de todos aquellos que no pueden doblegarlo para obtener sus fines políticos, es tal su fuerza moral y la seguridad de encarnar a la patria que ha contribuido a fundar con su espada, que puede gritarles a todos los traidores: "¡yo os destierro!". Porque Roma —la Roma geográfica y física— se quedaba en su sitio, a la espera. Pero la romanidad se iba con Coriolano. Partía en sus cicatrices jamás exhibidas impúdicamente. Marchaba en la concavidad de su escudo. Se refugiaba en la claridad de su alma combatiente.

Cuando el demonio del resentimiento se apodera del espíritu del gran desterrado, cuando la pasión del orgullo y de la venganza ciega su entendimiento, y está pronto a consumar la traición indecible de asaltar a su propia patria como jefe aliado de los volscos, la presencia femenina rescata el quicio del héroe. Su

madre y su esposa se hacen presentes en la tienda de campaña. Coriolano las recibe con enorme dignidad. Besa a su esposa, para la cual se ha conservado casto aún en la dolorosa expatriación —"ese beso lo he traído de ti, esposa mía, y mi labio fiel lo ha conservado desde entonces con virginidad", le dice— y escucha a su madre. Si ellas pueden ejercer y ejercen un influjo determinante es, precisamente, porque no representan ni el sentimentalismo ni la sensiblería. Son dos matronas romanas, orgullosas de ese guerrero inflexible. Conocen su fibra y la comparten. Entienden su rencor y tratan de disiparlo. Pero no invocan razones humanitarias ni cánticos pacifistas. "Si tuviera una docena de hijos"—había declarado *Volumnia*, madre de Coriolano— "preferiría que murieran noblemente por la patria, antes de que uno solo se hartara de placeres sin entrar en acción" (Acto I, escena III). Y si el llanto de las mujeres acaba de convencerlo y de retractarlo es, asimismo, porque ese llanto estaba contenido en su propio corazón. Son las lágrimas del héroe, signo de su purificación y de su expiación. El dolor del magnánimo que vuelve por sus fueros. Llanto noble el de aquellas mujeres, que nada tiene que ver con el lloriqueo feminoide. Antes bien, expresan la apoteósis de la pesadumbre patria, que concilia nuevamente al héroe con su ciudad. Ya no importa la muerte artera que a poco le darán los volscos. Porque muere romano en cuerpo y en espíritu. Muere triunfador por sobre las miserias democráticas y las felonías de los poderosos. Muere combatiente, reinstalado para siempre en la piedad y el honor.

La Espada y la Palabra

Como al hablar de Grecia, es imposible descifrar enteramente el sentido romano de la lucha sin apelar a sus grandes composiciones literarias. Tal vez se crea, con alguna ligereza, que por ser los romanos hombres eminentemente activos, valga más detenerse en sus acciones que en sus palabras. Pero sus palabras tienen la fuerza de los grandes hechos, quizá por aquello de *Barrow*: "cuando se ha dicho una cosa en latín, no hay ma-

nera de decirlo mejor". Y esas palabras irreemplazables han sido y son motivadoras de acciones trascendentes. Como que los romanos fueron "maestros de energía" en la gráfica expresión de *Bullon*. Y si su hacer nada tiene que ver con el activismo moderno, pero sí con el *sacer facere* por el que toda realidad es transfigurada religiosamente, es porque sus palabras convocaban a las esencias y sabían a eternidad. Siempre, la proferición del *nomen* despertaba al *numen*. Y poníanse en movimiento los dioses y los hombres.[57] Así como el silencio adecuado en el momento adecuado engrandecía a quien era capaz de conservarlo. Conforme a la enseñanza de *Dionisio Catón*: "estima como la primera de las virtudes refrenar la lengua; el que sabe callar cuando es razón, se acerca a Dios" (*Disticha de Moribus* I,3).

La palabra escrita de sus grandes literatos y pensadores era una escuela insustituible para forjar el espíritu combativo. Y era a la vez, el reflejo de ese espíritu que aunaba en sí, como queda dicho, no sólo el coraje sino ante todo, la piedad y el cultivo interior.

Roma era la musa por antonomasia y la heroína de todas las epopeyas. Lo mismo en la historia de *Tito Livio* o en los anales de *Fabio Pictor*, en las biografías de *Suetonio* o en las Odas de *Horacio*. En los versos de *Nevio* o *Ennio*, o en las sátiras de *Plauto* o en la prosa galana de *Cicerón*. En las comedias, los discursos o en las epístolas, en todos los géneros posibles de expresión artística. Y por supuesto, en *Virgilio* y en su *Eneas*, porque "detrás de Eneas está Roma; Roma con sus destinos futuros. Todo en la Eneida está hecho para Roma, a la vista de Roma y en su historia".[58] Roma era el eje que partía los siglos

[57] Cfr. Barrow, R. H., *Los Romanos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, ppte., cap. V. Y Bullon, Eloy, *La Política Social de Trajano*, Madrid, Rivadeneyra Artes Gráficas, 1935, ppte., cap. 2, *La historia romana y su alto valor para la educación política*.

[58] Pierron, Pierre A., *Historia de la Literatura Romana*, Barcelona, Obras Maestras, 1966, vol. II, p. 27.

y las extensiones. Quien quisiera ser fiel a su ciudadanía debía comenzar por contemplarla y considerarla objeto de sus mayores afanes terrenos. De ahí el primer gran deber de la lucha: el deber del patriotismo militante.

De Roma y de sus glorias sabían celebrar los hombres de armas y de letras, los sacerdotes, oradores y campesinos. Y de Roma debían ser capaces de hablar los jefes militares, con la convicción inherente a su oficio, y el arte de los poetas. Como en las arengas castrenses de *Camilo*, o en aquella alocución de *Petilio Cerialis* que *Tácito* reproduce admirado, como una síntesis de la romanidad. Porque nadie podía exigir la entrega de la sangre si no se hacía amar aquello por lo que iba a derramarse. Y porque para exigir el amor y la sangre era preciso proclamar palabras altas, despojadas de vulgaridad y medianía. Horacio pudo pronunciar su célebre "dulce et decorum est pro patria mori", pero el patriotismo exigido era esencialmente de origen religioso: "Dis te minorem quod geris imperas". Mostrándote sumiso a los dioses, ¡oh romano!, obtendrás el Imperio.

Tal patriotismo es el que alienta y recorre las mejores páginas de la literatura romana. Está, por ejemplo, en *Livio Andrónico* y en su versión de la Odisea, en *Nevio* que peleó contra Cartago y puso en verso las hazañas de las guerras púnicas. (Otra vez, como en Grecia, la poesía combatiente y el poeta legionario). En *Fabio Pictor* que escribió en prosa sobre la misma y fatal contienda, después de haber participado en ella. En *Catón*, orador y moralista, alistado en las huestes contra Aníbal desde los diecisiete años, en las que muchas veces se destacó por su arrojo. En *Quinto Ennio*, también guerrero y veterano, cuyas palabras duras enseñaron a optar por el hierro y no por el oro, repetirá Dante como un símbolo, quince siglos después. En los cómicos y satiristas como *Lucilio* o en la tragedia de *Pacuvio*. En *César*, *Varrón*, *Nepote*, *Ovidio* y *Lucrecio*. Y hasta en la parodia de *Plauto* pareciera a veces que sangra la patria y asoma el patriotismo. Porque más allá de lo que legítimamente pueda reprochársele —no es poco obtener la risa a costa de la honestidad— lo cierto es que su *Pirgopolinices*, el *miles gloriosus* de la comedia homónima, es la contrafigura, infatuada y tor-

pe, que permite inteligir y añorar al verdadero combatiente.

Hay patriotismo en la oratoria del jurista *Cicerón* —antes soldado, contendiente de los samnitas en Nola— que comportaba el ejercicio de una hombría cabal: el *vir bonus, dicendi peritus*; en sus *Catilinarias*, tan discutidas y tan actuales; en su discurso vibrante a favor de la *ley Manilia*, en el que define la conducta que ha de seguir un jefe militar romano; en su propuesta política de la *concordia ordinum*, para que quienes "guíen la nave del estado" antepongan el bien de la República a los intereses particulares. Y en las exhortaciones y consejos a su hijo recogidas en *Los Oficios*, una obra clarividente que supo ser consultada en mejores tiempos.[59]

Allí, en *Los Oficios*, está todo entero el educador romano, el guía seguro para alcanzar el espíritu combativo y forjar el carácter como cuadra. Comienza por inculcar el amor a la verdad y al orden, discerniendo y aplicando cuatro principios inamovibles de la honestidad: la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza. Es preciso buscar la sabiduría y la equidad, y precaverse de la ambición y la avaricia. Para tomar ejemplo están los antiguos romanos con sus virtudes castrenses y sus costumbres sobrias. Cicerón los recuerda y los nombra agradecido.

Pero si hacía falta explicitar aún más las enseñanzas, el orador menciona "el vínculo fuerte" de la Patria y el innecesario "esplendor de la fortaleza" para saber defenderla. No sólo

[59] Sobre la importancia y el significado de la oratoria en Cicerón, cfr., STRAMIELLO DE BOCHIO, CLARA I.: *Cicerón: un camino en la historia de la educación*, Buenos Aires, Ceduca, 1987. En cuanto a la confrontación de Cicerón con Catilina, ella sigue suscitando adeptos de uno y otro lado, hasta en nuestros días. Napoleón en su *Memorial* de Santa Elena, según apunta Calderón Bouchet, intentó una reivindicación del caudillo plebeyo. Otro tanto AMATO MASNOVO en su *Rivolta di Catilina*. Y entre nosotros, ERNESTO PALACIO en su curioso: *Catilina. Una revolución contra la plutocracia en Roma*, publicada por primera vez hacia 1935, y reeditada diez años después con inocultable propósito panegírico —por vía analógica— de la figura política central que entonces surgía.

en el campo de batalla, sino más allá de él, prefiriendo una vida recatada y magnánima, expuesta al peligro si fuera menester, pero retirada y discreta en el decoro del cultivo interior y del estudio fecundo. Toda insistencia en este punto será poca: quien quiera conservarse incólume, no abandone la virtud de la *studiositas* unida a la modestia. Saber para servir y cumplir con los deberes antes que reclamar derechos y prebendas. "Aquellos que emplearon su vida y sus talentos en el conocimiento de las ciencias, tampoco perdieron de vista el aumento de las conveniencias de los hombres. Porque enseñaron a otros para formarles mejores ciudadanos y más útiles en el manejo de los negocios públicos, como lo ejecutó Lisis, discípulo de Pitágoras, con el tebano Epaminondas; Platón y otros; y aun yo mismo, las luces que he traído al servicio de la República, si algunas he traído, las debo a la doctrina y enseñanza de mis maestros. Mas no sólo durante su vida enseñan estos varones e instruyen a los que desean saber, sino que aún después de su muerte hacen lo mismo por medio de los documentos que dejaron en sus escritos. Porque no omitieron cosa que tuviese relación con las leyes, costumbres y disciplina de la República...".[60]

Cicerón va aún más lejos, o más cerca si se mira su doctrina desde el cristianismo para atrás. Arguye a favor de la filosofía y del primado de los bienes honestos. Realista como buen romano, no desecha los trabajos y las utilidades convenientes, pero insiste en celebrar los beneficios de los más altos valores espirituales. Ellos son los que fortifican y hacen al hombre digno de sí mismo. Ni riquezas mal habidas ni beneficios interesados, ni dádivas conseguidas a costa del honor. Justicia en todo y ante todo, porque la justicia es la palanca de la fortaleza. Y sin ella, las naciones y los ciudadanos se desprecian a sí mismos.

Finalmente, el maestro y el pater familias, vuelve a los arquetipos para ilustrar su doctrina. No podía faltar *Escipión* ni

[60] CICERÓN, *Los Oficios*, I, XLIV. Buenos Aires, Espasa Calpe Argentina, 1946, p. 90.

el valiente *Régulo*, ni todos aquellos que custodiaron la República y hoy están de vigías en los círculos de la inmortalidad. Un común denominador los agrupa y resulta a la vez la sentencia que nos dejan para librar la buena batalla: se debe preferir siempre lo honesto a lo útil. Aunque ello nos signifique violencia para los intereses personales y un deterioro de la propia comodidad. Una cosa es cierta y firme: "nada tenían por útil los antiguos romanos sino lo que fuera honesto. El daño se lo han acarreado los hombres por desviarse de este principio" (III, XXII). Hay, pues, obligación de saber elegir con renunciamiento de las privadas ganancias. Cumplir la palabra empeñada y actuar con generosidad. Un ejemplo más nos deja desde sus páginas y es bueno que lo conozcamos: "Los atenienses, no pudiendo resistir el poder de los persas, y habiéndose determinado a abandonar la ciudad dejando sus hijos y mujeres en Trecene, y salir a defender con su armada la libertad de Grecia, apedrearon a un hombre llamado *Cirsilo*, que les aconsejaba se quedasen en Atenas y abriesen las puertas a Jerjes. Cuyo consejo parecía útil en aquellas circunstancias, pero no podía serlo repugnando a la honestidad... ¡Cuánto mejor que nosotros que hacemos exentos de tributos a los piratas y cargamos de ellos a nuestros aliados!".[61]

La Patria en derrota, necesita hoy, más que nunca, oír con nitidez soberana la voz tonante de Cicerón. Acercarse hasta el misterio de la romanidad fundadora y dejarse envolver por su palabra luminosa y alada. Para no amedrentarse, entonces, por la prédica de los rendidos y entregados. Para desatender las propuestas indignas de paz a cualquier precio. Para preferir la cruz y la gloria de la honestidad, a los deleites útiles de una existencia vencida. Para apedrear a los modernos Cirsilos, tengan los puestos que tengan, y echados de la Patria a la que nunca amaron, restaurarla para siempre en la claridad de sus promesas heroicas.

[61] Cicerón: *Los Oficios*, ob. cit., III, XII.

Y hay, al fin, patriotismo en *Horacio*; personalidad controvertida, a quien le cabe, si se quiere, aquella conocida lamentación de Ovidio en sus *Metamorfosis* (VII, 20): "Video meliora, proboque, deteriora sequor". Pero controversias al margen, y más allá de las contradicciones que pudo haber tenido expresó como pocos los males de su época. Males resumibles en uno solo, el de la desacralización. A partir de él y como en un encadenamiento fatal, sobrevienen siempre la impiedad y la ingratitud hacia el pasado, el desánimo y la indiferencia frente a los grandes amores, el relajamiento moral y la corrupcion en todos los órdenes. Y aparece, invariablemente, esa clase particular de hombres despreciables que al decir de *Fedro* en sus *Fábulas*, "con el fin de que los tengan por sabios, blasfeman contra el Cielo". Roma no fue ciertamente una excepción. Y Horacio la vio declinar con dolor y nostalgia.

Pero lo bueno de su diagnóstico, lo edificante de su crítica, es que resulta un verdadero contraluz por el que la luz se filtra y deja ver su esplendor. El poeta preocupado y severo que lamenta los extravíos, el moralista que condena al epicureísmo, el sarcástico que protesta contra los excesos, el profeta que anuncia males irrefrenables de no volverse al orden, es también el noble romano que nos enseña por contraste cómo hacer del hombre un combatiente de la tierra y del cielo. Con perseverancia en la búsqueda de la justicia, con resignación en la pobreza y desdén por las ambiciones vulgares. Con respeto hacia sí mismo y hacia las cosas egregias. Con amor a la patria hasta la pérdida del temor a la muerte. Instalándose espiritualmente en ese "tempore sacro" de la vieja y eterna Roma, en esa integridad pasada hecha de "lealtad y paz y pundonor antiguo y olvidada virtud", como tradujo bellamente el Padre Meyer.[62] Será necesario para ello, que los ciudadanos y sus conductores vuelvan a cubrir la tierra de olmos seculares,

[62] Cfr. Quinto Horacio Flaco: *Odas Completas*, Versión poética y notas de Alfredo Meyer, Buenos Aires, Huemul, 1966.

trabajando arduamente. Que no deshonren los techos ancestrales y recuperen los altares en ruinas. Que regresen a los moldes viriles de la raza, cuando se fatigaba el hombre en pesadas labores y el fulgiente carro en las epopeyas guerreras. Que los jóvenes vivan a la intemperie y en peligros, porque la juventud no está hecha para el deleite sino para la áspera milicia. Que el romano sea "el varón justo y constante", y Roma la ciudad digna de ser ocupada con los años por el Vicario del Dios Verdadero…

"Con gusto aprenda a soportar pobreza
mozo robusto en la milicia dura,
y a hostigar de los Partos la fiereza,
lancero horrendo en su cabalgadura.

Su vida al raso entre el peligro sea.
Que de adverso bastión cuando lo mire
la mujer del tirano que guerrea
y la doncella núbil, «¡ay!» suspire:

que el novio real, bisoño en la refriega,
la áspera garra a este león no toque,
que arrebatado a la matanza llega,
con sed de sangre, en impetuoso choque.

Por la patria, morir es dulce y noble.
También la muerte al desertor acosa,
ni perdona a rodilla que se doble,
ni a espalda que se vuelva temerosa.

Ignora la virtud rechazo infando;
brilla en su honor sin mancha ni lunares,
y no recoge ni depone el mando
al arbitrio de auras populares;

y, abriendo el cielo al que morir no debe,
su ruta por negadas vías prueba;

la húmeda tierra y la apiñada plebe
desprecia, huyendo en ala que la eleva.

Tiene también su premio asegurado
el fiel silencio. Nunca permitiera
que el que haya de Ceres divulgado
el sacro arcano, bajo un techo fuera

o en el mismo batel frágil conmigo.
Que Jove despreciado, en su venganza
a justo y pecador une en castigo;
la Pena al crimen, aunque coja, alcanza".[63]

Y queda, por último, escuchar una vez más a *Virgilio*. Ese hombre singular, de voluntad virtuosa e inteligencia inspirada, cuyo cántico trazó las huellas de Roma, uniendo sus líneas terrenales a las fronteras celestes, en un camino vertical poblado de caudillos, pastores y labriegos.

Virgilio es voz revelada y reveladora del mundo clásico, y por eso mismo, sonoridad que resuena intacta con el paso de los siglos. Columbró como pocos la relación inescindible entre la ciudad y el héroe, y el vínculo fundacional que los une. Los hombres se reconocen en el varón eminente que inaugura con su epopeya el espacio patricio. A él tendrán como norma y paradigma si quieren alcanzar la plenitud espiritual y humana. En un bosque de símbolos y mitos, asoma el héroe y su talla legendaria. La ciudad es el marco adecuado que lo corona y celebra. Combatir es combatir por los dioses y por Roma. Por los dioses que vigilan y alumbran la urbe destinada. Por la urbe que sabe tener una estatura digna de la majestad de los dioses. He aquí el resumen fácil del magisterio virgiliano: a imitación del héroe fundador de la estirpe, todo hombre rec-

[63] Quinto Horacio Flaco: *Odas*, III, I. Traducción del Padre Meyer. En: *Odas Completas*, ob. cit., p. 99-100.

to ha de batirse por Dios y por la Patria.

Pero ese hombre se forja en la fidelidad al modelo épico. Con un amor que todo lo vence porque es entendimiento antes que sensibilidad. Entendimiento de las esencias que descifra la clave originaria de las cosas y permite verlas con ojos primordiales, como si fuera la primera vez. Con un trabajo arduo que si también se impone victorioso es porque ha sido concebido como sacralidad antes que como productividad. Como ascesis del alma y fatiga del cuerpo al que da forma. Con una piedad que es cuidado de los valores entrañables y sujeción a los dioses, objeto de la mayor piedad. Con una misión y una vocación por cumplir, en la que se juega la honra. Aunque el cumplirla nos acarree dolores y penas y convierta nuestro pasar en un valle de llantos. La felicidad y la justicia del deber cumplido compensarán sobradamente lo que pudiera haber de desdichas. He aquí otro resumen fácil de las enseñanzas del mantuano: para librar el combate que la vida exige es imperioso el amor, el trabajo, la vocación y la piedad, el esfuerzo y el sacrificio. Al igual que los arquetipos que lo hicieron todo de un modo eminente.

Es *Grimal* quien nos dice figurativamente que Virgilio quiso ofrecerle a los suyos una especial revelación. Como el viajero avezado que avanza seguro para anticiparse al alba, sus versos son pasos rítmicos que construyeron en la nocturnidad del paganismo una arquitectura señalada. Se sabía poeta y por eso mismo, dueño de una inteligibilidad clara, casi profética. La puso al servicio de Roma, a la que amaba en la triple filiación afectiva de que es capaz el hombre: con amor de padre, hecho de protección y desvelos; de hijo, tramado de requerimientos y obediencia; de esposo, labrado en el gesto nupcial de la fidelidad perpetua. Su obra es el segundo nacimiento de Roma.[64]

Todavía se discute si esa revelación virgiliana alcanza el

[64] Cfr. GRIMAL, PIERRE, *Virgilio. O el segundo nacimiento de Roma*, Buenos Aires, Eudeba, 1987, pptte. IV, 2.

carácter específico de una premonición extra bíblica del Redentor. Críticos y eruditos —el citado *Grimal, Jeanmaire, Comparetti, Carcopino*, etc.— siguen agolpándose sobre la famosa *Egloga IV* para afirmar o negar su mesianismo y medir su condición adventista con modernos registradores de sacralidad. Pero creemos que en el legítimo empeño, les puede pasar como a aquellos intelectuales que describe *Saint Exupery*: cuando ven un rostro hermoso lo descomponen en múltiples partes y las denominan con comparaciones científicas. Todo se explica analíticamente, es cierto, pero dejan de ver la risa y la belleza. ¿Quién puede saber en definitiva, hasta dónde percibía Virgilio en la interioridad de su alma? ¿Hasta dónde llegaban las pulsaciones de su música y de sus silencios? ¿Hasta dónde los influjos pitagóricos, o los que fueran, no resultaron mera ocasión para que su lira tomara un impulso que lo sobrepasaba a sí mismo? ¿Hasta dónde ese naciente niño con quien en primer lugar concluirá la raza férrea y "surgirá en todo el orbe la dorada"[65] no fue figura de Otro Niño que entrevió en su *theia mania*, en ese *estar fuera de sí divino* del que habla Platón? ¿O hasta dónde, al fin, ya que a Platón mentamos, su conocimiento no fue una forma de recuerdo y de nostalgia de un saber más antiguo que el de su propio pasado?

Pero aún más allá de esta notable *Egloga* y prescindiendo de ella, no podrá negarse que Virgilio traía en su canto una revelación fascinante y misteriosa. Traía un saber que no gastaban los años y crecía en certeza a medida que Roma parecía deshojarse. Traía el afán de conducir a los hombres a la *Arcadia*, que no era sólo ni ante todo un sitio, sino un paisaje espiritual, un reino de felicidad y hermosura en el que no obstante —o por lo mismo— se respiraba un aire de extraña reminiscencia. Traía, con palabras de *Haecker*, un *anima naturaliter christiana*. Tal vez por eso *Propercio* les pidió a los demás poetas que le

[65] Cfr. VIRGILIO, *Bucólicas*, IV, 8-9. Traducción, Introducción, Notas e Información bibliográfica por HUGO E. BAUZÁ, Buenos Aires, Eudeba, 1982.

cedieran el paso. Y *Estacio* instó a seguir sus divinas huellas y *Quintiliano* alabó sus títulos sagrados. Y *Dante* lo eligió para que le guiara en su itinerario asombroso. Porque Roma pudo ser vista con San Agustín *sub specie Babylonis,* contrafigura de la *Civitas Dei* y antagonista de la Fe. Y era así. Pero a través del prisma virgiliano, el Medioevo y el Alighieri pudieron verla de otro modo distinto. Porque "la Roma pagana asciende a las cercanías del Sancta Sanctorum de los cristianos simbolizada en el mágico poder de la sincera pureza de Virgilio". Y tambien era así.[66] Abusemos pues, por tercera vez del esquematismo y resumamos una enseñanza más del gran poeta. El alma debe disponerse dócilmente a la memoria de la *aurea aetas.* Pero debe disponerse, asimismo, a la esperanza de una regeneración y a la conquista de la Arcadia.

Para que nada nos apartase del buen camino, Virgilio nos delineó el contorno espiritual del héroe, y las características ontológicas que han de adornar una existencia digna.

Se trata, ante todo, de no rebajar la condición humana ni de sobrepasarla con insolencia. Para el logro de lo primero se ha de estar dispuesto a una lealtad virtuosa a los ideales superiores. Para el logro de lo segundo, se ha de estar dispuesto a no resistir a Dios. "Cede deo", como dice Eneas.

Ser dueño de las palabras y señor de las cosas; sabiendo que *las cosas* no son meras entidades corpóreas sino realidades cargadas de sentido y de decoro. Descubrir ese sentido es una acción glorificante y un gesto de soberana humildad. Celebrarlas con palabras hermosas es transfigurar las creaturas y convertirse en heredero de los mensajes divinos. Una vara de árbol, una flor o un fruto, una piedra o una hoja, están puestas en la naturaleza con un significado que no cesa ni muda con los días.

Ejercitar la austeridad de los pastores y los labriegos —

[66] Cfr. este último e interesante concepto en MAGARIÑOS, ANTONIO: *Desarrollo de la idea de Roma en su siglo de oro*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto San José de Calasanz de Pedagogía, Col. Cauce, 1952, cap. XIV, p. 207 y ss.

el gran tema de las *Bucólicas* y de las *Geórgicas*— cuyas vidas aferradas a la tierra los hacen, paradójicamente, los más atentos al cielo. Pues no es posible el milagro del cultivo y de las viñas, del jardín, del ganado o las abejas, sin la intervención de Dios que rige la liturgia del aire y del agua y del fuego. "Votisque vocaberis imbrem". Se ha de rezar para que Dios envíe las lluvias, diría el criollo. Se ha de imprecar al Altísimo para que envíe sus bendiciones a las cosas de abajo.

Y mantener la piedad al igual que *el pius Eneas*, que supo responder como hijo, como creyente y como patriota. Sin sombras de dudas, mas con la certeza de que alguna vez deberá comparecer ante el tribunal del Olimpo. Humildemente en lo personal, pero con altivez de romano en los momentos de pruebas.[67]

Eneas resume estas cualidades, y es el espejo en el que cabe mirarse limpiamente. Es la síntesis y el cuadro del deber de la lucha.

El derrotado de Troya —que no merecía sucumbir al hierro y a la esclavitud porque le aguardaba un destino más alto— inicia su travesía con el ejemplo de la fidelidad a su vocación de Caudillo. Que obliga, en primer lugar, a escuchar el habla de los dioses, a venerar la memoria de los antepasados, y a defender después la ciudad que se ha fundado en el nombre de esos dioses y en solidaridad con esos antepasados.

Eneas es el valor sin desfallecimiento y sin alarde. Ha glorificado el amor horizontal y vertical, ha alabado a la tierra y a sus muertos y ha aprendido a no resistir a Dios, que es el primer requisito de la sabiduría. Humilde por el conocimiento de sus flaquezas, decidido por la conciencia de sus deberes, magnánimo y pertinaz en sus propósitos, no es el suyo el heroísmo exterior —hecho de puños crispados— sino la fortaleza interior que se expresa con naturalidad y señorío.

Viene del fracaso pero está convocado a la gloria. Empe-

[67] Hemos seguido en estas reflexiones al autorizado libro de HAECKER, TEODORO: *Virgilio: Padre de Occidente*, Buenos Aires, Ghersi, 1979.

ro ese fracaso se le cruza en el camino y le exige, como vía de superación, el sacrificio y la sangre. Es la clásica fisonomía del llamado, del escogido, escribe con acierto el *Padre Calori*.[68] Misión de cruzado, antes que la Cruz fuera emblema de salvación, allí va Eneas, caudillo del adviento y de la expectativa, librando un combate que se decide antes en las moradas del alma que en los tendones y los nervios. Prefiguración del santo, su viaje difícil —tierra, mar, intemperies— tiene algo de peregrinaje en búsqueda de la puerta estrecha y la escondida senda. De ruta iniciática y marcha purificadora, sin el botín de las grandes conquistas, pero con los penates sagrados de un pueblo que quiere resucitar.

Sí, allí va Eneas. En pos del misterio de la patria presentida. De la tierra que se instaura con la política de la hidalguía y no con las alianzas de los demagogos. Y que una vez instaurada, se anuncia y se pregona sin límites de espacio y de tiempo. Tierra de nuestros sudores y pesares, tierra de nuestra dignidad vertida en surcos y en entreveros bravos. Por ella el hombre ha de pelear como se pelea por los bienes sagrados. En la conducta de Eneas cobran plena y anticipada justificación las palabras que pronunciara para la Cristiandad el *Cardenal Mercier*: "Tropezaréis quizá con temperamentos afeminados para los cuales la guerra no es más que explosiones de minas, estallido de obuses, matanza de hombres, efusión de sangre, cadáveres amontonados; encontraréis políticos de vista corta que en una batalla no ven más objeto que el interés de un día, la toma de un territorio o de una provincia. Pero no. Si a pesar de sus horrores, la guerra —es decir, la guerra justa— tiene tanta belleza austera, es porque significa el impulso desinteresado de todo un pueblo que da, o está dispuesto a dar, lo que tiene de más precioso, su vida, por la defensa o reivindicación de algo que no se pe-

[68] CALORI, AMELIO LUIS, *Virgilio*, Buenos Aires, Publicaciones del Instituto San Ramón Nonato, 1964, cap. final. Recomendamos calurosamente esta obra del injustamente olvidado y desconocido Padre Calori.

sa, ni se cifra, ni se acapara: el derecho, el honor, la paz, la libertad".[69] Eneas es, en efecto, el combatiente de las causas que no se cifran ni se acaparan: la causa del amor a los bienes trascendentes.

Y por lo mismo que no es la suya la imagen del superhombre intocable sino la del varón esforzado, Eneas posee y conoce el don de las lágrimas. El hermoso *sunt lacrimae rerum* con que Virgilio quiso ennoblecer más al héroe y a la realidad que lo circunda. Bien dice Haecker, en una de las páginas más logradas de su libro sobre el gran mantuano, que no es éste un llanto sentimental y feminoide. No está movido por despechos ni por resentimientos torvos, sino por dolores y penas que sólo purifican las lágrimas del justo. Por aflicciones que el héroe doliente únicamente puede expresar en un sollozo, acompañado del llanto de las cosas. Cuando ya no queda ni cuadra otra respuesta, está la respuesta misteriosa de las lágrimas.[70]

Como Heracles o Héctor, como el Cid o Rolando más tarde, en el rodar de la Historia, Eneas —el héroe— llora sin ocultamientos, cuando después de haber escapado a los peligros del mar, recorre las salas del palacio de Dido y se encuentra de pronto, ante los cuadros de la ruina de Troya que él había vivido y sufrido en carne propia. Es el dolor de patria ante la patria vencida y deshecha. Es el dolor recóndito y sentido que hiende la juntura misma de la carne y del espíritu. Es el dolor dolorido, sin palabra ni grito sino llanto.

Lloraría también Nuestro Señor Jesucristo, con motivos y señales que inspiradamente ha visto *Donoso Cortés*: "Las gentes de Galilea le vieron llorar; la familia de Lázaro le vio llorar;

[69] CARDENAL MERCIER, *Per Crucem ad lucem*, cit. por BULLON, ELOY, *La política social...*, ob. cit., p. 187-188.

[70] Sobre el tema del significado del dolor y del llano en el héroe, además del precitado Haecker, cfr. BAUZÁ, HUGO F., *Purificación y apoteosis del héroe clásico* (*La Prensa*, domingo 22 de marzo de 1981, Sección Literaria, p. 6). Y DISANDRO, CARLOS A., *Vergilii Regeneratio Lyrica*, La Plata, Hostería Volante, 1987, cap. décimo, p. 273 y ss.

Jerusalén le vio inundado en lágrimas. Todos vieron las lágrimas de sus ojos. ¿Quién vio la risa en sus labios? ¿Y qué era lo que veían tan turbados aquellos ojos en cuya presencia estaban todas las cosas, las presentes como las pasadas, las pasadas como las venideras? ¿Veían por ventura al género humano navegando en un mar sin bajíos y en plácida bonanza? No, no. Veían a Jerusalén cayendo sobre su Dios; a los romanos cayendo sobre Jerusalén; a los bárbaros cayendo sobre los romanos; al protestantismo cayendo sobre la Iglesia; a las revoluciones, amamantadas a los pechos del protestantismo, cayendo sobre las sociedades; a los socialistas cayendo sobre las civilizaciones; y al Dios terrible y justiciero cayendo sobre todos".[71]

Cuando en el *Libro IX* de la *Eneida* leemos el episodio de *Niso* y *Euríalo* peleando contra los rútulos, comprendemos al fin, que no había sido en vano el llanto de Eneas. Ni su llanto ni su sacrificio, porque su ejemplo ha cundido y le sucede.

Estos jóvenes troyanos son prueba irrefutable. Eneas había alistado a sus cuadros en los lindes del campamento y marchaba a Palantea. Dejaba la orden de aguardarlo sin librar acciones hasta su regreso. Pero Niso y Euríalo —dos de sus soldados— están de centinelas en sendas puertas, y en la sangre les bulle el deseo de batirse heroicamente. Niso entrevee la posibilidad de cruzar el campo enemigo por sorpresa, llevándole a su jefe el mensaje de la situación. Confía su plan a Euríalo y éste, pese a ser un adolescente —"mancebo en juventud", dice el poema— se ofrece a compartir el riesgo y la osadía. No son pocos los errores que cometen y su inexperiencia acaba resultándoles fatal. Pero el diálogo entre ellos mide la entereza del guerrero romano. Mide la magnanimidad del verdadero soldado cuando tiene un auténtico conductor a quien seguir y a quien ofrecerle su entereza. No importa inmolar la juventud ni quemar la vida. No importa tener que abandonar los lazos familiares

[71] CORTÉS, DONOSO, *Carta a los redactores de El País y El Heraldo*, 1849, cfr. CORTÉS, DONOSO, *Obras Completas*, Madrid, BAC, 1970.

y los amores terrenos. Tampoco importa la desproporción de fuerzas y recursos. Importa el deber de combatir y la justicia de la guerra. Virgilio los celebra con fervor:

"¡Oh afortunados ambos! Si han valido
de algo mis versos, no habrá nunca un día
que os borre del recuerdo merecido

mientras Eneas en su dinastía
habite junto a la inmovible roca
del Capitolio y el romano Guía

tenga al imperio, que regir le toca".[72]

No había sido en vano el llanto de Eneas.

Libró su guerra y las guerras, y tuvo plena conciencia de que en ellas y através de ellas se jugaba la idea misma de Roma y su existencia. Porque tenían un valor mítico, paradigmático y fontal. Y él lo sabía y asumía.[73] Y aunque muchos siglos pasaron desde que Virgilio dejó de contarnos sus proezas. Aunque ya casi la misma Roma —cosmopolita y mercantil— ha olvidado al guerrero y al santo, hay una Roma eterna, indivisa y perenne, que no lo olvida y lo aguarda.

Tal vez Dios Padre nos conceda la gracia de verlo retornar algún día, transfigurado por la Gracia y la Cruz, en Caballero de Cristo. Para enseñarnos nuevamente a combatir por los altares y los hogares.

[72] VIRGILIO, *Eneida*, IX, vv. 766-771. Seguimos la eximia traducción del Padre Meyer, recientemente editada. Buenos Aires, Épheta, 1992, p. 490.

[73] Cfr. sobre el tema: DISANDRO, CARLOS A., *Vergilii...*, ob. cit., cap. 8: *Horrida bella*, p. 217 y ss.

Capítulo III
El Sentido de la Lucha en las Sagradas Escrituras

La Biblia es Católica

No hay mejor punto de partida para conocer esta cuestión, que adentrarse de un modo directo en las páginas siempre vivas de la Santa Biblia. Porque desde el Génesis hasta el Apocalipsis —y recapitulándolo todo desde éste hasta aquél— el Dios que se nos revela y manifiesta, es el Dios que combate y pugna. El que alista a sus ángeles contra el Maligno en la contienda inaugural y final, el que escoge y adiestra a sus hombres con las pruebas más arduas para el espíritu, auxiliándolos y conduciéndolos en épicas jornadas, y el que los despliega al fin, como integrantes de un singular ejército en la constante liza de la historia.

Pero está claro que para volver con provecho el entendimiento hacia los Sagrados Textos, hay que reiterar primero una obviedad antigua ahora olvidada: que todos ellos son patrimonio cristiano —más precisamente de la Iglesia, que los llamó en Trento su "tesoro espiritual"— y que, en consecuencia, ni caben las apropiaciones ajenas y sectarias, ni los soberbios rechazos neopaganos, ni las interpretaciones torcidas que falsifiquen su sentido.

La Biblia nos explica y descubre —en figura, en promesa y en realidad— el misterio insondable de Cristo. Del Cristo auténtico, Segunda Persona de la Santísima Trinidad, Hijo de Dios y vero Dios él mismo. Nos prepara para recibirlo y

conocerlo, para ratificar sus anuncios e imitar sus enseñanzas. Él es su centro y su norte y su clave de bóveda. Y así lo anduvo comunicando a los suyos en ocasiones varias, antes y después de su resurrección gloriosa. Hasta que un día, en Emaús, "les fue declarando cuanto a Él se refería en todas las Escrituras" (Ls. 24, 27), y "les abrió la inteligencia" para que pudieran comprenderla (Ls. 24, 32). Comprenderla siempre y hacer difusiva esta constatación que ahora presenciaban: "De Mí hablaron Moisés y los Profetas" (Jn. 5, 45).

No es admisible entonces una lectura anticristocéntrica de los Sagrados Libros. Ni la *sola scriptura* protestante, desvinculada de la *Ecclesia* y de la *Universa Theologia*, ni cierto cristianismo neotestamentario de espaldas a la genealogía espiritual del Señor y de la Iglesia, ni ese biblismo ideologizado, que al buen decir del *Cardenal Ratzinger*, hace que la última palabra sobre la Palabra de Dios, no corresponda más al Magisterio, sino a las hipótesis siempre mudables de los expertos de ocasión. "Por eso" —declara el *Prefecto* de la *Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe*— "debemos tener el valor de repetir con toda claridad que, tomada en su totalidad, la Biblia es Católica".[1] Afirmación ésta que ratifica una vez más la dirección tradicional, tan claramente contenida en la *Providentissimus Deus* de *León XIII*, o en la *Divino Afflante Spiritu* de *Pío XII* o en la *Instrucción Sancta Mater Ecclesia* dada a conocer bajo el pontificado de *Paulo VI*, o en la *Dei Verbum* del *Concilio Vaticano II*. Cuatro lugares, apenas, de los tantos en los cuales la Cátedra de Pedro se ha expresado unívocamente.

Cuando pedimos regresar a la Escritura como punto de partida para la comprensión de nuestro tema, no hacemos sino seguir el camino de la Iglesia y de su liturgia. Un camino

[1] Cfr. RATZINGER, JOSEPH, *Informe sobre la Fe*, Madrid, BAC, 1985, p. 82, 85, 159, 161, 181, 182. Y sobre los extravíos de las exégesis modernas cfr. CASCIARO RAMÍREZ, JOSÉ, *Exégesis bíblica, hermenéutica y teología*, Pamplona, Universidad Nacional de Navarra, 1983.

abierto por el mismo Jesucristo y recorrido sabiamente por los Apóstoles, los Padres y los Doctores.

Fueron ellos los que nos enseñaron a *leer espiritualmente* la Sagrada Biblia. Colocándonos ante sus páginas no como quien escudriña los aspectos formales, sino como alma sedienta e infértil que quiere saciarse y fecundarse en Dios. No como un problematizador de cuestiones sino como un contemplador de misterios. No como el que sólo oye, sino como quien comulga. Tampoco como el ansioso buscador de reglas para el comportamiento individual, sino como el orante humilde que entrega sus vigilias al Padre. Por eso decía *el Angélico* que la verdadera inteligencia de la Escritura es fruto de la fe (*S. Th.* I, 1, ad. 1). Y que no habrá mejores ojos para otearla que los ojos altos de la santidad.

Esa Palabra Sacra —más grata que la miel, al decir del *Salmista*, germinante y potente, como la llamó *Isaías*, operante y regeneradora según el lenguaje paulino— es semilla en agraz que espera el surco dócil de nuestra tierra interior. Porque, como lo vio bellamente Santo Tomás en su *Encomio de la Sagrada Escritura*, a no otra cosa más que a la tierra se asemejan las almas de los que reciben el Verbo. Esa tierra ínfima y humilde, cantada en el *Salmo ciento tres*, que acabará saciada con los riegos celestes procedentes de las sublimes moradas. De allí que *el Apóstol* le exigió a *Timoteo* que guardara ese rico depósito con todas sus fuerzas (2 Tim. 1, 14), y *Santiago* en su *Epístola* pide *injertarla* en nosotros mismos, no al modo de oyentes olvidadizos sino de cumplidores fieles (Sant. 1, 21-25). Esta es la primera contienda a la que nos obliga la Escritura.

Y fueron ellos —Padres, Apóstoles y Doctores— los que nos enseñaron además a *leer católicamente* la Biblia. Que es saber con *el Aquinate* que el Autor de toda ella es Dios (*S. Th.* I, 1, 10, c). Un solo Dios artífice de ambos Testamentos —se enseñaba en la sesión cuarta de *Trento*— que busca la salvación de los hombres en Su Hijo Jesucristo y en la Iglesia por Él fundada. Porque en Cristo convergen y se encuentran las profecías, los anuncios y los anhelos. Él "se elevará sobre los collados y afluirán hacia Él todas las naciones", veía desde lejos

Isaías (II, 2). "Estas cosas fueron escritas" —refirió *San Juan* en su tiempo— "para que creáis que Jesús es Cristo Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre" (Jn. 20, 31).

Y ésta es la segunda contienda a la que nos convoca la Biblia.

La lucha de los católicos fieles a la Revelación, por mantenerla íntegra e intacta, resplandeciente e iluminadora. Como antorcha en un mundo apagado. Como el sol en una noche que no quiere clarear. Tarea ardua de todos los bautizados, pero de un modo eminentísimo de los pastores que, a tales efectos, recuerda Santo Tomás, deben ser valientes y claros, capaces de exhortar, de rebatir y de predicar perseverantes y obedientes. No en vano el profeta *Ezequiel* no confiaba más en la lanza o en la flecha que en las palabras de los sabios, porque éstas —si se conservan veraces y limpias— son como aguijones y clavos hincados en lo alto. Si faltan o se tuercen, en cambio, son causa de condena y perdición. Por eso sus reproches, tan actuales en nuestros días, están dirigidos a los que abdicando de su misión de proferidores de la Palabra, se apacentaban a sí mismos, sin resistir como murallas en el combate por Dios (Ez. 13, 3).

Y fueron ellos, en fin —Padres, Apóstoles y Doctores— los que nos enseñaron a *leer cristocéntricamente* la Biblia. A entender con San Agustín que si el *Nuevo Testamento* está latente en el *Antiguo,* éste está patente en aquel; de modo tal que el primero se *oculta* en el segundo y el segundo se *revela* en el primero (*Quaestiones in Heptateuchum* 2, 73). Por eso pudo afirmar categóricamente San Jerónimo que ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo, y recordando su sentencia en la *Spiritus Paraclitus, Benedicto XV* insistía una vez más en el carácter inescindible de Nuestro Señor y los Sagrados Textos. Porque esa serie de personajes protagónicos y de hechos relevantes que aparecen en las páginas del Viejo Testamento, no son sino prefiguraciones y anticipos del que habría de venir para nuestra redención, y de las cosas que habría de obrar en consecuencia. Jesucristo mismo lo afirma y lo atestigua, y se los comunica a los Apóstoles en su magisterio escriturístico. De allí que San Pablo viera en el Antiguo Testamento la *sombra* de una *realidad* futura, apenas el signo oculto de un Bien lla-

mado a desplegarse en el tiempo, del que él mismo era portavoz y testigo. De allí también sus protestas contra la Sinagoga, contra su "tupido velo" de soberbia y de prevaricación, que la llevaba a conservar la *letra* de los Sagrados Textos y a rechazar el *espíritu*, condenándose a vivir en la ceguera, pues "ese mismo velo permanece sin ser alzado, ya que no se quita sino en Cristo" (2 Cor. 3, 14). Desde entonces, efectivamente, los judíos se han quedado con la sombra.

No es cuestión de hallar correspondencias literarias entre textos paralelos vétero y neo testamentarios, sino de inteligir la correspondencia teológica en un mismo y único plan salvífico. Inteligir con lucidez la economía de la salvación y la pedagogía divina que encuentra en Cristo su centralidad y su luz.

La tipología bíblica —cuyo descubrimiento y desciframiento es una de las más preciadas herencias patrísticas— nos demuestra precisamente ésto: que por encima del sentido literal y carnal de las antiguas páginas testamentarias, los "*tipos*" que en ella asoman son otros tantos anuncios del Salvador, desde Adán el Padre de los vivientes hasta Josúe o David, conquistadores y guerreros. Sólo hay que tener el espíritu pronto y dispuesto para advertirlo, como advertimos las flores —comparaba San Cirilo— apenas removemos las hojas.

Esta inteligencia espiritual de Cristo en las Escrituras es a la vez una conversión y una gracia. Por eso *Orígenes*, comentando el Evangelio de San Juan, pedía la actitud del discípulo amado: reclinarse en el pecho del Señor y recibir a María por Madre. No hay recurso exegético que pueda comparársele. Y este es el tercer gran combate al que nos llama la Biblia.

Frente a interpretaciones oscuras y pseudocientíficas, enrarecidas de naturalismo y de racionalismo, recuperar el gesto —simple y hondo— del cuarto evangelista. Reconocer en Cristo la *meta* y el *objeto* de la Escritura, saber que a Él se vinculan los hechos y los hombres en figura y en enigma, y que todo se ordena y progresa hacia Su plenitud. Todo sucede —explica *Schmaus* en su *Teología Dogmática*— como en un ejemplarismo invertido. El Antiguo Testamento nos da a conocer los ejemplares con

antelación al Ejemplo. Arquetipos y paradigmas se comportan en él como contornos que van delineando al Supremo Modelo, como preguntas que anticipan la respuesta, como formas de un contenido mayor. Cristo es el esperado a través de todo el Antiguo Testamento, y éste es como la prehistoria de Cristo. Aquí la aurora es el reflejo del día (Heb. 10, 1; 8, 5; Rom. 5, 14; Gal. 3, 16; Col. 2, 17). Resulta así para nosotros, en palabras de *San Hilario* (*Tratado sobre los Misterios* 1, 12-13) *el gran sacramento del futuro*, la viña de la parábola, en metáfora de San Ireneo, el preludio de una música mejor.

Esta visión cristocéntrica de la Escritura no podía pasar inadvertida a Santo Tomás, llamado con razón por *León XIII*: Príncipe de las Sagradas Letras; y refiriéndose a los tres estadios posibles del culto, *el Aquinate* distingue entre aquel en que la eternidad y los medios para alcanzarla son futuros, aquel otro en que conservándose aún futura la eternidad, sus medios son ya presentes, y aquel por último en que la eternidad misma será actual y total. Son, sucesivamente, los estadios *del Antiguo, del Nuevo Testamento y del Cielo*. Pero ninguno de los tres es factible sin Cristo, en quien coinciden y se conectan (*S. Th.* I, II, 102 c y 103, 3, c). Cristo está sembrado y fructificado en la Alianza Vieja y Eterna, y entronizado en el Cielo a la diestra del Padre. Cristo es la centralidad de todo cuanto ha sido escrito, y escrito para que mantengamos la esperanza (Rom. 15, 4), como nos lo recuerda el *Concilio* en la *Dei Verbum* (IV, 14). Cristo es nuestro eje, siempre y desde siempre, en las figuras del justo y del salvado, de la víctima, del sacerdote y del legislador, del rey y del profeta, del precursor y del conquistador.[2]

[2] Hemos citado las fuentes en el decurso del texto para no interrumpirlo excesivamente. Remitimos aquí, no obstante, a las principales obras que hemos seguido en la materia: CRUZ, MIGUEL, *Para abrir las Escrituras*. En su: *Los vicios capitales* y *Para abrir las Escrituras*, Tucumán, Grupo del Tucumán, 1990. SÁENZ, ALFREDO, *Cristo y las figuras bíblicas*, Buenos Aires, Paulinas, 1967. SÁENZ, ALFREDO, *La celebración de los misterios en los sermones de San Máximo de Turín*, Paraná, Mikael, 1983. SÁENZ, ALFREDO, *San León Magno y los misterios de Cristo*, Paraná, Mikael, 1984. SCHMAUS,

Cualquier otra perspectiva de los Sagrados Textos —que no ordenara el *typo* al *antitypo*, como el sentido material al espiritual— resultaría improcedente y, en la práctica, nos mantendría en el velo y en la sombra en que intencionadamente se ha quedado el judaísmo. Es el error de las modernas corrientes exegéticas que terminan haciendo de la Escritura un objeto intrincado y polivalente, hermético y críptico, tan impenetrable como inaplicable a la lucha espiritual de los creyentes. Puras formalidades eruditas y arbitrariedades hermenéuticas que no dejan ver ni adorar a Dios. Supo decirlo *Marechal* en su *Poema de la Creación*:

"La Creación es un gran libro abierto
donde escribió lo suyo proferible
tu Creador y el mío, según peso y medida.
Y su lectura es la labor del hombre
llamado a ver la causa del Autor
en el espejo de sus criaturas.
Mas el hombre se dijo cierta vez:
«pesemos y midamos este libro
según la magnitud de cada letra,
y el grosor del papel donde se ha escrito
y las composiciones de su tinta».
Y a fuerza de medir y analizar
las divididas páginas del texto
llegó el hombre a olvidar que formaban un libro
y que por ser un libro, tenían su Escritor".[3]

MICHAEL, *Los Novísimos*. En su: *Teología Dogmática*, Madrid, Rialp, 1961, VII, I, 2ª Ap. 4, p. 69 y ss. TABET, MIGUEL ÁNGEL, *Una introducción a la Sagrada Escritura*, Madrid, Rialp, 1981. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Encomio de la Sagrada Escritura*. (En: *Mikael*, n. 7, Paraná, 1975, p. 119 y ss.). LOHFINK, A., *Valores actuales del Antiguo Testamento*, Buenos Aires, Paulinas, 1966. GONZÁLEZ NÚÑEZ, A., *Profetas, sacerdotes y reyes en el Antiguo Israel*, Madrid, Instituto Español de Estudios Eclesiásticos, 1962, y DANIELOU, JEAN, *Tipología Bíblica. Sus orígenes*, Buenos Aires, Paulinas, 1966.

[3] MARECHAL, LEOPOLDO, *Poemas de la Creación*, Buenos Aires, Castañeda, 1975, p. 12.

Desde la Silla de Pedro, el Papa *León XIII*, al proclamar a Santo Tomás como eximio maestro en filosofía y teología, pedía una juventud "perfectamente apercibida para la lucha" por el conocimiento de la Sagrada Escritura. Mas no un conocimiento que fuera peso, medida, grosor y tinta de sus páginas, sino ese *injertarse* en el Plan Salvífico para testimoniar la gloria de Dios en Cristo. No el apego intelectualista a la letra y a la materia, sino el reposo del corazón y del entendimiento en el pecho de Nuestro Señor. "Debemos por lo tanto" —decía el Pontífice— "poner un especial cuidado *en que los jóvenes caminen al combate convenientemente instruidos en las ciencias bíblicas*, para que no frustren nuestras legítimas esperanzas, ni lo que sería más grave, para que no corran inadvertidamente, el peligro de caer en el error, engañados por las falacias de los racionalistas y por una especie de fingida erudición".

Volvamos, pues, a la Sagrada Biblia para encontrar las razones y los ejemplos de la buena batalla. Volvamos a sus páginas perennes para saber por qué y como quiénes debemos estar dispuestos a pelear. Volvamos a leerla en el *espíritu*, en la *Iglesia*, en *Cristo*.

El Litigio Inaugural y Final

Lo primero que comprendemos al abrir las Escrituras es que todos nosotros, individual y conjuntamente, estamos comprometidos en una lucha que entreteje la trama más honda de la Historia Universal: la que libran Dios y Satán con sus respectivas ciudades, según clásica formulación agustiniana. Cada alma debe optar libremente por el servicio y el alistamiento en alguno de estos campos, sabiendo que le aguardan peligros y riesgos, pesares y fracasos, y una victoria que no se marchita, prometida solamente a los que permanezcan leales al Padre. A los que penan y combaten, velan y atienden porque esperan en el Dios vivo (I Tim. 4, 1 y ss.).

La dramática confrontación ha quedado planteada en el Origen, cuando el Cielo se estremeció con la pugna entre los

ángeles caídos y los que se conservaron fieles al Creador (Apo. 12, 7 y ss.). Pelea celeste que se prolongó en la tierra, obligando a los hombres a no permanecer neutrales. A prepararse los buenos, animosamente, disponiéndose para la acción en la resistencia y en la ofensiva. No como quien corre a la ventura y azota el aire, deseoso de moverse por horror a la quietud, sino como el que ha meditado sobre el sentido de esta singular agonía, y habiéndose privado primero de aquello que es obstáculo para realizarla, se lanza después al blanco con la precisión que da la Fe. Ese blanco es la ciudadela del Demonio, que aunque pueda infligir derrotas duras, no será el triunfador definitivo. Pero la violencia contra él es condición previa y legítima para alcanzar la glorificación y restituir el orden, porque si *el Maligno* lo alteró con su rebelión, el hombre puede reponerlo con su obediencia combativa ofrecida a los pies de Dios; con su acatamiento al desafío épico que le presenta la Divina Providencia. Es la docilidad a los planes salvíficos, la *oboedientiae labor* de la que habla *San Benito*. La misma que Samuel le aconsejó a Saúl precisamente con ocasión de la guerra. Porque mejor es la obediencia que cualquier botín, y ella sola hace posible la mayor de las hazañas (I Sam. 15, 22 y ss.).

Desde los días del angélico combate inaugural, que hizo vibrar al empíreo y llevó el pecado y la muerte a la tierra, el hombre virtuoso tiene un solo camino para regresar a la vida: el ascenso heroico hacia la cumbre divina, la subida difícil por la escala de Jacob, con la certeza y el aliento que proclama el Salmista: *Apud te est fons vitae. Et in lumine tuo videbimus lumen.* En Tí está la fuente de la vida, y en tu luz veremos la luz (Sal. 35, 10).

Satán sigue empeñado en su contienda infame, "animado de gran furor" (Apo. 12, 12). Y no se encuentra solo, por cierto, coaligados a él como están todos los reyezuelos inferiores del mundo. Pero el creyente dispuesto a salirle al cruce, es súbdito de un Dios que —como bien escribe *Odo Casel*— no es sólo un sabio portador de la paz y un Salvador que trae salud y vida, sino un héroe de guerra, que desde su primera promesa paradisíaca se presenta como Caudillo de una epopeya justa, capaz de aplastar la cabeza al insolente enemigo. Aunque también,

y no debe olvidarse, como Señor del Amor y de la Cruz, *que es la más alta revelación de su lucha y de su gloria. Y la prueba más ardua de su fortaleza.*[4]

Toda la historia personal y colectiva se nos configura de este modo, como un irreconciliable pleito entre Dios y Satán. Litigio antiguo —que abre la Revelación y signa su desenvolvimiento— ante el cual ningún hombre puede esconder la vista. Porque desde la Caída ha quedado involucrado en él con su inteligencia y su voluntad, y debe tomar parte sin posibilidad de escamoteos. Es más aún, del partido que adopte dependerá su integridad o su desintegración, en tanto aquella disputa inicial lo compromete ontológicamente, pues tiene *antagonistas* sobrenaturales pero se prolonga hasta el fin en *protagonistas* carnales. Con un Tentador siempre en acción y al acecho. Con un *Creador* siempre justo y atento. No hay terceros posibles, y frente a ambos, el hombre decide su sentido en la tierra.

Por eso reafirmaba oportunamente *el Concilio* que "aquí comienza la dura batalla contra el poder de las tinieblas, que iniciada en los orígenes del mundo, durará hasta el final". Y agregaba de inmediato esto otro: "enzarzado en esta pelea, el hombre ha de luchar continuamente para acatar el Bien, y sólo a costa de grandes esfuerzos, con la ayuda de la gracia de Dios, es capaz de establecer la unidad en sí mismo" (*Gaudium et Spes*, I, III, 37).

El combate por Dios se le ofrece a la creatura como la única salvaguardia de su integridad y dignidad. El reaseguro de su indivisibilidad y de su verdadera plenitud. Cada tiempo ha de ser el tiempo de decidirse, la hora del sí o la hora del no. Y cada espacio ha de ser el sitio para la contienda, el lugar de la victoria o el fracaso. Tal vez lo acosen las dudas y los interrogantes, tal vez desfallezca y caiga, y en los hondanares de la travesía se pregunte a quién encomendarse y en pos de quién andar pa-

[4] Cfr. CASEL, ODO, *El hombre auténtico*, Madrid, Guadarrama, 1963, pptte. cap. II, *La lucha*, p. 37 y ss.

ra no equivocarse en la encrucijada; en qué mano flamea la bandera del bando verdadero y en qué escudo ampararse como patrono y modelo en este pleito que recorre la historia.

Aquí es cuando las Sagradas Escrituras nos dejan ver a *Mikael*, el Arcángel guerrero del Dios de los Ejércitos.

Lo nombra el *Libro de Daniel*. Como "el gran jefe", el defensor de los hijos leales del pueblo del Señor, en los próximos tiempos de combate y de angustia. Ángel invicto que se mantendrá a la cabeza de las huestes de la Alianza, y protegerá los planes divinos hasta el fin (Dan. 12, 1 y ss.).

Lo nombra el *Apocalipsis*, en la conocida visión del *capítulo doce* sobre el enfrentamiento entre *La Mujer y el Dragón*. Quien tercia en este duelo y humilla con la derrota al Maligno en acecho, es el mismo *Miguel*. Espada en ristre, y el rostro resplandeciente dispuesto a la contienda. "Hubo una batalla en el cielo", dice el texto sagrado (Apo. 12, 7). Y el cielo se escindió en feroz antagonismo, hasta que por la acción heroica del Arcángel de Dios, las fuerzas demoníacas fueron arrojadas violentamente de las alturas. Así lo corrobora Nuestro Señor, cuando alborozado por el desempeño evangelizador de los suyos entre las gentes, les da este escueto parte de batalla: "Veía yo a Satanás caer del cielo como un rayo" (Ls. 10, 18).

Pero si el Dragón ha caído vencido en los campos celestes, su furia no ha sido aplacada en la tierra, por la que persigue sin desmayo a la descendencia de la Mujer. A los miembros de esta descendencia, es decir a nosotros, los del linaje de *María* y de la Iglesia, nos asiste el deber de resistir y de pelear. Y otra vez *Miguel* es el espejo y el guardián de esta lucha. Contra el *non serviam* de Satanás su *serviam* renovado, permanente e inclaudicable. Aplacando la soberbia de los rebeldes, encadenándolos y reduciéndolos a la impotencia. Oyendo la voz agradecida de miles de fieles, que lo aclaman como "*bellator invictissime*" al canto de "salud, honor y poder al omnipotente de Dios", según rezaba una antigua antífona dedicada a su exaltación.

Lo nombra asimismo la tradición apostólica y patrística escudriñando los Sagrados Libros, los llamados *Apócrifos* y los

viejos *Oficios Litúrgicos*. Lo nombra *San Judas Tadeo* en su *Epístola* (9), defendiendo el cuerpo muerto de Moisés contra los propósitos tenebrosos de Satán. Y parece nombrarlo *San Pablo* en su *segunda carta a los tesalonicenses*. Allí el Apóstol alude a *un obstáculo* que ha de retener y frenar la iniquidad del Anticristo, una valla que obstaculiza e impide la acción del Inicuo (II Tes. 2, 3-4, 6-8). Y aunque las interpretaciones difieren aquí, nutriendo una variedad de versiones, nada prohibe suponer que ese *Obstáculo* es San Miguel Arcángel, Conductor de las Milicias Celestiales y guardián esforzado de la obra de Dios.

Y lo nombra, en definitiva, *la Iglesia*. En Oriente y Occidente, desde los tiempos más remotos. Es el Ángel de la Alabanza y el del Incienso. El que integra el Coro de los que están siempre delante del Señor, con trompeta para anunciar Su gloria y un incensario de oro para manifestar Su Majestad. Ángel intercesor y conductor de las almas después de la muerte, cuando al decir de *San Gregorio Magno*, "más rabioso y terrible" se pone el Adversario. Patrono de la Iglesia Militante, "esbelto bajo su armadura", como lo vio *Dom Guéranger*, de "mirada humilde y ardiente", de "coraje varonil" y "fulgores de espada", siempre pronto para desafiar a las afrentosas cohortes proclamando: *¿Quius ut Deus?*[5]

¿Quién como Dios?, he aquí el emblema que define la misión de Mikael y el sentido de nuestra lucha. Proclamar —con una pregunta que ya contiene la respuesta— el carácter impar e inigualable del Señor, su unicidad y santidad absoluta. Y es también, al decir de *Stanislas Fumet*, el emblema de la augusta y todopoderosa soledad de Dios. Dios solo. Solo y santo en su divina pureza, sin nada ni nadie que pueda comparársele.[6]

[5] La oración de DOM PROSPER GUÉRANGER aquí citada pertenece a su libro: *L'Anné Liturgique*, y la hemos tomado del notable y hermoso trabajo del P. ALFREDO SÁENZ que hemos seguido para todas estas consideraciones: *San Miguel. El Arcángel de Dios*, Paraná, Mikael, 1976.

[6] FUMET, STANISLAS, *Mikael. ¿Quién como Dios?*, Madrid, Rialp, 1956, cfr. pptte. Libro Primero, p. 15 y ss. Del hombre, a diferencia de Dios, no pue-

San Miguel Arcángel está en la apertura y en el cierre de la Sagrada Escritura, en el Comienzo y en el Fin de la historia de la Salvación, como arquetipo del Capitán de Dios al que emular y seguir. Etéreo y sutil, de acuerdo con su irrenunciable naturaleza angélica, tan bello y sabio —diría el *Dante*— que "parece llevar impreso en su ser la bienaventuranza", con su palabra exacta y su porte fijo, emergiendo de anillos celestes maravillosamente esplendorosos, según la visión de *Ana Catalina Emmerick*, pero viril y valiente, con su rodela bien sujeta, su cota ceñida y su acero erguido. Porque sólo un arte religioso decadente, expresión de una pobre teología, pudo imaginar a los ángeles aterciopelados y ambiguos, combinación sensual de rizos y mohínes. Los Ángeles, y Mikael de un modo especial, caben mejor en esas figuras musculosas y potentes que quería *Eugenio D'Ors*, capaces de entreverarse a brazo partido toda una noche de pugna, de presidir una incursión devastadora en el campamento enemigo o de proclamar con voz de trueno la victoria de Dios.

San Miguel Arcángel es la imagen acabada del guerrero bíblico y el modelo mayor de la milicia cristiana. Contemplativo y adorante, todo servicio y postración ante el Creador, y todo nervio sereno y digno en el momento del choque con los artífices de las Tinieblas. Todo amor contra el odio —"San Miguel avanza entre las flores", escribió *Anzoátegui*, "alférez celestial de los veleros y subteniente de los ruiseñores"— pero todo espuela impaciente por cabalgar en los campos del bien.

Príncipe Universal en su trono magnífico, aunque humilde

---

de predicarse la soledad, estrictamente hablando. En primer lugar por causa de su especie, que si bien lo preserva singular como persona, lo multiplica en innúmeros individuos similares. Pero también por causa de su compañía angélica que nunca lo abandona. "De tal modo que el hombre", dice Guardini, "no es un ser propio que esté en soledad —lo que en su finitud equivaldría a decir que abandonado— sino que existe en una alianza" (cfr. GUARDINI, ROMANO, *Los Ángeles*. En su: *Oración y Verdad. Meditaciones sobre el Padre Nuestro*, IV, I. En su: *Meditaciones Teológicas*, Madrid, Cristiandad, 1965, p. 361 y ss.).

y misterioso en su rotunda sencillez. Sin asomo de sentimentalismo ni de falsa piedad, más cerca de la *terribilidad* o de la inmovilizadora numinosidad con que respectivamente lo adoraron *Rilke* o *Hölderlin*, desde sus miradas no ortodoxas, que del equívoco dulzor de tanto devoto extraviado.

Mikael es el primero y el último de los servidores de Dios. Primero y último en el tiempo, porque encabezando la contienda primordial contra Lucifer, la encabezará también al final de los siglos. Primero y último asimismo, por su dignidad y su humildad de Caudillo y de Siervo. De siervo de los hombres y del Señor, en un vasallaje especialísimo que, según lo explica *Claudel*, significa producir plenamente lo que Él pide.

Nada en él es oscuro ni débil. Ha recibido de Dios la lumbre y la gracia, y la traduce con la naturalidad de un soplo o de una mirada. Estable y móvil a la vez, conserva su identidad portando el hierro o el incienso, la trompeta parusíaca o la balanza de la justicia. Merece el cántico bello que le dedicara *Adán de San Víctor*:

"A San Miguel el primero
como adalid y vocero
de la gloria,
para celebrar el día
de la suprema alegría
y la solemne victoria"[7]

[7] ADÁN DE SAN VÍCTOR fue un monje de origen bretón, que vivió en París durante el siglo XII. Este fragmento de su *Secuencia de San Miguel Arcángel*, lo hemos tomado de la precitada obra del P. ALFREDO SÁENZ, *San Miguel. El Arcángel de Dios*. Nos hemos referido asimismo a una serie de autores cuyas citas conviene precisar. Dante habla de los ángeles en toda su *Divina Comedia*. La metáfora que aquí utilizamos pertenece al *Canto II* del *Purgatorio*. ROMANO GUARDINI le ha dedicado a la cuestión un preciado estudio, titulado justamente: *Der Engel in Dantes Göttlicher Komödie* (*El Ángel en la Divina Comedia*, Buenos Aires, Emecé, 1961). Las revelaciones de ANA CATALINA EMMERICK están tomadas de: EMMERICK, ANA C., *Visiones y revelaciones completas. Según las anotaciones de Clemente Brentano, Bernardo E. Overberg y Guillermo*

Es el Ángel tutelar de la Iglesia, de la clase de aquellos que *San Ignacio* llamaba: "cuchillos de la justicia divina", precisamente por la prontitud y el filo que ponen en su defensa. Está cerca de nosotros —"como álamo empecinado en su exactitud, con la fuerza del roble y con la ira amotinada y luminosa del relámpago"— y está cerca de las naciones cristianas, porque desde el relato de *Daniel*, su figura ha quedado asociada a la custodia de las patrias constantes al Señor. Defensor de la Cristiandad —flecha en la ofensiva y pregón en la victoria— nuestro espacio está protegido por su manto. Y nuestro tiempo, el propio y el histórico, lo cuenta como guía. Pues vivimos jornadas pobladas de ángeles, en las que San Miguel va al frente exigiéndonos veneración y militancia activa.

Ángel de la decisión y del empeño, nos despierta de la comodidad y del pasatiempo y nos aleja de la tibieza. Como a *Santa Juana de Arco*, nos enseña el sentido redentor de la sangre

Wesener, Buenos Aires, Guadalupe, 1952, T. II, III, I. EUGENIO D'ORS habla de los ángeles en sus *Glosas que se escriben los lunes*, y en *De la existencia y de la asistencia de los ángeles*. Hay al respecto un trabajo de MICHAEL, PAUL H., *La Angelología de Eugenio D'Ors* (Madrid, Jerarquía, 1937). El poema de ANZOÁTEGUI aludido se llama *De San Miguel*, y está incluido en ANZOÁTEGUI, IGNACIO B., *La rosa y el rocío*, Buenos Aires, Convivio, 1943. Los poemas angelológicos de RILKE y de HÖLDERLIN son diversos y algunos muy conocidos. Hay que acudir a los *Sonetos* y *Elegías* del primero, a su *Libro de Imágenes* y *Libro de las Horas*, y a los *Himnos* del segundo. En la obra anteriormente citada, GUARDINI hace una fina observación sobre el arte de ambos poetas, concretamente, sobre los límites del sentido cristiano de sus angelologías. (Cfr. GUARDINI, ROMANO, *El Ángel...*, ob. cit., pptte. p. 34 y ss.) :GUARDINI ha escrito además una obra especial sobre Rilke (cfr. GUARDINI, ROMANO, *Rainer Maria Rilke Deutung des Daseins*, München, Kösel Verlag, 1953). La idea de CLAUDEL aquí esbozada corresponde a sus *Ensayos acerca de los Ángeles*. En: CLAUDEL, PAUL, *Presencia y Profecía*, Buenos Aires, Aguamarina, 1950, p. 203-271. Finalmente, sobre San Miguel Arcángel, cfr. BIRNGRUBER, S., *El Apocalipsis de San Juan*, Madrid, Rialp, 1966. GARCÍA CORDERO, M., *Teología de la Biblia*, Madrid, BAC, 1972. *Los Evangelios Apócrifos*, Madrid, BAC, 1963. IZURDIAGA LORCA, F., *San Miguel Arcángel*. (En: *Año Cristiano*, Madrid, BAC, 1966, III) y PETERSON, E., *El libro de los Ángeles*, Madrid, Rialp, 1957.

de Cristo, y se nos ofrece él mismo para ir delante de nosotros como escudo y adarga, "porque aún cuando la Iglesia que camina por el mundo puede denominarse con acierto Iglesia peregrina, esta peregrinación no tiene el tono festivo de una romería, sino el sabor castrense de una andadura militante".[8]

Un antiguo texto del siglo II, tenido por muchos como divinamente inspirado, lo muestra a nuestro Arcángel debajo de un gran árbol. Es un sauce frondoso, que representa a la Iglesia, y a cuyo amparo se van dando cita todos los que guardan la ley y el nombre del Señor. San Miguel reparte entre los congregados ramas verdes e intactas de aquel leño magnífico. Y al tiempo, vuelve a pedirlas observando su estado. Muchos las devuelven secas, resquebrajadas y rotas. Y otros, cargadas de retoños y frutos, tan verdes como recién salidas de las manos del Ángel. A estos él les manda coronar y los despacha hacia una torre preciada. Pues "son todos aquellos que han combatido contra el Diablo y le han vencido". Son los que mucho han sufrido y resistido, pero pelearon sin rendirse los combates de Dios. Y fueron coronados por el Príncipe de las Milicias Celestiales.[9]

También nosotros estamos cobijados por este sauce inefable. Y se nos ha otorgado de su copa purísima una vara de frescor verde, que podemos fructificar o resecar. Andaremos caminos difíciles y áridos, y a veces fáciles o ligeros. Pero al fin, un día, hemos de ser recibidos nuevamente por el Arcángel. Hemos de regresar a congregarnos a la sombra del *Leño de la Vida*. Lo encontraremos a él seguramente, de guardia bajo la copa. Y dependerá de nosotros que su rostro se ilumine u oscurezca, apartándonos o condenándonos. Y probada nuestra capacidad de lucha, ya no hablaremos de su grandeza sino que la vere-

[8] Cfr. PIÑAR, BLAS, *Tiempo de Ángeles*, Madrid, Arca de la Alianza Cultural, 1987, p. 49.

[9] El texto aquí aludido es *El Pastor de Hermas*. Cfr. *Padres Apostólicos*, III. Introducción y versión por el P. Daniel Ruíz Bueno, México, Librería Parroquial, 1947, *comparación octava*, p. 128-131.

mos devotamente en la Casa del Padre. Lo veremos, tal vez, como lo retratan estos versos:

> "Amor hecho presencia. Criatura
> en fuego transparente fabricada,
> surgida medio luz, medio figura,
> y tan perfectamente equilibrada
> que une su voluntad hecha dulzura
> a un fulminante resplandor de espada".[10]

Desde el Justo Abel hasta el Rey David

Las Sagradas Escrituras siguen abiertas. Siguen hablándonos para que entendamos el alcance y el sentido de esa gran lucha que se inició en los albores mismos de la Creación, y que sólo cesará cuando el mismo Creador lo disponga. Lucha de *Ciudades*, decía San Agustín, lucha de corazones y de voluntades; lucha de la inteligencia que se hunde en la negación o progresa en la gracia a medida que se aproxima o rechaza a Dios.

En el *Libro del Génesis* se enfrentan *Caín y Abel*. El agricultor y el pastor, el aferrado a la tierra y a sus bienes y el peregrino anhelante de cielo. El afán de posesión y el de donación, el que ofrece su sacrificio para ser reconocido, y el que es reconocido por la generosidad de su sacrificio. El rechazado por la mirada de Dios a causa de su orgullo, y el sostenido por la mirada divina en mérito a su oblación. El homicida y el mártir.

Caín pertenece a la ciudad terrestre —dice el Doctor de Hipona (*De Civitate Dei* 15, 1), Abel a la Ciudad del Padre. La primera está fundada sobre la sangre del odio, la segunda sobre el amor que se extrema hasta el derramamiento de la pro-

[10] Cfr. Díaz Plaja, Guillermo, *Ángel*. Cit. por Piñar, Blas, *Tiempo...*, ob. cit., p. 152.

pia sangre. Sobre los falsos cultos una; sobre el gesto sacerdotal la otra. Caín anda fugitivo y errante, maldecido. Abel yace inerme y perenne, bendecido por el Señor. Figura de los deicidas aquél, prefiguración de Cristo éste; imagen del Buen Pastor que entrega las primicias de su rebaño y es capaz de entregarse él mismo.

Caín es el primogénito, inmediatamente después de la Caída. Parece heredar en su traza el desorden espiritual de la rebelión, la primera naturaleza tocada por el pecado original. No desconoce a Dios, pero pretende que Él se adecue a sus apetencias. Es la acción y el movimiento hegemónico sobre el hombre. Abel ama el Bien que ha entrevisto en el Paraíso, contempla la majestad de Dios sin exigencias privadas y cree en la oración y en la Promesa, en la expiación y en la redención por el sacrificio. Es la contemplación y el reposo en torno a la centralidad excluyente del Creador. Caín quedóse cabizbajo y culposo (Gen. IV, 5, 4-14), Abel abierto en sangre fecunda que se prolongará en la generación de Set. Por eso lo recuerda la liturgia, Cristo mismo lo declaró justo (Mt. 23, 35), a él y a sus obras (I Juan 3, 12), y "aunque haya muerto sigue hablando todavía" (Hebreos 11, 4). Por eso San Juan aborrecía a su matador (I Juan, 3, 11-13) y San Pablo escribía que su sangre mártir sólo había sido superada en elocuencia por la sangre de Jesucristo (Hebreos 12, 24).

No son dos principios alegóricos ni dos naciones rivales, ni siquiera dos categorías morales contrapuestas al modo de *Filón* (que tanto disgustaba a *San Ambrosio*), son dos hijos concretos de nuestros primeros padres que encarnan dos estilos contrapuestos, dice *Caturelli*; dos vidas encontradas, acota *Mircea Eliade*, la sencilla y desasida de los pastores, y la sedentaria y artificiosa de los habitantes de las ciudades. Caín ha engendrado el caos de la urbe, escribe *Guénon*, contra la serenidad natural del horizonte limpio. Es el tiempo que devora al espacio, la imagen que desgasta al sonido, la técnica que ahoga la poesía. Es el cambio sobre la eternidad, que reconoce y acata Abel con su sacrificio genuino. Lo que ambos encarnan, en rigor, son los dos únicos sentidos posibles de la lucha. El *sentido vertical*: por la causa de Dios, y el *sentido inmanente*: por la causa del mundo. De ahí que

algunas antiguas representaciones simbólicas de las ofrendas de los hermanos, hayan visto en la de Abel un humo que se eleva hasta lo alto, y en la de Caín, uno que desciende y se expande amenazante sobre la superficie de la tierra.[11]

En el mismo *Libro del Génesis* lo vemos combatir a *Abraham*. Cuando una coalición de reyes mesopotámicos invade la región cananea, ocupa y saquea a Sodoma y caen prisioneros sus propios familiares. El Patriarca no titubea ni se arredra. Es su tierra y su gente la que hay que defender y liberar. Y lo logra peleando sin vacilaciones. "Reunió a los capaces de llevar armas... y persiguió a los aprehensores hasta Dan, y dividiendo su tropa cayó sobre ellos por la noche, él y sus siervos, y los derrotaron, persiguiéndolos hasta Joba, que está al norte de Damasco" (Gen. 14, 14-16).

El relato bíblico se torna aquí más significativo, si cabe. Porque al regreso de su campaña victoriosa, Abraham es recibido jubiloso por *Melquisedec* (Gén. 14, 17-20 y ss.), Rey y Sacerdote del verdadero Dios que, en gratitud y alabanza por el triunfo, lo bendice y ofrece su sacrificio de pan y vino. Esta clara figura de Cristo y de la Misa, tenida siempre por tal entre los Padres, nos indica la sagrada importancia de quienes eran capaces de librar con honor las guerras justas.

Melquisedec aparece y desaparece repentinamente en este único pasaje bíblico. Pero su gesto arquetípico es suficiente para marcar un antes y un después, y conferirle una dignidad eminente. San Ambrosio le adjudicaba a su aparición el carácter

[11] Sobre el significado de Caín y Abel, cfr. CATURELLI, ALBERTO, *Tántalo o de lo negativo en el hombre*, Córdoba, Assandri, 1960. GARCÍA VIEYRA, ALBERTO, *El Paraíso o el problema de lo sobrenatural*, Santa Fe, San Jerónimo, 1980, y SÁNCHEZ MAZAS, RAFAEL, *Fábula y escuela de Caín*. En su: *Las aguas de Arbeloa y otras cuestiones*, Madrid, Samarán, 1956, p. 403-408. La obra de MIRCEA ELIADE aludida en su *Historia de las creencias y de las ideas religiosas*, Madrid, Cristiandad, 1978 (cfr. pptte. I, VII, 53, p. 179 y ss.). GUÉNON, por su parte, toca el punto en su: *El reino de la cantidad y los signos de los tiempos*, Madrid, Ayuso, 1976, cap. XXI, p. 150 y ss.

de una real teofanía, pero es seguro que para el mismo Abraham resultó una superioridad indiscutida. Ante él se postra y entrega sus diezmos, ante él se presenta como vasallo bendito, quedando así reconocido su sacerdocio y su principado universal. Rey de Justicia y de Paz, lo llama el Apóstol (Hebreos 7, 1, 12), su oblación pura del pan y del vino imita proféticamente a la del mismo Cristo, como notó *San Cipriano*. Desde entonces, a cada ministro consagrado a Cristo, le cumplen las palabras del Salmista: "Tu eres sacerdote para siempre según el Orden de Melquisedec" (Salmo 110).

Victorioso después de una contienda lícita a campo descubierto, *Abraham*, el Padre de todos los creyentes, se prosterna humildemente ante Melquisedec como en una verdadera investidura espiritual. En un gesto reverencial frente a quien, como soberano de paz y de justicia, ostenta los atributos de la balanza y de la espada, los mismos de *Mikael* como Ángel del Juicio.[12]

En el *Libro del Éxodo* combate *Moisés*. Profeta, libertador y organizador del pueblo elegido. Jefe acatado por todos y designado sólo por Dios, con la virtud que distingue a los verdaderos caudillos: el amor entrañable hacia los conducidos y el conocimiento del fin hacia el cual se avanza. Ese fin era Cristo, en la plenitud de la Nueva Alianza. Hacia allí se encaminaba *Moisés*, a pesar de sus propias limitaciones y de las prevaricaciones constantes de los acaudillados. Verdadero pedagogo y mediador entre la promesa de Abraham y la salvación del Redentor, sobrellevaba con ánimo las adversidades, en las penurias del desierto egipcio o en la dura vida campamental de la estepa, y aceptaba con humildad los favores divinos. Desde el mar impetuoso que se le abría a su paso, hasta el maná y el agua de la peña que saciaba la sed (Ex. 16, 1-36 y 18, 1-7).

Dios lo guiaba: representado en una nube de humo durante el día, en una columna de fuego durante la noche. Y a Él

[12] Cfr. sobre el particular, GUÉNON, RENÉ, *Melqui-Tsedeq*. En su: *Rey del Mundo*, Buenos Aires, Fidelidad, 1985, cap. IV.

impetraba en las batallas, con los brazos en cruz hacia lo alto. *Yave Nesi*, llamó al altar que ordenó construir después de derrotar a los amalecitas. *Yave Nesi* que significa "Dios es mi enseña". Y lo era ciertamente, porque actuaba como Generalísimo de sus guerreros, haciendo del Tabernáculo su trinchera y estableciendo su tienda entre los suyos (Jn. 1, 14).

"Dios lo hizo en la gloria semejante a los santos", dice el *Eclesiástico* (45, 1-6), "y le engrandeció haciéndolo espanto de los enemigos". Por sus méritos podía hablar con el Señor de los Ejércitos "cara a cara" (Ex. 33, 11) y el Señor de los Ejércitos "lo conocía por su nombre" (Ex. 33, 12). Llevaba a su pueblo en su regazo como la nodriza al niño (Num. 11,12) y la sabiduría le asistía para que no errase en la demanda (Sab. 10, 16). En tanto modelo de combatiente, sabía con certeza que sus debilidades eran muchas —y bien las ha recalcado *San Ambrosio* en un texto punzante— pero sabía asimismo que su fuerza residía en Dios y a Él debía proclamarlo vencedor. Por eso, después del cruce del Mar Rojo, entonó un cántico de triunfo que es, en realidad, un reconocimiento a la omnipotencia de Dios:

"Cantaré a Yavé, que se ha mostrado sobre modo glorioso.
El arrojó al mar al caballo y al caballero.
Yavé es mi fortaleza y el objeto de mi canto.
Él fue mi salvador.
Él es mi Dios, yo lo alabaré...
Yavé es un fuerte guerrero...
Tu diestra, ¡oh Yavé!, engrandecida por la fortaleza.
Tu diestra, ¡oh Yavé!, destrozó al enemigo.
En la plenitud de tu poderío derribaste a sus adversarios...
¿Quién como Tú?, ¡oh Yavé!
¿Quién como Tú, magnífico en santidad,
terrible en maravillosas hazañas, obrador de prodigios?
Tendiste tu diestra
y se los tragó la tierra.
En tu misericordia, tu acaudillas al pueblo que redimiste;
y por tu poderío lo condujiste a su santa morada" (Ex. 15, 14).

¿Quién como Tú?, se pregunta Moisés sin necesidad de respuesta. Y otra vez flamea en la historia sagrada la divisa invicta de San Miguel Arcángel.

El *Libro de los Números* también nos habla de combates. De las peripecias del pueblo de Dios, presentado como un ejército que se mueve con sus enseñas y sus jefes, durante su marcha desde el Sinaí hasta las riberas del Jordán. Una marcha en la que los mejores escoltan disciplinadamente al Tabernáculo, formando una guardia de honor como la que se rinde al Comandante de las fuerzas guerreras. Con pueblos hostiles que son vencidos y desarmados al paso por las estepas, pero también con ingratitudes e infidelidades constantes. Esas tremendas negaciones judaicas que fueron otras tantas pruebas para Moisés. El continuó, pese a todo, conciente de su misión, y reveló su temple en batallas como las de *Jasha* (Num. 21, 23) y *Edrai* (Num. 21, 33) o en el feroz enfrentamiento contra *Madián* (Num. 31).

Poco antes de morir comunicó a los suyos su testamento espiritual, sin olvidarse de prescripción alguna. Son los discursos que recoge el *Deuteronomio*, y en los cuales vuelve a aparecer la grave cuestión de la guerra. Moisés no quiere cobardes ni indecisos en el momento del asedio y del ataque, no quiere contar con nadie que pudiera obstruir o desmoralizar a la tropa. Por eso recomienda que se vayan "los que tengan miedo y sientan desfallecer su corazón"; que se vayan "y vuelvan a sus casas para que no desfallezcan como los de ellos los corazones de sus hermanos" (Deut. 20, 8). Que se retiren, incluso, todos los que no pueden cortar abruptamente los vínculos con los bienes terrenos, así sean estos bienes lícitos, como la casa, la viña o la mujer (Deut. 20, 5-7). Sólo han de quedar alistados los dispuestos a vencer o morir. Primera lección épica que transmite Moisés.

Pero las batallas que tengan que librarse son por la causa de Dios, forman parte de una contienda sagrada en la que el Señor es el Generalísimo. Por eso, "avanzará primero el sacerdote y hablará al pueblo", y les recordará que el Altísimo "marcha con vosotros contra vuestros enemigos y Él os salvará" (Deut. 20, 2-4). Recordado el Principio y el Fin por los sacerdotes, "los jefes de las tropas se colocarán a la cabeza del Ejército"

para defender la tierra y el pueblo (Deut. 20, 9). Dios y Patria, Fe y Milicia, Sacerdotes y Guerreros en entrelazada jerarquía. La segunda y grande lección épica que lega Moisés antes de su partida.

Y al fin, la última: el objeto de la guerra no es la guerra misma, ni alimentar indefinidamente el conflicto, sino la instauración de la paz. Y aunque la moral veterotestamentaria no conoce la compasión ni la caridad con el adversario, Moisés enseña a sus hombres: "cuando te acerques a una ciudad para atacarla, primero le brindarás la paz" (Deut. 20, 10). Sólo cuando fuera rechazada sobrevendrá el hierro y el furor de los asaltos.[13]

Combate *Josué*, el Conquistador. Lugarteniente de Moisés en sus campañas guerreras (Ex. 17, 9 y 24, 13) y heredero a su muerte de la misión hacia la tierra prometida. Capitán heroico —de los pocos que no se amilanaron ante los gigantes que dominaban el suelo buscado—, una palabra del Señor fue suficiente para confirmarlo en su fortaleza: "esfuérzate y ten ánimo, nada te asuste, porque Yavé tu Dios irá contigo a dondequiera que vayas" (Jos. 1, 1-9).

Y *Josué* avanzó intrépido a la cabeza de su pueblo.

Era preciso primero cruzar el Jordán. Como se cruzó antes el Mar Rojo, en nueva figura y presagio del Bautismo. Con los sacerdotes delante portando el Arca de la Alianza, y los fieles en pos. Y Josué lo hizo, dejando en Gálgata el primer altar de doce piedras para fijar el hecho en la memoria de todos (Jos. 3 y 4).

Pero era preciso además tomar la ciudad de *Jericó*, purificarla de tantas perversiones, abatir al mundo que ella re-

[13] El problema de las definiciones o imperfecciones morales del Antiguo Testamento —concretamente, en este caso, el de la ausencia de caridad para con los enemigos— ha dado lugar ocasionalmente a juicios apresurados de parte de quienes no se interesan por conocer la totalidad de la Sagrada Escritura ni el sentido de la pedagogía divina, reduciendo en definitiva los textos sagrados a un listado de desórdenes individuales o colectivos. Cfr. sobre el particular, GARCÍA TROPIELLO, J., *El problema de la moral en el Antiguo Testamento*, Barcelona, Herder, 1977.

presentaba, restituir el orden sagrado, y después de ardua y empecinada lucha, darle a la grey el reposo prometido por Dios. Ese "descanso en torno suyo como se lo había jurado a sus padres" (Jos. 21, 43-44), pero en el que sólo entrarán los perseverantes y los escogidos.

Para esa conquista santa estará otra vez Josué, "fuerte en las batallas" e irresistible, porque eran aquellas "las batallas del Señor" (Ecle. 46, 1, 2-4). Duro en su voluntad épica, ceñido en su coraza y protegido siempre por el Ángel de los Ejércitos Celestiales, su guerra es de cuerpos en el espacio pero ante todo de profecía en el tiempo, pues Jericó —ya lo decía *Orígenes*— es imagen del mundo que se desplomará con el *Adventus Christi*. Jericó es el símbolo de los poderes idolátricos que impiden la verdadera vida cultual y ciegan a los hombres. Por eso, antes que las espadas de los soldados, fue necesaria para abatirla las trompetas de los sacerdotes. Como fue necesario que en ella, más adelante, Cristo Nuestro Señor, le restituyera la vista a los ciegos. Contra el ruido ensordecedor de los demonios, la música jubilosa de los clarines sacerdotales que hace exaltar al pueblo y le da bríos para resistir la iniquidad. Contra los adversarios visibles, el Espíritu invisible que todo lo puede.

Como Josué va conquistando la tierra prometida y venciendo a los enemigos, así nosotros —sigue enseñando *Orígenes*—, hemos de reconquistar nuestra alma limpiándola de vicios y de engaños, del mismo modo con que limpió *Rahab* la suya al apoyar a los servidores del verdadero Dios (Jos. 6, 7 y ss.). No hay murallas del mal que no se derrumben si cumplimos con la ascesis de las batallas del Señor. "Dentro de ti mismo tienes por la fe a tu Capitán, Jesús... Fabrícate con textos de la Escritura trompetas retumbantes, saca de las mismas significados y enseñanzas con que se acrediten que retumban. Toca con ellas salmos, cánticos, figuras proféticas, misterios de la ley, doctrina de los Apóstoles. Y si tu haces resonar tales trompetas... si además en ti das el acorde del júbilo, o sea si el pueblo de tus sensaciones y pensamientos profiere un sonido ajustado y armonioso, lanza un grito de gozo porque el mundo se ha des-

truido y derrumbado en ti".[14]

Pero no bastaba con cruzar el Jordán ni con tomar Jericó. Había que enfrentar asimismo a una poderosa coalición de reyezuelos paganos. La lucha continuaba y se hacía necesaria. Como continúa para nosotros aunque derribemos nuestro Jericó interior.

Para esta nueva y difícil hazaña estaba otra vez *Josué*. Y fue la batalla de *Gabaón* (Jos. 10), durante la cual el Caudillo ordenó que se detuviesen el sol y la luna hasta que se aplastara definitivamente al enemigo (Jos. 10, 12-13). "¡No temáis y no os acobardéis, sed fuertes y valientes!", era la arenga con que encendía a los guerreros (Jos. 10, 25), porque sabía que es Dios el que por ellos combatía (Jos. 23, 3).

Mas valga reparar en el milagro de aquella jornada victoriosa que cierra y corona este ciclo heroico: "paróse pues el sol en medio del Cielo, y detuvo su carrera sin ponerse por espacio de un día. No hubo antes ni después un día tan largo" (Jos. 10, 13-14).

Ese sol es Cristo. Sol triunfal de la verdad y de la justicia. El único que prolonga la luz y extiende el día. Sol que no se pone ni declina y renace cada mañana en el corazón de los bautizados: *Christus Oriens*. Hasta que Él regrese para el juicio postrero vivimos tiempos de batallas en las que se nos exige ser fuertes como lo fue Josué.

Y combaten los *Jueces* a la muerte de Josué. Con esfuerzos tenaces, durante prolongados años. Porque el avance bélico victorioso sobre la tierra prometida no significó el desalojo total de los enemigos, que enseñoreados sobre sus predios herían más mortalmente con sus idolatrías que con sus armas. Precisamente contra la idolatría extranjera y la prevaricación interna tuvieron que alzarse los Jueces. Con la pureza de la ley y del culto y a la vez con la fuerza del acero. Sacerdotes y guerreros

[14] ORÍGENES, *Homilías sobre Josué*. Cfr. *P.G.* VII, 2; 858 B-C. Cit. por DANIELOU, JEAN, *Tipología...*, ob. cit., p. 367.

—prontos para la sentencia y la oración como para la travesía a campo descubierto— sus personalidades son una nueva prueba, y un símbolo más, de la doble acepción de la lucha. Se combate con el cuerpo y con el alma, por los bienes físicos transidos de valores metafísicos y contra aquellos si quisieran rebelarse contra éstos, por las cosas visibles y las invisibles en que las primeras se anudan, por la materia vivificada en el Espíritu y contra la materia que pretendiera doblegarlo. Por la sacralidad de la patria carnal y por la Patria Celeste que aquí encarnan los justos. Por la integridad de la Fe, y por la Fe en que todas las razones se integran. Pero siempre que hay buen combate es porque la fortaleza y la justicia laten primero en el interior del combatiente y se expresan después en las nervaduras de sus brazos. Como es inútil y nociva toda potencia exterior si no está presidida y escoltada por la virtud interior.

El Juez *Sansón* es conocido ejemplo de lo que afirmamos.

Como otros elegidos de Dios, nace de mujer estéril bajo una gracia especial (Jue. 13, 2-5), y una vez concebido, el secreto de su fuerza prodigiosa está en su consagración espiritual. Porque Sansón había sido revestido de la misión de nazareno, "desde el vientre de su madre hasta el día de su muerte" (Jue. 13, 7). Y sólo en la fidelidad al *nazireato* —es decir, a los votos religiosos y a la vocación cultual— se le conservaría el portento de su físico, con el que había de aplacar la insolencia de los filisteos. Todo lo demás, por mucho que se haya popularizado, es absolutamente secundario. Y él lo sabía. Era un misterio compartido con el Señor al que debía servir.

Y si es cierto aquello de *Anzoátegui*, de que "el héroe es capaz de combatir contra cien hombres y el santo es capaz de resistir una mujer", el pecado de Sansón, que lo llevó a la esclavitud y al oprobio más cruel, es haberse quedado en el heroismo cuando Dios le pedía la santidad.

Purificado por el dolor y por el arrepentimiento, el héroe se transfigura en mártir. Abandona el suplicio del molino y se abraza a las columnas como a los extremos de la cruz. Muerto ganó la batalla para la cual debió haber vivido, "siendo los muertos que hizo al morir más que los que había hecho en vi-

da" (Jue. 16, 30). Si su nombre va a quedar asociado a la fuerza física, ha de saberse que la misma lo acompañó mientras fue fiel a la batalla sagrada, y que de nada le sirvió en la apostasía. *La verdadera fortaleza es virtud y no guarda necesariamente relación alguna con el poder del cuerpo.*

Tampoco hay relación necesaria entre *fuerza* y *número*, entre *triunfo* y *cantidad*, como a pie juntillas creen los modernos. En el combate justo, la victoria no depende de las cifras ni de los cálculos sino de la entereza espiritual de quienes defienden la Verdad. Es la otra gran enseñanza del *Libro de los Jueces* a través de la figura de *Gedeón*.

Sometidos, por causa de sus reiteradas deslealtades, al poder despótico de *Medián*, los israelitas conocieron una vez más la misericordia del Padre. Porque fue Dios, valiéndose de un Ángel, el que se le apareció a *Gedeón* para exigirle la lucha y confiarle su protección (Jue. 6, 11-12). "Yavé contigo, valiente héroe" —le dijo al presentársele— (Jue. 6, 12). Pero fue Dios mismo quien le habló en vísperas del gran combate, con palabras que ningún guerrero cabal debe olvidarse jamás. Pues lo que el Señor allí le dijo nada tiene que ver con esas prevenciones tácticas de carácter cuantitativo con que se atosigan y paralizan los encumbrados generales del mundo. En nada coincide con los innúmeros diagnósticos de efectivos que insumen horas a los fatuos estrategas de la tierra. Dios habla en sentido inverso al habla de los hombres corrientes. Y le dijo a *Gedeón*: "Es demasiada la gente que tienes contigo para que yo entregue en sus manos a Medián y se glorie luego Israel contra Mí, diciendo: «ha sido mi mano la que me ha librado»" (Jue. 7, 2). Que se vayan pues, en primer lugar, los que tengan miedo (Jue. 7, 3). Que se vayan después los que para beber se arrodillan desesperados (Jue. 7, 5). Que se queden al fin los que resten intactos, un puñado de trescientos apenas, pero decididos a jugarse hasta el final, al grito varonil de: "¡Espada por Yavé y por Gedeón!" (Jue. 7, 20). Como Moisés a Josué, Dios no le pide que sume sino *que seleccione*: "elige hombres y ataca" (Ex. 17, 9), no le pide que amontone sino *que distinga*, ni que aglutine sino *que prefiera*. Y que con aquellos escogidos, por razón de sus sacrificios no de

sus beneficios, se lance impetuoso a la reconquista y a la victoria.

También fue nazareno *Samuel*, el hijo de *Ana* y de *Helí*, el penúltimo de los jueces, y juez prestigioso él mismo, reconocido como tal por todas las tribus. Su nombre significa "escuchado por Dios", pues fue el fruto de las oraciones de su madre oídas por el Señor (I Sam. 1, 1-18). "No hay fuerte como nuestro Dios", cantó *Ana* en su himno de gratitud que figura al *Magnificat*, "Él da la muerte y la vida, hace bajar al sepulcro y subir de él" (I Sam. 2, 2-6).

Y el hijo esperado combatió heroicamente por Dios y por su pueblo. Tenía la firmeza y la austeridad de los mejores soldados y el don de profecía de los escogidos. Por eso legisló e hizo justicia, pero alzó la espada contra los filisteos que se habían apoderado del Arca de la Alianza. Todo un símbolo el rapto y el rescate. Señal de que cuando una nación se desacraliza y pervierte, sus peores enemigos escarnecen el lugar santo. Y señal asimismo de que sólo una conversión interior, un jefe probo y una contienda justa, pueden reponer el orden de las cosas y alabar nuevamente al verdadero Dios.

A la muerte de Samuel comienza la monarquía. Y veremos entonces batallar a los *Reyes*.

A *Saúl*, el primero, designado por el anciano juez. En ejemplar refriega contra filisteos, anmonitas y amalecitas durante el tiempo en que conservó la virtud. Y en repudiable conducta cuando peca de soberbia, de desobediencia y de avaricia. Y de nuevo la esterilidad en el servicio y en la lucha como consecuencia de la traición interior. De nuevo esa juntura inseparable entre la materia y el espíritu. Arquetipo del rey valiente en la docilidad al Señor, se convierte en contrafigura con sus gestos impíos. Adalid de la Fe mientras de Fe vivía, y enajenado de poder cuando moría para la gracia.

Tuvo Saúl sin embargo, antes del extravío final que lo llevó al suicidio, un gesto que lo honra y que marcará con nobles rasgos la historia sagrada: la designación de *David*, el Rey Guerrero por antonomasia.

De *David* lo dicen todo los versículos iniciales que lo presentan: "era muy diestro en tañer, fortísimo y hábil para la

guerra, prudente en el hablar y de gallarda presencia" (I Rey. 16, 18). Atributos de músico y de pastor, de escudero y de caballero, de sabio y de arrojado. De quien ha sido dispuesto desde lo Alto para ocupar la reyecía en el nombre del Señor.

Y lo dice todo, asimismo, su enfrentamiento con *Goliat*. Porque el gigante filisteo encarna cuanto más puede doler a un corazón magnánimo: la ofensa a Dios y a la Patria, el ultraje a la nación y a sus armas, el desafío provocador y altanero, la insolencia de los poderosos, el envanecimiento de los fuertes por fuera. Y hasta al mismísimo Satanás, según lo vieron algunos Padres.

Durante cuarenta días, en sus mañanas y en sus tardes, salió el urso extranjero a pedir un combate personal (I Sam. 17, 16). Y aún los veteranos se retiraban ante él, "temblando de miedo" (I Sam. 17, 24). Durante cuarenta días clavó los dardos de su descaro y holló la tierra entrañable con su prepotencia.

Pero como en el campo de lucha contra *Medián*, para Dios no cuenta el peso y la medida sino la virtud y la justicia que mueve a los contendientes.

Entonces se presentó *David* delante del coloso. Toda su fe y su patria cabían aquella memorable jornada en la honda y los chinarros con que partió hacia el duelo. "¿Quién es éste" —se había preguntado— "para insultar así al Ejército de Dios vivo?" (I Sam. 17, 26). Y una respuesta le dio al filisteo antes del golpe mortal: "Tú vienes contra mi con espada y lanza y venablo, pero yo voy contra ti en el nombre del Dios de los Ejércitos al que has insultado" (I Sam. 17, 45). Tú vienes con poderes de la ciudad de los hombres. A mi me asisten los dones de la Ciudad Celeste. Tu lucha es la de la materia y tiene la extensión de lo corpóreo. La mía es del espíritu y tiene la irradiación del Tabernáculo. Tu brazo defiende una extranjería idólatra. En mi cayado se apoya la mística y la tradición de la Patria del Hijo. Tú sales de abajo, donde te han dado bríos los demonios. A mi me sostienen de arriba, donde el Dragón ya ha sido y seguirá derrotado.

La cabeza de Goliat, desvertebrada y caída para siempre, es el símbolo de la impotencia de los soberbios, cuando hay

varones capaces de hacerles frente sin dobleces. Quizá por eso, después de la victoria, *Jonatán* —el hijo de Saúl— selló su amistad con David, y a la par que su corazón le entregó "sus arreos militares, su espada, su arco y su cinturón" (I Sam. 18, 4). Es el reconocimiento a su varonía probada. Es a la vez el testimonio y el tributo a una amistad nacida en la lucha común por la reconquista nacional.

David, rey victorioso que restituye a los suyos la soberanía militar y espiritual, es figura de Cristo, "el salvador del pueblo acosado", el que rescata el Arca de la Alianza y la hace honrar procesionalmente, el que devuelve la unidad a los dispersos y sabe regir con la clemencia y con la espada.

Guerrero y sacerdote, poeta y salmista de Dios, selló con Él una alianza perdurable (II Sam. 23, 5), y "por su piedad heredó el trono" (I Mac. 2, 57). Era un honor estar a su servicio y los más valientes se disputaban el mérito de pelear bajo sus órdenes. *Jasobán*, que "derrotó a trescientos de una vez" (I. Cron. 11, 11), *Eleazar*, quien "se puso en medio de la haza y la defendió derrotando a los filisteos" (I. Cron. 11, 14), *Abisaí*, que repitió la proeza de Jasobán (I. Cron. 11, 20) o *Benaya*, "célebre por sus hazañas… y cuya lanza era como un enjullo de tejedor" (I. Cron. 11, 23). Hombres impares, dispuestos todos a derramar su sangre por el rescate de la patria cautiva. Sin titubeos ni dilaciones, sin columbrar siquiera la posibilidad de la rendición; "soldados diestros en la guerra, armados de escudo y lanza, semejantes a leones y ligeros como cabras monteces" (I. Cron. 12, 8), espíritus abnegados "prestos a librar batallas con ánimo resuelto" (I. Cron. 12, 33) y "leal corazón" (I. Cron. 12, 38).

David, el Rey y el Jefe, los conocía por sus nombres y por sus linajes. Los recibía a la vez como padre y camarada, y les tomaba juramento de lealtad a Dios. Eran su ejército imbatible. Eran la tropa sagrada, a cuyo paso cedían las estepas y las piedras y se retiraban los enemigos.

Supo con ellos dar las batallas del Señor. Y reconocer con humildad que sólo la gloria del Altísimo era su verdadera fuerza vencedora:

"David dirigió a Yavé las palabras de este cántico cuan-

do le hubo librado Yavé de la mano de todos sus enemigos y de la mano de Saúl. Dijo: Yavé es mi roca, mi fortaleza, mi refugio. Mi Dios la roca en que me amparo... Yo invoqué, alabándolo, a Yavé. Y quedé a salvo de mis enemigos... Fiado en ti soy capaz de romper ejércitos. Fiado en mi Dios asalto murallas... Adiestró mis manos para la lucha. Y mis brazos para tender el arco. Me entregaste tu escudo salvador, tu diestra me fortalecía. Me hacías correr a largos pasos, sin que se cansaran mis pies... Me ceñiste de fortaleza para la guerra. Sometiste a los que se alzaban contra mí. Obligaste a mis enemigos a darme las espaldas. Y reducías al silencio a los que me odiaban" (1 Sam. 22, 1-41, frag.).[15]

Pero algo más importante supo todavía: arrepentirse de sus pecados —cuando la sensualidad lo desbordó y manchó su alma— y expiar sus culpas con dolor auténtico. Con ese dolor irrepetible de quien es conciente de su anonadamiento y pide por eso una nueva creación, un nuevo hálito divino que lo recomponga y recree. Es el tema del *Salmo cincuenta y uno*, el himno penitencial por antonomasia —el *Miserere* de la liturgia— en el que el Rey caído y deshecho por el pecado clama indulgencia con ardiente compunción. "*Lava me, et super nivem dealbabor*". Lávame y seré más blanco que la nieve. Lávame y

[15] En el *Libro de Nehemías* (9, 6-37), los levitas entonarán una plegaria que refresca y recuerda la idea central de este hermoso himno davídico: "... Tú hiciste los cielos, y los cielos de los cielos y toda su milicia, y los ejércitos de los cielos que te adoran... Tú en columna de nubes los guiaste de día, y en columna de fuego de noche. Pero nuestros padres fueron soberbios, y endurecieron su cerviz y no guardaron tus mandamientos. No quisieron oír, no se acordaron de las maravillas que tu habías hecho por ellos, antes, con dura cerviz y en rebelión, pensaron en elegir caudillo para volverse a su servidumbre. Pero tú eres Dios de perdones, clemente y piadoso, tardo a la ira y de mucha misericordia, y no los abandonaste... Y según tus muchas misericordias los libraste dándoles libertadores que los salvasen de las manos de sus enemigos...". Dios es columna y escudo, roca y fortaleza, muralla y refugio; sustantivos todos que connotan y definen su condición de Generalísimo. Para los hombres de Dios la lucha es un deber.

mis huesos saltarán de gozo, tendré otra vez el corazón recto y el espíritu enhiesto, y enseñaré a los pecadores tus caminos para que vuelvan a tí.

El Combate en los Salmos

Dios escuchó al contrito David. Y David cantó su gloria y su loor con lenguaje admirable que prueba, una vez más, la convergencia de la sabiduría y la belleza. Cantó con encendido tono épico y con elevado lirismo, con la sensibilidad y con la razón en armónica síntesis, cantó en himnos de acción de gracias, en oraciones deprecativas y en odas sapienciales.

Son los *salmos davídicos*. La palabra hecha vuelo y reposo en el Señor. La palabra vuelta alabanza y eucaristía, peregrinación y promesa, entronización y profecía. Palabra procesional y mesiánica, siempre teocéntrica, siempre teofánica, en la exultación o en el gemido, en la prosternación o en la victoria. Palabra de amor y de combate, que al igual que en la vieja Grecia y en la imperial Roma, era emblema poético de guerra —unión de verbo y de espada— pero que a diferencia del mundo clásico estaba disparada hacia Cristo.

Porque Cristo es la luz del Salterio. Es su Orante, enseña San Agustín, y en Él se corren y se aclaran todos los velos y misterios de sus páginas preciosas. Sólo Él da sentido a sus símbolos, espíritu a su letra, y permite inteligir las figuras que encierra. De modo tal que si David, el Rey Conquistador y Poeta, es en sus gestos y en sus palabras prefiguración de Cristo, los Salmos son su mejor pregonero y heraldo. De Él hablan esas voces que exhortan y arengan, que suplican o plañen. De Él predican, en Él concluyen, a Él representan.[16]

[16] Sobre las *Enarrationes in Psalmos* de San Agustín y la explicación cristocéntrica que de los mismos hace el Doctor de Hipona, cfr. P. Aguer, Héctor, *San Agustín y los Salmos* (*Mikael*, n. 20, Paraná, 1979, p. 75-89), y *Estudios Teológicos y Filosóficos*, n. 1, Buenos Aires, *Centro de Estudios Insti-*

Se combate en los *Salmos*.

Compuestos muchos de ellos en ocasión de expediciones bélicas contra los enemigos externos de la Patria, nos muestan al Rey ataviado para la contienda, a la cabeza de su pueblo constituido en ejército, ofreciendo sacrificios al Altísimo e impetrando el auxilio para el trance fatal. Sacerdote y escudero de Dios, el monarca promete el triunfo, ante sus legiones en vilo que se asocian con júbilo a la esperanza de izar el estandarte. "¡Que podamos cantar tu victoria y en el nombre de nuestro Dios enarbolar la bandera!" (Sal. 20, 6) "Ellos vacilaron y cayeron, pero nosotros nos alzamos y resistimos" (Sal. 20, 9).

Alzarse y resistir en el nombre de Dios para defender Su Majestad y la nación por Él confiada. Aquí parece residir todo el sentido de la lucha que nos ofrece el Salterio. Pugna sostenida y continua contra enemigos duros, a los cuales se zahiere y atropella, y cuya extinción se reclama y desea.

Sin embargo, hay otra pugna menos visible y espectacular, que no depende ni del carro ni de la lanza, que todo hombre debe sostener si quiere ser un batallador verdadero, desde el súbdito hasta el Príncipe: *la lucha por ser justo.*

El justo será protegido por Dios del peligro adversario, en el "día de la angustia" lo socorrerá y podrá preservarlo por su piedad de una muerte prematura (Sal. 25). Aunque avancen millares contra él, se quebrarán vacilantes por los designios del Omnipotente. "Me tendrá a cubierto en su pabellón, me pondrá en alto sobre su roca" (Sal. 27, 5). En la tierra podrán dominar las furias del trueno y del rayo, podrán conmover las piedras, las arenas y los follajes. Desde la quietud de su trono,

---

tucionales de la Orden de Predicadores en la Argentina, 1979, p. 175-194. Es bien sabido que no todo el Salterio es obra de David, atribuyéndose algunas de sus partes a otros personajes del Antiguo Testamento como Salomón, Moisés, Etán o Asaf, pero la Iglesia le ha reconocido tradicionalmente la autoría del grueso de sus composiciones, aún de aquellas que aparecen como anónimas, y los Salmos han pasado a nombrarse así, como los Salmos del Rey David.

Dios seguirá protegiendo al justo. Que conocerá la angustia y la incertidumbre como un ocasional pasajero de su alma, y la benevolencia paterna del Señor como un huésped aposentado definitivamente.

"No temeré ya más aunque me ataque
un ejército entero:
Dios es mi protección en el combate
y en Él seguro espero".[17]

Mas por lo mismo que es justo sufre sensiblemente las injusticias, y en la hora de la iniquidad los padecimientos físicos y morales lo agobian. Se sabe solo y rodeado, en el ostracismo terrenal y espiritual, y aunque advierte que el bienestar de los impíos es aparente y transitorio —"presto se mustiarán como el heno" (Sal. 37, 2)— no puede evitar la congoja. Es el gran tema del *Libro de Job*, reiterado aquí, en el Salterio. Es el gran tema del Crucificado que hallará su consumación en el Gólgota.

Maldecido por los protervos, el justo es objeto de sus persecuciones y de sus peores deseos, que buscan castigar en él lo que representa y encarna. Tienen lugar entonces las imprecaciones del justo. Esas solemnes y airadas convocatorias punitivas, esas terribles execraciones lanzadas a viva voz contra los enemigos, a la par que se busca en Dios el reposo y el refugio, "la ciudad fortificada" (Sal. 28, 6), donde no lleguen las hostilidades de los impíos y las maquinaciones de los malvados.

Hay quienes se corren turbados por estos ayes imprecatorios del Salmista. Es cierto que se atemperan apenas se piensa en las hipérboles que el género contiene. Y a las que la literatura oriental era tan propensa. Y es cierto también que no puede descartarse cierta actitud de desahogo, propia de un alma ardiente de justicia y sacudida por la impiedad. Pero vindictas

[17] Salmo 27. Versión poética libre de SÁENZ, CARLOS, *El Psalterio en Vulgar*, Buenos Aires, Dictio, 1980, p. 48.

y amenazas se dan cita turbulentamente, pues no ha llegado todavía el tiempo de la prédica evangélica sobre el ejercicio extremo de la caridad, aún con los enemigos. *San Agustín* nos enseña que las expresiones más furiosas no han de entenderse como *deseos* sino como *predicciones, praenuntiationis, non optationis,* dirá *Santo Tomás* (*S. Th.* II, II, q. 25, a. 6), como expresiones de reparación antes que como anhelos de mal, y como un pedido fervoroso de que se cumpla con la justicia divina de un modo inexorable. Sin embargo, y aunque el Aquinate recuerda que Dios no se alegra en la perdición de los impíos (Sab. 1, 13) y que debemos odiar al pecado y no al pecador, no deja de reconocer que *los enemigos de la ley divina en tanto tales —y no en tanto hombres— deben ser maldecidos y rechazados con fuerza.* Es una grave enseñanza, hoy olvidada, que brota entre los salmos del justo perseguido.

El sufrimiento lo llaga y lo lastima, el aislamiento lo consume y anonada como "vasija de desecho". Cruje el rayo en su camino y retumban los truenos en sus oídos. Su ser entero tiembla al igual que los cedros y las arenas y las nubes. El llanto le asoma y ya es un peregrino empecinado de sus ojos. Nada importa. Dios está siempre con él. Escudo, roca, fortaleza, carro triunfal, tienda y arco iris después de la tormenta (Sal. 29).

Lo rodean y lo cercan, lo condenan al escarnio y al ostracismo. Sólo la adversidad se queda a hacerle compañía. Y sin embargo, una certeza lo alumbra: conocer la fugacidad de los éxitos terrenos y la perennidad de la presencia de Dios. Conocer que los ejércitos angélicos están siempre al servicio de los combatientes del Señor (Sal. 34), que Su yelmo es su yelmo y Su divina adarga su propia y humana adarga. En la contienda va Su brazo en socorro, como en la paz el óleo, el trigo y el buen vino (Sal. 4). "¡Levántate!" —le pide y casi le reclama— "levántate y ven en mi auxilio... enristra la lanza y cierra el paso a los que me persiguen, dí a mi alma: yo soy tu victoria" (Sal. 35, 2-3). Y el gemido se trueca en gesto de confianza y de alegría. Y la tribulación se despeja para que pueda entreverse la esperanza (Sal. 39, 8). Ha pasado del destierro a ser huésped del Altísimo en el monte santo (Sal. 43). La repatriación del justo

es causa sustantiva del alivio a sus males.

Es entonces la hora de la compunción sincera y de la súplica doliente, de confesar las faltas y de requerir el perdón. Se sabe impuro cuanto débil y enfermo, cubierto de máculas y de miserias que lo hacen indigno y oscuro, cautivo y necesitado de una nueva creación purificadora. Sus huesos le aprisionan y parecen quitarle el aire y la libertad de movimientos. Pero se sabe igualmente ante un Dios benévolo y misericorde, por eso es ante todo, la hora del *Miserere*. Entonado con unción, el Salmista lo repite una y otra vez: *miserere mei, Deus, miserere mei* (Sal. 56, 2). Y de sus labios quebrantados por la mortificación y la culpa, salen las alabanzas y las contricciones de quien quiere ser rescatado del oprobio para continuar en la lid:

> "Te alabaré, Señor, entre las gentes,
> porque es inmensa tu misericordia,
> y hasta los cielos tu verdad ingente.
> ¡Llena, Señor, la tierra con tu gloria!"[18]

El nombre de Dios es garantía de confianza para el justo contrito y agradecido. Nombrarlo no es sólo evocarlo o traerlo a la memoria, sino hacerse conciente de su divina plenitud. Nombrarlo es reconocer su potestad y ampararse en ella, en una relación continua de amor y de temor. "Lo que pidan en mi Nombre...", enseñará después Jesucristo (Jn. 14, 13). Y recalcará el Apóstol: "Dios le otorgó un nombre que está sobre todo nombre" (Fil. 2, 9). Nombrar el nombre sacro, entonces, es de algún modo un anticipo y una garantía de victoria, frente a los que lo callan u omiten o a quienes lo toman en vano. El justo lo ha de tener siempre en su boca, como un pendón insigne que debe ser desplegado, y Dios custodiará sus labios al modo de un centinela para que nada indigno pueda proferir (Sal. 141, 3). Invitará a su alma a honrarlo y a laudarlo, y a

[18] Salmo 56. Cfr. SÁENZ, CARLOS, *El Psalterio...*, ob. cit., p. 96.

despertar a la mismísima aurora para anticipar el tiempo de la exaltación jubilosa (Sal. 57, 9).

Pero el combate que libra el justo no es sólo individual. No tiene enemigos exclusivamente privados, ni males que le atañan subjetivamente. Y aunque su tribulación y pesar, su expiación y su dolor le sean intransferibles, hay en su padecer una cuestión transpersonal: el drama de la patria invadida y sojuzgada que implora una reconquista física y espiritual. El dolor ante la nación desnaturalizada y sacudida por el pecado y sometida a la victoria temporaria de los infieles. Los justos no pueden ni deben consentirlo, y la lucha asoma nuevamente como un deber y una obligación capital. Dios va adelante y es la verdadera fuerza, "no es la muchedumbre de los ejércitos" el factor decisivo, tampoco la destreza del guerrero o "el vigor del caballo" (Sal. 33, 16-17). Sólo Dios.

Es impropio, pues, manejar cálculos exclusivamente humanos y materiales: número de contrincantes, estrategias y tácticas u ofensivas diversas. El Señor de los Ejércitos se empeña en demostrar que la victoria o la derrota está en sus manos y guarda estrecha relación con la lealtad a Él debida.

El Salmista lo reconoce expresamente: "no confío en mi arco, ni mi espada me dará victoria" (Sal. 44, 7). "Tú, ¡oh Dios! eres mi Rey, Tú das victorias" (Sal. 44, 5). "Tu diestra, tu brazo, la luz de tu rostro... por ti batiremos a nuestros enemigos" (Sal. 44, 4-6). Y nuevamente Su Nombre santo —repetido y alabado a cada instante— es como un lábaro de gloria que acompaña al soldado.

En la deslealtad y en la idolatría sobreviene la deshonra nacional. La ignominia y el ultraje prevalecen, la patria yace y los patriotas piden al cielo la gracia de recuperar su libertad y su honra. La gracia de la paz edificada en la justicia (Sal. 46). Dios, que no les ha ahorrado pruebas ni escarmientos, tampoco los privará de su conducción reconquistadora (Sal. 60). Como jinete bravío viene "cabalgando por el desierto" (Sal. 68, 5), y a su paso viril, los enemigos "se desvanecen como humo y se derriten como la cera al fuego" (Sal. 68, 3). Vuelve el Señor de los Ejércitos, regresa una vez más a guiar a los justos, a con-

solar a los huérfanos y a las viudas, a defender a los cautivos y alzarse omnipotente en el santo tabernáculo (Sal. 68, 6-7). Reaparece "terrible" en su cólera y en sus sentencias, indómito en sus órdenes y en sus juicios, resuelto en su furor reparador, resplandeciente y majestuoso "más que los montes eternos" (Sal. 76, 5). La heredad profanada restablece su decoro, los traidores son rendidos y los cómplices despreciados, y sobre las ruinas todavía humeantes hacen valer sus derechos. *Deus vincit*.

Ha llegado el tiempo del *aleluya* y del *hosanna*, de la gratitud hecha cántico y del cántico en acción de gracias:

"Load a Dios en el santo de los santos
alabadle en su excelsa fortaleza.
Alabad sus virtudes en el canto,
según la multitud de su grandeza.
Alabadle... con cítaras vibrantes
con tambores y cuerdas argentinas.
Alabadle con címbalos sonantes.
Alabadle con címbalos de gozo.
Todo espíritu alabe al Poderoso".[19]

Pero Cristo es la luz del Salterio, decíamos en el comienzo, y no sería lícito cerrarlo sin advertir de un modo expreso que las distintas victorias y reparaciones de la justicia conculcada, no son, de alguna manera, más que otros tantos cánticos a la victoria definitiva de Cristo Rey.

Su realeza se *predice* en los Salmos, como se preanuncia su dignidad sacerdotal y el triunfo sobre todos sus enemigos: "a mi diestra pon tu silla, hasta que coloque a tus contrarios de tus pies por tarima" (Sal. 110, 1). Dios invita al Supremo Héroe a colocarse a su derecha, esto es, a ejercer la potestad y el señorío sobre todo el universo creado. Y el pueblo súbdito, capaz de escoltar a semejante monarca, tendrá que ser necesariamente

[19] Salmo 150. Cfr. SÁENZ, CARLOS, *El Psalterio...*, ob. cit., p. 246.

una milicia esforzada y siempre pronta, una iglesia hecha hueste y legión, ofrecida al esfuerzo y a la marcha: "tu pueblo se te ofrecerá espontáneamente en el día de tu esfuerzo, en ornato consagrado. Serán para ti tus jóvenes guerreros, como rocío del seno de la aurora" (Sal. 110, 3).[20]

No sólo predicha sino también *realizada* y *verificada*, la realeza de Cristo resplandece entre los versos del Salmista. Es una principalía total, que abarca los confines de la tierra y las fronteras infinitas del cielo, y que incluye necesariamente al hombre, a las colectividades y a las sociedades enteras: "haré que poseas de la tierra hasta su última estancia… venturosos aquellos que entonces, puesta tengan en Él su esperanza" (Sal. 2, 8-12). Es una reyecía ejercida como servicio y no como beneficio. Será lo que la lluvia para el césped —insisten las metáforas de estos versos inspirados— lo que la luna para el firmamento nocturno, lo que las flores inmarchitables en un jardín (Sal. 72). Será un rey justo en grado eminente, que despojará a los déspotas de sus atributos inmerecidos, aplacará las rebeliones de los viles y atenderá las necesidades de los desvalidos. Bajo su mando "las mieses riquísimas ondearán sobre las cumbres mismas de las montañas, y en su exuberancia se cimbrarán con el estrépito de los cedros del Líbano. Y las ciudades del reino rebosarán de habitantes dichosos, como rebosa el abundante pasto de la campiña en primavera".[21] Y es además una monarquía *eterna*, abierta sin fin a la dimensión del tiempo como a la del espacio, "vivirá por todas las generaciones" (Sal. 72, 5), y dominará "de mar a mar, del río hasta los cabos de la tierra" (Sal. 72, 8) siéndole característica precisamente, esta *universalidad*

[20] Este versículo 3 del Salmo 110 ha sido traducido de diversas formas; adoptamos ésta, propuesta por NACAR-COLUNGA, en una nueva edición en prosa tomada directamente del texto hebreo, según nos informa el P. JOSÉ MACÍAS en su obra: *Cristo Rey en los Salmos y en los Profetas*, México, Librería parroquial de Clavería, 1989, a la que hemos seguido en estas consideraciones.

[21] MACÍAS, JOSÉ, *Cristo Rey…*, ob. cit., p. 73.

de territorio y de sujeción, a la que seguirá la *universalidad de reconocimiento*, pues se postrarán ante Él en homenaje, todos los principados existentes (Sal. 72, 8-9).

Cristo es el Rey de los Salmos. Con realeza *predicha, realizada y actuante*. Con realeza servicial y justa, heroica y batalladora, de cetro, espada y estandarte. Con realeza universal y potente. Y en tanto Monarca, ungido por el Padre desde y para toda la eternidad, el salmista ha querido mostrárnoslo en actitud epitalámica. Revestido de belleza y de bizarría para las nupcias místicas con Su Esposa —la Iglesia—, recio en su porte y en su paso, seguro en sus resoluciones e inquebrantable en su amor.

Es el misterio contenido en el *Salmo cuarenta y cinco*, un himno mesiánico y prefigurador cargado de sentidos y al que sólo la superficialidad racionalista pudo reducir a una oda amorosa compuesta en ocasión de la boda de algún príncipe judaico.

Ciertamente, a un gran príncipe se exalta, y a él se dirige el poeta celebrando su justicia y su potencia (Sal. 45, 3-10). Y a una reina prometida se alude, espléndida en sus vestiduras y en su semblante, instándola a una fidelidad absoluta e irrenunciable al Rey, su único Señor (Sal. 45, 11-16).

Llegado el momento ritual del desposorio, el Rey se acerca emplazado en su carro de combate. Una sonrisa amable dulcifica su rostro y una espada veterana adorna su cintura: "ciñe tu acero al lado, ¡héroe!, es tu ornamento y tu gloria mejor" (Sal. 45, 4). Camina a la conquista del corazón de la Esposa con la misma marcialidad con que avanzaba para enfrentar a sus enemigos o conmemorar sus triunfos. Y al paso del Divino Capitán, el Salmista evoca sus hazañas y su renombre, que revelan que este Rey no es un simple mortal, sino Dios mismo. La novia prometida —ya pronto y para siempre Esposa— aguarda recoleta, deslumbrada por la hermosura impar del soberano. Es un combatiente genuino, constante, decidido y sin reposo, "cabalga por la verdad y la justicia" (Sal. 45, 4-6), son agudas sus saetas y su diestra certera. Con razón ha escrito el *Padre Macías*: "La fuerza y la valentía de este Héroe son capaces de

entusiasmar y arrastrar aún a los más fríos temperamentos. Pintura paralela sólo la encontraremos en el Apocalipsis (Apo. 19, 11-16). En este Cristo Rey soldado y conquistador se inspiraron los Cruzados de la Edad Media, al lanzarse al Asia contra el Musulmán, al grito de «Dios lo quiere». Detrás de este Cristo Rey han cabalgado y han muerto los modernos «soldados de Cristo Rey». En Él pensaban al cargar la carabina en banderola, al cruzarse la canana al pecho, al cabalgar «por la verdad y la justicia». Por Él realizaron grandiosas hazañas y vieron caer a sus enemigos, o les contemplaron en huída cobarde y vergonzosa. La imagen guerrera es en Jesucristo la más simbólica, sobre todo, su modo de vivir pacífico durante su vida mortal... Mas el simbolismo de la imagen se realiza plenamente en las luchas y conquistas espirituales de Cristo y de los suyos. Sin valor y fuerza es imposible conquistar el cielo. La mayor victoria que han contemplado y contemplarán los siglos es la victoria de la Cruz, victoria que sólo hizo posible un valor y fuerza divinos inspirados en el amor".[22]

Desde Judith hasta Job

Y prefigurando a la Iglesia, que ha de ser militante, combate *Judith* en el Antiguo Testamento. Combate también por Dios y por la Patria, por la tierra doliente y el Señor de las Batallas, por la recuperación del solar en que se ha nacido y la defensa del nombre sagrado del que todo lo nacido cobró vida.

Combate *Judith* contra *Holofernes* en la ciudad de *Betulia*. *Holofernes* es un tirano que sirve a *Nabucodonosor*, y éste es el prototipo del poder mundial victorioso que aplasta a quienes lo niegan. Poder omnímodo e impune que quiere ser re-

[22] Macías, José, *Cristo Rey...*, ob. cit., p. 93-94. San Jerónimo se ocupa de este salmo, detenidamente, en su *Carta a la Virgen Principia*. Cfr. *Cartas de San Jerónimo*, Madrid, BAC, 1968, T. 1, Carta 65, p. 585-616.

conocido como deidad absoluta. Poder que coacciona física y espiritualmente, que apremia y obliga al sometimiento, que ultima a las naciones e impone sus reglas de juego. Lo secundan caciquelos menores, déspotas subalternos y obsecuentes que hacen sentir el peso de su fuerza brutal. No busca sólo la sumisión y el sojuzgamiento político. Aspira a ser adorado y venerado como figura celeste, y a que se postren bajo su estatua colosal todos los que profesan algún culto (Dan. 3, 4 y ss.).

Para que el cuadro sea aún más grave y más hiriente, los varones de *Betulia* se han vuelto temerosos y rendidos. Asediados en jornadas agotadoras, tuercen la vista al horizonte que los enfrenta con la responsabilidad inexorable, traicionan la promesa de fidelidad originaria y cometen el peor de los pecados que puede cometer un derrotado: tentar a Dios, acusarlo de la adversidad y del fracaso e intimarle su intervención directa y salvadora (Jth. 8, 11-16).

Judith no lo consiente. Tenía la serena belleza de quien ha sido agraciada por dones naturales. Y tenía la gracia sobrenatural de quien vive temerosa y respetuosa de Dios. Guardaba en la viudez su recato y su hermosura, y en su corazón un amor enardecido por la ciudad paterna. Sabía que el Señor de los Ejércitos no es un hombre que se mueve por amenazas y por caprichos, y que los hombres son verdaderamente tales cuando se alistan hasta las últimas consecuencias en las legiones de Aquél. Habló claro y rezó mucho. Calculó su plan experimentando seguramente una fuerte violencia a su pudor nunca violado (bien explicará después el Aquinate —*S. Th.* 2, 2, q. 110, a. 3, ad. 3— que su virtud no estuvo en la seducción y el engaño, sino en exponerse al peligro por amor a la Verdad). Invocó a su progenitor y a la espada que él había sabido desenvainar con justicia, al partir hacia el choque decisivo, y nos dejó esta lección de sabiduría que no es posible olvidar ni traicionar:

"Dios, Dios mío… Tú ejecutas las hazañas, las antiguas, las siguientes, las de ahora, las que vendrán después… Tú eres el Señor que decides las batallas… Quebranta su fuerza con tu poder, pulveriza su fuerza con tu ira, porque han resuelto violar tu santuario, profanar el tabernáculo en que se posa tu glorioso

nombre y derribar con el hierro los cuernos de tu altar... Que no está tu poder en la muchedumbre ni en los valientes tu fuerza; antes eres tú el Dios de los humildes, el amparo de los pequeños, el defensor de los débiles, el refugio de los desamparados y el salvador de los que no tienen esperanza" (Jth. 9, 4-12, frag.).

Abatido *Holofernes* con su propia alfanje, era preciso completar la hazaña. Y no estaba ello, por cierto, en el envanecimiento personal de su principal protagonista, ni en el ocupar los lugares que no le correspondían a su estado.

Por eso *Judith* apela a los varones, ahora despiertos y estremecidos por su gesto. Y entregándoles la cabeza cercenada del déspota, los insta a amanecer con el sol, a cargar armas de guerra, a montar guardia en los valles y en las colinas y a salir al descampado para resistir las huestes que ofenden la tierra y profanan a Dios (Jth. 14, 1-3).

Ya llegaría para *Nabucodonosor* el testimonio de *Ananías*, *Azarías* y *Misael* que habrían de borrarle la pretensión de idolatría. Ya llegaría su prosternación definitiva. En el entretanto ella vuelve a la soledad y a la plegaria. A la viudez intacta y a la belleza plena. A la acción de gracias y al repliegue interior.

Ella vuelve a cantar "al Señor un cántico nuevo: Señor, grande eres tú y glorioso, admirable en poder, insuperable" (Jth. 16, 15-16).

Para ella resuenan los proverbios de *Lemuel*: "la mujer fuerte vale mucho más que las perlas... se ciñe de fortaleza y esfuerza sus brazos... se reviste de gracia y sonríe ante el porvenir. La sabiduría abre su boca y en su lengua está la ley de la bondad" (Prov. 31, 10 y ss.).

Ella es la imagen viva, veraz e inamovible de la Iglesia Militante.

Como lo es *Ester* con su análoga conducta. No en las formas, que mucho distan la una de la otra, pero sí en el espíritu y en los deseos que se asemejan y convergen. En el gesto idéntico de velar por la nación que Dios confiara, sin amilanarse ante la soberbia de quienes la pretenden y sin resignarse a la cautividad y al oprobio.

Judith, acero en mano, audaz y osada en su camino, y *Ester*,

la reina sabia y orante, "la fuente pequeña convertida en río de muchas aguas, y la lucecita convertida en sol" (Est. 10, 6), son imágenes radiantes de la Iglesia. Son anuncios de su don militante y de su deber apologético. Son figuras de la Esposa de Cristo que ha de ser como Alcázar para defender a Su Señor.

Cuando la Iglesia no combate, cuando transa y cede por temor ante los poderosos de la tierra, cuando acomoda sus enseñanzas a las del mundo y consiente pasivamente que los impíos todo lo atropellen. Cuando calla y negocia y no arrebata a sus hijos de la molicie para revestirlos de las armaduras guerreras, se ensombrece en ella la hermosura impar de la heroína de Betulia y la sabiduría de Ester, para semejarse tristemente a *Gomer*, la meretriz engendradora de hijos de perdición, de la que nos habla el *Libro de Oseas* (1, 1-10). Es la Iglesia de esos pastores "que se apacientan a sí mismos", según palabras ya citadas de *Ezequiel* (Ez. 34, 2), que no cuidan ni guardan a la grey sino a sus propias y torcidas conveniencias, y por cuyas culpas "andan perdidas mis ovejas, siendo presa de todas las fieras del campo". Les corresponde el anatema y el desprecio para que sirva de ejemplo, por contraste, a los que están dispuestos a morir para tutelar al rebaño: "vosotros no habéis hecho frente ni os habéis opuesto como muro para sostener la batalla en el día del Señor" (Ez. 34, 2-6 y 13, 5).

De eso se trata sencillamente: de aprontarse para la batalla y de amurallarse para servir a Dios. De ser escudo de la Fe sobre el que reboten las flechas incendiarias de Satán, arrojadas por sus amanuenses de turno.

Hay también en las Sagradas Escrituras, un combate eminentemente espiritual e interior y, por lo mismo, de trascendencia grande a los ojos de Dios y de los hombres. Un combate que se hace resistencia al mal en la soledad y en el ensimismamiento, en la premonición contracorriente de las desdichas que esperan si no hay enmienda entre los pueblos, en el anuncio del Mesías en medio de la incredulidad generalizada, y en la promesa de la Redención cuando parece dominarlo todo el escepticismo.

Es el combate de los *Profetas*.

De *Isaías*, el más notable de todos, consagrado a predicar la llegada gloriosa del Unigénito, a fustigar idolatrías y superficialidades de magistrados corruptos, y a exigir una fe robusta y una conversión genuina que cambie el corazón desde sus mismos cimientos.

No lo arredraron los duros años de guerra que le tocó presenciar, ni el cerco de Jerusalén por los siroefrainimitas, ni el asedio de las huestes de Senaquerib. Antes bien, fueron para él ocasiones propicias durante las cuales mantuvo la esperanza de la restauración nacional apelando a las promesas mesiánicas. Como que no hay otro modo de reconquistar a la patria doblegada mas que esperando a Aquél que es capaz de vencer al dolor y a la muerte (Is. 53, 1-12).

Oyó el oráculo contra Babilonia y sintió que sus fuerzas ya no podían doblegarse: "Alzad bandera sobre lo alto... yo mando a mi ejército consagrado para la guerra, y llamo a mis valientes para ejecutar mi ira, a los que triunfan para mi gloria" (Is. 13, 2-3). Pero supo que ese Dios que revista a sus propios e implacables soldados, se haría también "varón de dolores y emparentado con el sufrimiento" (Is. 53, 3). Y que en el misterio del martirio de Dios hecho carne está la raíz de toda auténtica victoria. De allí que *San Jerónimo* lo llamara sin vacilar: *el Evangelista entre los Profetas*.

Es el combate de las profecías.

De *Samuel* y *Natán*, *Eliseo* o *Elías*, el de "la palabra ardiente como antorcha" (Eclesiástico 48, 1). De *Ezequiel* e *Isaías*, de *Daniel*, *Jeremías* y los doce menores. Hombres excepcionales e intrépidos, fieles a la palabra revelada que debían manifestar, sin respetos humanos ni prudencias carnales. Pobres sin alardes ni quejas, altivos sin sombra de vanidad, seguros ante los sencillos como ante quienes vivían ensoberbecidos de poder. Hechos al dolor y al desierto, a la rusticidad de una vida entretejida de privaciones y de perseguidores obstinados. Testigos siempre, y hasta el derramamiento de sangre como norma. Conocieron las cárceles y, a veces, el destierro. Mas conocieron la gloria de ser arrebatados por la gracia divina y de contar con el respeto de las almas virtuosas.

Enfrentando a los sacerdotes de *Baal* y de *Astarté*, como *Elías*, curando al leproso *Naamán*, como *Eliseo*, lamentándose como *Jeremías* o cargado de visiones celestes como *Ezequiel*; rescatando el honor de mujeres inocentes y negándose a rendir pleitecía a los tiranos, como *Daniel*; sembrando verdades y anuncios mesiánicos, como *Joel* o *Abdías*, *Amós* o *Miqueas*. En la peripecia como *Jonás* y en el foso de los leones como *Habacuc*. Todos y cada uno de ellos fueron fieles a lo que se les había manifestado y, en definitiva, mensajeros insobornables de la Encarnación. Ese mensaje y esa fidelidad a lo manifestado fue su lucha sin tregua ni recompensas terrenas. Fue su lucha íntima, acrisolada en la esperanza firme de saber que un día, el Hijo del Dios de los Ejércitos, habitaría entre los hombres para corroborar con su sangre la Verdad predicada y perseguida.

De esa clase de lucha es asimismo el combate de *Job*.

No se encuentra él, es claro, entre los hombres de la profecía. Pero comparte con ellos la desolación y la prueba, la reiterada voluntad del Padre por servirse de su adversidad como testimonio, la sabiduría de aceptar las cargas y el coraje de sobrellevarlas sin insensatez. Es el modelo clásico del combate espiritual que se libra en el silencio del ser. Y que por amor a Dios misericordioso es capaz de rebelarse aún contra las naturales rebeliones de la materia herida.

No deja de ser paradójico —y profundamente ejemplificador— que quien ha dicho en proverbial sentencia que "la vida del hombre es milicia sobre la tierra" (Job 7,1) no haya sido un soldado ni un jefe de legiones, sino un justo pacífico e irreprochable alcanzado por penurias desproporcionadas. *Job* entreveía en su angustia la razón última de aquella milicia, que no supieron inteligir sus amigos, presos de una ética demasiado reglamentarista. Cada dolor, cada carga, cada cruz sobre sus hombros llagados es un canto de glorificación a Dios, de elogio a la paciencia y a la longanimidad del justo. Es un golpe durísimo al *non serviam* de Satán.

Por eso no pueden entender su historia los agnósticos y los incrédulos. Por eso en cambio, sigue emocionando y convirtiendo a las almas magnánimas y desconcertando a los que

confunden la fortaleza cristiana con una maratón de exhibiciones físicas.

La lucha y la victoria de Job tienen un secreto y éste parece descifrársenos en el *Libro de la Sabiduría*: "Le preservó (Dios) de sus enemigos… y le dio el premio de un rudo combate, para que aprendiera que *la piedad es más fuerte que todo*" (Job 10, 10-12).

La piedad vence, y por ella *Job* sabe resistir hasta el límite. Hasta donde no hubiera resistido el impío ni el impaciente ni el pecador. Hasta doblegar las tentaciones del Maligno, las explicaciones demasiado humanas y las maldiciones de los flojos, que merecieron por eso la ruina y el final. "¡Ay de los corazones tímidos y de las manos flojas, y del pecador que va por doble camino! ¡Ay del corazón cobarde! Porque no tiene fe, por eso no hallará defensa. ¡Ay de vosotros, los impacientes!" (Eclesiástico 2, 14-16).

La presencia veterotestamentaria de *Job* es la presencia del corazón limpio, de las manos firmes, del justo paciente, perseverante y viril. Es la presencia del combatiente espiritual que sabe lo que ha dicho: la vida del hombre es milicia sobre la tierra.

La Gesta de los Macabeos

Pero no sería posible hablar de luchas y cerrar las páginas de la Sagrada Escritura, sin mencionar la gesta de los *Macabeos*.

Los episodios y sus protagonistas son bien conocidos, como que la Iglesia ha sabido ponerlos de relieve en cuanta enseñanza catequística tuvo a su cargo, a pesar del escamoteo de la cuestión que viene haciendo el protestantismo, aliado hoy al pacifismo vergonzante de ciertos católicos.

Son los tiempos de *Antíoco Epífanes*, en pleno siglo II antes de Cristo, un tirano sirio que obligó —bajo pena de muerte— a la idolatría, a la par que domina y controla políticamente al pueblo de Israel. Caso repetido en la historia sagrada: a la coacción temporal de un poder despótico, le sobreviene inevitablemente la coacción espiritual; y caso prototípico

de la historia profana, si se quiere, pues allí donde gobiernan usurpadores o enemigos de una patria concreta, sus intereses no se conforman con la sujeción física, sino que buscan por todos los medios el sojuzgamiento metafísico, la destrucción del alma nacional. Ambas cosas van juntas, y éste es, en todos los tiempos, el riesgo mayor de las tiranías, el sello inevitable de la Revolución.

Es también dolorosamente inevitable, que en tales circunstancias no falten los traidores nativos. Aquellos que puestos en la disyuntiva de resignarse o resistir, no sólo optan por lo primero, sino que terminan justificándolo y reprochándoles a quienes resisten su conducta exagerada y agresiva. Quienes pelean por Dios y por la Patria pasan entonces a ser mal vistos ante los ojos humanos. Son los duros y empecinados defensores de la tradición que no advierten los "beneficios" del progreso y del sincretismo. Son los que se han quedado detenidos en el tiempo y carecen de capacidad de adaptación. Son los enamorados de la muerte gloriosa antes que de la vida útil. Cualquier argucia dialéctica se aplica para descalificarlos.

Hubo así judíos que consintieron en la impiedad y se acomodaron a los hechos tal como se daban. Colaboracionistas del invasor, moralmente despreciables y políticamente apátridas, se enorgullecían de su liberalismo y aceptaban con agrado la nueva cultura cosmopolita y desacralizada que les ofrecía el extranjero. Otros, en cambio, organizaron la reconquista y murieron mártires en la demanda. Creían en la resurrección y en el triunfo final del Bien más allá de las desventuras terrenas. Creían en la comunidad inescindible entre los vivos y los muertos y en el deber de mantenerse en pie cuando todos sucumben. Creían que la Ley, la Patria y el Templo son realidades absolutas que no pueden ser ultrajadas impunemente.

Para *Schökel*, se trataba sin eufemismos de "dos partidos opuestos y extremos", uno "que llamaríamos progresista", "*progresista y liberal*" que "cree poder conciliar la fidelidad relativa a la propia tradición con una decidida apertura a la nueva cultura internacional, y otro el partido que llamaríamos con-

servador, cerrado y exclusivista".[23]

Más allá de ciertos matices en la caracterización que podrían observarse, la verdad es que la división existió y que su actualidad resulta patética. Los primeros podrán ser ejemplos para los estadistas y diplomáticos contemporáneos, o para los pusilánimes pastores de un sedicente ecumenismo. Son la imagen viva del político y del ciudadano promedio. Los segundos pertenecen a la raíz misma de la Cristiandad, y han servido de modelos invictos a los santos de todas las épocas. Tales *Eleazar* y *Matatías* con sus cinco hijos —"intrépidos defensores de la religión y de la Patria", los llama *San Pío X*—.[24] Tal *Judas Macabeo*, varón fortísimo que combatió y murió alzando espada como una teofanía irrebatible. Tales sus dignos sucesores: *Jonatán*, *Simón* y *Juan Hircano*.

Vale la pena acercarse, siquiera a grandes rasgos, a los pormenores de esta gran epopeya.

Es la parábola de un pueblo acosado por enemigos externos e internos, compelido a reaccionar a través de un manojo de voluntades lúcidas y leales, dispuesto a seguir a sus jefes en defensa de las leyes sagradas y de los espacios soberanos, capaz de fortificarse en la adversidad y en la inferioridad de condiciones, y de identificar a la libertad, como debe hacerse, con el servicio a la Verdad. Es la historia de una *tribulación*, de un *esfuerzo* y de una *victoria*. Y estos tres momentos del decurso de los hechos nos lo vuelven paradigmáticos.

La tribulación la marca la prepotencia de *Antíoco Epífanes*, un "vástago perverso" de Alejandro (I Mac. 1, 10), saqueador del Templo de Jerusalem, adorador de Júpiter y adversario declarado de los bienes espirituales y materiales de los israelitas. Por su mano fueron profanados el santuario y las reliquias, vertidos los incensarios y quebrada la mesa de los panes, in-

[23] Schökel, Luis A., *Macabeos*. En: *Los Libros Sagrados*, VII, Madrid, Cristiandad, 1976, p. 9, 10 y 127.

[24] San Pío X, *Catecismo Mayor*, II, parte primera, n. 66-72 (cfr. Cruz y Fierro Editores, Buenos Aires, 4ª edición, 1984).

cautados los vasos sagrados y desgajadas las cortinas que servían de brillo a la Casa de Dios (I Mac. 1, 20-24). Y para mayor escarnio, convertida en acrópolis la Ciudad de David y repoblada de paganos y de compatriotas renegados.

No fue nada este daño comparado con el que significó la defección de los "israelitas apóstatas" (I Mac. 1, 11), que prefirieron acogerse al dominio del déspota y pactar con los extranjeros, antes que mantenerse firmes en la alianza exclusiva con el Señor. Se convencieron y convencieron a otros, de las ventajas de la secularización y de la entrega a los invasores, y eligieron secundarlos con provecho personal.

La traición agrietó aún más las heridas abiertas de la patria desmoronada. Gimieron jóvenes y ancianos, se borró la hermosura de los rostros y los lamentos hicieron temblar la tierra. Mucha sangre inocente se derramó a mansalva, y por causa de la prevaricación "toda la casa de Jacob se cubrió de vergüenza" (I Mac. 1, 28).

Como otras veces en el tiempo y en el espacio, Dios escoge hombres para la guerra justa. Dios alista, acuartela, acampa e incentiva. Y estos hombres escogidos saben que no hay otra razón que legitime las guerras que matar y morir por la primacía de Dios en todos los órdenes, empezando por el orden de la patria terrena. Cuando todos ceden y muchos transan, aparece el héroe. Es una constante en las Sagradas Escrituras. Es una realidad en la historia humana.

Comienza entonces el esfuerzo que borrará la tribulación.

Primero resisten los que huyen al descampado para no colaborar. No pudiendo hacer otra cosa, eligen abrazar la soledad y el infortunio absoluto antes que ser cómplices de la deslealtad y la ruina (I Mac. 1, 38-53). Es preferible el desierto a la ciudad pérfida y caínica.

Después resisten los mártires, muertos inmisericordemente en escenas estremecedoras de dramática valentía. *Eleazar*, "de edad avanzada y semblante muy digno" (II Mac. 6, 18-31), que prefirió el suplicio al engaño y a la apostasía para dar ejemplo y ánimo a los más jóvenes y no manchar ni infamar su vejez. Los *siete hermanos con su madre*, torturados uno a uno, pero uno

a uno también alentados a hablar claro, a creer firme, a desafiar a los ruines, a esperar alegres en la resurrección de la carne (II Mac. 7, 1-42).

Como en una verdadera lección de ética, el relato bíblico nos va hilvanando los momentos y los límites de la resistencia a la autoridad y la legitimidad del alzamiento armado. Porque sólo después que se agotan las vías pasivas de la necesaria reacción, sobreviene la contienda armada. Sólo después de la contienda y del sacrificio, y cuando la misma existencia nacional peligra, el bien común perece y la fe verdadera sucumbe, comienza el ataque y el combate frontal. El *resistir* da paso al *atacar*, el *oponerse* al *abalanzarse*, la *paciencia* a la *santa ira*.

En este paisaje humano hace su aparición *Matatías*.

Es una figura sacerdotal ligada expresamente al culto. Ni su formación ni su oficio le acreditan aptitudes militares. Pero ha aprendido —y así lo transmite— que no es digno seguir viviendo cuando Dios y la Patria han sido materia de profanación. La razón de su conducta es, pues, eminentemente sacra y sólo puede entenderse en clave teológica.

No está solo en la demanda. Sus cinco hijos varones lo apoyan con decisión, y al igual que él, rechazan doblegarse ante la falsa majestad del rey homicida. "Aunque todos no", había dicho *Josué* al renovar la Alianza en Siquen (Jos. 24, 15), "yo y mi casa sí". Aunque todos sí, dirá ahora *Matatías*, yo y los míos no (I Mac. 2, 19-22). Porque es preferible la verdad en soledad al error en compañía, y morir combatiendo con la conciencia limpia antes que doblegarse a los verdurgos de la tierra y del cielo.

Fue el legado que dejó a sus hijos: conservar la valentía para defender la Ley de Dios sobre la tierra natal, no consentir el triunfo de "los tiempos de subversión" (I Mac. 2, 50), precaverse más de los traidores internos que de los opositores extranjeros, y tener presentes las hazañas de los antepasados para sentir la necesidad y el orgullo de repetirlas. Es la herencia de un varón creyente y de un patriota acrisolado. Herencia que tuvo en *Judas Macabeo* una honrosa sucesión, pues "vistió la coraza como un gigante... rastreó y persiguió a los apóstatas...

y por su mano triunfó la liberación" (I Mac. 3, 3-6).

Continúa la hora del esfuerzo para *Judas Macabeo*. Y es cada uno de sus gestos una auténtica gesta, una cátedra difícil de alta piedad y de hondo fervor patriótico. Un magisterio ininterrumpido de señorío y de coraje. Hay en su estampa una velada condición de Ungido, con una espada áurea e invencible que entregó en sueños el mismo *Jeremías* (II Mac. 15, 14-16) para blandirla en batallas que semejaban acciones litúrgicas. "¡Dios ayuda!" (II Mac. 8, 23) se le escuchaba gritar al salir del campamento. Consigna teológica antes que táctica, con la que resolvió las dificultades innúmeras que se le oponían en su marcha.

Turbados los suyos por la desproporción de fuerzas, frente a la inminencia de un choque contra Serón, general poderoso del ejército sirio, el Caudillo de Dios encuentra las palabras adecuadas. No hay altanería en sus declaraciones, ni sombra ni huella, ni paso fugaz siquiera del más leve envanecimiento. Hay seguridad y convicción en la justicia de la pelea. Y una fe sostenida desde muy arriba, de que el Dios de los Ejércitos protege a los Ejércitos de Dios. "La victoria no depende del número de soldados, pues la fuerza llega del cielo. Ellos vienen a atacarnos llenos de insolencia e impiedad, para aniquilarnos y saquearnos... mientras que nosotros peleamos por nuestra vida y nuestra religión. El Señor los aplastará ante nosotros. No los temáis" (I Mac. 3, 19-22). Y Serón fue derrotado y sus tropas desbaratadas y perseguidas.

Igual actitud e idéntica enseñanza tiene lugar en vísperas de la batalla de Emaús. Una vez más la desproporción de cuerpos y pertrechos, la amenaza de un desastre irreparable y el miedo comprensible de acabar inerte y derrotado.

Pero *Judas Macabeo* no es un hombre moderno. No es fatalista ni voluntarista, ni calculador ni maquiavélico. No especula con los resultados, ni pide milagros que no exijan toda la fortaleza humana puesta del lado del Altísimo. No hace números ni recomienda alzarse con botín alguno. Es el arquetipo de la confianza en Dios. De quien fía y espera y se conforta en Él. Y por Él está dispuesto a quedar hecho jirones

en la mitad de la liza.

Tiene tiempo para nombrar a sus jefes militares. Y, contrariamente a lo que haría en nuestros días el conductor de una batalla, para pedirles que se retiren a todos aquellos que, aunque sumen brazos, puedan obstaculizar por su estado o por su condición anímica, empezando por los miedosos (I Mac. 3, 55-56). No, no es cuestión aritmética. Ya quedó dicho, reiterado y demostrado. No tiene la cifra la clave de la victoria, ni se apoyan en la cantidad los pilares de la gloria castrense. "No temáis su número" —los exhorta— "ni os arredréis ante su empuje... ¡Preparáos! Sed valientes... más vale morir en la batalla que ver las desgracias de nuestra nación y del templo" (I Mac. 4, 9 y I Mac. 3, 58-60). Como en *David* o en *Moisés*, como en *Judith* y en *Gedeón*, Dios quiere repetirnos a cada paso que nos atrevamos cada vez que corresponda.

Emaús fue el gran fracaso de *Antíoco Epífanes*. Y así como de la *tribulación* se pasó al *esfuerzo* por la obra de *Matatías*, el esfuerzo dio lugar a la *victoria* por la lucha de *Judas Macabeo*.

Había llegado el momento de la restauración y de la reconquista espiritual, de la plegaria en acción de gracias y de la procesión en honor del Señor. De reunir a los dispersos en derredor del ara y de entonar los cánticos alegres que devolvían el color a los labios resquebrajados (I Mac. caps. 4 y 5).

Pero si la parábola *tribulación-esfuerzo-victoria* debía cerrarse al modo de Dios y no de los designios humanos, el héroe tenía que morir porque sólo el grano da frutos cuando cae y únicamente enterrada la piedra es sostén de arquitecturas aéreas.

Respetado y temido por los paganos, pero vilmente traicionado por los judíos apóstatas, Judas Macabeo tiene que volver a enfrentarse con las armas en la mano. Ya no gobierna *Antíoco* sino *Demetrio I*, ni rige tropas *Serón* sino *Báquides*, pero cuenta con el apoyo de *Alcimo*, un impío "que hacía más daño a los israelitas que los paganos" (I Mac. 7, 23-24) y que como castigo a su deserción imperdonable, moriría mudo y paralítico en medio de terribles dolores (I Mac. 9, 55-56).

El final del héroe está a la altura de su vida y su fama. Es

una muerte limpia, clara y exacta. Una muerte admirable y envidiable, a la cabeza de los suyos, el brazo prolongado por la espada, batiéndose a diestra y siniestra contra los que interferían su paso, que lo superaban en número pero no en arrojo. "¡Nada de huir ante el enemigo!", fue su última consigna. "Si nos ha llegado la hora, muramos valientemente por nuestros compatriotas, sin dejar una mancha en nuestra fama" (I Mac. 9, 10).

Su cuerpo ensangrentado fue recogido por sus hermanos y enterrado con solemnidad. Y por todas las comarcas israelitas podía oírse esta elegía: "¡Cómo cayó el valiente, salvador de Israel!" (I Mac. 9, 21).

Como pasó con *Matatías*, su herencia épica tuvo herederos naturales. Pelearon sus hermanos en múltiples ocasiones, perdiendo la vida con dignidad. Pelearon *Jonatán* y *Simón*, respectivamente jefes de sus pueblos, y coronando su carrera le tocó a este último quedar solo y en peligro, pero no velar por sí mismo sino por sus compatriotas.

El citado *Schökel* —traductor reconocido de los textos bíblicos, pero no siempre comentarista impecable de los mismos— trata de guardar cierta objetividad frente a la pugna de los bandos israelíes. Y si bien no justifica ni disculpa a los impíos, atempera y mitiga por momentos las acusaciones del relator, buscando alguna explicación más razonable y menos pasional. Sin embargo, hace el elogio final de esta "familia de héroes" que en plena encrucijada de la historia de su patria "supieron movilizar entusiasmos y esperanzas... Se levantan con las armas, luchan, mueren... dejan en puertas la independencia nacional... Lucharon contra extranjeros poderosos y organizados: contra su fascinación cultural y su violencia mercenaria, contra la opresión y la seducción. Lucharon sobre todo contra sus compatriotas judíos, culpables en algunos casos, de una concepción tolerante y progresista... Quisieron mantener la identidad del pueblo y reavivar su conciencia... La identidad dice una religión y constitución propias, una historia definida y también un territorio en propiedad y una lengua

materna".[25]

Que nos lleguen finalmente, a modo de corolario, las razones de *Simón*, el último de los *Macabeos*, como testimonio perpetuo de la prosapia heroica de los guerreros de Dios: "Vosotros" —les dijo a los suyos— "sabéis lo que yo y mis hermanos y mi familia hemos hecho por la ley y el templo, las guerras y dificultades que hemos pasado. Por eso todos mis hermanos han muerto por Israel. Quedo yo solo. Pero lejos de mí escatimar mi vida en momentos de peligro, pues no valgo más que mis hermanos. Al contrario, vengaré a mi pueblo" (I Mac. 13, 3-6).

Quedo yo solo y corro riesgos. Quedo yo solo pero combatiré por Dios y por la Patria.

Valga la síntesis de esta epopeya santa, figura de las Cruzadas, arquetipo de toda verdadera guerra justa, consumada o pendiente, y prefiguración en cada uno de sus mártires y paladines, del Cristo guerrero, del Cristo víctima, del Cristo Resucitado.

El Señor de las Batallas

En el Nuevo Testamento, y como no podía ser de otro modo pues es la plenitud del Antiguo, Nuestro Señor no dejará de predicar sobre la licitud y la conveniencia de la buena pelea. No cejará de proponernos una vida verticalmente bravía, en abierta oposición al mundo, en contradicción ininterrumpida con el Maligno, y agónicamente dispuesta a conquistar la eternidad.

Se ha simplificado mucho el punto. Llega de un lado un Cristo pacifista que reduce el amor a sentimiento, la mansedumbre a debilidad, la paz a rendición y el martirio a derrota. Un Cristo diplomático y conciliador, contemporizador y afable,

[25] Schökel, Luis A., *Macabeos*, ob. cit., p. 226-227.

buen administrador de doctrinas humanistas entre hombres dóciles y cordiales. La iconografía sulspiciana y el simple mal gusto, se ha encargado de que asocien su imagen a la blondez y al dulzor, a las facciones ruborosas y a los gestos suaves. Un Cristo sin ardor ni fulgor, sin pasión ni brillo viril en su contextura y en su rostro.[26] No podía ser así Nuestro Señor. Sobrábale fortaleza para hablar sin eufemismos ni elipsis, sabiendo los riesgos que corría y que finalmente lo llevarían al suplicio. Llamó a las cosas y a los hombres por sus nombres reales, evitando rodeos y subterfugios. Y no buscó compasión ni atenuantes cuando su hora había llegado. ¿Qué espíritu flojo o alicaído podía haber proclamado universalmente su condición divina, sabiendo que para defenderse de la furia deicida, sería confiado sólo a sus fuerzas humanas? ¿Qué candor o laxitud lo animaba para despreciar abiertamente a los sepulcros blanqueados y asegurar que aunque destruyeran el templo lo rehacería en tres días? ¿Qué afán de congraciarse lo movía cuando ante el paralítico y quienes esperaban la espectacularidad de una cura física, enseñó la primacía del perdón de los pecados? "Pues ahora" —les dijo al final, desafiante— "para que vean que el Hijo del Hombre tiene poder sobre la tierra y sobre el cielo. Ahora, yo te lo ordeno, ¡levántate!, toma tu camilla y vete a tu casa". Imperativo y regio, sin sombras de poquedad ni de engreimiento. Así actuaba el Señor.

Del otro lado, y esto es bien sabido como para que insistamos aquí, se pretende un Jesús colérico y agresivo contra los poderes temporales, rumiando interiormente una suerte de desquite y de

[26] GUARDINI ha puesto de manifiesto con agudeza, la influencia espiritual de esta distorsión artística de la imagen del Señor en el decurso de las edades históricas, desde el fin de los tiempos medievales. Asimismo, a él se le debe una inteligente reflexión sobre la desnaturalización del cristianismo como "religión del amor". Cfr. respectivamente: GUARDINI, ROMANO, *Imagen de Jesús, el Cristo, en el Nuevo Testamento*, Madrid, Guadarrama, 1960, p. 21 y ss. Y GUARDINI, ROMANO, *La esencia del Cristianismo*, Madrid, Guadarrama, 1964, p. 107-108.

represalia y justificando revueltas o insurrecciones que tendrían por protagonistas a los más débiles y menesterosos. La violencia de los desposeídos hallaría en Él un ideólogo y un guía. Roma ha descripto y condenado semejante despropósito.

Ya son ambas posturas tópicos trillados. Y aunque fuera de moda, han dejado su secuela de confusión. Valga pues el intento de una palabra aclaratoria.

Ante todo no descalifica el Señor las gestas del Antiguo Testamento. No las desconoce ni las omite, no se desvincula de ellas ni reprueba su memoria. Su Padre —de quien procede y a quien invoca y con quien manifiesta ser una unidad inescindible— es el Dios de los Ejércitos por el que combatieron los justos de la Antigua Alianza, y esos justos son a su vez, el antecedente y el anuncio de su presencia. Se sabe portador del estandarte y de la espada, del fuego y de la ira divina. Se sabe Rey de un reino que está en tensión y a la espera, y al que sólo acceden los esforzados. Anuncia que ha llegado para traer el hierro que escinde y quema, que habrá que vender la túnica para comprar espadas, y que nadie se engañe suponiendo que la paz otorgada consigo mismo, señala el fin de las discordias y de las pugnas. Algo de esto quiso enseñar aquella tarde cuando barrió a trallazos la mesa de los cambistas, sin que nadie osara oponérsele, mientras brillaba en su rostro, dice San Jerónimo, una luz estelar. Y aun cuando enseñó a poner la otra mejilla, "acto heroico por excelencia" al decir de Papini, "de tal suerte extraordinario, que vence al abofeteador animalizado con la majestad irresistible de lo divino".[27] Y era una exacta alegoría de su misión, aquella del Fuerte Armado (Satanás y su guarida) que no puede ser saqueado y vencido, si primero no se ata y se derrota al fuerte (Mc. 3, 27).[28]

[27] Papini, Giovanni, *Historia de Cristo*, Buenos Aires, Mundo Moderno, 1960, p. 217. No obstante este acierto expresivo, Papini no ha sabido entender ortodoxamente el tema de la lucha cristiana.

[28] Cfr. Castellani, Leonardo, *Las parábolas de Cristo*. Buenos Aires, Itinerarium, 1959, p. 239 y ss. *La parábola del Fuerte Armado.*

Se maravilló de la Fe del *Centurión* —que como militar se le presentó y actuó en todo momento— y dijo no haber hallado otra igual en todo Israel (Ls. 7, 1-10). Y será *Centurión* el modelo propuesto de piedad privada y pública, cuando en los Hechos de los Apóstoles (10, 1-47) se hable de *Cornelio de Cesárea*. "Era un hombre religioso y temeroso de Dios, lo mismo que toda su familia. Hacía abundantes limosnas al pueblo y oraba incesantemente" (Hec. 10, 2). Varón justo y prudente, el Ángel del Señor se le aparece y lo alaba (Hec. 10, 4), y le encomienda la misión de buscar a Pedro. El Príncipe de los Apóstoles, avisado también angélicamente de que era buscado, visita su casa en la que "descendió el Espíritu Santo sobre todos los que oían su palabra" (Hec. 10, 44). Este Pentecostés segundo, tan poco estudiado y casi inadvertido, tiene lugar por los méritos de un soldado, en un emplazamiento guerrero y en un ambiente de piedad y de disciplina castrense. Algo quiere decirnos el Señor con todos estos signos.

Pero este es, si se quiere, y si se nos permite llamarlo impropiamente así, el aspecto externo de la lucha de Cristo. Su faz directa, explícita, didáctica y frontal. Se ha de seguir sabiendo que la tirantez no ha sido abolida, que la fortaleza no está periclitada, que la demanda épica es connatural al creyente, que el Bien no se impone sin batalla, que no hay incompatibilidad entre la santidad y el servicio de las armas, y que el paciente *Job* acertó al definir la vida como milicia terrena en pos de un puesto en la milicia celestial.

Pero hay en Cristo un combate menos perceptible, menos dado a manifestaciones con el látigo, la mejilla o el puño. Menos gráfico en sus expresiones y en sus metáforas. Sólo la palabra, el ademán o el silencio, y a veces sin siquiera estos signos, "con una naturalidad callada de fuerza omnipotente", dirá Guardini.[29]

Es el Cristo recoleto y oscuro asistiendo a sus padres en

[29] GUARDINI, ROMANO, *Jesucristo*, Madrid, Guadarrama, 1965, p. 47.

el hogar de Nazareth. Es el Cristo enseñando a los Doctores de la Ley que la letra mata y el espíritu vivifica. El que bendice a los que lloran y les promete el cielo, mientras anatematiza a los impíos y a los fariseos.

Es el Cristo escándalo de fariseos y signo de contradicción para sus fatuas argumentaciones. El que aseguraba el Reino a los misericordiosos y rectificaba el reglamentarismo de los escribas. El que enseñó a pescar almas y a preferir la justicia divina antes que la añadidura.

Es el Cristo Segunda Persona de la Santísima Trinidad, Unigénito de María Santísima, Salvador y Redentor del género humano.

En batalla contra el Demonio cuando quiso tentarlo. En batalla contra las turbas ilusionadas con milagrerías y huérfanas de fe. Por los caminos de Galilea y las alturas de Cafarnaún. En el ayuno severo y en la oración suplicante, en el ejercicio enorme de la caridad y en las curaciones extraordinarias.

En batalla como Rey, en el acto de la Creación, de la Encarnación y de la Parusía,[30] y como Cordero Inmolado y Sacrificio Eucarístico. Maldiciendo a los réprobos y pecadores, dando gracias al Padre y perdonando agravios. En el *Tabor*, en *Getsemaní* y en el *Gólgota*. En el vía crucis y en su resurrección gloriosa. Cuando el *Valle de Josafat* se pobló de tumbas abiertas para que hasta los mismos muertos proclamaran la grandeza del Hijo. El velo se rasgó y el Centurión se golpeó el pecho, los limbos misteriosos lo recibieron anhelantes, la tierra tembló con estrépito y el Demonio comprendió en su gruta de fuego y humo que había sido vencido. Cuando el Ángel de la Resurrección, centelleante como relámpago, hizo rodar la piedra del sepulcro y se sentó sobre ella para anunciar que Cristo había cumplido con su promesa.[31]

[30] El P. Torres Pardo habla de *Los Tres Actos de la Epopeya del Rey de Reyes*. Cfr. Torres Pardo, José L., *Por el triunfo de Cristo Rey*, Santa Fe, Cristo Rey, 1988, I, p. 29-81.

[31] Cfr. Berthe, Alfonso, *Jesucristo. Su vida. Su pasión. Su triunfo*, Ein-

En batalla por los caminos de *Emaús*, y en *Betania* en el alba de la despedida y de la Ascensión.

Y en batalla, al fin, en su regreso triunfal, cuando imponiéndose sobre la Bestia y sus reyezuelos terrenos, sobre el Dragón y el falso profeta, sobre Gog y Magog con todos sus aliados, aplaste al Anticristo "con el solo refulgir de su llegada".

Combatiente victorioso y espléndido, indescriptible en su belleza épica y en su majestad de Juez y de Caudillo, Supremo Capitán de la Última Contienda, Cristo vuelve.

Cristo vuelve. Es dogma de Fe. Y con San Juan decimos: Ven, Señor Jesús.

---

siedeln (Suiza), Establecimientos Benzinger, Tipógrafos de la Santa Sede Apostólica, 1909, VIII, 1.

Capítulo IV

El Sentido de la Lucha en la Tradición Cristiana

La Milicia Paulina

A poco de iniciada formalmente la vida eclesial de los primeros cristianos surgió el interrogante acerca de la compatibilidad entre la Fe y la Milicia.

No faltaban razones para desear la paz y creer en ella, ni para sentir menosprecio y temor por las instituciones armadas. Fresco aún el magisterio de los clásicos, pareció posible a algunos recuperar aquella edad que Hesíodo describe como "libre de inquietudes y de dolores" para el corazón humano (*Los Trabajos y los Días*, 109-115) y que Ovidio vislumbraba sin trincheras ni clarines, ni yelmo o espada (*Metamorfosis* I, 89-100). ¿Por qué resucitado gloriosamente Jesucristo no podía ingresarse en aquella paz descripta por Isaías (2,4), en que los hombres "forjarán de sus espadas azadones y de sus lanzas podaderas"? ¿Por qué no habría de cumplirse ya la visión de Zacarías, según la cual el Rey Invicto "suprimirá los carros de Efrain y los caballos de Jerusalem y el arco de combate" (Zac. 9,10)? ¿Por qué no creer, en definitiva, que era aquella la hora cantada por el salmista en que "la paz dilatada florecerá hasta que no haya luna" (Sal. 72,7)? Una mejor memoria de las palabras de Cristo les habría dado la respuesta exacta.

Tampoco había, aparentemente, demasiados motivos para entusiasmarse con el ejército que se tenía a la vista. Arrastrando vicios propios del paganismo y alejado de las proezas que los

hicieron dignos de respeto, sus cuadros no eran sino el brazo ejecutor de una tiranía política que los apremiaba de continuo. Y era esa realidad tan cruel y tan patética —tan del padecimiento ordinario, digamos— que solía restar objetividad a los conceptos. Es la situación de ciertos escritores apostólicos que predican el rechazo a las armas por desdén a quienes entonces las portaban con evidente injusticia, sin advertir que el caso particular no sirve para sentar recta doctrina, sino que es ésta la que dilucida los casos y enseña a valorarlos. Y aquí también hubiera bastado guardar mejor recuerdo de las prescripciones del Redentor.

Entre una paz utópica y un culto despiadado a *Marte*, cabía la posibilidad cristiana de militar en defensa de la Verdad, de tomar las formas épicas que el mundo antiguo había cultivado y ponerlas al servicio de la reciente batalla que se abría para los creyentes. No, no les había dejado el Señor para que disfrutaran de una época muelle ni de un remanso etéreo e ininterrumpido, sino para que construyeran y custodiaran Su Paz. Pero semejante desafío requería por fuerza una actitud castrense. La Cruz y la Espada comenzaban a hermanarse legítimamente. Ya no era aquella sólo un emblema patibulario, ni ésta sólo el emblema de una dominación injusta. Eran los símbolos de la nueva heráldica redentora y salvífica.

Fue San Pablo el primero que mejor lo explicara. Tal vez porque venía del odio y el Amor lo sorprendió en el camino de Damasco. Y porque "aventajando en celo" a los demás perseguidores —como él mismo lo reconoció con dolor (Gal. 1, 13-14)— puso ese mismo empeño en reparar sus yerros y en servir al Mesías. Grande y sin vacilaciones en la enemistad con Dios, fue igualmente grande e intrépido en su servicio. Combatiente duro en las tinieblas, no dejó de serlo en la diafanidad y en la luz. Su disposición incondicionada para obrar el mal, la volcó con pareja simetría, cuando después del rayo que lo tumbó del caballo, preguntó militarmente a Dios, "Señor, ¿qué quieres que haga?" (Act. 22,10). Es el gesto de un varón armado que ha encontrado por fin su verdadero Capitán.

San Pablo conocía el lenguaje simbólico de las armas. Sabía

que por encima de su hechura física late un significado metafísico. El *arco*, la *flecha* y el *blanco* son instrumentos materiales, pero son también entidades espirituales que vinculan y dan sentido al *tirador*, al *tiro* y al *acierto*. Acertar —después de la vigilia tensa de la mano y del ojo— es aproximarse a la luz, y haber vencido los impedimentos interiores que nos alejaban de ella. También el carro y el áuriga van surcando juntos el campo de pelea. Y de la exacta conjunción de ambos depende la vida y la victoria. Como el áuriga de un carro fragoroso, el cristiano debe conducirse para ganar el orden y la justicia. Mal manejado, será su movimiento hacia la perdición. Señor de las riendas y de los galopes, alcanzará la meta y el reposo final. El pugilato y el lanzamiento, la carrera o el tiro al descampado, venían del universo helénico, donde las realidades visibles tenían su correlato en otras invisibles. No eran juegos en el sentido espectacular y deportivo, pero sí en su dimensión cultual y litúrgica. Alzar la espada o la lanza —el cuerpo desnudo y ungido— era un ritual agónico que fortalecía el alma más que los músculos. Lanzas o espadas semejan rayos celestes y ejes del mundo; sus filos contrapuestos aluden a una fuerza doble y única a la vez, de destrucción y de creación. Y hasta las vainas concéntricas, como las que pinta Platón en *el mito de Er*, quieren figurar los ciclos y las rotaciones que reconocen un centro inmodificable. La flecha de *Apolo* contra la serpiente *Pitón* o la de *Indra* contra *Ahi* en la tradición védica son señales de una misma vocación guerrera contra el mal interior y por el bien supremo.

Al término del duelo, esperaba al ganador el ágape y el canto, elevado hacia lo Alto como testigo de un reconocimiento superior. Su desnudez anunciaba el desasimiento de todo lo transitorio y la iniciación del movimiento. Su reposo indicaba el triunfo de lo intemporal e inaparente, de lo inmóvil e impasible. Lo substancial había prevalecido sobre lo accidental y el agonista conocía la unidad del ser por encima de la diversidad de lo múltiple. Nada de lo que sucedía en la liza, en el estadio o en la palestra era ajeno a lo que sucedía en la interioridad del hombre que lidiaba, y nada de lo que sucedía en esa interio-

ridad pugnativa era ajeno a la mirada de Dios. Del movimiento de las armas al reposo que clausura la lid hay, pues, una línea, una procesión, un ascenso. El Apóstol lo conocía y era su misión transmitírnoslo con palabra ardiente.[1]

Un pacifismo vergonzoso e indocto insiste en atenuar las expresiones bélicas del discurso paulino apelando a su carácter de metáforas o alegorías. Precisamente valen por lo que alegorizan, y por lo que comprometen de ese modo todo el ser del hombre, su combate interior y exterior.

No es que San Pablo nos esté instando a una guerra física, y que debamos leer como consignas materiales las que son doctrinas éticas y espirituales. En el paisaje cultural de la época la posibilidad y el deber de una lucha corpórea no necesitaba la justificación que reclaman los modernos. Era exactamente al revés: en tanta y natural estima se tenía el oficio del combatiente y tan empinado era el significado de sus gestos, de sus armas y de sus comportamientos, que el Apóstol no encuentra mejor y más noble recurso para explicar la vocación del cristiano. A la hora de la predicación, el otrora fariseo y verdugo de los discípulos del Señor, el pecador enceguecido y tenaz, no busca las imágenes en el mundo de la Sinagoga y del Sanedrín, sino en la semántica de los agonistas. Y la iconografía cristiana de todos los tiempos lo ha dejado retratado a él mismo con espada ceñida, representándolo así como el soldado valeroso de Cristo.

"No déis vuestros miembros como armas de iniquidad al pecado", nos dice en su *Carta a los Romanos* (6, 11-14), "dad

[1] Sobre el significado de la milicia en los textos paulinos, cfr. Suárez Pallasa, Aquilino, *Sobre la milicia espiritual* (*Moenia*, n. XIV, Buenos Aires, Centro de Estudios Tomistas, 1983, p. 91-107) y Suárez Pallasa, Aquilino, *Sobre la milicia y el atletismo cristiano en las Epístolas de San Pablo* (*Moenia*, n. XVI, Buenos Aires, Centro de Estudios Tomistas, 1984, p. 95-102). Sobre el significado de las armas, cfr. Guénon, René, *Símbolos fundamentales de la ciencia sagrada*, Buenos Aires, Eudeba, 1969, caps. XXV-XXVIII y Coomaraswamy, Ananda, *El tiro con arco*, Barcelona, Obelisco, 1991. Y sobre el aludido *Mito de Er*, cfr. Sequeiros, Octavio A., *Un cielo de utilería en la república platónica* (*Moenia*, n. XXVI-XXVII, Buenos Aires, Centro de Estudios Tomistas, 1986, p. 35-82).

vuestros miembros a Dios como armas de justicia", "vistamos las armas de la luz" (Rom. 13, 11-14). Dos jefes, dos bandos, doble frente y doble alternativa. Ante ellas el atleta decide: o sus miembros sirven a Dios o, negándolo, prefieren ser mercenarios del pecado. Pero aunque sendas sean las posiblidades, de un sólo lado está la luz y la justicia, de un único lado hay luminosidad. Porque el día clarea para quien lucha si lo alumbra el Espíritu, y la nocturnidad acecha y ampara a los obradores de tinieblas. No seamos entonces de la noche, donde todo es sueño y borrachera. Seamos del día, donde prevalece la vigilia y la sobriedad, "vistiendo la coraza de fe y caridad y como yelmo la esperanza de salvación" (I Tes. 5, 5-9). El combate compromete así toda nuestra interioridad, pero se prolonga y se extiende hacia afuera y hacia arriba. Dar los miembros a la verdad o al error es la primera opción. En ella el hombre resuelve bajo qué bandera se enrola. Mas de inmediato la confrontación cobra color, y será blanco el pendón refulgente de los justos y negro el de los inicuos. Tampoco basta con saberlo y elegir campamento apropiado. Es preciso acorazarse con la Fe y la Caridad y portar cual yelmo a la Esperanza, esto es, armarse con las virtudes teologales. Es preciso vivir de día y como el día, pues como bien comenta *el Crisóstomo*, "¿cómo recorrer de noche el camino que va de la tierra al cielo?". "No apaguéis el Espíritu", ordena el Apóstol (I Tes. 5, 19). Él sabía, con la tradición que lo precedía, que la luz tiene un poder vivificante, como los rayos del sol que la originan, que en el campo de batalla las armas buenas son las que brillan y resplandecen, y que los veteranos irreductibles son aquellos capaces de temperancia y decoro. Ahora sabe, además, que Cristo es el sol de justicia y la luz del mundo (Juan 8, 12) y que en Él se resume el día, la virtud y la lumbre.

Planteada la vida espiritual del cristiano como un enfrentamiento entre la noche y el día, entre la luz y las tinieblas, y miembros armados que responden a uno u otro flanco, con coraza, yelmo y espada, San Pablo nos propone otra imagen épica no menos sugestiva: la carrera.

En ella están los contendientes ante la inmensidad del

estadio. El movimiento buscará la quietud, la circulación la unidad y la animación el orden. Correr es transcurrir y pasar, perseguir y acosar, propagarse y llegar. Al fin, lo inmóvil, la victoria, el premio.

"¿No sabéis que los que corren en el estadio todos corren, pero uno sólo alcanza el premio? Corred, pues, de modo que lo alcancéis. Y quien se prepara para la lucha de todo se abstiene, y eso para alcanzar una corona corruptible. Y yo corro no como a la ventura; así lucho, no como quien azota al aire, sino que castigo mi cuerpo y lo esclavizo, no sea que, habiendo sido heraldo para los otros, resulte yo descalificado" (I. Cor. 9, 23-27). La analogía no ofrece dudas. El cristiano ha sido puesto en una prueba difícil, en la cual deberá demostrar nuevamente su condición de agonista. A imitación del atleta tendrá que prepararse —absteniéndose y sometiéndose a la vez a exigencias fortalecedoras— para no ser abatido por la flojera o la destemplanza. En la carrera de la Fe, el alma ha de permanecer incontaminada, atenta a sus perseguidores para eludirlos o enfrentarlos, sin perder golpes en el vacío por falta de tono y de adiestramiento. Sólo entonces podrá contemplar la meta. Pero entiéndase que la carrera no es importante por el corredor ni por el trayecto, ni siquiera por la velocidad o la prontitud, con lo mucho que ello importa. No es importante tampoco por la destreza o la ejercitación del contendiente. Esto sería un modo sutil de sobrevalorar la acción y la voluntad humana, una forma más de acentuar el individualismo desorbitado. *Es importante por el fin*. Cristo —nuestra meta y término— es el eje de la carrera de la Fe. Sin Él todo es azotar al aire y golpear al viento. Por eso aclara el Apóstol que se ha de ser humilde y resuelto, que "no militamos según la carne" y que "las armas de nuestra milicia" sólo son "poderosas por Dios" (II Cor. 10, 1-6). "Dando al olvido a lo que ya quedó atras, me lanzo tras lo que tengo delante, hacia la meta, hacia el galardón de la soberana vocación de Dios en Cristo Jesús" (Fil. 3, 12-14).

Esta milicia paulina tiene rasgos firmes y vigorosos que la distinguen de cualquier otra, y sin los cuales se desnaturalizaría. Ante todo, reconoce a Cristo como cabeza, exi-

giéndole a sus huestes una obediencia plena. En la obediencia a Él, la Iglesia se consolida como Ejército, en la deserción se debilita y derrumba. Sujetos sus miembros como ramas al tronco, lo múltiple converge hacia lo uno y en la unidad del *ser* y del *hacer* puede presentarse batalla confiadamente. Rebeldes o indóciles los cuadros, el ejército de la Iglesia conocerá la derrota.

Hace falta además identificar al enemigo, porque sería vana la ofensiva sin atinar el avance y el rumbo correcto. San Pablo lo confirma una vez más: los enemigos son "los principados y las potestades, los dominadores de este mundo tenebroso" (Ef. 6, 12). Queda excluida de raíz toda conciliación o contemporización con el mundo, y han de ser tenidos, sin más, como traidores, todos aquellos que tanto diluyen la enemistad como proponen medios elípticos de alianza. La "espiritualidad" de la componenda, de la simpatía o del maridaje con el mundo es lo más opuesto a la espiritualidad miliciana que nos propone San Pablo, fiel en todo al Magisterio del Señor.

Cristo en Jefe, la Iglesia amurallada, la obediencia pronta y el adversario en la mira, sin dobleces, es necesario que no falle el equipamiento. El soldado del buen combate lo hallará en las virtudes y en la palabra revelada. Y en la oración continua y perseverante "rezando en todo tiempo con fervor" (Ef. 6, 17-18).

Entonces, sí, recién entonces, estará pronto para la partida, para la conflagración y la lucha. Contienda enigmática y envolvente, polifacética y dispersa en la que el Maligno prefiere lanzar a la distancia sus dardos encendidos (Ef. 6, 16). De allí que el *Crisóstomo* comente: "No hemos de estar preparados para una sola clase de lucha… es necesario que quien ha de entrar en ella conozca las maquinaciones y tácticas de todos; que sea a la vez sagitario y hondero y conductor, jefe y soldado de infantería y caballería, marino y agresor de muros".[2]

[2] Cfr. por STRAUBINGER, JUAN, *Las cartas de San Pablo*, Buenos Aires-Montevideo, Peuser-Aldu, 1947. II, p. 33.

Vivir en la semántica paulina, es militar. Lo contrario es mera perduración biológica que va extinguiendo la gracia como se apaga un fuego que nadie reaviva. El combatiente, en cambio, posee la plenitud de la existencia. Es un consagrado y un decidido, un emprendedor sacrificado y sin retorno del camino hacia la Verdad. Por el irá, alistado, excluyendo y descartando las ofertas mundanas, pues "ninguno que milita como soldado se deja enredar en los negocios de la vida; así podrá complacer al que lo alistó" (II Tim. 2,3).

No es esta milicia un simple activismo, como no es antropocentrista ni mundana. Antes de lanzarse a la carrera —y para no correr ni afanarse en vano (Fil. 2,16)— el Apóstol ha contemplado a Cristo, se ha encandilado con su soberana inefabilidad, y ha sido arrebatado por su "anchura, longura, altura y profundidad" (Ef. 3, 17-19). Su corazón ha terminado inhabitado por el Sagrado Corazón, injertado e identificado en Él y con Él. Y ha celebrado su misterioso poder recapitulatorio que lo consagra Rey de todo lo creado. Un amor personal y universal lo ha unido a su divina persona y una misma y sola es la cruz a la que ha elegido aferrarse. Comer o beber, vivir y morir son inteligibles a la luz del Señor. El mismo Señor que un día lo desmontara bruscamente para presentársele como perseguido, lo mueve ahora a cabalgar por los lugares más distantes y riesgosos llevando Su caridad. El Apóstol, pues, ha contemplado y contempla al Verbo, se ha anonadado y silenciado para que Él hable, ha mortificado su cuerpo y quedado a solas con su espíritu. *No hay nada más opuesto al activismo que la milicia cristiana encarnada en San Pablo.*

Pero no es fácil semejante acometida. Hay que estar dispuesto a renunciar a la vida cómoda, al refugio y al descanso, aún al legítimo. La caridad de Cristo urge, apremia, llama. El tiempo y el espacio reclaman redención. Ya tendremos la eternidad para el reposo, y si queremos merecerlo es hora de gastarse y desgastarse, de compartir las fatigas como buen guerrero, y como el labrador de las tradiciones romanas, entender que los frutos son hijos del sudor y del desvelo.

El militante cristiano no es un sabio estoico. No enfrenta

el dolor con impasibilidad e indiferencia, ni finge desdenes ante heridas que lo alcanzan y lo lastiman. Padece y ofrece sus padecimientos, sufre y supera aflicciones. Es fundamentalmente un testigo, alguien elegido "como antorcha en el mundo, llevando en alto la palabra de vida" (Fil. 2, 15-16). El mundo recela de ese fuego y de esa palabra y habilita sus poderes para extinguirlo y para silenciarla. Es la encrucijada del testigo. O consiente y se rinde o embiste marcialmente y resiste con el alma acerada.

San Pablo dio en esto, como en todo, el ejemplo de sus propios combates. No se hallará en los relatos de sus muchas peripecias un gesto como el de *Anaxarco* frente a *Nicocreonte* o como el ya proverbial de *Epícteto* ante su amo. Lo alcanzaban las aflicciones y los tormentos, lo preocupaban las cárceles, y sensible como era —allí están esas epístolas con la calidez de un padre y la abnegación de una madre— no pudo pasar inmune ante las aflicciones terrenas. Todo lo superaba y soportaba, lo sobrellevaba y revertía con gozo, lo transfiguraba en el amor a Dios: éste es su mérito grande y bello y su ejemplo notable. "Reboso de alegría en todas nuestras tribulaciones" (II Cor. 7,4), les dice a los corintios. Y encadenado y en peligro de una muerte terrible les escribe a los filipenses estas palabras imborrables: "Alegráos siempre en el Señor; de nuevo os digo: alegráos" (Fil. 4,4).

Es el héroe cristiano. Es la estampa del combatiente justo. Es el trazo exacto de la virtud de la fortaleza. Fiel a Cristo y heraldo de su doctrina "en azotes, en prisiones, en tumultos, en fatigas, en desvelos, en ayunos, en honra y en deshonra... cual moribundos... cual castigados... como contritos... como mendigos... como quienes nada tienen poseyéndolo todo" (II Cor. 6, 3-10). Fiel a Cristo, con alegría alta y exacta de estrella propiciadora clavada en la mitad del cielo.

Tenía también San Pablo —y es otro rasgo que ha de exigírsele a quien abrace la milicia cristiana— la pasión por exponer la verdad; de exponerla oportuna e inoportunamente, según su ya clásica fórmula. Ninguna prudencia humana lo detenía, ningún respeto carnal lo amilanaba, ninguna timi-

dez clausuraba su boca. "Mi boca dice la verdad" —se había dicho en los Proverbios— "pues aborrezco los labios impíos" (Prov. 8, 7). Bien pudo él usar como estandarte esta antigua enseñanza.

Alejado de cualquier acomodo o conformidad con los negocios de "este siglo", de cualquier vanagloria u oscuridad expresiva, su palabra sale pronta y vibrante, sin concesiones ni remilgos. Reprende, vitupera, exhorta —le escribe a Timoteo (II Tim. 4, 1-5)— y así será su decisión hasta el final. Porque no era San Pablo del género de esos embaucadores sofistas que hacen del lenguaje una forma sin substancia, ni de esos creyentes tibios y anodinos tan prontos para amalgamar el sí y el no. Era un combatiente de Cristo en el que todo —empezando por su voz y su verbo— estaba ordenado a la batalla por la Verdad. "No somos como muchos que trafican la palabra de Dios", se define ante los corintios (II Cor. 2, 17). "Nunca, como bien sabéis, hemos usado de lisonjas ni hemos procedido con propósitos de lucro... ni hemos buscado la alabanza de los hombres (I Tes. 2, 4-6). Hoy que tantos encumbrados personajes, pretendidamente eclesiales, se han convertido en profesionales del tráfico de palabras futiles; hoy que gana las mentes y las voluntades de muchos el deseo de mercar y de lucrar con un idioma grato a los oídos modernos; hoy que una mentira pluriforme e infinita se ha apoderado de tantas bocas, rentadas para blasfemar y corromper, es urgente volver la inteligencia hacia el Apóstol. Es impostergable regresar a su ejemplo para nutrirse y encolumnarse.

"Embajador encadenado del misterio del Evangelio", se llamó a sí mismo en su *Epístola a los Efesios* (Ef. 6, 19-20). Y por serlo fue verdaderamente libre. Libre aún en los azotes y en las prisiones. Libre cuando los judíos lo golpearon y lo apedrearon, cuando padeció naufragios y conoció el abismo, cuando se vio en peligro de ríos, de caminos, de asaltantes, de desiertos y de falsos amigos. Definitivamente libre en la servidumbre voluntaria y plena al Magisterio de la Cruz (Cfr. II Cor. 11, 23-27).

La persecución fue su blasón y su orgullo. Él que había enseñado a velar y a estar firmes, obrando varonilmente y mostrándose fuertes (I Cor. 16,13), no iba a retroceder en su

empeño porque el camino le resultara escarpado. Antes bien —y a diferencia de tantos que se horrorizan frente a la sola posibilidad de ser molestados— San Pablo ve en la persecución y en el acorralamiento el mejor signo del servicio al Señor. Si nos persiguen es porque estamos en el puesto del buen combate. Si nos festejan es porque ya hemos transado con el siglo. Ya no seremos "escándalo" ni "locura", sino razonables aliados de judíos y gentiles. Por eso, en los *Hechos de los Apóstoles* (14, 8-19), se cuenta que de paso por *Listra*, junto a *Bernabé*, y habiendo hecho un milagro, la multitud los tomó por dioses y como tales intentó agasajarlos y premiarlos. San Pablo los detuvo. No aprovechó la confusión ni se dejó seducir por las libaciones terrenas que se le ofrecían en abundancia. A poco, los honores devinieron en piedras y en un castigo inhumano. El cuerpo quedó como muerto, el espíritu renacía. "Cuando soy débil, entonces es cuando soy fuerte" (II Cor. 11, 10).

Por Roma y por Atenas, por Efeso y Corinto, por Creta, Acaya o Antioquía, todavía va San Pablo. Legionario de Cristo, guerrero de la Fe, luchador de la tierra y del cielo, caudillo de creyentes, testigo y mártir. Todavía va con su palabra y su alegría, con su libertad y su crucifixión. Apremiado pero no acosado, perplejo pero no desconcertado, perseguido pero no abandonado, abatido pero no aniquilado. Así lo predicó de sí mismo, pidiendo emulación a los demás (II Cor. 4, 8-10).

Los combatientes de Cristo ya tenían a quien imitar. El dilema de la Cruz o la Espada quedaba en él sobrenaturalmente resuelto. Desde entonces, la espada del cristiano tiene empuñadura en Cruz y su Cruz ha de blandirse como espada a la hora del testimonio y de la prueba. Sólo entonces ganará el derecho a repetir: "He combatido el buen combate, he terminado mi carrera, he conservado la fe" (II Tim. 4,7).

La Iglesia Primitiva: Iglesia Militante

Otros muchos siguieron después las huellas del Apóstol. Esos pasos marciales del alma dados aún con el cuerpo que-

brado. Militancia extenuante que puso a prueba aquella unión recién nacida entre el madero y el acero templado. La verdad es que desde el clarear del cristianismo, no hubo en él confrontación substancial e íntima con el deber de luchar. Antes bien, milicia y fe marcharon juntas, como manos unidas para el rezo o el justiciero azote.

Sin embargo, el protestantismo —y otras herejías que lo precedieron o le siguieron— fabricaron una oposición de términos que hasta hoy perdura y confunde. Por encima de las evidencias, de la doctrina y de las obras, de la concordancia entre el Evangelio y la Épica, había que demostrar forzadamente una incompatibilidad absoluta. Fue la prédica pacifista de tantas sectas y sectarios recogida más tarde por los autodenominados "apóstoles de la no violencia", engendradores casi siempre de una conculcación mayor y más ilícita de la que pretendían poner distancia.

El punto de partida para tan grave heterodoxia, ha sido casi unánimemente el mismo: la resistencia al oficio de las armas planteada en el seno de las primeras comunidades cristianas, y el énfasis puesto en la cuestión por algunos protagonistas descollantes de las mismas. Realidad que no debe negarse, pues bien entendida y comprendida abona la posición correcta y desmiente a los extraviados.

Digamos ante todo que no hay ni podía haber una condena institucional u oficial de la primera Iglesia a la vida militar o a la profesión castrense. Cristianos soldados participaban de campamentos y de legiones, y muchos que cubrían puestos en las filas militares, abrazaban la nueva fe hasta que el enrolamiento se les hizo incompatible, por los juramentos idolátricos exigidos, y prefirieron el martirio, tales *Fabio, Isiquio, Nicandro, Marciano* y una considerable lista.

Pero *ése* ejército que dominaba el panorama político de entonces, no era un modelo de virtudes, sino y antes bien, una ocasión de pecados. Para decirlo a la manera de *Evola*, su centro referencial se había desplazado de lo espiritual a lo ganancial, y la aristocracia guerrera tornábase cada vez más una casta, para la cual, la guerra, era antes una aventura privada

que una vía de realización trascendente. La degradación del héroe había hecho de él y de sus obras una sucesividad de impulsos pasionales, subordinándolo no ya a la búsqueda de la gloria, aún a riesgo de su propia vida, sino a la de la vida exitosa, aún a riesgo de la propia gloria. Figura fuerte y arrogante pero sin luz, el soldado caído al servicio de un estado despótico, no podía entusiasmar al cristiano. Era la síntesis de la idolatría, de la vanidad y del odio, la ascesis de poderío contra el poder de la ascesis. Y el combatiente de Cristo sostenía su lid justamente en el ejercicio de la vida ascética, en la fe, en la humildad y en la caridad. Con "bolsas que no envejecen y un tesoro en el cielo que no alcanza el ladrón ni roe la polilla" (Ls. 12, 33-34).

Se entiende entonces que abundaran las prevenciones contra tal estado de las cosas militares, y que en la prédica insistente a favor de la paz, se comparara siempre sus favores en contraposición con las idolatrías bélicas corrientes. Todo tenía por perder el cristiano, si desoyendo la voz del Evangelio optaba por las enseñanzas de las legiones y de sus paganos conductores. Su salvación misma estaba en juego y cualquier amonestación oportuna que lo preservase, parecía poca en aquellos días.

Es la posición de *San Justino*, del *Octavius* de *Minucio Félix*, de *San Ireneo* o del *Paedagogus* de *Clemente de Alejandría*. También la de *San Cipriano* y la de *Orígenes* en su *Contra Celsum*. La del converso *Arnobio* y su discípulo *Lactancio*, y la de *San Hipólito* y *Tertuliano*, tal vez el más exaltado y heterodoxo de estos primeros predicadores de la pacificación.

Pero en ninguno de ellos —que extreman a veces los reparos y las reconvenciones— está ausente la obligación del coraje, la ineludible responsabilidad testimonial del bautizado, y el imperativo de lidiar contracorriente en resguardo de la Verdad, aún a costa de la vida y la muerte. Así San Justino propone "morir alegremente confesando a Cristo" si fuera menester (I Apol. c. 39) y en la *Cohortatio ad gentes* (XI) el buen Clemente Alejandrino parafraseando a San Pablo nos congrega "como soldados" para la construcción de la paz del Señor; reunidos en "ejérci-

to", atento "al clarín de su Evangelio" y revestidos "con la coraza de la justicia". En guardia y a la ofensiva contra el paganismo, dirá Arnobio, contestando sus arrogancias y su orgullo (*Adversus nationes* 1,6). Con el espíritu del monje, pedía San Atanasio, que enfrenta a los demonios en guerra sin cuartel (*Vida de Antonio*, 47). Lenguaje inequívocamente bélico que demuestra una vez más cómo aquellos santos de la paz no protestaban contra las categorías épicas, que adaptaban a la predicación espiritual, sino contra determinadas circunstancias que hacían desaconsejable la pertenencia a las fuerzas armadas.

El mismo Tertuliano, apasionado hasta el error en *De Idolatria*, escribe su *De Corona Militis* para exaltar la gallardía de un soldado cristiano de la *Legión Lambesitana*, que se negó pública y enfáticamente a adoptar gestos paganos, mientras repudia al clero pusilánime que rehusa el combate y huye en la adversidad de las persecuciones (*De Corona Militis*, c.1 y *De Fuga in persecutione*). Quería un cristiano lidiando "una hermosa lid", con "reciedumbre de atleta", teniendo a Dios como árbitro para los premios, al Espíritu Santo como "entrenador y asistente en la lucha" y "la corona eterna de esencia angélica" como recompensa (*Ad martyras*, 3). El pacífico Orígenes, por su parte, no cesaba de fustigar a Celso —que reprochaba a los bautizados no servir al Emperador en los tercios— y llama a Cristo Capitán al que debemos obedecer "vestidos como estamos de la armadura de Dios" (*Contra Celsum*, V, 33). Una certeza debe guiarnos: cuanto más multipliquemos los combates, mayor será el número de las consolaciones espirituales (*Homilía sobre Números*, 27). Nueva apelación al idioma y a los principios guerreros del que también se hará eco Lactancio en las *Divinas Institutiones* y en *De mortibus persecutorum*.[3]

Son tiempos de persecución y de crueldad para la Iglesia.

[3] Cfr. QUASTEN, JOHANNES, *Patrología*, 2 vols., Madrid, BAC, 1977; MOLINÉ, ENRIQUE, *Los Padres de la Iglesia*, 2 vols., Madrid, Palabra, 1982; RUTA, JUAN CARLOS, *San Ireneo de Lyon*, La Plata, Fundación Instituto de Teología, 1980; POSIK, JORGE LUIS, *Tertuliano*, La Plata, Fundación Instituto de Teología, 1980.

Roma era identificada con la bestia apocalíptica y el Imperio con una nueva Babilonia o Egipto. El ejército romano era el lógico brazo ejecutor de aquella política despiadada, y sus huestes respondían incondicionalmente al Emperador, deificado en vida, a través de las prácticas rituales del juramento, la adoración y el sacrificio. La codicia y la corrupción se enseñoreaba habitualmente en los campamentos, y una ferocidad malsana corroía el alma de aquellos alistados, a los que San Ignacio de Antioquía comparaba con leopardos (*Carta a los Romanos* I, 5). Lejos, tan lejos, de los pasos de *Eneas* o de *Coriolano*, el *miles* decadente y degradado es un verdugo codicioso y poseso. Sin otros límites morales que el provecho y el pillaje sistemático.

No puede pedirse, en consecuencia, que resultase atractivo o paradigmático para los creyentes, como no puede pedirse que la autoridad que los regía e impulsaba fuese acatada sin más. Pero así como sería impropio deducir de esto último una animadversión principista a toda autoridad humana, sería igualmente desacertado ver en el rechazo a las armas hostilizadoras de la Fe, un rechazo indiscriminado a la milicia. Era una reacción justa y proporcionada, una defensa lícita de la integridad del hombre y de la doctrina cristiana. "Es su frecuente identificación con la espada, como instrumento de represión de una doctrina santa, lo que proféticamente denuncian los voceros más autorizados de la iglesia perseguida... el connubio entre espada como instrumento de injusticia, y autoridad, ha de estimarse como causa concomitante del acusado antimilitarismo preconstantiniano".[4] Y lo contrario hubiese sido indigno cuanto contradictorio.

Pero hay que resaltar la paradoja —o tal vez fuese mejor hablar de la congruencia— de que fue en esta época de duras prescripciones en contra de las armas, cuando más se hizo cargo

[4] SOMOANO BERDASCO, RAFAEL, *Pacifismo, guerra y objeción de conciencia a la luz de la moral católica*, Madrid, Fuerza Nueva, s/a, p. 53. A este autor y a esta obra venimos siguiendo en nuestras consideraciones sobre la relación entre las armas y la Iglesia primitiva.

la Iglesia de su condición militante y esforzada; y llevó a sus hijos hasta ese "partirse en pedazos" que glorificaba San Eusebio, para que fuesen los mismos, simiente perdurable de la amanecida cristiandad.

Milicia y combate fue justamente el sello distintivo de aquellos egregios cristianos que llevaron la Cruz y la Luz hasta los rincones más ignotos de la tierra habitable. Por Siria o Persia, Armenia o las Galias, el Evangelio se comunicó sin renuncias en un apostolado horizontalmente itinerante y verticalmente inmóvil. Como los brazos del *Lignum Vitae* que sostenían al Redentor.

Milicia y combate hay en los escritos desafiantes de Hipólito de Roma, o en la *Apología* de Arístides dirigida a Adriano o en el *Adversus haereses* de Ireneo de Lyon. Lenguaje frontal y directo, razones inacallables y una voluntad de hacer oír la verdad "sin que se apaguen las linternas ni se desciñan las cinturas", como se dice sabiamente en la *Didaché* (XVI). Actitud decidida y resuelta que lo llevó por caso, al precitado Arístides, a exigirle al mismísimo rey que se inclinara sobre las Escrituras para tomar contacto con la más pura de las doctrinas (*Apología* XV, 3-11).

Milicia y combate hay en el gesto impar de los honrosos mártires. En Roma o en Cartago, en Alejandría y Antioquía u otra vez en Roma, son una "multitud innumerable", al decir de San Agustín, salidos de todas las condiciones y estados. Rústicos y doctos, matronas y doncellas, esclavos o libres, encumbrados o menesterosos. A todos alcanza la gracia del Padre Común y por Él se aprontan a resistir, sin doblegarse, a las furias endemoniadas del mundo.

No puede leerse sin una fuerte y fecunda impresión las *Actas* que registran sus dolores, su perseverancia testimonial y su triunfo más allá de todo linde terreno. Muchos podrían haberse preservado, les hubiera bastado algún ritualismo exterior, alguna formalidad protocolar para cubrir apariencias. Su primera batalla, y a la vez primera victoria, es justamente ésta: enseñar la concordancia entre el pensar y el obrar, la inquebrantable armonía que debe existir en todo cristiano cabal,

entre el vivir exterior y el vivir interior. No podían ser por fuera algo distinto de lo que ya eran por dentro. Antes bien, esta intimidad esplendente que habían alcanzado en unión con Cristo, debía expresarse y manifestarse como alto componente de la epifanía martirial.

Muchos incluso podrían haber callado o pasar inadvertidos. No les era posible ni en ciencia ni en conciencia. Porque sabían y entendían que el martirio es la fiesta de la aurora sobrenatural y la liturgia del bautismo de sangre. Es la continuación y el completamiento de la pasión de Jesús (Col. 1, 24) y la prueba del origen divino de la Iglesia. Por eso, no se encontrará en la enorme legión de mártires, otros rostros que los de la alegría y el gozo indescriptible.

No podían concebirlo los victimarios. Todo el cúmulo de suplicios se suponía que rebelaría en las víctimas su encono y su afán de desquite. No sucedía en ningún caso. Suponíase además, que las horrendas desgarraduras del cuerpo harían olvidar las convicciones y la felicidad de servirlas. Tampoco fue así. Serenos ante el dolor que los laceraba y les mordía la carne, conservaban en el alma y en los ojos la recóndita alegría de la eternidad. Y esos hombres y mujeres que desfilan ante el Circo van a la arena como al combate. A doblegar al demonio con su Fe, a doblegar sus propias inclinaciones con la Esperanza, a doblegar a quienes los dañaban con heroica Caridad.

El relato que hace *Santa Perpetua* de las visiones que precedieron a su trágica muerte es todo un signo de ese ánimo militante que impulsaba a los mártires. El día previo a su agonía ve llegar hasta su celda al diácono Pomponio, que vestido de túnica alba la lleva de la mano hasta el Anfiteatro y le asegura que estará con ella y *combatirá* a su lado. *"No tengas miedo. Yo estaré contigo y pelearé de tu parte"*. El contrincante era una figura repelente asistida por secuaces de similar aspecto. Al instante, ella quedó convertida en varón y se trenzó con el fiero oponente en un duelo sangriento que concluyó con la derrota del perverso y la aclamación victoriosa de la asamblea de fieles que la alentaba. Un hombre "de extraordinaria grandeza, tanto que sobrepasaba la cumbre del Coliseo", se hizo presente en-

tonces. Le entregó una rama verde y besándola le dijo: "Hija, la paz sea contigo". "Radiante de gloria" —concluye Santa Perpetua— "me dirigí a las Puertas de la Vida. Me desperté y comprendí que yo debía combatir no contra las fieras sino contra el diablo, pero estaba segura de la victoria".

La clara y lineal simbología del relato no deja dudas sobre la calidad de los mártires. *No eran objetores de conciencia, como ha querido mostrarlos cierta literatura religiosista. No eran de ningún modo pacifistas o sujetos resignados a conciliarlo todo en un pluralismo informe. No era la suya una defensa de derechos individuales o un alegato a favor de la libertad de expresión, de la desmilitarización y del desarme.* Tampoco eran personajes mitológicos que en virtud de hechicerías o de embrujos destruían todo con sus poderes o resultaban inmunes a los ataques. La grandeza de su heroísmo es proporcional a su humanidad. Como hombres sufrieron, padecieron y se humillaron. Como creaturas vulnerables recibieron castigos y persecuciones. Como seres contingentes se estremecieron de padecimientos. Pero como soldados de Cristo fueron capaces de las más duras pruebas con tal de proclamar la divinidad del Único Capitán al que reconocían.

¿Cómo hubiera sido posible tanto valor en seres pacifistas, derrotados, ubicuos o negociadores? ¿Cómo entender tanta virtud y arrojo, tanta conmovedora lealtad y tan singular denuedo, si sólo se hubiera tratado de precursores de los actuales partidarios de la paz a cualquier precio? ¿Cómo escribir con sangre y fuego las páginas más asombrosas del testimonio cristiano, si apenas los movía una inquietud legalista por obtener la libertad de cultos?

Los mártires son la mejor batalla de la Iglesia, son su primera línea en la ofensiva tenaz, son la retaguardia más ardorosa en la defensa, son la legión y la centuria, la infantería y la caballería entrelazadas. Un mártir que cae es un lanzón clavado en la insolencia de Satanás, una espada que hiende los laberintos del averno, una rosa que brota en las praderas celestes y un rayo que se agrega al resplandor del sol. Un mártir es bravura y virilidad que no apagan los años ni disminuye la pérdida de

la lozanía corporal.

Allí está *San Policarpo* para probarlo. Cargado de años que eran tantos, que hasta por respeto a ellos quisieron tentarlo con la apostasía. La respuesta llegó rápida y tajante: "Ochenta y seis años hace que soy siervo de Cristo y ningún daño he recibido de Él, ¿cómo puedo blasfemar de mi Rey y de mi Salvador?"

Su palabra acalló las razones del César, su sangre apagó las llamas con las que quisieron devorarlo, y su cabeza, al fin, rodó sobre la tierra calcinada ante el sobrecogimiento de las turbas que aprendían sin querer cómo mueren los escogidos.

Milicia y combate —y de la más celestial escuela— hay al fin en aquellos soldados paganos que abandonaron el culto engañoso a la imagen del Emperador por la alabanza inefable a la Santa Faz, que dejaron de besar orlas de mantos indignos y suntuosos para buscar el manto ensangrentado del Crucificado, y que en un gesto sin regreso terreno —pero ascencional y firme— ya no siguieron los estandartes de las águilas sino el lábaro de la santidad y del sacrificio. La *militia mundi* se prolongó en ellos en *militia Christi* y por amor al Nuevo y Eterno Jefe, que al fin habían descubierto y acatado, ya no hicieron víctimas sino que se ofrecieron como tales. *Casiano, Basílides, Tipacio* o *Taraco*: la propia *effusio sanguinis* era ahora el precio del rescate para la vida eterna. Precio costoso y único del martirio, sólo reservado para pocos, pero es sabido que quien paga el Amor con toda su hacienda, creerá no haber pagado nada.

Estos soldados conversos, que fueron ganados de los campamentos nefandos para las carpas invictas del Rey de los Cielos, pudieron decir con *San Maximiliano*: "Yo no milito para el siglo sino para Dios". O con el *Centurión Marcelo* —que sufrió duro martirio bajo Agricolano el día tres antes de las calendas de noviembre del doscientos noventa y ocho—: "No conviene que quien teme a Cristo milite en los trabajos de este siglo". Es la misma reflexión de *San Julio*, guerrero veterano de la ciudad de Dorostoro, cuyo diálogo con el gobernador Máximo resume y arquetipiza la férrea voluntad pugnativa de los atletas de Cristo.

"Cuando yo seguía la vana milicia" —le aclara a la autoridad terrena que le exigía culto latréutico— "jamás en veintisiete años, hube de comparecer ante tribunal alguno por criminal o pendenciero. Siete veces salí a campaña y nunca me quedé a la zaga de nadie ni combatí con menos denuedo que el más valiente. He peleado como ningún otro sin ocultarme nunca en la retaguardia. Jamás me vio el Príncipe cometer una perfidia. ¿Y quieres tú ahora que, después de mostrarme leal en lo menos, pueda yo ser un traidor en lo más?"

Máximo no estaba para sutilezas teológicas. No podía entender el orgullo de este bravo guerrero que exhibía limpiamente su foja de servicios ejemplares, pero que le parecían "lo menos" comparado con su conversión y su disposición a seguir al Mesías. Ordenó el suplicio de su subalterno y escuchó de él la despedida con las lacónicas palabras del oficio: "He seguido las armas, y a mi debido tiempo me lincencié como veterano. Teniendo siempre a Dios, que hizo el cielo y la tierra, le he tributado culto, y ahora le sigo ofreciendo mi servidumbre".

No renunciaba a las armas, elegía las mejores. No desertaba de las filas, se encuadraba en las más exigentes. No desdeñaba la veteranía del casco y de la espada. La ofrecía ante el Señor de fracasos terrenos, pero dueño de la única victoria definitiva.

Dijo bien San Basilio y sentó doctrina al decirlo: *virum enim cognovi, qui in militari etiam vita perfectum Dei amorem et charitatem servari posse*: te he conocido como varón capaz de observar aún en medio de la vida militar, el perfecto amor y caridad para con Dios. De las heridas abiertas de San Julio manaba el río de agua viva sobre el que habría de purificarse y fundarse el Ejército Cristiano.

No faltaban, claro está, ni razones ni motivos para poner distancia del mundo castrense que ejecutaba tan atroz política persecutoria. Pero ya quedó dicho —aunque convenga repetirlo— que es un error llamar "pacifista" a la conducta y a la doctrina de aquellos cristianos, o suponer que semejante rechazo a las armas conformaba un principio analogable a la

tibieza de tantos creyentes contemporáneos. Antes bien, aquel legítimo repudio y las innúmeras prevenciones del caso, eran la única actitud valiente que cuadraba, y quienes la sostenían, con palabras y con sangre, se constituyeron en bravos ejemplos de heroicidad y fortaleza.[5]

El legendario *San Cristóbal* fue uno de esos testigos sin sombra de temores humanos. Y *San Eustaquio* y *Santos Nereo* y *Aquiles*, que pasaron de las filas del César a las de Cristo con el mismo ímpetu y mayor disposición a donar la propia vida, pero esta vez al servicio de un Rey que no perece. *San Mauricio* y sus compañeros de la *Legión Tebana*, los *Santos Emeterio* y *Celedonio* de la no menos pujante *Legión Geminia*, *San Sebastián*, capitán que supo ser de la primera cohorte de la guardia pretoriana de Roma, *San Agatón* y *San Teodoro*, en tiempos de Dioclesiano ambos, *San Mercurio* y toda su centuria enfrentados contra el despotismo criminal de Licino. Y *San Martín de Tours*, hijo de un tribuno militar y soldado él mismo desde la temprana juventud, cuya respuesta al emperador Constante indica la talla épica de estos grandes conversos: "Si mi fe se interpreta como miedo, que mañana me coloquen sin armas delante de las avanzadas. En el nombre del Señor y con el signo de la Cruz por toda defensa atravesaré sin temor los batallones enemigos". La fe de Martín, que así se expresa, es más acerada que su lanza en la guarnición de Miens, y su deseo de arrebatar el cielo por asalto más ardoroso que su posibilidad de participar en el combate de Worms. Aquella capa, que partiría después empuñando su espada, para cubrir el cuerpo tambaleante de un menesteroso, es el signo de la *militia Christi*: se empuñarán las armas en

[5] Véase sobre el particular: Ruíz Bueno, Daniel, *Actas de los mártires*, Madrid, BAC, 1962; Ruíz Bueno, Daniel, *Carta y martirio de San Policarpo*, México, Librería Parroquial, 1946; Ruíz, Baudilio, *Actas selectas de mártires*, Madrid, Aspas, 1943; Anozín, Pierre, *La gesta de los mártires*, Buenos Aires, Santa Catalina, 1942; Ruíz Bueno, Daniel, *La doctrina de los doce apóstoles y Cartas de San Clemente Romano*, México, Librería Parroquial, 1946, y Ramos-Lisson, Domingo, *Espiritualidad de los primeros cristianos*, Madrid, Rialp, 1979.

sostén de los débiles y de los elegidos, de los mendicantes y de los desdeñados por el mundo, porque detrás de ellos resplandece y se oculta simultáneamente la figura del Redentor...

"El soldado Martín detuvo su caballo y se quedó mirando al mendigo,
y vio que tenía los ojos de los que han llorado y llorado desde niños,
y vio que tenía las manos de los que solamente saben este oficio.
El soldado Martín detuvo su caballo y, después de mirar al mendigo,
contempló la dulce campiña, los árboles, los pájaros, el cielo y el río,
feliz cada cual en su mundo, feliz cada cual en sus límites estrictos,
menos el hombre sin amparo que le pedía una limosna en el camino.
El soldado Martín detuvo su caballo y, volviendo a mirar al mendigo,
pensó en el valor que tendría la naturaleza humana en el plan divino...
y al pensar en esto el soldado, no teniendo con qué sostener al mendigo,
como aquella causa era justa, desenvainó la espada que llevaba al cinto,
rasgó por el medio su capa, le alcanzó la mitad y siguió su camino".[6]

Los casos como éste —tan sencillos y graves, tan terrestres y celestes, tan contagiados de gracia y de sacrificio— fueron comunes en la Iglesia perseguida. Y comunes, por especial designio de la Providencia, las pruebas de que la santidad y

[6] BERNÁRDEZ, FRANCISCO LUIS, *Estampa de San Martín de Tours, patrón de Buenos Aires*. En su: *Cielo de Tierra* (1937). En su: *Antología Poética*, Madrid, Espasa Calpe, 1972. p. 62-64.

la milicia se hermanan en la misma vocación de servicio a un Rey Invicto y coronado en el amor doliente.

Es cierto que las prevenciones anticastrenses perduraron en el tiempo, y se asentaron como premisas éticas en algunos sínodos, concilios y constituciones apostólicas. Bastaría recordar el *canon once* de Nicea, los *cánones* de *San Panfilio* y de *Hipólito* y algunas restricciones del *Concilio de Arlés*. Es cierto asimismo que de la distorsión intencional de estos conceptos o del agregado o absolutización de alguna de sus partes surgieron las distintas posiciones pacifistas que recorren el Medioevo y hacen eclosión en la Reforma. *Valdenses, cátaros, wicleffistas, eramistas, anabaptistas* o *cuáqueros*, por citar sólo algunos ejemplos representativos, dicen inspirarse en la doctrina de la primera Iglesia. Pero precisamente en esto consiste la herejía: en desnaturalizar insidiosamente una verdad o en herir su armónica totalidad con la incorporación o el quite de alguna parte substancial. Mirada en su conjunto, en su espíritu y en su contexto histórico, aquella doctrina de la antigua Iglesia no puede ser sino la misma de siempre. *Semper idem*. Ayer, hoy y mañana.

No había terminado el primer siglo de la era cristiana cuando el Pontífice *Clemente I*, en una epístola a la comunidad corintia, reconoce que las ocupaciones militares son lícitas por su fin en tanto persiguen la honestidad y la justicia; y que en esta búsqueda convertida en finalidad está la utilidad de las armas y la templanza de quienes las portan. Palabras claras e inequívocas que no dejan espacio para las vacilaciones. Y tan aplicables que, con el correr de los siglos, otros tantos pontífices se pusieron en persona a la cabeza de las unidades guerreras de la Cristiandad, o avanzaron sin quebrantos, como *San León Magno* frente a Atila, con la sola protección del Crucifijo y de sus insignias pontificales. No repugnaba, pues, a la naturaleza y al carácter de la Iglesia Jerárquica el movilizarse bélicamente para defender la Verdad, allí donde se viese conculcada o con riesgo de perecer.

También *San Cipriano* reconoce las virtudes del que elige la espada como oficio, e insta a los bautizados a que imiten al buen general, cuyo arte es "conservar los estandartes que le han

sido confiados" (*Epístolas* 73, 10). Conceptos similares a los inculcados por *San Justino*, para quien aquel soldado fiel que antepone sus deberes a las recompensas eventuales, es el modelo que ha de tener el cristiano en su encolumnamiento tras la jefatura de Cristo (*Apología* I, 39).

Lactancio y *Tertuliano* —de posiciones nada belicistas, por cierto— aceptan que la autoridad deba armarse y que Dios, fuente de toda autoridad humana en lo político y en lo religioso, haga sentir su ira como signo de imperio (*De Anima* 33, 6 y *De Ira Dei*, XXIII). Y ni siquiera *Orígenes* se negaba a ver la posibilidad de guerras justas, por cuyas victorias era necesario impetrar (*Contra Celsum* VIII, 796). A su turno, *San Ignacio de Antioquía* le escribe a Policarpo transido de hermosas metáforas guerreras, para que "no haya ningún desertor entre nosotros" (*Carta a Policarpo*, VI, 2) y *Clemente de Alejandría* juzgará compatible la vida del bautizado con la de quien hacía una profesión de la milicia (*Cohortatio ad gentes*, X).

No se hallará entonces, como ya quedó dicho, ninguna condena formal ni oficial al sentido o razón de las fuerzas armadas, ni a la figura o misión del soldado que participaba en ellas. Y hechas por estos apologistas insignes las salvedades éticas que las circunstancias imponían, su prédica hubo de ser justipreciada, pues ni faltan guerreros cristianos que participan de las cuestiones propias del oficio elegido, ni faltan mártires que al hacérseles incompatible la idolatría y la fe, optan por ella con el denuedo inherente a su condición castrense.

De lo primero son prueba la nutrida concurrencia de creyentes en el ejército romano. Desde aquellos que citan gloriosamente las páginas del Nuevo Testamento, hasta los que la historia documenta actuando, por ejemplo, en la *Legión Fulmínea* o en la *Legión Tebana*. Hombres valerosos que sirvieron al Imperio con sus músculos y con sus plegarias, que no se amilanaron en la adversidad ni en la fatiga, que llenaban las fortalezas y las decurias, al decir de Tertuliano (*Apología*, 37), pero que en el momento límite en que tenían que elegir a qué Señor servían, se inclinaron heroicamente por el Único que tiene palabras de Vida Eterna.

La célebre *Legión Tebana*, en tiempos de Dioclesiano, rubrica con su sangre esta elección crucial. Traídos de Oriente y obligados a perseguir a sus hermanos en la fe, sus miembros prefirieron ser diezmados hasta el sacrificio total de los cuadros, antes que prevaricar y traicionar a Cristo. Y Eusebio de Cesárea, narrando la tragedia de la persecución de Decio (*Historia Eclesiástica* VI, 41, 22-23 y VI, 15) nos describe el coraje de un piquete de soldados y el de un alto funcionario del ejército, de nombre *Marino*, que en todos los casos pelearon honorable y bravamente. Cuando enrolados en la institución que los mandaba a la pugna, y —más extraordinariamente aún— cuando enviados al martirio por no saber ni querer apostatar. Como soldados en la guardia imperial. Como soldados en el suplicio por la Fe.

Se equivocan largamente los pacifistas y los objetores de conciencia, que al estilo del teólogo austríaco *J. Ude*, pretenden fundar sus posiciones regresando a la Iglesia Primitiva. *Esta Iglesia no es otra distinta a la actual y verdadera: una, santa, católica, apostólica y romana. Esta Iglesia no reprobó la milicia sino su desnaturalización. No impidió que sus hijos fuesen combatientes, antes bien, les inculcó la obligatoriedad de la militancia. No forjó desertores ni cobardes, ni ciudadanos ajenos a sus responsabilidades castrenses, mas enseñó que en todo hay que obedecer a Dios antes que a los hombres, y que si tales obediencias —la humana y la divina— fueran irreconciliables, jamás cabría dudar ante quién hay que renovar perpetuamente el juramento de sumisión.*

Esta Iglesia Primitiva no ignoraba el quinto mandamiento, ni los consejos del Señor sobre el amor a los enemigos, ni las recomendaciones personales para entregar también la chaqueta al que nos despoja del abrigo. Pero sabía que la muerte es pecado si se ejecuta contra un inocente y no contra un perverso en custodia del bien. Que una cosa son los *enemigos privados*, ante los cuales cabe ofrecer nuestro anonadamiento y nuestra humillación, y otra los *enemigos públicos* de Dios y del Orden por Él creado, a quienes estamos obligados a enfrentar hasta las últimas consecuencias, no por odio a ellos, sino por amor a la Verdad. Que es distinto preferir el padecimiento de una injusticia antes que cometerla —tal el sentido de la metáfora

del despojo del abrigo— que consentir un robo o no impedirlo, pudiendo, pues, sería faltar al séptimo mandamiento. Y que Cristo mismo, al fin, que eligió ser víctima antes que hacer víctimas, no colocó su otra mejilla frente al sirviente de Caifás, ni descartó la posibilidad de movilizar una legión de arcángeles armados si aquella no hubiese sido la hora de la iniquidad.

Esta Iglesia primitiva —tan invocada y tan poco conocida— no ignoraba la epopeya del Señor de los Ejércitos, descripta vigorosamente en el Antiguo Testamento. Y si ciertos gnósticos como *Marción*, al igual que algunos de este tiempo, se escandalizaban del Dios guerrero y hacedor de proezas, los Padres bien sabían que en la pedagogía divina de la Revelación no cabe contradicción alguna entre el Altísimo que conduce a sus huestes y el Niño que nacerá en la intemperie de la noche.

No ignoraba tampoco el coloquio sin reproches entre *el Precursor* y los soldados (Ls. 3,14), las continuas alusiones bélicas de Jesucristo y las del Apóstol San Pablo, ni las visiones apocalípticas de San Juan sobre la guerra como instrumento de la Suprema Justicia (Ap. 13,7). Como no podía desconocer la presencia de centuriones dando consentimiento público de Fe, en sus unidades, en sus casas o en el Pretorio.

Por eso surgió del seno de esta Iglesia la primera y gran convalidación teórica de la doctrina de la guerra justa, sobre todo, después de la providencial conversión de Constantino. Ya que desde entonces la *pax romana*, que debían garantizar los cuadros imperiales, no será cosa distinta a la *pax christiana*, la Cruz del Redentor se grabará en los lábaros de las falanges implacables, y repetirán a coro junto al gran converso: *in hoc signo vinces*, con este signo vencerás. Rezar por este ejército era pedir el auxilio para una fuerza al servicio del Verdadero Orden, y así se hacía en las *Constituciones Apostólicas* redactadas hacia el Quatrocientos. *San Atanasio* y *San Ambrosio* acercaban por entonces sus razones, y si el primero recordaba el encomio del que es digno el que en la contienda justa se conduce con valentía, el segundo sostenía que era la justicia misma la fortaleza de quien defiende armado la causa de la patria y de los débiles (*De Officiis*, I, 27,129). Hasta que el gran maestro de

Hipona, contestándole al maniqueo Fausto o a su amigo Marcelino, escribiéndole a Bonifacio o contemplando la Ciudad de Dios, sistematizó los motivos y las causas, los medios y los fines de toda guerra justa, y aclaró definitivamente que la misma, para un cristiano, no puede tener otro móvil que el restablecimiento de la *tranquillitas ordini* (*De Civitate Dei*, XIX, 13). Porque no se crea con ligereza que esta justificación de la guerra era una valoración intrínseca de la misma. Bien se sabía que ella, junto con el hambre y la peste, eran castigos y privaciones de la concordia, y que aquellos que la provocaban insensatamente —como *Joab*— no podían contar con el agrado de Dios (III Rey, 2,5). "Dispersa, ¡oh Señor!, a los pueblos que quieren la guerra", exclama el Salmista (Sal. 67) en alusión a los embriagados de prepotencia y de furor. Pues así las cosas, no puede sino ser pecado y reprobarse como tal. Pero recobrará licitud y grandeza cuando se desate en homenaje al recto orden conculcado, o cuando nos la mande la Divina Providencia como ocasión e instrumento para arrancar a los pueblos de la molicie. Entonces, diría *de Maistre*, nos hacemos corredentores por el sufrimiento, y la contienda deja, pese a sí misma, consecuencias de orden sobrenatural. Más allá del éxito o del fracaso pues los cálculos de Dios no guardan proporción con los de los hombres.[7]

Pero esta Iglesia primitiva —recapitulemos el punto— hizo algo más que convertir soldados, cristianizar legiones, legitimar la milicia y justificar la guerra en procura del bien. Hizo aún algo más que armonizar la Fe con el deber de batallar e inculcar que las batallas valederas son aquellas libradas precisamente por el sostén de la Fe.

En realidad sentó las bases de una espiritualidad y de una devoción que arman al hombre interiormente y lo hacen

[7] JOSÉ DE MAISTRE, expone estas ideas en *Las Veladas de San Petersburgo* y en *Los Plazos de la justicia divina*. Monseñor GUSTAVO FRANCHESCHI le ha hecho algunos reparos en su: *Visión espiritual de la guerra*, Buenos Aires, Difusión, 1940, pptte. cap. II y III.

apto —desde su entendimiento y desde su voluntad— para alcanzar la salvación y conducir al prójimo hacia ella.

Espiritualidad que no rechaza el valor del pensamiento discursivo ni el del conocimiento estrictamente racional, pero que sabe de la existencia de una *visión comprehensiva* y de una *facultad simbólica* del conocer humano, mediante la cual es posible elevarse de los *visibilia* a los *invisibilia Dei*. Que no oscurece la importancia del misterio, a la par que advierte que el misterio no es oscuridad sino luz. Que se centra en el culto —como expresión suprema de esa mistagogía teándrica— y por eso mismo funda la verdadera cultura. Espiritualidad seria y recia en que la santidad no es el resultado de un voluntarismo casi pelagiano sino de una ascensión, durante la cual importa antes la cumbre —Dios mismo en su sacra objetividad— que el sujeto que marcha verticalmente. Y si esa santidad así entendida no puede conciliarse con el amor mundano ni con la vida ordinaria, pues exige con el Evangelio la confrontacion con el mundo y el escoger la senda estrecha, ese misterio, que no es sino la actualización de la obra redentora de Cristo, no es una percepción psicológica sino una realidad teológica que informa todas las demás realidades.

Espiritualidad en la que María sigue prefiriendo "la mejor parte", porque la contemplación lleva preeminencia sobre la acción y porque "alejados están de Dios" —escribe San Isidoro— "aquellos a quienes este siglo proporciona toda suerte de comodidades" (*Sentencias*, XVI, 838). Con tal preeminencia como norte, no habrá para el creyente labor superior ni más excelsa que la adoración del Verbo Encarnado, ni habrá oficio o profesión mayor al Oficio Divino, al que nada debe anteponérsele, según dicta San Benito en su célebre *Regula Monachorum*.

Espiritualidad, en suma, por la que el alma devota no está pendiente de sus emociones ni de sus sentimientos, tanto como lo está de hacer de la suya una existencia laudante en homenaje al Creador. Sin reducir la conducta moral a un formuleo casuístico, ni la perfección evangélica a

una reglamentación horaria de quehaceres, ni el apostolado a un activismo, ni la cultura a la adquisición de un profesionalismo exitoso. La verdad es descubrimiento e inspiración, antes que razonamiento y metodología. La vida intelectual no se agota en el estudio sino que busca coronarse en la especulación pura, ya que sólo en el ocio encuentra su reposo duradero.

Esta espiritualidad —entretejida finamente de canto y de plegaria, de humildad y de silencio, de misterio, sacrificio, contemplación y apologética— armaba al cristiano interiormente, como ya quedó dicho, para volverlo capaz de renunciar a la comodidad de lo ordinario y a la superficialidad del transcurrir corriente, y hacerlo magnánimo y osado en cada una de sus labores y de sus testimonios.

Porque se equivocan quienes menosprecian la vida retirada tildándola de muelle o de pacata, y vuelven a equivocarse quienes creen ver en el monacato un refugio para espíritus débiles. Como bien lo ha notado *Calderón Bouchet*, no hay mejor paradigma de la Iglesia militante que aquella elección ascética en la que el creyente —en situación de voluntario y total despojo— debe vérselas solo en su confrontación con el Maligno. Solo frente a la adversidad y a la dureza. Él y la gracia abrazados en cruz y en ininterrumpida vigilia. La vida de los grandes cenobitas y eremitas, las luchas de un San Antonio, las peripecias de un San Patricio, la resistencia de San Benito o la austeridad de San Basilio, prueban —por si hicieran falta algún par de ejemplos conocidos entre tantos que la historia ofrece— que el *contemptus mundi* ha sido siempre una escuela de fortaleza para hombres especialmente recios.

Entonces más que nunca no se era santo en la transacción con el mundo ni en la mimetización con la decadencia del siglo, no se era santo en la conciliación de la Fe y de los negocios redituables, ni en la contemporización con los poderosos de la tierra. Se era santo en la resistencia y en la confrontación, en la soledad pugnativa y en la voz alzada en el desierto. En la embestida contra idólatras y fariseos, con-

tra impugnadores y desvirtuadores de la Verdad, y en la arena ensangrentada de los mártires, alcanzando la corona de la Cruz.[8]

Es un momento histórico, dirá *Sepich*, caracterizado por la lucha entre dos cosmovisiones. Una de ellas, la pagana, resiste inmóvil y a pie firme, pero al fin se desploma y cae. La otra, la cristiana, fuerte por dentro y exteriormente débil, acabará imponiéndose para dar lugar al nacimiento de Occidente. Como dos gladiadores están recíprocamente confrontados en un mismo espacio y en idéntico tiempo, y sin embargo luchan desde el pasado para establecerse en el futuro. La luz que los ilumina a ambos tiene destellos que rivalizan en su origen y en su fin. La una brota y apunta desde la inmanencia, la otra nace y regresa hacia la trascendencia. La figura de San Agustín, que imagina así a estos gladiadores, es aún más expresiva. La batalla es invitación para todos los bautizados y es condición ineludible para la conversión del mundo (*De Agone Christiano*, a I y XII). La historia misma se ha convertido en lid. Y "cada uno", enseñará Clemente de Alejandría, "debe conservar su sitio bajo las órdenes de Cristo... Militemos, pues, con todo fervor bajo sus órdenes intachables" siguiendo en esto el ejemplo de los romanos, ya que "no todos son perfectos, ni todos tribunos ni centuriones ni quincuagenarios y así de los demás grados, sino que cada uno en su propio orden ejecuta lo mandado por el emperador y por los jefes superiores" (*Carta a los Corintios*).

Nótese una vez más la apelación a las metáforas castrenses. En esta espiritualidad recién descripta, hecha de misterios y alabanza, el deber del combate no se diluye nunca y se presupone siempre. La lucha de la que habla San Clemente no es para los reinos o los predios terrenos, es por las fronteras del Cielo. Hacia allí le pide al Señor, Supremo Pedagogo, que los conduzca victoriosos. "Sí, Señor, sácianos con la justicia, que son tus pastos.

[8] Calderón Bouchet, Rubén, *Formación de la Ciudad Cristiana*, Buenos Aires, Dictio, 1978, p. 125 y ss.

Sí, Pedagogo, llévanos a los pastos de tu montaña santa, la Iglesia, que se alza muy arriba, por encima de las nubes hasta tocar el cielo" (*Pedagogo* 1, 9, 83 y 2, 84, 3).

Pelea *en* y *desde* la tierra, mas *por* y *para* el Cielo. En ella está jugado íntegramente el cristiano, acaudillado por Cristo que como "heraldo del sol", según lo vio San Ambrosio en el *Aeterne rerum conditur*, "disipa la terca somnolencia" y moviliza a los rezagados.

> "El gallo canta y llama a los dormidos
> increpa a los poltrones y reprende
> a los que se resisten a su canto
> levantémonos, pues, resueltamente".

Esta es la consigna del devoto fiel: erguirse, despertarse, cubrir la guardia vacante, estar resuelto desde el alba, aunque la noche mansa invite a la molicie. Sabiendo con *San Hilario* que la Iglesia adquiere solidez en los ataques que se le lanzan, porque nació de una herida abierta el Viernes Santo en el costado desnudo del Redentor, y aceptando este reto que sintetiza *San Cirilo*: "Cuando sobrevenga la lucha, pelea denodadamente por tu Rey".

Espiritualidad triunfal pero no triunfalista. Porque admite la vulnerabilidad y la flaqueza, prevee el fracaso y la humana derrota, conoce de caídas y de golpes rudos que turban y que aturden, sabe de debilidad y de flojeras y ha visto el desánimo de cerca. Pero no consiente la negligencia o la deserción. Desdeña a los que transan o pactan con el enemigo, y reserva el gesto más ofuscado para quienes se acomodan al vaivén de las circunstancias. "A un particular" —le escribe *el Crisóstomo* a *Teodoro*— "nadie puede echarle en cara una deserción, mas al que una vez se hizo soldado sí... la deshonra es arrojar las armas y salirse del campo de batalla... El no ser herido propio es de los que no luchan, pero quienes se arrojan con gran ímpetu contra el enemigo, natural es que alguna vez les alcance un golpe y caigan... No es, pues, lo grave que quien lucha caiga, sino permanecer en la caída" (*Exhortación segunda*, 1, 3).

Acorazado por dentro, y si la ocasión lo pidiese también por fuera, el combatiente cristiano pelea por la paz. Porque si

el nombre de la paz es el sosiego de las cosas en el concierto adecuado —y no un "sosiego en el desorden", como bien lo aclara Fray Luis de León (*De los Nombres de Cristo* II y III)— y su sostén es la justicia, Cristo y no otro es el que ha dado muerte a la enemistad, como recuerda San Gregorio, Cristo y no otro es el fundamento de la verdadera paz.[9]

Pero la paz primera y necesaria que deberá obtener, pues nadie puede dar lo que no posee, es la interior. La que emerge de la ordenada quietud del ser más íntimo, fruto de ese perseverante esfuerzo por vencerse a uno mismo, o dicho de mejor modo, de vencer en uno mismo todo aquello que nos pesa a la hora de la pelea. Despojado de bienes superfluos y libre por el rechazo del pecado, este estado de bienaventuranza es también, en nueva paradoja, un estado de milicia. Así lo reconocen cuantos han pasado por la experiencia purificadora. Y así se lo piden al Señor renovando las súplicas del Salmista. "Desde largo tiempo combato" —exclama Victorino el Africano en alusión a su personal ascesis— "desde largo tiempo resisto a mi enemigo... pero sin tu socorro, Señor, este querer es un ala impotente".

La vida espiritual se dibuja así, como una conquista con caracteres épicos, como una travesía dificultosa y escarpada. Hay que estar dispuesto, desde el principio, a deshacerse de lo que en la marcha estorbe. Y este humano abandono siem-

[9] La cita de JUAN R. SEPICH arriba aludida, pertenece a su opúsculo: *Los Padres de Occidente* (*Sapientia*, n. 3, Buenos Aires, Universidad Católica Argentina, 1947, 67 p.). Para las citas de los textos patrísticos, además de QUASTEN, JOHANNES, *Patrología...* ob. cit. y MOLINÉ, ENRIQUE, *Los Padres...* ob. cit. cfr. NUÑEZ MIÑANA, HORACIO, *San Ambrosio de Milán*, La Plata, Fundación Instituto de Teología, 1981; GROSS, RAÚL, *San Hilario de Poitiers*, La Plata, Fundación Instituto de Teología, 1983; DEMARCHI, JORGE O., *Clemente de Alejandría*, La Plata, Fundación Instituto de Teología, 1978; RUTA, JUAN CARLOS, *Victorino el Africano*, La Plata, Fundación Instituto de Teología, 1984. Tal vez sea éste el lugar de recomendar asimismo la *Instrucción sobre el estudio de los Padres de la Iglesia en la formación sacerdotal* de la SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA, dada en Roma, el 30 de noviembre de 1989.

pre duele, pues cuesta mucho dejar, aunque lo que se deja sea, como entre los Apóstoles, unas redes remendadas y un viejo barco sobre la orilla.

El Reino de los Cielos —que al decir de Nuestro Señor, está en tensión— sólo será arrebatado por los violentos, por los capaces de esta singular marcha, iniciada con un abandono por amor de Dios y concluida en el abandono absoluto a Su Misericordia. No está escrito ni prometido ni asegurado que llegarán los medrosos y los pusilánimes, los compaginadores de habilidades y los expertos en eludir el testimonio. Sólo los fuertes y los tenaces, en condiciones de subir aquellas gradas franqueadas por leones —que pinta la Escritura al retratar el trono de Salomón— y a cuyo término aguardaba la corona regia.

Porque así era la vida para el cristiano antiguo —toda lid, toda armadura y fragor de embestidas— la Iglesia lo despedía en su liturgia de difuntos con una lacónica sentencia de Isaías que se ha hecho proverbial: *requiescant in pace*. Y era sabio y era justo pedirlo para quienes tanto lo merecían después de una carrera fatigosa. La paz sin mezcla de mal, que veía el Apóstol (Fil. 4,7), donde "no está el león ni mala bestia", según el profeta (Is. 35,9).

El que puede gozar de esta paz ha conocido la lucha. No ha permanecido indiferente o neutro, no se ha retirado cuidadosamente para no verse envuelto en conflictos, ni ha dejado de hablar para evitarse persecuciones, no se ha llamado a silencio cuando correspondía gritar desde los tejados, no se ha quebrado por las tentaciones en la soledad del claustro o del desierto. La sal no sólo sazona y da gusto, sino que también preserva. Vuelta insípida deja los alimentos desabridos pero además los pudre. El cristiano quería ser sal sobre la tierra con la renovación diaria de su voluntad combativa.

Así era el espíritu de aquella antigua Iglesia, a la que sólo la ignorancia o el intencional descuido puede caracterizar como pacifista o mostrárnosla reñida con la vocación militante, o pretender enrostrárnosla como reproche a la voluntad épica.

Iglesia de legionarios y de centuriones, de apologistas vehementes y encendidos, de predicadores temerarios, de madres

y de hijos arrojados e intransigentes. Iglesia de la soledad y del páramo, de la resistencia y de la ofensiva, de la persecución y de la prueba, de la sangre y del fuego.

Iglesia de las catacumbas y de las cárceles, de las arenas del circo y de las prisiones lúgubres, de los cenáculos recoletos y de la voz clamando en el descampado.

Iglesia de combates invisibles y visibles, de apóstoles y de padres de la Fe, de guardianes de la ortodoxia y maestros de la caridad. De espadas y de cruces abrasadas formando ojivas y cúpulas. De mártires gloriosos cuyo recuerdo nos enaltece y desde la raíz de la tradición, nos exige no claudicar jamás.

Los Combates Medievales

Entrada la Edad Media, la lucha y la fe conformarán una alianza inescindible, que resistirá la violencia de los enemigos internos y externos. Una juntura sólida y armónica a la que no harán mella los ataques materiales o espirituales. Como anillos fundidos de metal inalterable —tanto más fijos cuanto mayor es la presión de las llamas— la fe y la lucha se anudaron de modo tan perfecto y legítimo, que el así verlas era grato a los ojos de Dios y edificante para la vista de los hombres.

Decir medioevo será decir dos espadas y un solo Cristo por el cual blandirlas. Reyes santos que ciñen aceros inapelables, emperadores coronados por el Pontífice y en común alistamiento para marchar a la guerra, soldados de la patria terrena y de la patria celeste, naciones enteras —cristiandades— lanzadas al combate contra los adversarios de la Cruz, cantares de gesta y romanceros heroicos, epopeyas legendarias y leyendas que semejaban otras tantas epopeyas.

Decir medioevo es decir yelmo y loriga, heraldo y caballero, cruzada y vela de armas. Es pronunciar esos nombres que ya no pronuncia nadie: centinela en la aurora, redención de cautivos, reconquista de almas.

Todavía la palabra —por lo que connota y denota— ahuyenta a los tibios y escandaliza a los timoratos. Todavía la usan quienes quieren descalificar a los ánimos combatientes

o a los pocos capaces de batallar por cuestiones sagradas.

Tiempo de catedrales y de castillos que se poblaban indistintamente de monjes y de guerreros, de peregrinos y de paladines, convocados todos al unísono cada vez que era preciso defender o expandir la integridad de aquella civilización brotada de las mismas páginas del Evangelio. Entonces, como lo ha visto *Schlegel*, Europa era una sola y cristiana tierra, "surgida augustamente del suelo, tan noble que por ella se podía ir a la muerte y al triunfo. Todos ansiaban pelear por la misma fe, abríanse los corazones al único amor".

Medievales son las justas y los torneos, las campañas evangelizadoras y los caudillos piadosos, los milagros en las expediciones reconquistadoras y los capellanes de tropa más ardorosos que la tropa misma. Medievales son *San Luis* y *San Enrique, San Esteban* y *San Osvaldo, San Fernando* y *San Olaf*, monarcas que han alcanzado los altares a fuerza de pelear sin treguas por el honor de la Iglesia, por la expansión del Verbo Encarnado, por la grandeza de sus pueblos y el afianzamiento de la Verdad Crucificada.

La lucha es, en los tiempos medievales, un hecho universal. Desde la callada y anónima pelea que ha lugar cada jornada en el corazón del creyente, hasta la rivalidad extendida entre los estados por causa de la fe. Desde los cuadros invisibles y sutiles que se debaten en la interioridad de la celda o del claustro, hasta los ejércitos embanderados y férreos que pugnan por el Santo Sepulcro o por abatir la alfanje sarracena. Desde el monje ensimismado, rechazando a Satán a golpes de plegaria, hasta el templario macizo desgranando oraciones como estocadas. O desde el Papa *San León el Grande*, deteniendo a Atila con su sola presencia, hasta el sepulcro de San Pedro y San Pablo, parando —por la fuerza de su intrínseca sacralidad— a las huestes depredadoras de Alarico.

Lucha en la contensión y conversión de los bárbaros. En el ejemplo de *San Severino*, Apóstol de Nórica, gobernando con mano férrea y espíritu de asceta; en *San Remigio* bautizando a los francos, una vez que sobre el corazón de *Clodoveo*, su esposa *Clotilde* grabó los surcos de la virtud cristiana; en *Tomás*

Becket confundiendo su sangre con la de Cristo durante la celebración eucarística, por no admitir que cercenaran los derechos de la verdad; o en *Ricardo Corazón de León*, cuyo solo nombre evoca paisajes épicos y clarines de cruzada.

Lucha en la emulación de los modelos más nobles, en la resistencia y en la oposición al Maligno, en la superación personal para alcanzar la santificación. Lucha entre el hombre viejo y el nuevo, entre la añadidura y el Reino de Dios y Su justicia. Cada obstáculo vencido, cada dificultad superada, cada valla hecha trizas, es un nuevo peldaño ascensional para llegar al Bien.

Esto es lo propio de la militancia cristiana medieval: fomentar y defender los gérmenes de la vida divina, tanto en el orden personal como en el social, contradiciendo airosamente a todos los factores que impidan su florecimiento. Como nauta frente a un mar embravecido, como centinela solitario ante un ataque imprevisto. Ahora —aquí y ahora, abajo, en esta tierra— es tiempo de guerra. Ninguno se tenga por seguro, decía *San Jerónimo*. Ninguno se duerma, dirá después *Santa Teresa*, nos toca primero la batalla y sólo después la paz.

Pero esta ascética del combate constante, que se resuelve primero en el interior del hombre y se proyecta después en su ambiente temporal, no sólo propone y antepone la lucha a la conquista de la paz sino que acentúa el carácter agudo de la contienda. No la supone fácil ni la presenta llevadera. Es reñida y angustiosa, insistirán *San Cipriano* y *San Agustín*; puede llevarnos a la esclavitud si no vencemos, escribirá más tarde *Fray Luis de Granada*. Todos contestes en tener siempre alistados —en este orden— el entendimiento y la voluntad. Inteligir lo honesto, preferirlo y amarlo, y ejecutar todos los pasos necesarios para hacerlo posible y duradero.

Es Dios el que nos llama y nos levanta. Bien lo enseñará con el paso de los siglos el Capitán de Loyola, que fue caballero al mejor modo medieval: "Quien quiera venir conmigo ha de ser contento de trabajar como yo en el día y vigilar en la noche" (*Ejercicios*, I med.). Alegría en el llamamiento, trabajo y vigilia. Porque mientras haya enemigos no habrá treguas.

Es claro que el hombre —desde el Rey hasta el más infe-

rior de los súbditos— puede responder negativamente a este requerimiento. Es claro que puede, no sólo hacer oídos sordos sino traicionarlo con su indiferencia o con su alistamiento en el bando adversario, pero ese hombre medieval que así procedía (y esto no pueden entenderlo los historiadores modernos) se sabía merecedor del peor castigo: quedaba desafectado de los planes del Creador.

Esos planes, como ya vimos, estaban trazados desde toda la eternidad y asentados en las Sagradas Escrituras. Ignorarlos por cobardía era renunciar a la perfección y al ennoblecimiento, elegir una ruta que llevaba a una soledad sin Dios y sin consuelo, aunque se viera aureolada temporariamente por el éxito material. Trabarse en la guerra, en cambio, daba unidad, firmeza y rumbo a la vida.

Es digno de ser notado, en la espiritualidad de estos tiempos medievales, el doble sentido del descanso y su disímil valor formativo. De un lado será equiparado a la holganza, indigna e impropia en quien ha elegido el rudo cabalgar por los caminos fragorosos de la perfección evangélica. El combatiente atento no descansa, dice el *Romance de la Constancia:*

"Mis arreos son las armas,
mi descanso es pelear,
mi cama las duras peñas
mi dormir siempre velar".

Apercibido y armado, de pie y en camino, no hay tribulación que lo detenga ni tentación que lo acorrale. No hay sueño que lo doblegue mientras los sueños heroicos lo sostengan. "No es posible descansar aquí y allá poseer a Dios", comentará el beato *Juan de Avila* (*Epistolario*, I), y conocida es la sentencia joseantoniana —tan poética como discutible— de que aún "el paraíso está contra el descanso".

Pero a la par que esta ética de la fatiga y del dolor, lúcidamente aceptados y ofrecidos, impone su ritmo de labor y faena, el descanso celestial aparece como una meta justa y reparadora, como un fin al que propender y conquistar. Y valen por ende las prefiguraciones de aquel descanso trascendente, como la

adoración y la contemplación, la meditación y la plegaria. *Estamos no ociosos para tener ocio*, enseñaba *Aristóteles*. Tal parece ser la consigna de este cristiano batallador que tiene en claro las dos demarcaciones de su vida —la privada y la pública— y que en ambas no ve sino una ocasión para el combate de la Fe.

La guerra, además, que según decíamos no sólo se antepone a la paz como condición necesaria para obtenerla, sino que se presenta acentuada en sus exigencias y en su dureza, se sabe prolongada y perdurable. Es mérito sostenerla con perseverancia, y comenzar cada día como si fuera el primero y pudiese ser el último. Y es mérito el saber esperar, que no otra cosa define a la virtud de la longanimidad. Fortaleza abandonada ya no se recupera; siempre alistada, en cambio, podrá zozobrar pero erguirse y seguir resistiendo. Así en el alma y así en la ciudad. La imagen se repite una y otra vez. La lucha es interna y externa, espiritual y temporal. La lucha es de hoy —y como el pan— de cada día. Ni aún en *la morada séptima*, confiará *Teresa la Grande*, se puede estar exento de la lid.

Guerrear para alcanzar una paz justa, guerrear bravíamente y sin descanso mereciendo al fin la quietud, guerrear de continuo y sin quejarse, guerrear por la patria terrenal y la celeste. A todo esto aspiraba el cristiano medieval, y si podía encararlo con tanta naturalidad y regocijo, era porque previamente había alcanzado la certeza paulina de que sólo combatiendo se recibía la corona de los escogidos.

Los enclenques modernos no sólo rechazan cualquier posibilidad pugnativa, sino que se creen con derechos a dudar de la perfección de Dios, desde el momento en que permite el mal y las pesadumbres. Para la recia espiritualidad medieval, la lucha era un privilegio antes que una carga, y si el Señor nos la mandaba para cultivar nuestra prontitud y nuestro aliento, nuestra aversión y nuestra conversión, probaba así, una vez más, su perfección salvífica y la búsqueda de las humanas perfecciones.

Dominio de sí mismo necesitaba el combatiente, señorío sobre sus actos interiores —que hace de la vida cosa poseída y no materia que nos posee— y señorío sobre los actos exteriores que nos ligan al mundo. Desasimiento de todo afecto

desordenado, aún de aquellos que tienen que ver con la propia conservación, para no amedrentarse frente a los peligros ni ante aquellas situaciones sin regreso. Capacidad de enojarse, con la santa y bendita ira que busca reparar agravios, porque los hombres que jamás se enojan acaban contemporizando con los enemigos y cubriéndolos de majaderías.

Ha de utilizar las verdades como otras tantas armas, y andar armado de razones con la convicción que tenía el Salmista: "Mi verdad te cercará como escudo" (Sal. 90,13). Será prudente en todo tiempo, porque la prudencia es madre de virtudes. Mas por lo mismo desechará su horrible falsificación que el Apóstol llama "prudencia de la carne" y que identificó con la muerte (Rom. 8, 6-7). No hará alarde de fortaleza, pero la pedirá como don insustituible, pues sin saber sufrir y acometer nadie puede pelear. Sufrir sin quejas ni murmuraciones, y acometer con propósito, con valor, con perseverancia. No por una decisión del sistema nervioso, sino del *ordo amoris* que nos impulsa irrefrenablemente a entregarnos al Bien.

La táctica de este combatiente no consistirá en presumir de victorias futuras, sino en conservar las conquistas sin dejárselas arrebatar. Tampoco subestimará las fuerzas del contrincante, pero sabrá que el pálpito puede más que el cálculo y que al buen decir de *San Pedro de Alcántara*, "huyendo crece el temor y peleando la osadía" (*Oración y Meditación* II, IV). Su mejor consejo será el del ímpetu inicial y sostenido, sin dejarse traicionar por la ansiedad. Celeridad y paciencia, de acuerdo con lo que fue escrito: "Corramos con paciencia a la batalla que nos espera" (Heb. 12).

Y si bien es cierto —según preclara enseñanza de los *Santos Basilio* y *Casiano*— que hay razones y hasta conveniencias para estar tristes, el que ha elegido la milicia de Cristo deberá poseer una íntima y segura alegría. Alegría engendrada por la esperanza, alimentada por la libertad de saberse desasido y de paso, robustecido en la acción y coronado en la contemplación de las bienaventuranzas. Alegría de la caridad que es la mayor victoria, aún en el infortunio de los negocios temporales.

Semejante espiritualidad, que sostenía indistintamente el

combate ascético y el combate físico, que utilizaba incluso los mismos términos e idénticas imágenes para referirse al uno y al otro, y que pasaba del forcejeo del alma al de los cuerpos, del de los hombres al de las naciones, con perfecta sincronía, fue la que hizo posible esas largas y luminosas horas de gloria que se llamaron medioevo.[10]

La que explica la existencia de obispos como *Don Jerónimo* del que el juglar del Cid exclama: "¡Dios qué bien lidiaba!", y la de príncipes como *San Odón*, consagrado al silencio y a la clausura cluniacense. De reyes que peregrinaban para humillarse ante el Papa por sus pecados públicos, y de reyes que iban a colocar su pecho y su acero en custodia de la Santa Sede. De gobernantes que organizaban expediciones bélicas con la misma naturalidad con que un día, como *Fernando I*, mandaban que se los condujera vestidos de cilicio en vez de púrpura, con cenizas en vez de corona, y colocados sobre el pavimento de la Iglesia madre se disponían a morir.

Espiritualidad que explica las interminables romerías y peregrinaciones a los Santos Lugares o a Santiago de Compostela, a San Miguel del Monte Gargano o a San Martín de Tours. Y el porqué *Enrique I* cedió a Rodolfo de Borgoña una parte de Suabia en canje por una enjoyada lanza forjada con un clavo de la crucifixión del Redentor. Y la legión de santos que empuñaron el cetro y la espada en Escandinavia o Noruega, en Suecia, Moravia, Polonia o Rusia.

Espiritualidad admirable entrenada en el combate físico y metafísico, que sostenía a la par las implacables correrías de los caballeros y el *laus perennis* o perpetua alabanza a Dios de no pocos monasterios. Que informaba la *lectio divina* de *San*

[10] Para el estudio de esta notable concordia entre el sentido de la lucha personal y social, espiritual y física, cfr. GARCÍA HOZ, VÍCTOR, *Pedagogía de la lucha ascética*, Madrid, Rialp, 1963. Aunque la obra no aborda autores medievales, pues se centra exclusivamente en los maestros de la ascética española del Siglo de Oro, juzgamos que la misma deja entrever de todos modos, la concordia antes aludida.

Benito de Aniano, los campamentos de *Godofredo* o de *Pedro el Ermitaño*, los ayunos de *San Bruno* y el silencio arcangélico de su Cartuja, o el repiqueteo impaciente de los guerreros de Calatrava.

Todo lo dio el medioevo a la Cristiandad. Todo lo dio a la lucha por la causa de Dios y el honor de la Iglesia. Todo lo dio a las patrias cristianas y a los gobiernos justos. Todo lo heroico y lo santo, lo épico y lo sagrado, lo castrense y lo monástico, lo armado y lo crucificado, salió de esta época insigne, a la que sin temores de ser llamados nostálgicos, confesamos admirar y añorar más, cuanto más la estudiamos.

Monarcas y Cruzados

Pero pongamos ejemplos arquetípicos.

Y pensemos, por buen caso, en *Carlomagno*. Entre la historia y la poesía —y creemos con Aristóteles que más veraz en la segunda que en la primera— su figura se levanta imponente y domina el espíritu y los ideales de la civilización medieval.

Encontró a la Cristiandad en la frontera de su propia disolución. Amenazados sus contornos físicos tanto como sus formas metafísicas. Agredida corporalmente por normandos y sajones, por mogoles o sarracenos, pero acorralada espiritualmente por la propalación del error y la ignorancia. Tierra y alma devastadas, inhóspitas y sin simiente, los cultivos tan yermos como las inteligencias y la inteligencia estéril como los campos cuyos cultivos pisoteaban los bárbaros.

Doble tuvo que ser su lucha y doble la aceptó como un desafío y un homenaje a la Verdad. Sus campañas militares —la barba florida al frente y el lanzón siempre inquieto, como lo retrató Eginardo— fueron tan eficaces como sus obras culturales y su apostolado intelectual. Templando los brazos en los duros entrenamientos y extasiado en la lectura de *La Ciudad de Dios*. Arengando a sus hombres ante la inminencia del peligro y escanciando latines junto a los sabios de su amistad. Aplacando soberbios con el acero indoblegable de su arnés y penitente ante el sagrario donde sabía que estaba el verdadero

Rey. Osado en la contienda y recoleto en los maitines, fogoso en la lid, sereno en el sacrificio eucarístico. Enérgico en los campamentos, prudente en sus *Capitulares*, docto y piadoso en el cumplimiento de sus deberes litúrgicos. Pronto para criar a sus hijos en la paz hogareña —así supo mostrarlo el monje de San Gall— y para acudir al llamado del Pontífice que se hallaba en peligro. Programando escuelas y abadías junto al consejo de *Alcuino* y severas expediciones punitivas con la compañía de sus estrategas. *Carolus gratia Dei rex, et devotus sanctae eclesiae defensor*, a su voz las naciones, le dirá Teodulfo, se disponen a seguir a Cristo y a doblar el cuello y la rodilla ante su Santa Cruz. Pocas veces en la historia, las dos espadas fueron blandidas tan armónica y justicieramente. Pocas veces la ciudad terrena y la celeste se hermanaron en abrazo concorde. Pocas veces un solo y mismo puño libró la batalla de la Fe y de la Milicia con el ardor y la hondura del legendario franco.

Estaba en los detalles de la embestida bélica con la misma naturalidad con que atendía las obras de misericordia. En las órdenes para que nadie rehusara a un pobre o a un peregrino, y para que nadie en condiciones dejara de alistarse. En las plazas sitiadas y en los claustros monacales, en la custodia de los territorios atemorizados por las incursiones enemigas y en la conversión de los enemigos a la religión verdadera.

Porque ésta es la clave de su personalidad y de su gloria: el sentido misional de todas sus guerras y las misiones apostólicas emprendidas con el tesón y el coraje de una contienda justa. Su Imperio fue así sacro y romano, porque estaba centrado en la custodia y en la expansión de los bienes sagrados de la Cristiandad, y porque tenía su eje y su sostén espiritual en la Cátedra de Roma. Bien se ha escrito —y son palabras para retener y repetir— que "con el Sacro y Romano Imperio de Carlomagno tiene lugar la aparición de Europa... Europa nació en la noche de Navidad del año 800 en la basílica vaticana, sobre el sepulcro de San Pedro" cuando el Pontífice León III "puso sobre la frente de Carlomagno,

arrodillado ante él, la diadema imperial".[11]

Era, efectivamente, la Europa surgente y espléndida, definida y defendida como bastion de la catolicidad. La unión íntima —plena, inescindible, firme— del orden temporal y el espiritual, del cetro de la monarquía cristiana y la tiara de la vicaría de Cristo, de la espada y la cruz, del combate espiritual y del combate físico. La Europa apasionada de amor al Redentor, como una llamarada enhiesta y combativa.

Verlo gobernar a Carlomagno —extirpando herejías, organizando iglesias, replicando errores y ganando pueblos enteros para la fe católica— permitía entender que aquella unión de luchas resultaba real, legítima y necesaria. Que era posible predicar la ortodoxia en las dietas y en los concilios, imponer la austeridad contemplativa en los monasterios y llevar a la práctica la reyecía temporal de Nuestro Señor Jesucristo. Que era posible apoderarse de las fortalezas impías, como se apoderó de Eresburg destruyendo a sus falsos ídolos, y socorrer con misioneros heroicos a la población sojuzgada por los extravíos morales. Y sacudir los bosques de la Germania con el estrépito de los cascos leales al Evangelio, hasta que las cabezas de los infieles —como las de *Widukind* de *Westfalia* y *Alboin* de *Ostfalia*— se rindieron al agua del bautismo. Que era posible, en fin, en la gloria del triunfo y de la victoria, subir de rodillas la escalinata de la Basílica de San Pedro —besando uno a uno sus peldaños— para recibir la bendición del Santo Padre, mientras hosannas y vítores aclamaban su majestad y su soberana humildad.

"¡Omnibus iudicibus vel cuncto exercitui Francorum
vita et victoria...!
¡Karolo excellentissimo et a Deo Coronato,
vita et victoria!
¡Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat!"

[11] LLORCA, GARCÍA VILLOSLADA, MONTALBÁN, *Historia de la Iglesia Católica*, Madrid, BAC, 1963, vol. II, p. 86. El Padre JULIO MEINVIELLE calificaba a este hecho como el símbolo de "la cima de la historia católica" (cfr. su *Hacia la Cristiandad*, Buenos Aires, Adsum, 1940, p. 56).

Y verlo guerrear —durante años, en la adversidad o en la certidumbre, con su espada invicta que heredaría después *Otón el Grande*— era constatar la enseñanza paulina del "gastarse y desgastarse por Cristo".

Pocas veces detenía sus marchas y sus campañas. Pocas veces cesaba de cabalgar y de lidiar. Cuando en el 790 no hubo ningún llamamiento a filas, los *Anales* del Reino justificaron escrupulosamente el porqué. Frugal y sobrio, infatigable y tesonero, andaba por las comarcas y por los feudos, por los paisajes más exigentes bajo los climas más diversos.

La pasión civilizadora y evangelizadora lo impulsaba. Sus horas de descanso eran menos que las de sus propios subordinados, y la disciplina impuesta entre la tropa el reflejo de su misma austeridad. Sacerdotes y obispos se le enrolaban, con igual veteranía para las armas físicas que para las espirituales. Y aunque la jerarquía eclesiástica ponía no sin razones algunos reparos, era orgullo compartido de caballeros y de clérigos pertenecer al Ejército del Gran Príncipe Cristiano. Del hombre que socorría a los menesterosos y aplacaba a los soberbios, que castigaba a los heresiarcas y redimía a los cautivos. Del nuevo David, temeroso de Dios y sin temores humanos, o del nuevo Josué —como lo mostraba la *Crónica de Turpin*— al son de cuyas trompetas se derrumbaban las murallas de las ciudades inicuas.

Él daba ejemplo de fortaleza y de temple. Con daga y escudo, arco y carcaj, mazas o ariete; sobre el corcel más airoso, el carro más pesado o plantado simplemente sobre sus pies, los soldados lo seguían convencidos y admirados, sin paga ni soldada, confiando en la generosidad del jefe. Y el jefe se adelantaba con sus tropas de élite —las famosas *scaras*— penetrando en el centro mismo de la guardia enemiga, el mentón vigoroso, la mirada clara y las voces de mando siempre alertas. Se vivía la guerra con alegría y se iba a ella como a un rito sagrado. Se peleaba por la *pax* del *imperium christianum, por la renovatio romani imperii,* que era un concepto político y social pero ante todo religioso. Pues paara estar junto a Carlomagno era preciso ser un buen combatiente, pero también un buen

latinista y un mejor teólogo. Y en medio de las más terribles contiendas —y como si fueran naturalmente parte sustancial de las mismas— el Caudillo se ocupaba de las reglas de los monjes y de la salmodia conventual, de los cantos litúrgicos y de las procesiones en acción de gracias. Y se ocupaba, para nuestro asombro de hombres modernos, de sostener contra herejes y prevaricadores, la integridad del dogma de la Santísima Trinidad. Porque así era este hombre singular: capaz de recitar a *Virgilio* y de sostener la intangibilidad del *filioque*, de dialogar con *Alcuino* sobre poetas y estrellerías, de adelantarse impetuoso con el *Condestable Ceilón* en la refriega, de ejercitar las reglas de la gramática con *Pedro de Pisa*, y de salir a campo traviesa a repartir mandoblazos contra los negadores de la Fe.

Los mejores combatientes lo sirvieron. Salían de todos los rincones para llegar al sitio de la convocatoria regia. Condes y señores, vasallos y hombres libres, abades y senescales, pobres y acomodados, la multitud de seguidores no reparaba en la intemperie ni en los sacrificios, ni en la clase o condición social. Porque era la lucha una y única en defensa de la Cristiandad, la lucha que distinguía y mancomunaba, que jerarquizaba y hermanaba al mismo tiempo.

Clamores y plegarias mantenían despiertos a los guerreros, y renovadas pláticas y bendiciones alimentaban sus ánimos de convicciones y de certezas. Con *Carlos* iban, por bosques de hayas o de robles, por caminos abrasados de sol y de polvo, por mesetas rocosas y pedriscos filosos. Soportando emboscadas o nubes de flechas, avanzadas por desfiladeros y ofensivas al descampado. Ninguna queja salía de sus labios. Ninguna deserción, ningún regreso. Y en la hora inevitable de la derrota el gesto extremo del heroismo salva el honor y la grandeza ante la historia. El nombre de *Roncesvalles* resuena aún como signo inamovible, y la figura de *Rolando* cruza el espacio y las edades, vencedora de la herida y de la muerte.

Carlomagno había entendido cabalmente la idea veterotestamentaria de un Ejército de Dios para el *Dios de los Ejércitos*. Alguna vez, en un capitular de marzo del 789, aludió a *Josías*, "no por compararse en su santidad, sino porque es nuestro deber

seguir siempre y en todas partes los ejemplos de los santos". Aquí está el secreto de su vigor y de su lumbre, de su extraordinaria labor y de la trascendencia de todos sus actos.

A imitación de los santos debía vivirse. Y si la vida y la Providencia que la rige lo habían instituido rey y emperador portentoso, su primera obligación consistía en el servicio y en el cuidado del bien común. Imperar era convertirse en pastor y misionero de su pueblo, en lugarteniente de Cristo, en portaestandarte del Arcángel Miguel, en juez misericordioso y en combatiente frontal. No de guerras privadas que mancharan el cuerpo de la patria —por eso las impidió y las prohibió con todo el peso de su autoridad— sino de contiendas justas cuyo objetivo era "la paz, la concordia y la unanimidad en el pueblo cristiano, pues todos tenemos un Padre en los Cielos, una Madre que es la Iglesia, una misma fe y un solo bautismo".

Protector de los humildes y de los desvalidos, guardián de mendigos, enfermos y prisioneros, redentor de cautivos, aplacador de vanidades terrenas, rectificador de costumbres, conquistador de almas y de pueblos, señor de sí mismo y de su prójimo, no debe sorprendernos que abunden quienes, anticipándose al eventual juicio de la Iglesia, tengan por los altares su renombre y por santa su conducta.[12]

Son otro ejemplo *las Cruzadas*.

Vilipendiadas por el pacifismo mendaz de nuestros días, incomprendidas por los materialistas de todas las épocas y lugares, desfiguradas por los profesionales del historicismo, y absolutamente ajenas a su capacidad intelectiva, siguen siendo un altísimo modelo normativo del deber cristiano de la lucha. A ellas apelan los indoctos lenguaraces cada vez que deciden

[12] De la vastísima literatura sobre Carlomagno, remitimos a: DELPERRIÉ DE BAYAC, JACQUES, *Carlomagno*, Barcelona, Ayma, 1977; BRAUNFELS, WOLFANG, *Carlomagno*, Barcelona, Salvat, 1986; PIRENNE, HENRY, *Mahoma y Carlomagno*, Madrid, Alianza, 1981; MENÉNDEZ PELAYO, MARCELINO, *El ciclo carolingio*. En su: *Orígenes de la Novela*, I, IV, Santander, Aldus, 1943 y DE REYNALD, GONZAGUE, *La formación de Europa*, vol. V, Madrid, Pegaso, 1955.

rasgarse las vestiduras por el "fanatismo religioso"; ante ellas se golpean los pechos y entonan los párpados los sedicentes y vergonzosos católicos que viven haciendo autocrítica y meaculpismo eclesiástico; por ellas se escandalizan los sectarios y se sobrecogen de temblor los pusilánimes, y han preferido olvidarlas los clérigos mentecatos y los creyentes grises, porque su solo recuerdo pondría en evidencia sus enormes claudicaciones y miserias.

Pese a todo y a todos siguen siendo parte sustantiva de la tradición histórica occidental. Siguen hablándonos sus caballeros, siguen intercediendo sus santos y sus mártires, siguen presentes sus *miles cruce signatus*, siguen instándonos sus pontífices, sus paladines y sus predicadores.

La guerra adquiere aquí su sentido más alto de vía de realización espiritual. Se iba a ella desasido y purificado —casi en éxtasis en no pocos casos—, convocado por voces y por fines que superaban los cálculos terrenos y las contingencias humanas. Se iba como a un nuevo sacramento, y la sola decisión de alistarse, sabiendo que el regreso era improbable, obraba como ascesis y elevación espiritual.

No quiere decir esto que hubo ausencia de malos y de males, ni que semejante episodio estuvo en manos exclusivas de los ángeles, desenvolviéndose en un terreno feérico y sutil. Quiere decir, simplemente, que aquellos cruzados —más allá de sus defectos y virtudes, de sus fidelidades o traiciones privadas— entendían la guerra santa y justa por Cristo como un bautismo y una confirmación aunadas, como una penitencia y una eucaristía de sangre y fuego, como un ministerio sacro y unas nupcias de fe, como una unción final que precedía a la muerte. Unión de sacramentos del que podía gloriarse quien combatía por el Reino de los Cielos.

Pero si tal concepción bíblica era acertada y lícita —y así enseñada desde la Silla de Pedro— la razón hay que encontrarla una vez más en la heráldica evangélica de las dos espadas. Un *miles Christi* no era necesaria ni primeramente un veterano de contiendas físicas. Cuando después de oírlo a Urbano II o a Pedro el Ermitaño, la multitud se envolvió en cruces rojas dispues-

ta en el instante a marchar combativa, no puede presumirse que toda ella conocía los secretos del arte militar. Antes bien, abundaban los frágiles y los inexpertos. Un *miles Christi* en cambio, era alguien que había sido tocado interiormente por la gracia, que había resuelto ante todo un combate interior, que había reconquistado de los infieles su personal feudo espiritual, que se sabía agonista y antagonista en lides supra y ultra políticas, que había hecho propia esa *"gladius spiritus quod est verbum Dei"*. Después el brazo empuñaría la adarga y el lanzón. Antes estaba el alma acorazada y firme. Sobrevendrían posteriormente las rigurosas pruebas físicas; primero el heroísmo metafísico. La guerra interna era la grande —superar egoísmos, apegos mundanos, temores justificados; vencer la dejadez, la comodidad, el pecado— y comparada con la externa un esfuerzo enorme ofrecido calladamente a Dios.

Por eso, antes de ser propiamente expediciones militares, comenzaron por ser peregrinaciones y romerías, en las que el creyente manifestaba pacíficamente el júbilo victorioso de su lucha en la Fe.

Romeros y peregrinos son, en efecto, los prefiguradores de las Cruzadas. Movidos por los deseos personales de expiación o de reparación, alentados por el justo sentido de la veneración de las reliquias, llevados por una piedad recia y esforzada, atraídos por los nombres místicos de Belén o Tiberíades, Jerusalem, Jordán o Nazareth, iban afluyendo a los lugares santos, con sus ofrendas y limosnas, y poblando los caminos de rezos y promesas.

Hombres rústicos y sufridos a la par de obispos y nobles. La multitud anónima y pía y el abad *Ricardo de Saint-Vanne*, el *Conde Guillermo de Angulema*, el *Arzobispo de Maguncia* o el *Duque de Normandía*. Unos y otros librando entonces sus propios combates con las armas de la oración y de la virtud.

Sólo después, cuando esos Santos Lugares fueron profanados y negados para la piedad del cristiano, cuando la alfanje sarracena holló la tierra consagrada, las peregrinaciones se cubrieron de estandartes y de aceros bendecidos, y se transformaron en arrojada Iglesia Militante. La *benedictio armorum*

y la *oratio pro exercitu* precedió solemnemente las marchas de aquellos que trocaban sus ofrendas de flores y de cirios por el crujir de los sables y el repicar de los arreos.

El Santo Padre era el Primer Comandante de este ejército inmenso y espontáneo; la Cristiandad toda se alista y se encuadra bajo sus órdenes que son a la vez súplicas y promesas de indulgencia; deponen los príncipes sus reyertas que parecen entonces insignificantes, y soldados de todo origen, condición o estado brotan de los pueblos y de las comarcas pidiendo un sitio en las filas. Hay alborozo en las voluntades y un solo grito en los labios: ¡Dios lo quiere!

Cuando habla *Urbano II* —lo atestiguan los cronistas que presenciaron el hecho, como *Roberto el Monje* y *Fulquerio de Chartes*— el entusiasmo fue el sentimiento unánime y expansivo. El Papa llamaba a la pelea, llamaba a liberar a la Iglesia del peso de las cimitarras, llamaba a marcar con la espada nuevos derroteros de luz y de cruz. Un juramento se exigía y era preciso darlo: no retroceder jamás cualesquiera fuesen los obstáculos. Así lo hizo, entre los primeros, *Ademaro de Monteil*, obispo de *Puy*, arrodillado ante el trono de Pedro y repitiendo para sí las palabras del Redentor: "El que no toma su cruz y me sigue no es digno de Mí". Otros muchos lo imitaron y sus ejemplos arrancaban adhesiones en torbellino.

Aquí predicaba *Pedro*, el de la ermita, con sus pies descalzos y su figura macerada y austera; allí el beato *Roberto d'Arbrissel*, desprendido de todo lo terreno y con los ojos vueltos hacia el cielo; y el incomparable San Bernardo, cuyo verbo inspirado y enérgico no puede describirse pues tenía el don de la inefabilidad. Movilizaron con sus palabras los cuerpos y las almas, y a cada acento, a cada cadencia de sus prédicas estentóreas y justicieras, las legiones de cruzados redoblaban sus bríos y sus convicciones combativas. Cada proferición de estos varones cabales equivalía a un asalto de muralla enemiga. Y en el ritmo reiterado de sus pláticas y homilías, de sus arengas y alocuciones, la guerra justa y santa hallaba su proporción y su medida, su fundamento y su fin.

Al lado de los predicadores, los guerreros. Para que se

cumpliera una vez más la enseñanza evangélica de las dos espadas. Hombres de estatura épica, inasequibles al desaliento. *Gualterio Sans-avoir, Raimuno de Saint-Gilles, Adhemar de Monteil,* izando la reliquia de la auténtica cruz en la primera fila de los cuadros, *Godofredo de Bouillon* —el Defensor del Santo Sepulcro—, *Don Ramiro de Navarra, Balduino IV*, al frente de sus tropas aún ciego y leproso, *Pedro Bartolomé*, el *Conde de Tolouse* —cuya castidad lo acreditó a portar en las batallas la lanza de Longinos milagrosamente hallada— y el legendario *Ricardo Corazón de León*, de quien su solo apelativo define su gallardía, y que ganó fama y admiración entre los mismos adversarios.

¿Qué clase de hombres eran aquellos —se ha preguntado con razón *Régine Pernoud*— que podían construir *Chartres* y *Amiens*, crear ciudades, forjar lenguas, buscar *el Grial*, marchar a *Jerusalem*, librar batallas, amar apasionadamente y morir sin sobresaltos? ¿Que podían alistarse solos con su pobreza y su vocación martirial, como *San Francisco* o elaborar un recio código castrense, como *Raimundo Lulio*? ¿Qué espíritu tan especial movía sus pasos hacia caminos de sacrificio y de grandeza, de renunciamiento y de servicio, de ardor y de acometida? ¿Qué entusiasmo sobrenatural los asistía para sucumbir sin protestas ante una andanada de flechas musulmanas, como esos peregrinos que acompañaron al obispo *Gunther* y que no amilanaron sin embargo a los que venían detrás en fervorosas mesnadas? ¿Qué temple los asistía para ayunar en vísperas de un combate, sabiendo que humanamente más se precisa del alimento, pero anteponiendo los deberes penitenciales a los cálculos terrenos, y cantar después poéticamente las proezas, con el mismo lirismo con que se habían ejecutado?[13]

El repaso somero de sus nombres y de sus gestos, puede acercarnos una respuesta.

Tal vez, paradójicamente, se piense primero en esa mul-

[13] Cfr. PERNOUD, RÉGINE, *Los hombres de las Cruzadas*, Madrid, Swam, 1987. En adelante, seguimos las valiosas informaciones de esta obra.

titud sin nombre ni gestos delineados. Es cierto que hubo en ella no pocos aventureros y forajidos, y que sus tropelías causaron perplejidad e indignación aún entre la misma jerarquía eclesiástica, abocada entonces a la custodia de las víctimas. Pero fuera de estas patologías inevitables, que la Iglesia jamás convalidó y cuyos daños reparó, era aquella una multitud peregrina, con un sentido arraigado del tránsito y de la pascua, del paso de una vida vieja a otra nueva, del rescate y de la peniencia, capaz de poner en práctica de modo literal y excepcional, el mandato de Cristo por alzarse y marchar, de cargar la Cruz y seguirlo. Por eso ha dicho bien *Belloc* que los cruzados —con armas o sin ellas— fueron siempre esencialmente peregrinos, caminantes orientados por un fin religioso y por un voto. Llegar a la Jerusalem terrena era la perfecta prefiguración de la llegada a la Jerusalem celestial.[14]

Piénsese en *Urbano II* dirigiéndose a *Nuestra Señora de El Puy* entre los sones del *Salve Regina*, para anunciar allí, en el día de la *Asunción* primero y desde el *Concilio de Clermont* después, el lanzamiento formal de la guerra contra el infiel. Venía de enfrentarse con antipapas y monarcas indignos, y había templado su juventud sacerdotal en la compañía de *San Bruno*. Ahora, lejos del claustro silente de la Gran Cartuja, tocábale hablar como vicario de Cristo y así lo hizo: "Que aquellos que anteriormente estaban acostumbrados a combatir cruelmente en guerras privadas contra los fieles, luchen ahora contra los infieles y alcancen un final victorioso en esa guerra que debería haberse emprendido mucho antes; que aquellos que hasta el momento han sido malhechores, se conviertan en soldados; que aquellos que antaño combatieron contra sus hermanos y parientes, luchen ahora como es debido contra los bárbaros; que aquellos que aceptaron ser mercenarios por una gloria irrisoria, se hagan ahora merecedores de las recompensas eternas, que aquellos que han malgastado sus cuerpos y sus almas, se

[14] Cfr. Belloc, Hilaire, *Las Cruzadas*, Buenos Aires, Emecé, 1951, p. 61 y ss.

esfuercen por conquistar una doble recompensa. A su lado estarán los amigos de Dios, al otro sus enemigos. Decidiros sin más tardanza, que los guerreros arreglen sus asuntos y reúnan todo lo necesario para los gastos; cuando termine el invierno, que emprendan con alegría el camino guiados por el Señor... Os exhorto —y no soy yo sino el Señor el que os ruega y os exhorta como heraldos de Cristo— que os apresuréis y liberéis de ese yugo a las regiones habitadas por nuestros hermanos... Es Cristo el que manda".

Y como otros tantos Cristos, enormes contingentes de voluntarios, se signaron con la Cruz y comenzaron su peregrinación litúrgica y guerrera.

Piénsese asimismo en *Pedro el Ermitaño*, pequeño de dimensiones físicas —según la semblanza que nos ha dejado de él *Guillermo de Tiro*— pero de facundia noble y de corazón en continua romería.

Humilde sobre su jumento, la barba gris y la túnica leve, recorría los parajes más distantes y más pobres predicando la legitimidad de la lucha por Cristo. A su paso, lo atestiguan sus mismos contemporáneos, se convertían los pecadores y se arremolinaban los virtuosos. Repartía cuanto le daban, pero sabía distribuir ante todo el don de la mansedumbre, perfectamente compatible con el del ardor bélico. Ferias y caminos, plazas y pórticos, lo vieron pasar. Aclamándolo o aplaudiéndolo, interrogándolo o implorándole. Él iba fiel a sí mismo y a la causa cruzada: instando a todos —mendigos o desvalidos, acaudalados o plenos de salud— a que arropados en la cruz morada emprendieran el itinerario reconquistador.

Su nombre, como ocurre con el de los verdaderos arquetipos, mereció ser cantado y habitar en el recuerdo de las canciones de gesta. Y algo que no deben dejar de considerar los modernos adoradores del éxito mundano: ningún triunfo material alcanzó el eremita, ningún logro de aquellos que hoy hacen estremecer de envidia a los poderosos. *Pedro el Ermitaño* es, ante todo, la victoria del testimonio y del apostolado, del abandono a la Divina Providencia y del desasimiento pleno. La victoria de la caridad encendida y del coraje resuelto. La

victoria de los vencidos heroicos que en su fracaso ganan, porque como el grano de trigo, sólo dan fruto en la extinción y en la molienda.

La Edad Media —forjada en la espiritualidad de la lucha ascética y de la lucha física, del monacato y de la caballería— podía hacer estos distingos y estas altas opciones. Por eso respetaba a los caídos y a los mártires, a los derrotados con honor y en alabanza al Padre, y despreciaba sin disimulos a los acomodados y a los flojos. Cuando *Etienne de Blois* desertó del *Cerco de Antioquía* y se refugió en la casa, su esposa *Adela* lo echó avergonzada, y —digno al fin, el hombre— regresó a Tierra Santa para morir combatiendo. Y cuando hubo que elegir autoridad que rigiera a los barones, siempre propensos al exceso o al desmán, no eligen al más rico ni al más hábil ni al más pragmático, sino a *Godofredo*, el piadoso y recto, tan inigualable con la espada a campo descubierto como en la hora de la plegaria y del recogimiento. Y cuando al fin, entre tantos ejemplos dignos de ser mentados, durante el *sitio de Acre*, en el que deslumbró el valor de *Ricardo Corazón de León*, el hambre y las epidemias habían hecho estragos, los obispos de *Salisbury*, de *Verona* y de *Fano* exhortan a lidiar y organizan colectas para asistir a los cruzados. Situaciones todas, impensables en nuestros días, pero corrientes en tales tiempos de predicadores fogosos, de hogares fieles, de esposos con vergüenza, de nobles prudentes y de pastores intrépidos, despreocupados de la añadidura y del exitismo y abocados al Reino de Dios y Su Justicia.

Piénsese igualmente en las mujeres.

La cursilería romántica o la picardía de bajo vuelo ha fabulado indoctamente al respecto, dando pie a las versiones más antojadizas, cuando no ruines. Pero dueñas de tanta o más fe y de vigor que sus cónyuges, compartieron con ellos penurias e ilusiones, y al buen decir de *Quevedo*, "acompañaron el lado del marido, más veces en las huestes que en la cama". Estuvieron en los sitios de *Antioquía* y de *Acre*, calmando la sed y las heridas y dando ánimo para no cejar ni abandonarse, y no reclamaron mayor distinción que la de tener un puesto a la hora del sacrificio.

Elvira de Aragón partió con su esposo *Raimundo de Saint Gilles*, perdió un hijo y engendró otro, y no se mostró esquiva a las inclemencias del camino ni a la gravedad de las circunstancias. *Ida de Austria*, mujer del duque *Welf de Baviera*, tomó la cruz a la par de los hombres y participó en *Heraclea*. *Margarita de Provenza*, señora de *San Luis*, a punto de alumbrar y enterada de la derrota de *Amiete*, organizó el rescate del Rey y de la ciudad e hizo jurar a su fiel servidor que le daría muerte antes de ser capturada por los infieles. Son sólo algunos casos, pero podrían multiplicarse. De esta época son asimismo algunas coplas que aluden a doncellas guerreras, hijas de padres ancianos sin descendencia masculina, que imposibilitados ellos de concurrir al combate, enviaban a sus niñas vestidas de varón. Y de otras tantas coplas, no menos ilustrativas, en las que se narran aquellos patéticos casos de esposos dados por muertos en la lucha y que vuelven un día, milagrosamente, después de añares, para encontrarse con la fidelidad intacta de la esposa; tan intacta como su esperanza y su presentimiento del regreso y por los cuales no había vuelto a casarse. En la iglesia franciscana de *Nancy*, una lámina mortuoria ha inmortalizado este gesto emblemático de recíproca lealtad marital. Es la que recuerda a *Hugo I de Vaudemont* y a su esposa *Ana*, íntimamente abrazados, después de diecisiete años sin verse. Él retorna de las Cruzadas. Ella lo aguardaba firme y fiel como si hubiera partido anoche. Él y ella son creaturas cristianas, arquetípicas de este notable medioevo militante.

Piénsese al fin, en *San Bernardo* y en *San Luis*. Y se hallará la respuesta a esta doble dimensión de la lucha, a esta doble misión del cristiano de empuñar la espada de la palabra, y de cumplir con la palabra de ceñir espada en defensa de la Fe.

Bernardo fue un predicador eximio e iluminado. Tenía el don de alumbrar y de conmover con su verbo, de proferir sentencias que fueran a la vez como flechas filosas para los impíos y como agua mansa para los corazones leales. Ni en celo ni en sabiduría podía equipararse le, y príncipes y Papas lo convocaron a aconsejar y a hablar.

Dejó así la amada soledad de su monasterio y se puso en camino. Pocas veces en la historia fue tan evidente el valor práctico de la vida contemplativa. Y no es que ella necesite justificarse pasando la prueba de la practicidad, sino que es ésta la que necesita orientarse y legitimarse con la dirección impresa por la visión del contemplativo.

Fue así que al soplo de la voz bernardiana se obraban prodigios y auténticos milagros. Tullidos que recobraban su andar y ciegos o mudos que al fin veían y podían comunicarse. Pecadores que se enmendaban y ejércitos enteros que se izaban resueltos sobre el horizonte de la cristiandad; como ocurrió en *Vézelay* en la Pascua del 1146, no alcanzando las jiras de tela roja preparadas para "cruzarse", y teniendo entonces el santo que partir su propio hábito. La Cruzada era para él un ensanchamiento del Reino de Cristo, la realización de la unidad de las naciones bajo el signo de la Verdad, la espiritualización del poder político y la única guerra justa que daba razón de ser a las corporaciones militares. Más allá del éxito o del fracaso temporal, de los cálculos estratégicos o de las diferencias físicas. "Cuanto más inferiores en la pelea" —le escribe a *Eugenio III*— "tanto más superiores se hicieron en la fe".

Bien se ha dicho de él, que si algún ajustado icono pudiera describírnoslo, el mismo debería representarlo entre el hierro y el lirio. El hierro de un yelmo sólido y de una espada erecta, y el lirio blanco e intacto de su palabra enarbolada. Síntesis plena de quien fue a la par cruzado y citarista, orador de la reconquista del Sepulcro Santo y eremita enamorado de las glorias de la Virgen.

Amó la soledad, el silencio y la vida contemplativa —esa mejor parte encarnada en *Raquel* o en *María* sobre la que tanto había lucubrado— pero Dios le pidió la acción y la facundia, la disputa tensa ante el escenario del mundo. Y el santo obedeció sin murmullos y con una firmeza inspirada. Ya de pie o acorazado o silente y de rodillas, ya delante de caballeros y monarcas o en el secreto de la celda, ya en las arengas palpitantes o en la dulzura de sus pláticas.

Había bebido del manantial de los Padres, y con ellos supo

descifrar el misterio del Desierto. Hizo hóspito lo inhóspito, y en estado de gracia, las frases le surgían esplendentes y vigorosas. *San Isidoro* le comunicó la riqueza de la ciencia etimológica y *San Jerónimo* la sabiduría escriturística. La disciplina monástica mortificó su carne y lo encendió para las ideas, y ellas brotaban de sus manos y de su boca como la miel y el viento, poderosas y dulces.

Se le arremolinaban para oírlo. Y el gentío se convencía del honor y del deber de creer y de pelear. Él iba inamovible en sus convicciones y en su ayuno, de plazas y de comarcas a castillos y catedrales. La Virgen lo sostenía en la fatiga, con sus manos enjoyadas de cielo y, seguramente, como después lo vería *Dante* en el *Paraíso*, le mostraba con su sola presencia *"L'Amore che muóve il sole e l'altre stelle"*.

Monje y caballero, poeta y profeta, taumaturgo y moralista, San Bernardo no dejó sitio sin visitar. Colonia, Aquisgrán, Maestricht, Lieja, Mons, Flandes o Maguncia, se multiplicó en homilías y en exhordios, convenciendo a los indecisos, inflamando a los dubitativos, apasionando a los decididos. Reformando costumbres, amonestando extravíos, rescatando el Bien.

Multitudes en procesión salían a su encuentro, y su empeño era tanto hacerlas épicas cuanto santas. Por eso, si reclutó guerreros para los emperadores, también reclutó vocaciones para los claustros. Y si a su influjo se recuperaron ciudades como la de *Santarem*, también se agregaron versos al *Salve Regina*, como en la catedral de *Spira*, una noche de Navidad.

"Los enemigos de la Cruz" —decía y ratificaba con firmeza— "han levantado su blasfemo estandarte y devastado con el fuego la Tierra Santa, la Tierra Prometida... Ceñíos virilmente la armadura y empuñad la espada triunfadora". Es el magisterio paulino desbordante de nuevos bríos y del mismo afán reconquistador. Y semejantes palabras no van dirigidas a superhombres que resultarán indemnes en la embestida, sino a creaturas vulnerables y dolientes que precisan ante todo librar el combate en la propia interioridad, para vencer sus flaquezas y sus poquedades. *San Bernardo* conocía bien la naturaleza humana. Él mismo experimentó el dolor desgarrador ante

la muerte de su hermano *Gerardo* y no sintió pudores en retratarlo. "Mi fortaleza no es de piedra ni de bronce", escribió al respecto. Pero conocía asimismo el valor superador de la Fe y de la Esperanza, y el valor inmenso del ocio contemplativo, por eso, tanto al Santo Padre como a los creyentes comunes no cesaba de instarlos a la vida de oración y de ensimismamiento. Eran el necesario preludio a la acción. Entonces sí, como se lo reclamó al Papa, "urge ya el tiempo de obrar, ¡obra pues! Ha llegado el tiempo de la poda, si antes meditaste. Si has movido el corazón, se ha de mover también la mano. Domarás los lobos, pero no dominarás las ovejas... Fuertes en las luchas, no apoltronados entre sedas".

Contemplación y acción, adoración al Señor y pelea por Él; todo ha de saber hacer el buen cruzado. Llevar la clámide o la cogulla, cargar el crucifijo y el hierro macizo, montar a caballo e hincarse de rodillas, batirse en las moradas interiores y asaltar murallas de sarracenos. Y tener por Suprema Dama en esta vida caballeresca, a María Santísima, a la que *San Bernardo*, como buen cisterciense, amaba en la sublime austeridad de su recinto espiritual.[15]

Nombremos a su lado las glorias de *San Luis*.

Modelo entre modelos admirables. El hombre que ejerció el gobierno de un modo completo, personal y absoluto, y que lo hizo con el único fin con que es lícito hacerlo: en función de los gobernados. Sin favoritismos y en contra de ellos, pero a favor de los reales necesitados, a quienes socorrió con sencillez de padre.

El hombre que castigaba a los blasfemos e impartía justicia públicamente. Lo primero porque carecía de ese despre-

[15] Sobre la vasta literatura bernardiana, hemos consultado y recomendamos: RUTA, JUAN CARLOS Y COLABORADORES: *Monje y Caballero*, La Plata, Fundación Instituto de Teología, 1990; AILBE, J. LUDDY, *San Bernardo*, Madrid, Rialp, 1963; *Obras Completas de San Bernardo*, Madrid, BAC, 1953-55, pptte. vol. II; *Obra Mariana de San Bernardo*, Buenos Aires, Teotocos, 1947 y RAYMOND, F. M., *La familia que alcanzó a Cristo*, Buenos Aires, Difusión, 1945.

ciable sentido del ecumenismo moderno que homologa a Jesucristo con Buda y nivela las preces de los bautizados con la de los infieles. Lo segundo porque tenía de la justicia una visión teológica y sabía que sin tamaña virtud no hay salvación posible. De allí que escuchara personalmente las quejas de su grey y reparara con equidad la situación del débil y del desposeído. Y que acabara con los abusos de los arrendadores o con los maltratos de los recaudadores y senescales.

El hombre que fue para sus súbditos un consuelo y un jefe misericordioso. Un bien para el alma y para los cuerpos. Porque nadie lo aventajó tampoco en el cuidado de las finanzas y en la administración de la hacienda, al punto que habían pasado muchos años de su muerte y la población humilde seguía reclamando "las monedas de San Luis". Maestro de la caridad y de la piedad, tan pronto repartía libros y donaba bibliotecas, como entregaba limosnas y víveres. Tan seguro de sí en la expulsión de los perjuros y en la asistencia a los menesterosos. Tan grande con el yelmo y la corona real, o con el hábito de peregrino cuidando leprosos calladamente. Tan brioso en la formulación de los artículos del Credo y rienda en mano, al frente de sus tropas implacables.

El hombre que enseñaba a su hijo *Felipe* a no ser tolerante con los sembradores de sacrilegios y que no ahorraba el hierro para mantenerlos a raya y con merecidos castigos. El primero en avanzar en tiempos de pelea y el primero en la paz, visitando ciegos y desvalidos. Primero en la vigilancia moral y espiritual de sus subordinados, primero en el amor y en el desprendimiento, y asimismo primero en imponerse penitencias y mortificaciones severas. Su figura ascética y caballeresca sigue siendo admirada y esperada. Hasta un político práctico de nuestros días sostuvo que para el futuro "sería deseable un San Luis bajo un roble y en medio de su pueblo".

Semejante hombre no podía dejar de ser Cruzado.

Por eso no le importó estar enfermo y haber sido dado por muerto a causa de sus graves dolencias. La campaña de *Poitou* y *Saintonge* lo había regresado envuelto en fiebres y en dolores fatales. Fueron días largos y tensos en que se lloró por su

partida y en que se creyó en su definitivo final terreno. Quedó quieto y mudo sobre su lecho, envuelto en oraciones y en amargas expectativas. Pero bastó que recuperara el aliento y la palabra para que ordenara al Obispo de París que lo invistiese Cruzado. "Señor Obispo" —le habló— "os ruego ponerme en la espalda la cruz del viaje de ultramar".

No hubo ruego ni prevención humana que lo hiciera desistir de su propósito. Su vida era lo menos reservado que poseía, y estaba consagrada por entero a la gloria del Redentor. Tomó la cruz que el obispo le había colocado, agradeció profundamente al Creador, y besándola dijo simplemente: "Ahora sí estoy curado". Después dirá de él *Matthieu Paris*: "Era el abanderado de la Cruz".

Ordenó las cuestiones internas de su reino, tomó todas las precauciones prácticas que su pericia de organizador avezado le dictaba, y se puso en camino.

Ningún detalle quedó fuera de su atención épica: fundar un puerto de embarque o almacenar forrajes, alistar pontoneros o planificar obras de compleja ingeniería, recorrer terraplenes y edificar galerías para el resguardo de la tropa; pero precisamente porque era un santo y las preocupaciones terrenas tenían su sitio, una vez satisfechas, armó espiritualmente a sus hombres con una mística fervorosa y ardiente. Gracias a ella pudieron resistir las peores adversidades y ejecutar las más nobles hazañas. Como el *Conde Pedro de Bretaña* y sus compañeros de prisión que prefirieron el martirio a una libertad indigna. Como *Villain de Verfey* y *Guy de Dammartin* que enemistados personalmente se perdonaron en vísperas de lucha porque no podían combatir faltos de caridad. Como *Joinville* —enfermo y deshauciado— y que no obstante saca fuerzas para sostener al sacerdote que caía desmayado en el momento de la consagración. Y como el mismo Rey —valiente siempre, valiente en todo— aunando en sí el ideal caballeresco de un alma buena en un cuerpo acerado.

Jinete diestro tumbando enemigos a su paso, ballesta y lanza en ristre en medio del agua, cuando le tocó pelear allí arrojado desde una nave, tal como lo cuenta *Juan de Beaumont*;

arengando a sus guerreros con voces encendidas, como en las puertas de *Damiette*, enarbolando el estandarte de la flor de lis entre el estruendo de los timbales y los gritos de la lucha; magistralmente entero ante las exigencias del Sultán, cuyas presiones no lo arredraron ni lo rindieron sus amenazas, firme en el cautiverio y en el trono, leal a la palabra empeñada aún a costa de sus privados intereses y despojado de toda vanidad, sin perder jamás el señorío, como parece recreárnoslo el pórtico de la *Catedral de Reims* en el famoso retablo de *La Comunión del Caballero*.

Su discurso a los combatientes a la vista de las riberas de *Damiette* es un retrato acabado de su estatura religiosa y guerrera, una clase magistral de la doctrina de las dos espadas, un canto al sentido cristiano de la lucha. "Mis fieles amigos"—supo decirles en tan especial circunstancia— "seremos invencibles si permanecemos inseparables en nuestra caridad. No ha sido sin el permiso de Dios que hemos arribado tan pronto aquí. Abordemos esta tierra, cualquiera que sea, y ocupémosla decididamente... Todo está por nosotros, cualquier cosa que nos ocurra. Si somos vencidos, subiremos al cielo como mártires; si por el contrario triunfamos la gloria del Señor se celebrará con ello, y la de toda Francia o más aún la de toda la Cristiandad, será por ello más grande. Dios, que todo lo prevé, no me ha incitado a esto en vano. Esta es su causa, combatimos por Jesucristo y Él triunfará con nosotros; y esto dará gloria, honor y bendición no a nosotros sino a Su Nombre".

Todo San Luis y todo el Medioevo están presentes en esta inigualable proclama. El triunfo no dependerá de circunstancias físicas sino de la unión en la caridad. Y el mismo Dios que permitió el avance, permitirá ganar por las palmas del martirio, el derecho de ubicarse a su diestra. La victoria es orgullo para la patria a la que semejantes guerreros pertenecen, pero es —por sobre todo— un logro de la Cristiandad. Y dará, ciertamente, legítima nombradía a sus artífices, mas la gloria humana es nada comparada a la gloria que corresponde al Señor.

Se cumplió cabalmente el poema de *Peguy*: "Felices los que han muerto por el Santo Sepulcro...".

No conforme con sus campañas —y conciente en definitiva de que mientras hay vida hay que convertirla en milicia— el Santo Rey organizó una segunda cruzada con el propósito de completar y mejorar la primera.

Su salud ya declinaba irremisiblemente. El Papa *Clemente IV* vaciló antes de darle su consentimiento, pero entendió al fin, seguramente, que no era aquel un hombre que pudiera contener su celo apostólico por falta de plenitud corporal.

Otra vez las banderas, los estandartes y las lanzas. Otra vez las cabalgaduras y la Cruz en lo alto. Otra vez el esfuerzo, el sacrificio y la lucha. Hasta que ya no pudo levantarse sino con la mirada y con el alma.

Su tienda de agonizante semejaba una capilla. La misa y los diarios oficios litúrgicos se celebraban en ella, y un crucifijo se enarbolaba al final de su lecho, que el caballero bendecía y besaba con unción. Seguía las letanías, aún musitándolas por la debilidad de su voz, y no quería dejar de arrodillarse para recibir la Sagrada Forma.

"Iremos a Jerusalem", le oyó decir su confesor *Geoffroi de Beaulieu*, poco antes de morir. Y no se equivocaba. La Jerusalem Celestial lo aguardaba engalanada y gozosa, y hacia ella partió al fin repitiendo las palabras del Salmista: "Entraré en vuestra casa, adoraré a vuestro templo y confesaré vuestro nombre". Era el comienzo de su mejor Cruzada:

"¿Qué sol de santidad deshabitada
resuelto en catedrales de colores
peinó de celestiales resplandores
el oro de tu frente coronada?

¿Qué sangre azul reverdeció en la espada
sostenida en el viento de las flores
y ese sueño de pasos redentores
que te encendió en fervores de cruzada?

Yo sé de una canción, buen caballero
donde hay un rey, un pájaro, un lucero
albos lises de Francia, áspera senda...

Cuando caíste entre ponientes rojos,
¿qué magia de telón abrió los ojos
a la Jerusalem de tu leyenda?"[16]

La muerte de San Luis, así como la de tantos otros caballeros cruzados, nos pone también en presencia de una reflexión más.

Para estos hombres cabalmente consustanciados con el sentido de la lucha cristiana, la muerte no era un ocaso sino una aurora. Y en rigor no era ella la vencedora —como lo será después, en los tiempos modernos, cuando el inmanentismo gane todos los terrenos—, sino la vencida, la gran derrotada. "Muerte, ¿dónde está tu victoria?", pudo preguntarse San Agustín. Mientras pasado el medioevo enseñarán el *carpe diem*, el gozar cada día pues en la tumba todo concluye.

Se entiende que en una cosmovisión naturalista y exaltadora de los bienes terrenos, la sola posibilidad de envejecer y de morir, es concebida como una proscripción de la vida, como una cruel limitación de nuestras posibilidades. Ni se quiere padecer ni se admite ofrendar la existencia. Con tal mentalidad no hay quien busque combatir, y menos todavía combates carnales, pues se sabe que de ellos se sigue casi inevitablemente la certidumbre

[16] GOROSITO HEREDIA, LUIS, *Luis Rey de Francia*. En su *Península de Cielo*, Buenos Aires, Centauro, 1947, p. 77. Sobre la vida y la obra de San Luis, remitimos a SEPET, MARIUS, *San Luis, rey de Francia*, Buenos Aires, Excelsa, 1946 y a BORDEAUX, HENRY, *San Luis, Rey de Francia*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1951. La frase anteriormente citada atribuida a un político práctico moderno, pertenece a GEORGE POMPIDOU en su obra *El Nudo Gordiano*, Madrid, Hispanoamericana, 1975. Ha sido tomado de MONTEJANO, BERNARDINO, *Proyecto Nacional y Política*. En: LAISE, DI PIETRO y otros, *Actualidad de la Doctrina Social de la Iglesia*, Buenos aires, Abeledo Perrot, 1980, p. 132.

de la muerte. El cristiano se vuelve así calculador y medroso, apocado y falto de osadía, conteste en que se le pida "todo" menos el martirio y la cruz.

Muy distinta era la conducta medieval. El sufrimiento y la limitación física, la decrepitud y al fin la extinción, constituían la materia diaria de la reflexión creyente. Y quien se lanzaba al combate lo aceptaba con la misma naturalidad con que cargaba sus arreos. No puede repasarse sin estremecimiento las historias de aquellos prisioneros que preferían el suplicio sarraceno a concesiones o pactos que hoy resultarían de curso corriente. Ni puede recorrerse sin admiración los cuadros agonizantes de tantos guerreros —que desentendidos de esas medicinas o terapias que ahora absorben y dominan hasta el segundo final del moribundo— ordenaban su propia liturgia de difuntos con la serenidad y la alegría de quien ordena un festejo.

La muerte era el séptimo día creacional de los hombres: la jornada de descanso y de gloria. Hacia ella, decía *Dante* en *El Convite,* el alma debe partir como esposa de Dios. Peregrinar y desterrarse —exilarse— pero a la vez, y paradójicamente, poner fin al destierro y al camino para encontrar la morada definitiva y firme. *Finis exilii, peregrinationis terminus,* la llama *Vicente de Beauvais* en su *Speculum doctrinale.* Cierre temporal del buen combate y del buen andar e inicio de la eternidad absoluta.

En el mundo todo es provisionalidad y errabundez, búsqueda de un puerto y de un remanso. Por él va el *homo viator* buscando "seer desembargado", al decir de *Berceo.* Y no hallará mayor certeza de quietud para su destino peregrinante que morir en cruzadas, testigo de Cristo Rey. Es ésta incluso, la enseñanza formal de *Inocencio III* en el *Cuarto Concilio de Letrán.* Liberar Jerusalem es la *pascua corporal,* restaurar a la Iglesia, la *pascua espiritual,* pero morir en la demanda será la *pascua eterna.*

La muerte poseía para aquellos gloriosos combatientes, una doble dimensión: la del cuerpo y la del alma. Y conforme a las indicaciones evangélicas, la segunda era más terrible y temible que la primera. Era preciso evitarla, entonces, no só-

lo con un vivir acorde con las exigencias de la santidad y del heroísmo, sino con el cultivo de un verdadero *ars moriendi*, "que a los hombres salir hace, del sepulcro de nuevo hacia la vida", como lo cantó *Petrarca*.

Bien morir era un arte, y era a la vez una recompensa y un premio. Comenzaba a ejercitarse en plena vida con la prédica sacramental —a la que no casualmente algunos autores consideraban un modo especial de la *militiae Christi*— se prolongaba en la vigilia tensa para rechazar el mal, y coronaba con el Santo Viático, el sacramento de los que parten, como definió *Trento*. Todavía *Shakespeare* nos mostrará el lamento amargo del espectro de *Claudio de Dinamarca*, porque segado fue en la flor de su pecado "sin preparar, sin óleos, inconfeso".

Aquella hermandad de cruzados y de cristianos robustos en la lucha se sabían vulnerables y frágiles. Su fortaleza era ofrecer esa vulnerabilidad inevitable en aras de una causa mayor. No les resultaba indiferente vivir o morir, no carecían de temores ni estaban exentos de legítimos apegos. No tenían un sentido esteticista del final terreno que podía llevarlos —como se cuenta de *César*— a acomodarse el manto regio ante la puñalada fatal; ni tenían tampoco —como será después tristemente común en los tiempos modernos— la mentalidad del mercader con sus horas iguales, para comer, dormir o partir. Tenían en cambio un enlace místico de las horas y una inteligencia clara para amar y valorar la eternidad. Preparados para la muerte vivían y marchaban a la lid. Y su mayor conquista en la agonía (y volvemos a usar el término en la doble acepción de su semántica) era unirse triunfalmente con la agonía de Cristo.[17]

Nuestro tiempo no está en condiciones de entender a los mártires ni a los cruzados. Y si hacia 1937, cuando *Belloc* puso punto final a su obra sobre esta cuestión, se lamentaba del materialismo y de la perversión religiosa dominantes que hacían

[17] Remitimos sobre el particular al libro de MITRE FERNÁDEZ, EMILIO, *La muerte vencida*, Madrid, Encuentro, 1988.

imposible valorar tanta riqueza espiritual, ahora, aquel lamento y aquella observación, no encontraría siquiera la proporción adecuada para expresarse. Sólo un mártir de nuestros días puede acercarnos palabras esclarecedoras, con la claridad que da la comunión de la sangre. Oigamos, pues, este juicio palpitante de *Anacleto González Flores*, asesinado por *Cristero* en la bella *Guadalajara*: "El voto de los mártires ha tocado bordes de las páginas de la historia y se ha quedado allí para siempre. Ha ido más lejos... ha tocado la carne viva de las generaciones y todos los días hace el milagro de resucitar en los espíritus con su clámide de sangre y con el gesto atrevido de un gladiador que nunca se rinde. El mártir... arroja su vida para que jamás se extinga ni su voto ni su recuerdo... Al acabar de teñir con su sangre la mano de los verdugos ha dejado una señal inconfundible de su pensamiento. Y por encima de todos los olvidos queda escrita su afirmación suprema: «Yo he sido». En la democracia y en los comicios donde se vota todos los días con papeles numerosos, cabrá la tergiversación. El fraude y el soborno y la mentira podrán conjurarse para engañar y arrojar cómputos falsos y para encumbrar nulidades salidas de los estercoleros. Y la democracia vendrá a ser lo que es, lo que ha sido entre nosotros: un infame escamoteo de números y de violencia donde se carga de escupitajos y de ignominia al pueblo. No sucede esto dentro de la democracia de los mártires... porque lo que se escribe con sangre queda escrito para siempre, el voto de los mártires no perece jamás".[18]

Y los Santos Lugares aguardan, todavía, una llegada reconquistadora de otras nuevas centurias de Cruzados.

Caballeros Andantes

Recapitulemos al fin. Buscábamos ejemplos de la épica cristiana medieval y los hallamos. El de *Carlomagno* y el de las

[18] González Flores, Anacleto, *El plebiscito de los mártires*, Michoacán, Impresos Fit, 1977 (edición del 50º aniversario), p. 18-19.

Cruzadas. El de *Urbano II* y *Pedro el Ermitaño*, o el de *San Bernardo* y *San Luis*.

Y es otro ejemplo inobviable *la Caballería*.

Dijo bien *Huizinga* que después de la religión y junto a ella, ninguna idea tuvo mayor influjo en aquella sociedad que la idea caballeresca. Dominó la inteligencia y la voluntad, el estilo y el gusto, y aunque en muchos no pasó de ser una moda literaria o deportiva, su plena vigencia antaño es un buen índice revelador del espíritu que entonces campeaba.

Los viejos valores de la Antigüedad volvían por sus fueros en la Caballería: fidelidad y sacrificio, coraje y piedad, palabra empeñada y conducta intachable. No es casual que *Renato* —el Rey de Nápoles y eximio humanista— en su *Le coeur d'amours espris*, describiera las tumbas de Lancelot y de Arturo al lado de las de César o Hércules. O que *Carlos el Temerario* hiciérase leer por igual las hazañas de Alejandro y las de Galván. Un invisible lazo mancomunaba a los héroes por encima del espacio y del tiempo, que tales contingencias parecían no regir para ellos.

La política y la historia, las artes y las letras, las humanidades y el derecho, todo fue ganado por los códigos hidalgos, y hasta entrada la modernidad —al menos cronológicamente— todavía habrá monarcas que quieran dirimir en justas sus derechos y sus principios. "Para resolver con mi propio cuerpo y evitar los sufrimientos del pueblo", como decía *Felipe el Bueno*. Se ha dicho que semejante actitud —el precitado Huizinga lo sostiene— fue perjudicial para el destino de las naciones que les tocaba regir. Si el eventual perjuicio se mide exclusivamente con la vara del éxito mundano, no es difícil conceder el argumento. Si cabe otra mirada —la del espíritu apuntando hacia lo sobrenatural— allí están, tan distintos y tan analogables, *Enrique V* y *Felipe II*, *Carlos V* y *Santa Juana de Arco*, modelos de conductas caballerescas. Un patriotismo templado por la Fe, una Fe intrépida al servicio de la gloria de Dios, y una fuerza que brotaba de ese doble sentimiento religioso y patrio, encauzada a proteger a los más necesitados de justicia.

Ideal centrado en el honor, pero honor que para el cris-

tiano, al buen decir de *Chastellain* en su *Le livre de la paix*, se recibe de la fe y de la luz, y debe legarse tan intacto como se heredó, para asegurar su emulación y su continuidad imprescriptible. Como se cuidaban las reliquias de quienes habíanles precedido en la lucha, la espada de San Jorge o el Salterio de San Luis.

Ideal que no admitía preferir la riqueza al decoro, y que miraba con desdén el afán de engrosar patrimonios, sin advertir que es bastante la honra y la valentía. Así habló el padre de *Bocicaut* en el *Livre des faiets*, porque la codicia y la soberbia no tenían cabida en su corazón. El caballero prefería otros bienes que lo embargaban de vitalidad: la alegría de la lealtad, el desafío de la abnegación, la perfección viril y ese "cumplir el mandato de nuestro Creador", como se lee en *Le Jouvencel*, la biografía de *Jean de Bueil*, antiguo capitán de *La Doncella de Orléans*.

El caballero auténtico profesaba un ascetismo que lo liberaba de pertenencias mundanas y lo esclavizaba a la virtud. Era la imagen acabada del guerrero desposeído de sí mismo y consagrado a la defensa de la Verdad. Su carácter se moldeaba diariamente en la práctica de la compasión y de la fortaleza, y nada le era posible sin el secreto móvil del amor. Amor y dolor por lo amado marchan juntos, y por llevar adelante el rescate de aquello que se precia, cualquier riesgo parece poco, cualquier desafío era pequeño. Desde el rescate proverbial de la doncella —no faltó la Orden para la recuperación de las mujeres oprimidas— hasta el del Santo Sepulcro o el del Cáliz Sagrado.

Un fuerte vínculo de sangre unía a los caballeros, y si algo los hace aún más incomprensibles para la pusilanimidad del mundo contemporáneo, es su facilidad para autoimponerse privaciones y mortificaciones. Es el sentido último del *voto*: una promesa hecha, un juramento establecido, un bien legítimo que se suspende hasta alcanzar la meta señalada. Sea la comida o el sueño, la comodidad o el descanso, la capacidad penitencial es parte esencial de estos gloriosos heraldos, y cuando parecen flaquear las fuerzas o las tentaciones acechan se los verá

besar con unción sus escudos o las empuñaduras de sus espadas, convertidas en relicarios de santos y de héroes.[19]

Es cierto que esta constelación de valores alcanzará su perfección y su mejor significado en la caballería cristiana. Es cierto que sólo en las *Órdenes Militares* alentadas y auspiciadas por la Iglesia, esplendieron las normas más elevadas y los comportamientos más próximos a la santificación heroica. Pero hay una tradición caballeresca que no puede omitirse, una atmósfera y un sustrato, un ethos que viene de lejos —aún del universo pagano y fantástico— y que aportó lo suyo en la formación de la conciencia épica y de la religiosidad militante.

Se trata de una tradición heterodoxa en la que prevalece la aventura antes que el afán de guerra justa, la sofisticada galantería antes que la fidelidad sacramental y el gusto por lo violento y lo maravilloso por encima de la austera admiración frente a lo sobrenatural. Pero aún así, con tales y graves limitaciones, preparó un camino, sembró convicciones e hizo connatural en el hombre la necesidad de dar batalla en el doble frente de su vida corporal y espiritual.

Es el caso de la epopeya germáncia con sus complejos ciclos y héroes tutelares —*Ermanarico* o *Sigfrido, Gunther* o *Gauthier*— y las distintas sagas célticas, irlandesas, británicas o finlandesas, que poblaron el Viejo Occidente de espadas justicieras y afanes de conquista.

La memoria se habituaba a la rítmica y a la métrica de esos cánticos épicos, pero más importante aún era que su bosque de símbolos trasponía los umbrales literarios para regir las normas y los usos corrientes. La comunidad se sabía expresada en el héroe y éste era a su vez el portador de los bienes de la comunidad toda. Arrojado y visionario, ningún obstáculo lo arre-

[19] Cfr. Huizinga, Johan, *Significado político y militar de las ideas caballerescas en el período final de la Edad Media*. En su: *Hombres e Ideas*, Buenos Aires, Compañía General Fabril Editora, 1960, p. 173-182, y Huizinga, Johan, *El otoño de la Edad Media*, Madrid, Revista de Occidente, 1957,pptte. caps. IV-VII, p. 91-151.

draba, y todo en su comportamiento llevaba el sello inevitable de la cosmovisión pagana, bárbara y violenta. Pero como escribió con precisión *Gonzague de Reynold*, "bautizad, purificad, santificad esas virtudes: tendréis el caballero cristiano".[20] Es que un invisible hilo parece conectar la *Balmung* de *Sigfrido* con la *Tizona del Campeador* o el porte de *Beowulf* con el *Waltharius de Eckehard I*. La continuidad está en el espíritu que anima a los protagonistas y a sus empresas. Y no porque sea el mismo —llegando incluso en ocasiones a ser el opuesto— sino porque desembocan el uno en el otro y porque las limitaciones del universo bárbaro y pagano sólo se resolverán en la doctrina cristiana, como el reino de los Nibelungos se descifra en el misterio de los hijos de las tinieblas o el conflicto de Crimilda en el mandamiento de la caridad. La andante caballería mitológica será rescatada por la noble caballería cristiana y acabará siendo su fiel escudera.

Otro tanto podría decirse de la herencia épica de los celtas y de los grandes mitos bretones. Lo visible y lo invisible se anudaban familiarmente en estos relatos; lo feérico invadía la realidad y la realidad histórica gustaba diluirse entre los pliegues de la poesía mágica. Simultáneamente convivían en el pensamiento de aquellos hombres, lo pasado con el porvenir, las añoranzas arcaicas y las esperanzas futuras, los deberes impuestos por los antepasados y las exigencias acuciantes del hoy. Pero la legitimidad de un combate —que fuera a su vez interior y exterior— les resultaba una enseñanza reconocida. Basta acercarse al magisterio de los *druidas*, plagado de extravíos ciertamente, pero conteste en que nadie alcanzará las *Islas Afortunadas* si no ha pasado victoriosamente las pruebas difíciles de la travesía terrena.

Siempre habrá en estas narraciones un gigante desalmado que cautive a una dama, un submundo engañoso de seres deformes en complicidad con el *Urso*, un hechizo terrible y un

[20] De Reynold, Gonzague, *La formación...*, ob. cit., vol. V, 2, p. 344.

sinfín de acechanzas. Animales extraños y esqueletos con guadañas, sombras que aterran y que sirven a *Ankou*, el obrero de la muerte. Un pueblo durmiendo de rodillas en espera de su libertador, o un castillo como el de *Tonquédec* con sus señores convertidos en liebres como castigo a su cobardía. Pero también habrá siempre un caballero invicto que pugne contra todos los obstáculos, que busque la perfección y escuche —como *Ludo Carel*— la voz del *Señor de Quinquiz* que le enseña a hacer penitencia en el lugar que Dios le asigna. Siempre habrá un bosque de *Broceliande* donde *Merlin* pueda hacer sus desplantes al demonio y aconsejar a aquellos que deseen llegar al encuentro del *Grial*. Siempre habrá lucha del bien contra el mal.[21]

Las leyendas heroicas y las grandes epopeyas nacionales fueron dejando huellas muy profundas en la mentalidad del hombre medieval. Exaltaban un tiempo respetable, anclado en los comienzos de la nacionalidad, al que nunca debía perderse de vista. Y a un genio fundador de la raza con sus hazañas, o testigo del decoro y de la firmeza con su sacrificada derrota. Pero en todos los casos, engrandecido en la lid y en la búsqueda de lo justo.

Por Francia, España e Italia los motivos se repiten y van marcando derroteros.

El héroe puede tener un nacimiento dudoso y padecer injustamente el destierro, como *Isembard* o *Floovante*, o como el caballero *Cifar*. Puede ser víctima de injustas persecuciones o de la felonía de un traidor, como *Bernardo del Carpio* o *Reinaldos de Montalbán*, y verse obligado a una crianza en el extranjero como *Mudarra* en *Los Infantes de Lara*. Puede caer en prisión durante años —tal el caso de *Ogier* o el de *Fernán González*— y puede sobre todo, en notable y velada prefiguración teológica, vivir en búsqueda del *Padre*, cuyo encuentro al fin, tardío o al tiempo, con vida o sin ella, legitimará plenamente

[21] Cfr. De Reynold, Gonzague, *La formación...*, ob. cit., vol. V, I, y García Lluis, Ros, *Cuentos y leyendas de la Bretaña*, Madrid, Miraguano, 1987.

sus obras y sus empeños. *Biterolf*, rey de Toledo o los precitados *Mudarra* y *Bernardo del Carpio*, son ejemplos conocidos y representativos. La vida les semeja un viaje riesgoso y árido, una verdadera peripecia; en la noche de todas las desventuras deben probar su temple, no desaprovecharán las circunstancias favorables pero han de responder con dignidad a las adversas, y suceda lo que suceda no podrán abandonar la búsqueda filial de una paternidad que les corresponde. Al fin, hallarán la reconciliación con su patria y el reconocimiento de los suyos, el regreso triunfal o el triunfo de una fama intachable.

Allí *Floovante*, con su fiel escudero *Richier* y su espada *Joyeuse*, luchando contra sarracenos en las Ardenas y encomendándose a Dios antes de la contienda. O aquí *Cifar*, solo con su fiel *Ribaldo* —en quienes algunos han visto un anticipo del buen *Sancho Panza*— desafortunado y maltratado, pero bendecido al fin por el cielo y merecedor del título de caballero de Dios, con que lo adorna el *Rey de Menton*. Dos casos apenas de un mismo destino que grababa a fuego en las conciencias la obligatoriedad de la fe y de la milicia. Ningún derecho a la rendición ni a la zozobra, ninguna atribución o facultad para desesperarse y perder el rumbo, ninguna debilidad o flaqueza definitiva. Como estos arquetipos, el hombre se sabía llamado a resistir y a peregrinar, a comenzar de nuevo cada día, en el destierro o la prisión, en la pobreza o en la desdicha, en la defección o en la pérdida de los que amaba, y reencontrarse con la Patria y con el Padre, alegre como quien cerró victoriosamente una parábola trascendente.[22]

El héroe de la caballería es un guerrero eminentemente espiritual. Desde el momento en que toma la decisión de cabalgar, un código de honor lo acompaña y no sabe ni quiere apartarse del mismo. Su primer desafío no será el que le imponga su

[22] Sobre los tópicos recurrentes de la épica medieval, que permiten reconocer que Europa era entonces un mundo animado "de un ethos espiritual común" cfr. VON RICHTHOFEN, ERICH, *Estudios épicos medievales*, Madrid, Gredos, 1954.

oponente, sino el mantenerse incólume y alerta, tanto en la diafanidad del campo abierto como en las sinuosidades del laberinto. Es la suya una heroicidad entretejida de todos los instantes, de todas las vicisitudes y de todos los pasos. Iniciada en el alba y concluida en la noche y aún después, para recomenzar de nuevo en la alborada. No hay huída, no hay retirada, tampoco negligencias o esfuerzos a medias. La muerte puede sobrevenir cuando le plazca con la comodidad de saberse bienvenida. Si ha librado victorioso el torneo interior se hallará preparado para recibirla.

Es el primado de la conciencia y de los gestos extraordinarios. Los hombres modernos gustan apelar al inconciente o refugiarse en él, y se conforman con acumular acciones cotidianas. El héroe caballeresco tiene el ánimo del despertar. Continuamente lúcido, continuamente en guardia, continuamente atento para ejecutar proezas dignas de ser cantadas.

Tampoco se lo sorprenderá en lamentos vanos, ni en esa vulgar autocompasión que domina la psicología de los espíritus corrientes. Se entristece y se atribula y experimenta los rigores de la soledad y del desamparo. Pero su confianza y su fe lo rescatan, su temple lo recupera y su disciplina largamente cultivada lo mantiene en la recta vía.

Ama la belleza y los demás trascendentales del Ser, con la misma pasión con que desdeña lo paródico. No pide seguridad, la otorga. No reclama derechos, los consquista. No rehuye deberes, se los impone. Su milicia es prueba y reto, y como el arco que tensa, sólo se suelta para buscar el blanco. Metáfora nada arbitraria, antes bien proporcional y adecuada, pues entre el caballero y su arco había una íntima compenetración de símbolos sagrados que se remonta a las más añejas tradiciones orientales. Arma regia y ritual, el arco era símil y figura de una conducta recta, de un ir sin torceduras ni dobleces, de un apuntar bien alto hacia el cuadrante celeste.[23]

[23] Cfr. la obra de COOMARASWAMY ya aludida: *El Tiro con Arco*, Barcelona, Obelisco, 1991.

El héroe caballeresco emana un aura juvenil, bien distinta por cierto a la exaltación "muchachista" de nuestros días. Su juventud le viene de antiguo y, paradójicamente, es tanto más lozana cuanto más se remonta a una genealogía arcaica y más leal a ella se mantiene. Encuentra su fundamento y su perennidad en el espíritu religioso que defiende y encarna, y es a la vez, expresión de la patria a la que representa. No lo autoriza a superficialidades, ni a caprichos ni a juegos. Antes bien, es exigencia de seriedad y gravedad, de sacrificio y de tesón. Su juventud es, en definitiva, un don que ha de estar dispuesto a *donar* generosamente, en aras de una causa que lo antecede y que lo sobrepasa. Y si no muere en batalla y se le concede el privilegio de una ancianidad respetable, guardará en la vejez esa aura que lo adornó en los tiempos de duras correrías.

Vital y vehemente, el corazón se agita en su pecho —así se dice, por ejemplo, del *Cid Campeador*— y el horizonte se ensancha al paso de su caballo. Fuerza y grandeza, pasión y color lo destacan, y lo sustraen de las futilidades corrientes para volverlo memorable. A él se dirigirán los cantos y las sagas. Para él serán las crónicas y los cantares, la juglaresca y el romancero. Por él tomarán la pluma *Paulo Diácono* o *Widukindo,* o el monje normando *Ouderico,* estremecidos todos de admiración y de gratitud. De él hablarán las baladas populares, corriendo de comarca en comarca para infundir coraje y sed de emulación. Y contarán a los hombres simples que los corceles veloces abren caminos a su paso, que el mar es siempre azul cuando lo mira el héroe y la tierra siempre verde cuando la cruza victorioso. Que el vino del festejo es siempre claro y sonoro y el oro de las coronas reluce hasta enceguecer. Que la mujer amada es siempre etérea y elevada, y el hierro cruje, y el llanto estalla y la confianza crece y el amor se alista…

El caballero es la piedra fundamental del orden social y la primera certidumbre de su existencia. La comunidad toda lo ve partir un día, animoso y robusto, rozando las espigas con su espada y alzando los pendones con su estatura singular. *Roldán* o *Teodorico de Verona, Rustem* u *Ogier,* todos llevan alzadas sus lanzas temibles y dejan entrever sus manos ma-

cizas y sus rostros curtidos. La barba florida, el pecho erguido y unos ojos que —como los de *Sigfrido*— parecen sembrados de infinitas luciérnagas.

La espada al cinto es garantía y signo de su especial autoridad. Es su arma principal y más representativa. Llevará nombre propio y la recibirá o la dejará como legado. Llama maravillosa, resplandecerá en la batalla y marcará el sendero en la oscuridad de la noche. Brillará cual doce antorchas, como la de *Carlomagno*, o saldrá pulida de un lago misterioso como la de *Arturo*. Pero acompañará al caballero hasta el final —hasta el último golpe asestado— y cada vez que flaquee o vacile, el roce de su empuñadura le recordará su misión irrenunciable.

Juventud espiritual y un código de honor por cumplir. Fortaleza probada y poesías que la recreen y la fijen. Un paisaje que se asocia y una figura viril. Estandartes al viento y la espada siempre al lado. Pero decir caballero es decir caballo, animal noble por excelencia que lo secundará mientras viva con vigor de potro brioso y peleador, piafando impaciente por entrar en combate, castigando la tierra con sus cascos y enredando la gloria entre sus crines.[24]

Todo en Occidente —diría Castellani— se fue haciendo a caballo. La guerra y las comunicaciones, las predicaciones y las romerías, las cruzadas y las reconquistas. Después los reemplazaron por las máquinas y prometieron con ellas el vértigo y la celeridad. Vinieron ambas sí, pero huérfanas de espíritu y de honor. Y ahora andamos a pie, como felones, sin rumbo y sin destino. Es necesario, pues, que vuelvan a montar los caballeros.

Caballero fue *Arturo*, mitad recuerdo y esperanza, historia y poesía, hipótesis y leyenda, pero más allá de todas las posibilidades, símbolo eterno del mester de caballería. No pueden contenerlo ni las explicaciones eruditas de *Zimmer* o *Ferdi-*

[24] Para la caracterización física y espiritual del caballero, recomendamos la lectura de VEDEL, VALDEMAR, *Ideales de la Edad Media*, vol. I, *Vida de los Héroes*, Barcelona, Labor, 1929.

nand Lot, ni las páginas de *James Douglas Bruce*, *Edmond Faral* o las del mismísimo *Geoffrey de Monmouth*. Su realidad ha trascendido las discusiones sobre su historicidad y las mismas carecen ya de sentido, porque ha alcanzado la vida y la vigencia de los signos arquetípicos.

Hay un *Arturo* peleando en el castillo de *Guinnion* contra los sajones, y alcanzando la victoria por la mediación de María Santísima; y marchando a Jerusalem para construirse allí una gran cruz con las dimensiones de la original, a cuyo pie veló e hizo ayuno y oraciones. Y alcanzando al fin su última victoria en el monte *Badon*, donde solo debió enfrentarse contra cientos. Así nos lo mostró *Nennio* en su *Historia Britonum*.

Cubierta su cabeza altiva con un casco que ostentaba un dragón áureo en su cimera, su escudo *Pridwen* con la imagen de la Virgen, su espada *Excalibur* y su lanza *Ron*. Por Escocia, Irlanda, Noruega o Gotlandia, a su paso amanece la esperanza y vuelven las flores a los pastos. Es el portaestandarte de la verdadera libertad. Así, jornada tras jornada, hasta que herido mortalmente fue llevado a *Avallon*, la tierra en la que se forjó su espada imbatible, para que reposara en la serena penumbra reservada a los grandes. Todavía los celtas aguardan su regreso, que ha de impartir justicia y restablecer el orden alterado.

Hay un *Arturo* de semblante normando, monarca feudal, caudillo bravo y deslumbrante coronado en *Caerleon*, en la tarde de Pentecostés. Descendiente del no menos bravo *Aurelio Ambrosio*, el hombre que vengó a su patria de la profanación de *Vortegirn* y la restauró en su fisonomía cristiana, y del legendario *Üter Pendragon*, bien llamado cabeza de dragón a causa de su vehemencia. Es un combatiente nato. Reúne en sí las virtudes de una raza y de una estirpe y se convierte al fin en emblema de la mayor reyecía occidental. Se daban cita en él la liberalidad y el denuedo, y no faltó a su lema de preferir la muerte honrosa a la vida empequeñecida. Mil sucesos lo pintan y lo evocan sin que resulte fácil escoger uno de ellos. Como el del combate de *Somerset* contra la furia pagana de los sajones.

Arturo arengó allí a sus hombres con palabras esenciales

—les recordó la gloria de los antepasados y el deber de serles fieles— y los instó a pelear por Cristo sin ningún género de vacilaciones. El yelmo y la loriga le brillaban como nunca aquella madrugada, y *Excalibur* se le impacientaba en ambos filos. El *Arzobispo Dubricio*, desde lo alto de una colina, les dirigió a todos estas palabras que honran su investidura: "¡Soldados! Ya que habéis recibido de vuestros padres la fe cristiana, recordad en nombre de Dios la lealtad que le debéis a vuestra patria y a vuestros compatriotas, que, conducidos al exterminio por la traición de los paganos, constituirán un motivo eterno de oprobio para vosotros, si no acudís a defenderlos. Luchad por vuestra patria y aceptad la muerte por ella, si fuese necesario, que en la muerte está la victoria y la liberación del alma. El que muere por sus hermanos se ofrece a Dios como una hostia viva y no duda en seguir a Cristo que consintió en dar la vida por sus hermanos. Si alguno de vosotros sucumbe en la batalla, su propia muerte le servirá de penitencia y absolución de todos sus pecados, siempre que muera con ese espíritu".[25]

Mil sucesos, decíamos, lo pintan y lo evocan. Y al modo de éste que quedó reseñado, cada uno de ellos ilustra con admirable patetismo, la sinfónica unidad entre el combate espiritual y el de los cuerpos.

Contra *escotos* y *pictos* en desigualdad de condiciones y de armamentos, contra el gigante *Flolón* en torneo memorable, o enfrentando a los ursos *Ritón* y el de la *Montaña de San Miguel*, que había tenido la audacia de provocarlo ensoberbecidamente. Primero entre sus pares en torno a aquella mesa que sólo cobijaba a los más ilustres. Respetado entre las damas que tenían por norma no entregar sus corazones a quienes no se habían batido en un mínimo de tres batallas. Conductor de varones que al decir de sus mismos enemigos, luchaban como si Dios les hubiese prometido formalmente el triunfo.

[25] Cfr. De Monmouth, Geoffrey, *Historia de los Reyes de Britania*, Madrid, Editora Nacional, 1984, p. 221-222.

Abanderado de legiones que no conocían el cansancio ni la posibilidad de rendirse. Restaurador de templos, predicador de la paz, protector de la Fe, sostén de capellanes y de religiosas, y buen entendedor de aquellas razones de *Cador*, el *duque de Cornubia*, que señalaba a la molicie y al deleite como los peores adversarios de la voluntad del caballero.

Hay, al fin, un *Arturo* mistérico y encantado, debatiéndose entre su origen y su destino, enredado en pasiones y en laberintos enigmáticos, ayudado por la sabiduría de *Merlin* y por su personal prudencia. Presidiendo gladiadores que no tenían parangón, ante una tabla redonda que era a la vez lugar de ceremonias y promesas, de diálogos intensos y de celebraciones generosas. Hombres a quienes hermanaba un espíritu y la sangre que por su defensa se derramaba. Un mismo código, una conducta unánime, una ética inviolada y estricta.

El joven que en víspera de Navidad, en medio de la plaza y delante de la Iglesia, resolvió de un suave y firme tirón el enigma de la espada enterrada en la piedra. "Soy Excalibur la alta" —se leía en su puño— "soy el mejor tesoro de un rey". Y se cumplió lo escrito como una profecía.

El guerrero que enamoró a *Ginebra* venciendo al titán *Caulang*, tan impío cuanto grande e imponente. El expedicionario audaz por las tierras de Noruega y por las Galias, el retador de *Flollo*, tribuno de París, cuya ciudad rindió y de la cual tomó posesión. El monarca cristiano que alistó y adoctrinó a sus cuadros para que iniciaran y consumaran la más extraordinaria epopeya jamás narrada: la búsqueda del Santo Grial.

Este *Arturo* mítico y literario, más verdadero que el presuntamente histórico, si hemos de creer una vez más en lo que enseña Aristóteles, aún perdura en el magisterio de Occidente para enseñarnos precisamente *el deber ser*. Desde las altas torres de *Camelot* o en los campos más lejanos de su fortaleza, desde el lago misterioso donde *Nimus* guardará su espada o en torno al roble verde en el que entonan sus cánticos los druidas. Desde el torneo justiciero contra los viles o en el país de las hadas recorriendo sus secretos. Desde el agreste cabalgar del valle negro o al pie de la silla vacía cuyo puesto vacante aguarda a un va-

liente que haga encender con su presencia las fogatas de todas las estrellas. En cada uno de estos actos y de estas circunstancias, el *Arturo* simbólico y literario, el *Arturo* de la alta poesía medieval, comunica *el deber ser*, tornándose por ello entitativo y singular: hay que pelear continuamente por las causas justas, hay que pelear con el alma y con el cuerpo. Bien lo sintetizaba la fórmula del juramento con la que se incorporaban los héroes a la hermandad de la Tabla Redonda: "En esta noble Orden, compañía gloriosa, la flor de los hombres, hay que vencer a los paganos y defender a Cristo, ir a otras tierras enderezando entuertos, no pronunciar calumnias, ni prestar oídos a ellas, cumplir la palabra dada como si fuera la de Dios, amar tan solo a una doncella y serle fiel, y adorarla con años de nobles acciones, enseñar ideas elevadas, el amor a la Verdad y todo lo que forma un hombre".

Rex quondam rexque futurus, lo llamaron con rigor. El rey que fue antaño y que volverá. Pura leyenda, claro, se tranquilizan jocosamente los modernos. Pero una olvidada anécdota —recogida por *Julián del Castillo* en su *Historia de los Reyes Godos* de 1624— sostiene que cuando *Felipe II* llegó a Inglaterra para casarse con *María Tudor*, hizo promesa solemne de abdicar sin reservas, si alguna vez regresaba el Rey Arturo.

Y detuvo su palabra y su vista. Concentrado tal vez en el recuerdo de aquella misteriosa barca, con el estandarte de San Jorge en la proa, que custodiada por arcángeles llevaron al paladín caído hasta la tierra de *Avallon*.[26]

[26] Mucha y dispar es la bibliografía sobre el ciclo artúrico. Sin abrir juicios de valor, y al solo efecto de satisfacer una comprensible curiosidad del lector, citamos: FLETCHER, R. H., *Arthurian Material in the Chronicles*, Boston, 1906; LEWIS, J., *King Arthur in History and Legend*, Cambridge, 1911; CHAMBERS, E. K., *Arthur of Britain*, Londres, 1927; FARAL, E., *La légende arthurienne. Etudes et documents*, Paris, 1929; LOOMIS, R. S., *Arthurian Literature in the Middle Ages*, Oxford, 1959; LOOMIS, R. S., *Arthurian Tradition and Chrétien de Troyes*, New York, 1949; LUTRELL, C., *The creation of the first Arthurian romance: a quest*, Edimburgo, 1974; OWEN, D. D. R., *Arthurian Romance: Seven Essays*, Londres, 1971; MARX, J., *La legende arthurienne et le Graal*, Paris, 1952;

Caballeros fueron asimismo, y dignos de ser mentados, los que secundaron a Arturo.

No eran muchos ni deseaban serlo, porque sabían que en la Caballería —como dirá después *Raimundo Lulio*— no cuenta el número sino la virtud. No es la aritmética la que preocupa al adversario sino la perfección espiritual de aquellos con los que habrá de batirse.

Pocos, entonces, pero escogidos y probados. Pocos, pero con la fuerza y el empuje de una legión.

Llenos de un santo temor a Dios, como condición primera para el ejercicio de la vida andante y el cultivo de los ideales justos. Alejados de las apariencias y de los vanos halagos seductores. Preocupados en sus próximas contiendas y en que las tales, los tomaran confesados y comulgados, en regla con sus deberes morales y penitenciales.

Sus armaduras les recuerdan sus principales obligaciones y el sentido verdadero de su batallar. Comenzando por la espada, que lleva en la empuñadura una cruz o una santa reliquia. La lanza —erguida y recta, sin sombra de doblez— que es la verdad enhiesta, verticalmente enarbolada. El yelmo que obliga a conservar el pudor, y la loriga, puesta de frente como una muralla contra los vicios y desórdenes. Calzas de hierro para que sus pasos sean firmes y seguros, espuelas en sus botas para tener celeridad y diligencia en combatir, gorgueras para representar el peso de la obediencia, y hasta la maza o el puñal, las riendas y el freno para que no se traicionen la pertinacia y la misericordia, el refrenar los yerros y las malas conductas.

Caballería es, para estos hombres, ardimiento y entendimiento, claridad en los fines y justicia en los medios; presencia de ánimo y voluntad de vencer, custodia de los débiles y

---

KÖHLER, E., *L'aventure chevaleresque. Idéal et réalité dans le roman courtois*, Paris, 1974. Y en castellano: GARCÍA GUAL, CARLOS, *Historia del Rey Arturo y de los nobles y errantes caballeros de la Tabla Redonda*, Madrid, Alianza, 1983; *El mago Merlin y la corte del Rey Arturo*, Barcelona, Labor, 1987; HEGENWICZ, E., *El libro de Merlin*, Barcelona, Bruguera, 1981.

protección de los necesitados. Oficio de caridad, pues porque ella ha disminuido en el mundo y se la ha abandonado, es preciso salir por los caminos a restaurarla y a ponerla en práctica.

Lanzarote o *Parsifal, Didonel* o *Galaad*, son algunos de sus nombres. También ellos misteriosamente enhebrados entre la poesía y la historia. También ellos reales y fantásticos, pero símbolos vivos de un combate interior que se extiende en los brazos y en las armas.

Le debemos a *Tolkien* —por el hallazgo y la publicación de uno de los textos más frescos de la épica artúrica— el poder acercarnos a la personalidad de aquellos caballeros. Se trata de *Sir Gawain and the Green Knight*, un relato fantástico lleno de profundas alegorías.

Sir Gawain, sobrino de Arturo y modelo de conducta, se define como el *Servidor de Nuestra Señora*, cuyo emblema lleva en su escudo, en el pentáculo que simboliza los *Cinco Gozos de María* y *Las Cinco Llagas de Cristo*. Es un soldado del *Sol* y de la *Luna*. El *Caballero Verde* con el que le toca enfrentarse, el clásico coloso de todas las sagas, representante de la fuerza exterior pero sin sostén metafísico, hace su tenebrosa aparición, hacha en mano, en la paz de una corte que se dispone a festejar la Navidad. El contraste no podía ser mayor; la quietud del Gran Advenimiento quebrada violentamente por el advenimiento de los inferiores. El restablecimiento de la concordia y la plenitud de la sacralidad exigen la aceptación del desafío y de la lucha, y el gigante impone el requisito del juego de la decapitación: se dejará cortar la cabeza sin ofrecer resistencia a condición de que aquel que se la cercene se presente con el mismo fin ante él, en tiempo y espacio a convenir. Las peripecias que a partir de entonces se suceden, son muchas y variadas, y hacen a la naturaleza misma de este tipo de relatos, pero en la encrucijada *Sir Gawain* tiene a la Virgen en su escudo, sobre un campo gules brillante, para ampararse y recobrar el ánimo. No podrán los hechizos de *Morgana* ni las confabulaciones de los hijos de las tinieblas, ni las fuerzas arrancadas de la sombra, ni la magia maligna de la gruta abominable, ni los requiebros calculados de una mujer cómplice del monstruo verde. A ca-

da prueba, el caballero responde con una victoria interior, a cada tentación, a cada ocasión de pecado y de deslealtad, da testimonio de su integridad y de su pureza. Es una travesía espiritual, un viaje por el alma resistiendo iniquidades y afianzando bienes. Cuando llega la hora de poner el cuerpo, su gesto físico resultará subalterno en proporción con la lucha moral que ha sido capaz de sobrellevar dignamente.

Sir Gawain empezó por cumplir con la austeridad que le imponía el tiempo de Cuaresma y salió en busca de la ignota *Capilla Verde* en la que debía ofrecer su cuello al enigmático coloso que allí se había dirigido después del desafío ante la Tabla Redonda. Confesó y oyó misa junto al Rey y su corte, y montado en *Gringolet* —blanco y atrevido, dice *Tolkien*— se puso en camino.

Escaló acantilados, soportó soledades e intemperies, se topó con fieras y lodazales peligrosos, y en la inmensidad del bosque, después de meses errabundo, oró para que Dios le concediese la gracia de poder asistir a los oficios de Nochebuena. "Que Cristo ampare mi causa y su Cruz me guíe", se repetía para sí. Resistió las seducciones de la carne y contuvo ordenadamente su concuspicencia. Y aunque no pocas veces estuvo a punto de flaquear, su castidad se impuso y su honor lo conservó intacto. Fue justamente esta conducta la que le salvó la vida, no sin pasar por una breve e intensa penitencia, con la cual —pormenores más o menos— se cierra la narración.

Gawain es *el hombre nuevo* de San Pablo. Es el dichoso varón, del que habla el Apóstol, que recibirá la corona de la vida porque ha vencido acechanzas y tentaciones. No lo doblegaron los miedos, no lo retrajo el natural instinto de conservación, no lo venció la lujuria, no lo quebró la incertidumbre. Avanzó recto hacia el cumplimiento de su vocación y puso su mejor ímpetu en aplacar a sus enemigos interiores. Sólo entonces estuvo en condiciones de enfrentarse con éxito a su desafiante.

De él dice el texto anónimo que recoge su historia: "Era tenido por noble, como el oro fino, exento de toda villanía y adornado con todas las virtudes... Primero, no se le encontraba tacha en sus cinco sentidos; después, jamás falló en sus cinco

dedos, y toda su fe tenía puesta en las cinco llagas que Cristo había recibido en la Cruz, como el Credo nos enseña. Y cada vez que tomaba parte en alguna batalla, tenía puesto el pensamiento en esto más que en ninguna otra cosa, y todo su valor dependía de los Cinco Gozos puros que la Santa Reina del Cielo recibiera de Su Hijo. Por ello, el cortés caballero llevaba la imagen de la Reina pintada en la cara interior del escudo, al fin de que, viéndola, no desfalleciese su corazón. Las cinco quintas virtudes que este famoso hombre practicaba eran la liberalidad y la bondad, luego la castidad y cortesía, que nunca se corrompieron en él, y como virtud más destacada la piedad".

Descripción ponderada y completa, que otros tantos relatos anónimos —o salidos de la pluma experta de *Chrétien de Troyes*— se encargan de convalidar o ratificar. Como aquel de *El Caballero de la Espada,* en que grande en nobleza y en mesura, salió airoso de la prueba de la hospitalidad forzada y conservó su pureza para seguir siendo "el sol de la caballería". O el de *La Doncella de la Mula,* en el cual, con ocasión de satisfacer un requerimiento baladí emprende acciones honrosas y libera a una ciudad de las fieras que la acosaban. O aquel otro de *El Cementerio Peligroso,* en el que más arduas son aún las pesadumbres con las que se debe topar —desde el despojo de su caballo hasta la pérdida de su propia identidad y el que lo den por muerto— pero de todas se repone y recupera, venciendo incluso al mismo diablo que lo acechaba en el riesgoso camposanto. Combate *Gawain* contra sus flaquezas y pecados que lo llevan a la desontologización y a la aparente muerte. Combate con espíritus malignos, caballeros orgullosos y encantamientos febriles. Combate con la espada y con la piadosa oración. Mirando y aferrando la cruz de su empuñadura cada vez que necesitaba tomar la decisión de vencer o morir. Los nombres de los Santos desfilan por su boca, que —como la que se elogia en los *Proverbios*— no ha proferido jamás mentira alguna.

Fortalecido por las pruebas, templado en el testimonio, grande en la lealtad y en el coraje, maduro en la plegaria y en el silencio, medido ante el misterio, humilde frente a Dios, y veterano de cien encuentros, regresa al fin *Sir Gawain* junto a

la célebre Tabla. Para enseñarles a los espíritus cristianos el verdadero significado de la guerra y la paz.[27]

Caballeros son los buscadores del Grial.

Expedicionarios del espíritu y conquistadores de la purificación interior, han de abrirse camino, sin embargo, con las armas materiales en la mano. El punto de partida y las sucesivas pruebas, el viaje intenso y las travesías, el laberinto y los mil recovecos del castillo, todo toma la forma de obstáculo y de resistencia física, todo exige la disciplina del cuerpo y la fortaleza de la mano, pero todo está ordenado a un logro eminente del alma. Como para ilustrarnos una vez y otra vez sobre la mancomunión de la mística y la milicia. En el pecador, enseñará el Apóstol, el cuerpo tiene deseos contrarios al espíritu y acaban doblegándolo. En el héroe virtuoso, el espíritu escribe su gesto en el cuerpo y éste lo lee y lo ejecuta armónicamente.

Estos caballeros, a quienes ha inmortalizado quizás la música de Wagner o el romanticismo decimonónico, pero cuyas raíces hay que buscarlas mucho más lejos en tiempo y en espacio, son un emblema perenne de esa concordia cristiana entre los poderes temporales y eternos, de esa íntima sinfonía entre la fuerza como vigor y la fortaleza como virtud.

No arriban al *Grial* los aventureros; tampoco los hércules ensoberbecidos o los incapaces de inteligir su misterio. Se aproximan a su luz los valerosos y alcanzan a divisarlo los honrados. Quedan a sus puertas en actitud penitencial, los que tienen conciencia de sus faltas y propósitos de enmienda. Son escarmentados los viles y consolados los humildes. Pero no llegan.

[27] Cfr. *Sir Gawain y el Caballero Verde*. Traducido por Francisco Torres Oliver, con prólogo de Luis Alberto de Cuenca, y notas y epílogo (cuya lectura recomendamos) de Jacobo F. J. Stuart, Madrid, Siruela, 1987. La primera edición de Tolkien es del año 1952, en Oxford, y después de su muerte (1973) su hijo Christopher dio a conocer una versión póstuma en 1975. Cfr. asimismo: *El Caballero de la Espada* y *La Doncella de la Mula*, edición preparada por Isabel de Riquer, Madrid, Siruela, 1984, y *El Cementerio Peligroso*, edición preparada por Victoria Cirlot, Madrid, Siruela, 1984. Cfr. asimismo otros títulos ilustrativos de esta colección dedicados al tema artúrico.

Sólo lo hará el Arquetipo: el caballero sin mácula, santificado en su trayectoria e intacto en la conservación de su pureza.

Parsifal o *Galván*, *Lanzarote* o *Galaad*, no son más que momentos de una sola peregrinación humana, simbologías diversas de un símbolo superior: el hombre debe buscar el centro de su salvación, en un viaje emprendido *sub specie interioritatis* y no se le entregará como merecida recompensa si no ha batallado denodadamente. No podía pedírseles a los medievales que escogieran otra figura mejor que la epopeya caballeresca para ilustrar esta doctrina del buen combate por la conquista de la gracia. Ni podía caber en semejantes mentalidades aguerridas un recurso distinto al recurso bélico para enseñar la obligación de alcanzar a Cristo. Ni hace falta una exégesis eruditísima para descifrar la elemental analogía entre el andante miliciano que busca el Vaso Sagrado y el bautizado que anhela el Cielo y se le niega si no actúa en consecuencia. Arturo y sus bravos estaban en la inteligencia y en la sensibilidad de los creyentes. Sin planteos historicistas ni hermenéuticos. Simplemente existían con la existencia privilegiada de los misterios y de los símbolos. Era natural, era lógico, que su nombre y el de su reino, que su memoria y la de sus varones fieles aparecieran entretejidos en una didáctica de la salvación.

Por eso nos han parecido siempre vanílocuas las farragosas disquisiciones sobre los alcances de la leyenda del Grial. Interesantes y captadoras de la facultad curiosa del entendimiento inquieto, no lo negamos, pero enredadas en pruritos filológicos e ideológicos que impiden discernir con llaneza. El cristiano medieval —a quien poco importaba cómo había ido a dar a su herencia cultural la saga del Vaso Bendito— tenía ante su conciencia el asombroso relato, lleno de vida y de frescura, pleno de vigencia. Y quería reproducirlo en su propia y personal vida, imprimiendo a su vocación un sello artúrico, una paradigmática actitud caballeresca. ¿Cómo entenderlo aquí y ahora en un clima de sistemática desacralización y de odio hacia lo sobrenaturalmente mistagógico? Valga reiterar la necesidad de responder desde el pasado.

Se enoja *Evola* con razón, y da su réplica autorizada y

cortante, contra "el prejuicio literario y etnológico" que sólo quiere advertir en la saga las estructuras lingüísticas o las categorías psicoanalíticas. Si hubiera extremado el rigor, hubiera vuelto su enojo hacia sus propios prejuicios esotéricos y neopaganos. Pero hace bien en insistir sobre el carácter iniciático de este mito. Que, ciertamente, no lo tuvo sólo para la Cristiandad, sino, con sus múltiples variantes, para los pueblos que se inspiraron en él y le arrancaron sus enigmas.

Fue justamente esa multiplicidad heterogénea de variantes que la leyenda contenía (y que en nuestros días se ha degradado hasta el nivel cinematográfico o al de la divulgación masónica) la que llevó a la Iglesia a tomar una cautelosa distancia o a no darle nunca su apoyo formal. Actitud que tiene desde ya nuestra obvia adhesión. Pero no obstante, cabe pensar sensatamente en un "derecho natural" a reivindicar el significado católico de la búsqueda del *Santo Grial*. Sin mengua de lo antedicho, ni de las aportaciones culturalmente ajenas y distantes del cristianismo que el tema contiene, ni de las cronologías reveladoras de una antigüedad superior a la de la Iglesia institucional. Mas tal como ha llegado a nosotros con más fuerza —procedente de las horas medievales y occidentales de esplendor— el *Grial* es el *Cáliz Original* que recogió la sangre preciosa de Cristo, y para merecer su encuentro, hay que pugnar y lidiar hacia adentro y hacia afuera del propio ser, contra enemigos internos y externos. En esa lucha de puerta estrecha y de camino angosto, van cayendo los débiles y los flojos, los mundanos y los mediocres; lleva victorias *Galaad* a fuerza de renunciamientos y de sacrificios.

No es sencillo tomar la decisión de arribar al reino metafísico. Hay que empezar por ejercitar el desasimiento y el abandono de las solicitudes terrenas, aún de aquellas legítimas y necesarias, pero que es necesario posponer en aras de una meta superior. Hay que apartarse de las edades oscuras que traicionaron los fines de los días inaugurales, y estar dispuesto a pasar aquellas pruebas que únicamente superan los que poseen la integridad de la Fe. Deponer el orgullo y amar apasionadamente la Verdad. Avanzar con intrepidez y reconocer con

humildad los propios límites. El sitio que aguarda compensará con su riqueza espiritual cualquier pérdida contingente. Es el solar estable e inviolable, vertebral e inaccesible. Es el solar de la verdadera libertad y del fuego purificador. Es el solar que espera.

Custodiado por arcángeles, el *Santo Grial* derramará sobre el elegido sus preciosos dones. La virtud iluminadora y la vida sobrenatural, la sanación y renovación de la salud perdida, el señorío y el afán de victoria, la potestad de ver lo que otros no verán jamás.

Esta búsqueda es, además, socialmente necesaria. La rebelión de los inferiores ha castigado la tierra. Y la violencia de sus pretensiones ordinarias la ha vuelto inhóspita y sombría. Ni los campos dan lirios ni hay quien nos pida imitar a los lirios del campo. El Rey está tullido y el Reino baldío. Un puesto peligroso ha quedado vacante y a la espera. El paso de los *Caballeros del Grial* tiene entonces una misión regeneradora: lo que se ha olvidado se rememora, lo perdido retorna, lo devastado es restaurado, lo estéril y marchito reverdece. Hasta que el héroe invicto, destruidos los sortilegios con la pureza de su corazón y el corte de su espada, vuelve al puesto pendiente, a poner quicio y proporción a las cosas.

Nada menos que *Gilson* llamó a esta saga "novela de la gracia y novela del éxtasis", pues bajo el velo de la alegoría late el milagro eucarístico de la salvación de las almas, y la obligación personal y colectiva de una ascesis moral.

El buscador del *Grial* no es sólo un héroe cortesano de la caballería terrestre. Es un justo que milita en la caballería celeste, que arriesga todo su ser para alcanzar un bien trascendente. Su viaje es una doble traslación: la de sus miembros diestros que quedan exhaustos de derrumbar acechanzas, y la de su espíritu que sale renovado del ejercicio de la templanza. Porque el Grial es fuente de bendiciones para el elegido, como ocasión de desdicha para el pecador. Camino duro pero cierto, para el peregrino leal, senda errática y frustra para el infiel. Premio eterno reservado al caballero claro y completo, oprobio que manchará aún más al indigno.

Como bien eucarístico no puede conquistarse sin examen de conciencia, sin confesión y sin propósito de enmienda. Por eso, el relato abunda en encuentros del peregrino con ermitaños y monjes que orientan su conducta, que anuncian o imponen penitencias y que instan a la mortificación. El demonio es el gran descontento en esta búsqueda, y hará todo lo que esté a su alcance para obstruirla. El caballero sacudirá su antiguo odio con el vigor del acero, pero en definitiva, la victoria no se la darán los torneos y las justas sino la beatitud. Su demanda queda cumplida triunfalmente si ha conservado íntegra la afección y la práctica de todas las virtudes.

Así llega *Galaad* adonde nadie había podido llegar jamás. Humilde y recoleto, sobrio y austero, valiente y enamorado de la Verdad. "Entonces", dice quien narra, "tiende Galaad sus manos hacia el Cielo y exclama: «Señor, te adoro y te doy gracias por haber cumplido mi deseo, pues ahora veo con toda claridad lo que ninguna lengua podría describir y ningún corazón pensar. Aquí veo el principio de los grandes atrevimientos y el motivo del valor; aquí veo la maravilla de todas las demás maravillas. Y ya que es así, buen dulce Señor, pues habéis cumplido mi voluntad de dejarme ver lo que siempre deseé, os ruego ahora que igual que estoy, con este gran gozo, permitáis que pase de la vida terrena a la celestial»".

Un anciano sacerdote —que se presenta como el hijo de *José de Arimatea*— le da con unción la Sagrada Forma, y el caballero la recibe de rodillas, ya en virtual éxtasis. Dos ángeles se llevan su alma con alborozo, hacia las alturas, y una mano invisible pero firme, vuelve a guardar enigmáticamente el Santo Vaso. El viaje ha concluido. Quien quiera tal premio deberá emular al Caballero de Cristo.[28]

[28] La bibliografía sobre el Grial, al igual que la artúrica, es de valor desparejo y heterogéneo. La obra de JULIUS EVOLA, antes aludida, es: *El Misterio del Grial*, Barcelona, Plaza y Janes, 1975; el estudio de ETIENNE GILSON, *La mystique de la Grace dans la Quête*, está recogido en su: *Les idées et les*

Caballeros fueron aquellos que fundaron y formaron las *Órdenes Militares*.

Bien dicho está de ellos: mitad soldados, mitad monjes, constituyeron la expresión más real y genuina de la armonía entre la Cruz y la Espada, la fusión más íntima y más bella entre la batalla terrena y la celeste, el abrazo más glorioso entre el ideal cristiano y la vocación guerrera. Con ellos, ninguna edad como el Medioevo engendró un símbolo tan hondo y tan diáfano de su propio espíritu.

Sujetos a las reglas y a los votos de todas las órdenes religiosas, sumaban el juramento expreso de combatir a los infieles, y de entrar en batalla allí donde hiciera falta defender al catolicismo. No contaban entonces razones de número ni de equipamientos: la sangre estaba pronta a derramarse generosa, confundiéndose con la Sangre del Redentor. Y se los vio a brazo partido, con la inconfundible túnica cruzada, en cuanto sitio cupiese testimoniar la honra de las patrias cristianas.

Palestinenses y *sanjuanistas, templarios* y *teutónicos, mercedarios* o *calatravenses*, fueron todos uno cuando hizo falta proteger al peregrino, recoger al enfermo o rescatar al cautivo. Y cuando hizo falta además poner el brazo y el pecho en la ofensiva contra el infiel. Con San Miguel Arcángel como modelo —*semper princeps militiae caelestis*— aparece el *miles monachus*, monje que calla y reza, que medita y contempla, pero que se ha hecho

---

lettres, Paris, 1955, y el relato sobre la conquista de Galaad pertenece a la obra anónima: *Demanda del Santo Grial*, edición preparada por CARLOS ALVAR, Madrid, Editora Nacional, 1980. Sólo a título informativo, citamos además los siguientes títulos: MATTHEWS, JOHN, *El Santo Grial*, Madrid, Debate, 1988; *Lanzarote del Lago*, 7 vols. A cargo de CARLOS ALVAR, Madrid, Alianza, 1988; *La búsqueda del Santo Grial*, Alianza Tres, 1988; *El cuento del Grial de Chretien de Troyes y sus continuaciones*, Madrid, Siruela, 1989; *Perlesvaus o el alto libro del Grial*, Madrid, Siruela, 1986; ALVAR, CARLOS, *El Rey Arturo y su mundo. Diccionario de mitología artúrica*, Madrid, Alianza Tres, 1991; RESINO, JOAN R., *La búsqueda del Grial*, Barcelona, Anthropos, 1988. Finalmente para una mirada cristiana de toda la gran cuestión de la caballería, cfr. el valioso estudio del PADRE ALFREDO SÁENZ, *La Caballería*, Buenos Aires, Gladius, 1991.

guerrero para prolongar en su espada el buen combate que inició en su silencio interior.

Raimundo de Puy —hospitalario— repartía su tiempo entre el oficio divino, el socorro a los heridos y la defensa militar de Tierra Santa. Todavía hoy, la Cruz de Malta, con sus ocho puntas blanquecinas relucientes sobre el manto negro, recuerda el prodigio de aquellos bravos que resistieron en *Rodas* a *Solimán II* con la misma sencillez con que sostenían la cabeza moribunda de un herido.

Hugo de Payens y *Godofredo de Sain-Ardemar*, templarios ambos, compartían su caballo ante la escasez de recursos, pero sobrábales valor para dejar bien asentada esta norma: nunca retroceder, nunca rendirse, aunque fuesen tres contra uno, aunque el terreno y las circunstancias resultaran desfavorables. La cruz bermeja octogonal que los identificaba se hizo temible ante los enemigos y bendita entre las filas cristianas. Y cantados en romances y en hermosos poemas, salieron entre la historia y la leyenda, a buscar el Grial.

El Gran Maestre *Hermann de Salza*, caballero teutónico, fue tanto un estratega como un predicador, y el abad *Raimundo Serra, San Raimundo*, conjuntamente con *Diego Velázquez* defenderán la ciudad de *Calatrava* con una audacia sólo comparable a la que ponían en conquistar los corazones para Cristo. Vestían sus seguidores el hábito cisterciense, pero agregaban un manto alba sobre el que lucía bordada una gran cruz carmesí —flordelisada— compuesta por cuatro lirios unidos. Austeros y silenciosos, prontos para la penitencia y el ayuno, se sabe de ellos que dormían ceñidos en señal de vigilia constante e ininterrumpida. Pelearon en *Alarcos* y en las *Navas*, con *Sancho III* y con *San Fernando*, en *Tarifa* y en cuanto reino requiriese sus fuerzas. Y un día del 1295, su *Maestre Ruy Pérez Ponce de León*, entregó su vida combatiendo por los muros de *Granada*.

Los hermanos *Fernández Barrientos* —de la *Orden de Alcántara*— se consagraron a la custodia de los cristianos en las fronteras del Reino de León, ante la amenaza de los moros de Extremadura, y *Don Pedro Fernández de Fuentecalada*, caballero

de *Santiago de la Espada*, reclutó monjes y soldados para asegurar la vida de quienes venían peregrinando al Sepulcro de Santiago de Compostela. El Papa *Alejandro III* los instó a la humildad y a la pobreza, al ejercicio heroico de la caridad, "sin murmuración ni discordia", y supieron cumplir, con la entereza de sus lanzas y la intrepidez de su fe.

Pedro Alfonso —hijo del rey de Portugal *Alfonso Enriquez*— abrazó el oficio de caballero bajo la advocación de San Benito y con un propósito claro que, asentado por escrito, marcó el destino de la Orden: "Defender la Religión en la guerra, ejercitar la caridad en la paz, guardar la castidad en el matrimonio y devastar en continuas algaras las tierras de los moros".

E imposible de omitir, en esta breve nómina que podría no cerrarse nunca, San Pedro Nolasco consagró sus esfuerzos y sus cuidados a la redención de cautivos; al rescate de aquellas víctimas de las prisiones musulmanas, tan amenazadas de perder su integridad física como su Fe. Él y sus caballeros de la *Orden de la Merced*, toga militar y cintura ceñida y un enorme escapulario blanco que los tornaba inconfundibles, exponían a diario sus vidas para sacar de la humillación y del oprobio a quienes habían perdido su libertad y corrían el riesgo de apostatar y de condenarse.

Difíciles ejemplos todos, de la más cabal y cristianísima caballería. Ya no salidos de las sagas o de las novelas, con lo mucho que ello tiene de respetable y de valioso, sino de la misma encarnadura histórica, de la trama cotidiana de esas jornadas épicas y místicas que conformaron la sustancia de los tiempos medievales.

¿Cómo entender la personalidad de aquellos paladines? ¿Cómo trazar el retrato de sus almas, el temple de sus decisiones, la profundidad de su arrojo, la inmutabilidad de su Fe? ¿Cómo traer al presente el testimonio de sus batallas espirituales y materiales? Nada esencial podría decirse que no haya sido visto y narrado por *Raimundo Lulio* o por *León Gautier*. Y siempre será oportuno al respecto, releer aquellas páginas imperecederas con que *García Morente* columbró la naturaleza del Caballero de Cristo. Lo vio tal como era y como debe ser,

y nos comunicó su estilo y su ejemplo para que contagiara nuestro entusiasmo y animara nuestras vigilias: personalidad rectora y conductora, magnánimo contra las mezquindades, arrojado contra los tímidos, altivo y nunca servil, con más pálpito que cálculo, poseedor de una religiosidad tan acendrada como el culto al honor, impaciente de eternidad e idéntico a sí mismo en la vida privada como en la vida pública, porque su honra no sabe de dobleces ni de incongruencias.[29]

El caballero cristiano es un intercesor entre las creaturas caídas y el Creador. Acerca a ambas, y restituye así el orden alterado, con la fuerza de su ejemplo y de sus victorias. Ha logrado en él la anulación del egoísmo y de los intereses privados. Despojado de sí mismo y de toda añadidura, se entrega desnudo para ser investido con el ropaje de la caridad y del buen soldado. De nada ya depende, que no sea la Providencia y sus arreos. En la desnudez de su desasimiento del mundo ha vuelto a nacer y a bautizarse, ha vuelto a recibir las aguas purificadas del Jordán. Es el símbolo extremo de la pobreza y de la riqueza: pobre de medios terrenos, va atesorando ganancias en el Cielo.

Es, como ha escrito *Olivieri*, un mártir potencial, porque la muerte lo aguarda en cuaquier recodo, y no la ahuyenta ni le teme sino que la espera gallardamente. Sabe mortificarse y anonadarse, y su humildad no atempera su bravura, antes bien la potencia, pues no es ella una pose, sino un olvido del propio ser, para fijar en la memoria presente los compromisos ineludibles con Dios. Ese abandono a la voluntad divina es la clave de su renovado vigor. Mejor y más fieramente pelea cuanto más se sabe entregado a la justicia del Altísimo. Mejor y más raudamente peregrina cuanto mayor es su certeza de que es-

[29] Cfr. García Morente, Manuel, *El Caballero Cristiano*. En su: *Idea de la Hispanidad*, Madrid, Espasa Calpe, 1961, p. 50-97. La obra de Raimundo Lulio aludida es: *Libro del Orden de Caballería*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1949. Cfr. Asimismo su *Liber proverbiorum*, Madrid, Editora Nacional, 1978, y el clásico de León Gautier, *La Chavalerie*, Paris, 1895.

tá asistido por arcángeles.

Modelo de hombre libre —porque conoce la verdad y conociéndola la ama en el servicio— ha superado el más grave impedimento para el ejercicio pleno de esa libertad, que es el miedo a morir. No planifica su supervivencia ni programa su porvenir venturoso, ninguna banalidad lo sustrae de sus pensamientos esenciales, y sería una de tales banalidades demorarse con quejas o con recaudos privados. Ve y va más allá. Más lejos. Más alto.

Y aunque resulte paradójico es señor de la paz. La trae consigo porque mató en su corazón la mancha del pecado, porque es protagonista de *milicias* contra *malicias*, y su pureza le otorga ese sosiego que sólo conocen los fuertes. Sin vanidades ni aspiraciones materiales, marcha sereno y seguro de sus pasos. Pero es también dador de la paz, ministro y garantía de su existencia. De la paz querida y dejada por Cristo —tranquilidad en el orden para los hombres de buena voluntad— que exige ser ganada y sostenida por el filo justiciero de las armas.

Sencillo y recoleto, grave y temible, generoso y bizarro, avanza el caballero. Detrás, por sobre su penacho, una llama de fuego deja entrever la presencia del Espíritu Santo. Y sobrevolándole airosa, un águila bicéfala lo corona de Imperio y de Occidente.[30]

Dirigiéndose a los *Templarios*, pero con palabras transidas de universalidad, *San Bernardo* ha hecho el elogio de la milicia caballeresca, a la vez que ha explicado las verdaderas razones de su excelencia.

Dos combates se libran en ella, "con un valor invencible". Contra "la carne y la sangre y contra los espíritus de malicia que están esparcidos en el aire". Y en ambos el guerrero cristiano lleva comprometido todo su ser, tan revestido como "el casquete de la Fe" como de "la coraza de hierro". "Poderosa-

[30] El trabajo de Mario Olivieri antes mencionado es: *I Cavalieri del Tempio*. (En: *Gli Annali*, n. 10, Firenze, Universitá per Strahieri, 1988, p. 27-55).

mente armado de estas dos espadas", explica el Santo de Claraval, su intrepidez y su seguridad no tendrán rivales. Arrojarán a su paso al vicio y a la impostura, a la infidelidad y a la herejía.

Una consigna les propone y es la consigna paulina: "Vivamos o muramos, somos de Dios" (Rom. 14,8). "Pues el peligro o la victoria del cristiano se debe considerar no por el suceso del combate, sino por el afecto del corazón. Si la causa de aquel que pelea es justa, su éxito no puede ser malo, así como el fin no puede ser bueno si es defectuoso su motivo y torcida su intención". No hay triunfo en la perfidia ni en el homicidio, así se arrasen los campos enemigos y se alcen todos los botines de guerra. No hay triunfo en el afán de venganza o en la servidumbre a la vanagloria y la soberbia. Sólo en la justicia de la causa perseguida, y en los medios desplegados para alcanzarla, y en el "afecto del corazón" que nos impulse. Ni hay mal en perecer matando a los invasores de la Sagrada Fe. Hay mal en el pecado de guerrear "por motivos muy ligeros y de ninguna importancia".

Tres cosas debe llevar consigo un combatiente de Cristo: señorío sobre sí mismo, para saber gobernarse en el fracaso o en la fama, habilidad para desplazarse y celeridad y presteza para cargar sobre el ofensor. Sin olvidar el fin para el cual viste armadura, pues de lo contrario morirá su alma aunque viva su cuerpo, y sabido es que una tal muerte ya no tiene remedio.

San Bernardo, como todos los verdaderos maestros de teología que lo preceden y le suceden, enseña claramente que no hay dolo ni yerro en acabar con el adversario de la Verdad, "porque no lleva en vano a su lado la espada". Es Jesucristo el glorificado con la muerte reparadora de un contrincante perverso, y es el mismo Jesucristo el remunerado con el martirio de sus soldados fieles. "Dispersen, pues, y disipen con seguridad a los infieles, y sean exterminados aquellos que nos conturban continuamente... Sean vibradas las dos espadas de los fieles contra las cervises de los enemigos a fin de destruir toda altura que quiera elevarse contra la ciencia de Dios, que es la fe de los cristianos, para que los gentiles no digan un día:

¿dónde está el Dios de estas naciones?".

Quienes abracen este género de vida andante, épico y místico, han de vivir hermanados en comunión de ideales y de pruebas. Disciplinados y respetuosos, no habrá entre ellos acepción de personas, y la nobleza se ganará con el ejercicio de la virtud antes que con la procedencia genealógica. Desecharán las diversiones fútiles y vulgares que contentan a los espíritus burlescos y rechazarán con desprecio "a los cómicos y a los mágicos... y toda suerte de espectáculos y comedias, como unas vanidades y locuras falsas". Duros e inflexibles, despreocupados de vanidades y de pasiones mundanas, "llevan sus cabellos cortos, sabiendo que, según el Apóstol, es vergonzoso a un hombre mantener su cabellera". "Cuando están dispuestos a entrar en guerra" —continúa *San Bernardo*— "se fortifican por dentro con la Fe y por fuera con las armas de acero, y no doradas, para infundir, armados de esta suerte, sin preciosos ornamentos, terror a los enemigos en vez de excitar su avaricia. Cuidan mucho de tener buenos caballos, fuertes y ligeros, y no reparan en que sean de un hermoso pelo o ricamente enjaezados. Piensan más en combatir que en presentarse con fausto y pompa, y aspirando a la victoria y no a la vanagloria, procuran hacerse más respetar que admirar de sus enemigos... Se echan como leones sobre sus contrarios... y aunque muy cortos en número, no temen, en manera alguna... Están enseñados a no presumir nada de sus propias fuerzas, sino a esperarlo todo del poder del Dios de los Ejércitos... Tienen tanto la mansedumbre de los monjes como el esfuerzo de los soldados".[31]

He aquí, de la mano insustituible del predicador de Cruzadas, el retrato acabado de un Templario, el perfil completo y exacto de todo aquel que toma parte en las falanges de Cristo Rey.

[31] Cfr. SAN BERNARDO, *De la excelencia de la nueva milicia*. En: *Obras Completas de San Bernardo*, vol. II, Madrid, BAC, 1955, p. 853-881.

Caballeros fueron muchos, los caballeros de la Hispanidad.

Porque si algo supo encarnar históricamente España, fue la doctrina de las dos espadas. De larga y legítima tradición —a ella apela *Alcuino* en su *Carta a Etelhardo, Hincmaro de Reims* en su *De potestate regis* y *San Bernardo* en sus *Epístolas*— cada monarca español fiel a las enseñanzas evangélicas, sintió que para él se habían pronunciado aquellas palabras: "aquí hay dos espadas", *ecce duo gladii.* La del espíritu, que es la palabra de Dios, según enseñanza paulina, está en manos de la Iglesia. La corpórea, la empuña en cambio el poder civil pero queda al servicio de la primera. Y quien sostiene las dos, en encomiable síntesis y en jerárquica correspondencia, será el perfecto caballero, aquel en que las potestades no están en duelo, sino que buscan el duelo contra quienes la ofenden o la ponen en peligro.

Es una alegoría plenamente caballeresca. Como la de *San Juan Crisóstomo* (*Homilía* VI, 6,1) sobre el cuerpo y el alma o la del *sol* y la *luna*, que se pierde en las metáforas bíblicas, y que tanto entusiasma al *Infante Juan Manuel*. Si el cuidado del cuerpo era prioridad del orden civil y el del espíritu del sacerdocio, si la *luna* era analogable a la *ciudad terrena* que recibía su luz del *sol* de la *ciudad celeste*, oficio del caballero era el lidiar completo, por los cuerpos y las almas, por el *Sol* y la *Luna;* sin fisuras ni desproporciones, sin eclipses, insistirá el *Infante* (*Libro de los Estados* I, 49), quien comenzó por dar el ejemplo, con una vida raimundoluliana que lo convirtió en su tiempo en el abanderado de Castilla.

Como el rey justo, a quien debía servir lealmente, el caballero tenía atributos paternos y proteccionistas, jurídicos y tutelares; pero era por sobre todo un *athleta Christi*, un atleta de Cristo a cuya disposición estaban sus brazos y hasta los últimos latidos de su corazón. Es más, aquella dependencia necesaria al monarca, tal como lo prescriben claramente *Las Partidas* (Par. 2,1), se conservaba íntegra mientras él mismo fuese paradigma de la caballería y arquetipo sin tacha de todos los atletas

del Señor. Por eso, el trovador catalán *Cerverí de Gerona* pone *el ejemplo* en la base de sustentación de la Caballería, pues no hay otra pedagogía que mejor le cuadre a este oficio. A *imitación de*, "el caballero debe ser siervo y señor, compañero y súbdito, valiente, humilde, recto, afanoso"; y porque el gobierno es una vicaría del Altísimo, tal como lo veía *Alfonso el Sabio*, quien lo ejerce debe empezar por entregarse entero a su vasallaje. Perdido el ejemplo regio, la didáctica de esta andante profesión se debilita y desnaturaliza. Es el drama del *Cid*.[32]

El caballero español se nutre, pues, de ejemplos, y él mismo debe dejarlos con su conducta.

Empieza por importarle las cosas del pasado, porque no es un *"actualista"* —como definiría bien, después, *Ortega* al hombre masa— sino un *heredero*; y porque ese pasado no está encapsulado sin vida, sino presente y como lección, al modo agustiniano. El tiempo se va enhebrando por su lanza, y es conciente de que no se puede avanzar sin conocer de dónde se procede. Para ir hay que saber regresar.

Su superioridad no es social ni económica. Por mucho que importe la genealogía y el lícito respeto por la prosapia, las *Partidas* son claras al respecto: se ha de llamar verdaderamente noble no al que nace en la nobleza sino al que es capaz de morir en ella. Y en cuanto a la riqueza, rige la proverbial fórmula castellana: "riqueza es nada tener y todo bien poseer con entera libertad". La mayor fortuna es la hidalguía y el anhelo de cultivarla siendo esforzado en armas tanto como en virtudes. Hidalgo es el hijo del Bien, el *fili bene natorum*, que sentencia *Bermudo II de León*, el hombre que "hubiese naturalmente en sí vergüenza", vuelve a decirnos *Las Partidas* (II, 21,2), "que la vergüenza veda al caballero que huya de la batalla". Hidalgo es saberse continuador de un legado y querer dejarlo asimis-

[32] Sobre la aplicación española de la doctrina de las dos espadas y del ideal caballeresco, cfr. BENEYTO, JUAN, *Los orígenes de la ciencia política en España*, Madrid, Doncel, 1976, pptte. III, X.

mo como sucesión y desafío; es fundar un linaje con la sangre y con las obras, sentirse señor y demostrarlo, comenzando por lo más difícil que es el gobierno interior; y es vivir pendiente de los deberes y las cargas antes que de los derechos o de las prebendas. "Esta es la razón" —le explicará *Milicio* a *Cliterio*, en los *Diálogos de la Vida del Soldado* que nos ha dejado *Diego Nuñez Alba*— "de que vayan las armas pintadas en escudos, para que, viéndolas los descendientes, les venga a la memoria la manera con que sus antepasados las ganaron y sepan que son obligados a no degenerar de la virtud de aquellos cuyos hechos las armas representan". No es sólo una tarea de exterioridad castrense sino de interioridad combativa.

"Que el buen caballero", insistirá el *Victorial*, "haya el corazón ordenado de virtudes"; y *Fernando del Pulgar* contestará a *Don Pedro de Toledo* que no quiere agregar ningún título a su nombre a no ser el de virtuoso. Mientras se asoma *Gracián* desde las páginas de *El Criticón* para aclarar que "no hay otra honra sino la que se apoya en la virtud". Los ejemplos podrían multiplicarse, pero el concepto inamovible es siempre el mismo. No hay caballería si ella es sólo un andar caminos provocando aventuras. Tampoco con la simple veteranía de la guerra o la destreza en los armamentos. Sólo en la pugna interior por alcanzar la santidad se distingue el bien montado del felón. De ahí en más, el resto será secundario y hasta puede entorpecer la conquista del ideal.

Junto a la *virtud*, la *hidalguía* y la *nobleza de espíritu*, el caballero español —nos enseña *García Valdecasas*— ha de poseer el don del *sosiego*. Que es lo contrario de la iracundia y de la vana violencia y la facultad de no faltar a la templanza ni a la fortaleza. El equilibrio en lo superior y la superioridad que da el equilibrio. La rara y fina armonía entre la mansedumbre y el coraje, para no ser ganado por la cólera ni ser inhibido por la timidez. Es la mesura del Cid que elogia repetidas veces el juglar, la que ordena la *ley séptima* de la *Partida segunda* para quien no quiere ser villano, la que describe *Lope* cuando enseñando *Los nobles como han de ser*, los pinta "graves con moderación tal que muevan al respeto". Es parte constitutiva del estilo del caballero,

de ese hábito del buen vivir que va labrando íntimamente con el cultivo de las nobles obras.

Lo que importa fundamentalmente a esta clase de hombres es alcanzar *la salvación* y gastar la propia e irrepetible vida sirviendo a la salvación del prójimo. Pero católicos viejos, advierten que la salvación no queda asegurada por la cuna, ni por la ascendencia, ni por las prerrogativas sino por los frutos. De ahí esa insistencia —que es quijotesca pero que se repite como un tópico en el derecho y en la literatura hispana— de que *cada cual es hijo de sus obras.*

No son obras a la manera moderna —multitud de realizaciones exitosas—, no cuentan ni por el resultado ni por el éxito, ni se miden por los beneficios materiales otorgados. Es el *operatio sequitur esse*, que decían los escolásticos, la operación que sigue al ser y que lo expresa, las acciones que revelan el contenido del alma de quien las proyecta y ejecuta. "Caballería no aprecia multitud de número", había enseñado *Raimundo Lulio.* Con él demostrarán los caballeros que ni la cantidad ni el éxito son criterios de verdad, que no es cuestión de sumar sino de discernir y que los resultados que importan a Dios son los que justifican, esto es, los que nos hacen justos, más allá de los cálculos humanos.

Los mediocres de este tiempo y los de aquellos, blasonan de actividad y de dinamismo, gustan llamarse a sí mismos hombres de empresa o de iniciativa, y no encuentran mayor legitimidad a sus desempeños públicos que exhibir la lista de sus triunfos mundanos. El caballero español y cristiano labraba su gloria en el anonadamiento y en el martirio, en la conciencia del previsible fracaso terreno, en el mérito de perseverar aún en el derrumbe, en el desprecio por los reconocimientos de los poderosos. No era la cifra la clave de su honra, ni el contabilizar las adhesiones anónimas e irresponsables. No eran los votos de la multitud informe, sino el sostén de los sabios y de los santos lo que buscaba. "Nadie pensaba cuánta edad vivía", dice orgullosamente *Quevedo*, "sino de qué manera", pues no queda resuelta la existencia en términos de *duración* sino de *condición*, ni de más o menos años sino de mejor espíritu. Y cuan-

do *el Manchego* tiene que amonestar la villanía de Sancho, le advierte que se le nota en que es capaz de gritar *"¡viva quien vence!"*. Nada, pues, más a tono con la villanía que la ubicuidad y el oportunismo, la incapacidad de sufrir por la verdad aún en la intemperie y el abandono.

Fuera de las estimaciones del lucro y de la ganancia, de la moral del número y del éxito, el caballero sentirá también una natural desafección por la técnica, o más propiamente, por lo que hoy llamaríamos tecnolatría. Y no es la suya la postura cómoda del que rechaza los instrumentos porque nada hace, sino la del que siente horror de que algo esencial quede sin hacer por falta de los supuestos instrumentos imprescindibles. La pregunta ante el quehacer pendiente y por delante, que después se la formularán los Requetés, es *si corresponde o no*. Si lo primero, la respuesta será *"me atrevo"*, creando para ello los medios eficaces. No son entonces los medios los que se sublevan contra el fin y lo determinan. Son las cosas las que se especifican y legitiman por el fin y es el hombre el que va generando los medios para lograrlo, sin una dependencia enfermiza de los recursos.

Mirada puesta en la salvación, decíamos. Y justificación por las obras. Capacidad de sosiego y de renuncia, a la par que un rechazo heroico por todas las formas de primacía de lo accidental contra lo eterno. He aquí la traza del caballero, de aquel de quien supo proclamar *Fernando del Pulgar* que *"era home esencial e no curaba de apariencias"*.

Un rasgo más nos lo pinta. Puede sufrir en silencio, ofreciendo el dolor y aguantando las privaciones calladamente. Otra cualidad distante en el hombre moderno que ha hecho del lamento una institución, que llega a la locura de reivindicar el derecho al miedo o a la huída, y que no vacila en rendirse o en aprovecharse del rendido para incrementar sus privilegios.

En el *Ordenamiento de la Banda e del Torneo e de la Justa* que redactó *Alfonso XI* hacia el 1368, se vedaba al caballero la queja y la lamentación, y en *El Príncipe Constante* primero y en *El escondido y la tapada*, después, Calderón nos dirá que "no ha de quejarse desa suerte un noble" y que "honor en trances de honor,

no hay cosa como callar". Para rematar en *La devoción de la Cruz* que "el acero de un noble aunque rendido, no se mancha en la sangre de un rendido".

La personalidad del caballero es doliente. No sombría ni lúgubre, porque lo sostiene por dentro una alegría indescriptible. Ni torturada por el afán de venganza porque sus convicciones se lo impiden. Pero austera en las diversiones, con un regusto estoico en su capacidad de mortificación y pronto para afrontar las penas, aún aquellas que no tienen consuelo humano.

Y en todo lo que encare o que decida, lo que pene o disfrute, estará presente la Señora, la Dama por antonomasia: la Virgen Santísima.

Por Ella podrá ir sereno al destierro o a la muerte mártir, al rescate de cautivos o a la conquista y reconquista de la tierra usurpada. Por Ella no habrá enemigo que lo arredre ni muro que lo detenga. Por Ella escalará las torres y las almenas infieles y recuperará los altares de las manos impías. Por Ella el desvelo y la vigilia, la penitencia y la ofrenda, el trofeo, la bandera y la espada bajo sus pies.

Jurarle esclavitud era garantizarse la libertad; prometerle culto permanente era obligarse a ser auténticamente filial en las devociones; estar pronto a sus órdenes era asegurarse la victoria. Cruzada y Co-Redentora, Expedicionaria y Capitana, Inmaculada y Generala de las Tropas, Niña y Madre y Esposa e Hija, Reina y Doncella, siempre María del Caballero en España y un caballero español para María.

Todavía perdura y retumba en el corredor de los siglos, aquella respuesta paradigmática que el *Príncipe Constante*, cautivo de los moros, otorgó a quienes querían canjear su libertad a cambio de la *Plaza de Ceuta*. No; no era posible tal canje ni era honesta esa libertad así propuesta. Porque en Ceuta había una iglesia y estaba consagrada a la Virgen Santísima, y antes de entregarla o de perderla era preferible la muerte o la prisión de por vida. La bellísima respuesta del caballero nos la ha hecho llegar, una vez más, *Calderón de la Barca*:

"Pues cuando no hubiera otra
razón mas que tener Ceuta,
una iglesia consagrada
a la Concepción eterna
de la que es Reina y Señora
de los cielos y la tierra,
perdiera, vive ella misma,
mil vidas en su defensa".

De este temple mariano eran los varones que forjaban la identidad hispánica.[33]

Caballero era *Amadís de Gaula*.

Elogiado por *Juan de Valdés*, en tiempos de *Carlos V*, leído por el mismo Emperador y aún por *San Ignacio* y por *Santa Teresa*, llegó a ser el código de todo el que abrazaba andante oficio, en cuerpo o en espíritu. Y se dio el caso, una vez más, de la realidad literaria y poética compitiendo en autenticidad con la realidad histórica.

El héroe es muy bien "encabalgado" y diestro para la guerra. Tan presto para el combate como para el sentimiento profundo, para la carga temeraria y las palabras elocuentes y definitorias. Tan idéntico a sí mismo cuando alcanza honra precisamente por sus obras antes que por su origen, como cuando se retira a la *Peña Pobre* a llevar vida anacoreta. Defensor de los débiles y con el don de las lágrimas que distingue a los magnánimos, sufrido y justo, enamorado fiel, poeta y cantor, discreto y veraz, no en vano alguien tan exigente en la materia como *Alonso Quijano* dijo de él que fue "el primero, el único, el señor de todos cuantos hubo en su tiempo en el mundo" (*Quijote* I, XXV). Obraron bien el cura y el barbero cuando lo salvaron de las llamas (*Quijote* I, VI). Y cuentan que ya viejo, Goethe se

[33] Sobre las notas características del caballero español que venimos comentando, remitimos a GARCÍA VALDECASAS, ALFONSO, *El hidalgo y el honor*, Madrid, Revista de Occidente, 1948.

lamentaba de no haberlo leído antes.

Caballero fue *Fernán González*, el artífice de Castilla, en la dura misión de ganarla para la Cristiandad. Su nombre tiene el raro privilegio de poblar por igual las Crónicas y el Romancero, los documentos y los poemas, las expresiones artísticas y la tradición oral. Personalidad rica en hazañas, llegó a ser llamado con justicia "el campeón de la Cruz", "el héroe de lozano corazón y de los fechos granados", "el buen conde... de todo bien cumplido". Su biógrafo, *Fray Justo Pérez de Urbel*, le adjudica el mérito, nunca negado, de haber robustecido, unificado y defendido los territorios castellanos, en los tiempos difíciles de las agresiones musulmanas.

Fernán González tenía porte de cruzado. Ante los muros de *Osma* o en *Hacinas*, en *Burgos* o en *Cardeña*, en *Aragón* o en *Simancas*, en choques imprevistos o en batallas planeadas, llevaba en alto el ánimo cristiano como el estandarte y la espada, y sólo admitía a su lado a los más famosos guerreros, a quienes como él fueran capaces de penetrar las filas moras, abriéndolas a diestra y a siniestra con el fuego de su brazo armado.

Veía a *San Millán* que lo confortaba y lo instaba a no desfallecer. Y el Santo le hablaba de batallas y de victorias que el caballero cumplía y emprendía. Y como la guerra justa era por Cristo y por la patria cristiana, quien desertase de ella repetía el gesto prevaricador de Judas y se hacía merecedor del infierno.

> *"Todo aquel de vosotros que del campo saliere*
> *o con miedo de muerte a prisión se les diere*
> *quede por alevoso quien tal fecho ficiere*
> *con Judas en infiernio yaga cuando moriere"*.[34]

Caballero fue *el Cid*.

Claro en sus ideales y en el orden jerárquico con que de-

[34] Cfr. PÉREZ DE URBEL, FRAY JUSTO, *Fernán González, el héroe que hizo Castilla*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1952.

bía servirlos. Dios y el Rey, la Cristiandad y la Patria, la familia y sus seguidores. Su voluntad siempre exigente secundaba a su inteligencia siempre recta, y a fuerza de hombría de bien ganó el más alto respeto entre propios y ajenos. Conquistó la nobleza con sus hazañas y el renombre con su misericordia y su humildad. Y si el éxito coronó sus campañas —después de sobreponerse a la adversidad y al destierro— fue, paradójicamente, porque carecía de la ambición exitista y amaba en cambio la victoria de la Verdad. El hombre del mero éxito puede ser la materia de un folletín moderno, pero no el protagonista de una gesta medieval.

Su figura se enmarca en el brío de las lanzas y en los remolinos de timbales llamando a la pelea. Es caudillo de un paisaje naturalmente épico y agreste, alma cabalgadora y bizarra sin riesgos que lo amilanen. Y sin embargo, no suscita solamente reflejos belicosos. Es padre y esposo, hermano y vasallo, hijo y súbdito fiel. Capaz de la piedad y de la ternura y también de ese don de las lágrimas que distingue tradicionalmente a los héroes auténticos. Su *"primor primero"*, diría *Gracián*, es la inmensidad de su persona, rica en matices sugerentes, visibles, misteriosos y realistas. El Campeador invicto, el súbdito consecuente, el optimista pertinaz, el trágico sin faltar a la mesura, el pícaro de las arcas llenas de arena por razones de emergencia, el soldado de iniciativa y de inventiva, todo lo encara magnánimamente.

La fe lo empuja y lo sostiene, y hay en él cierta familiaridad con lo sagrado. Cuando invoca a Sancta María o se le aparece en sueños el Arcángel Gabriel, o cuando repite filialmente *"grado a Ti, Señor Padre"*, *"grado a Cristus que del mundo es Señor"*. Sabe mirar y agradecer al cielo y en su nombre lanzarse a empresas reales. Por eso convirtió el destierro en reconquista y abandonó los límites de Vivar por "Valencia la mayor"; por eso se iba ensanchando Castilla al paso de su caballo. Su religiosidad es acendrada y firme, con la marcialidad de un cruzado y el candor de un pequeño.

Cuida a los suyos personalmente, como a *Pero Vermúdez* o a *Minaya* en *Alcocer*; cada vez que hubo embestidas las pre-

sidió resuelto, y *"arriba alzó Colada"* hendiendo a infieles aquí y allá, ejemplo de coraje que le valdría una preeminencia indiscutida sobre su tropa. Sabe atraerse a sus mesnaderos con la valentía y a los enemigos con su generosidad, como *los moros de Castejón* o el *Conde de Barcelona*. Conoce la gravedad y el gesto adusto pero también la risa franca o el humor oportuno. Bromea así con sus camaradas y cuando el Obispo *Don Jerónimo* le pide las primeras heridas del combate, contesta finamente: *"nos d'aquent veremos cómmo lidia el abbat"*.

Encarna para su pueblo el señorío y la justicia y la resistencia de una raza que no se conformaba a ser objeto sino sujeto de la gran historia. Y ese pueblo del que salió para ser su patricio y su primer aristócrata veía en él un modelo de caballero, un canon del guerrero cristiano, e incluso, un rey virtual y potencial. Precisamente por su conducta —*"con Alfons, mio señor, non querría lidiar"*— se salva la monarquía y se contrita el corazón del mal monarca; y si no se cuestiona a la realeza —pese a tan fieros representantes— es porque se deduce que un vasallo de tanta honra exige naturalmente un superior afín, como han enseñado esos versos del *Cantar*, que *Menéndez Pidal* llamó audaces "en tiempos de un monarquismo intangible". *"Corónente tus hazañas"*, pudo habérsele dicho con *Calderón*.

Caudillo y guerrero, vasallo y señor, patricio y cruzado, el *Cid* es, además, un espejo limpio del amor cristiano. Ama a su *"mugier ondrada"*, *"como a la mie alma"*, a sus hijas *Elvira* y *Sol* por cuya afrenta en *Corpes* empuñará otra vez su espada indoblegable, a su amigo *Alvar Fañez* y a su *Vivar* natal, a su *Babieca* que lo lleva ligero y a su *Tizona* que le endurece la mano, al cielo de Castilla y al horizonte infinito de España. Y a Dios que lo ha creado todo y por cuya gloria se vive, lucha y muere.

Se ha dicho de él que es un héroe humano; pero cuádrele el título si la humanidad aludida es sinónimo de *creaturidad*; esto es, de vida plena en el respeto por el orden natural y el sobrenatural. Porque por eso vela por el bienestar de sus parientes, y toma previsiones materiales para el futuro, pero empieza por santiguarse y por ofrecer misas, por invocar al Creador y

a Su Madre, por saberse necesitado de auxilios superiores. *"Fincó los inojos"*, dice el juglar, *"de corazón rogara —la oración fecha— luego cabalgara"*. El *Cid* es, en rigor, la expresión de la más alta humanidad, pues su personalidad crece y se transfigura en el cultivo del heroísmo y de la perfección cristiana. Vencedor de los moros *"d'allend mar"* y de los *"mestureros y cizañeros"* de la corte, de los adversarios internos y de los externos, de la fugacidad del tiempo y de los límites del espacio. Y vencedor aún difunto, lo ha querido la leyenda que pesa más que la historia, con su yelmo diademado, su barba nunca mesada y el pendón cruzado sobrevolando los campos de Burgos. Nadie cree en Castilla que haya muerto, y son muchos los que aguardan impacientes el ronco imperativo de su voz. "No cierres jamás, buen castellano, las tumbas de aquellos paladines. Un día, nuestro Señor Rodrigo de Vivar, que sabe ganar batallas después de muerto, despertará en la huesa. Y limpiando el orín de la Tizona montará en su nervioso corcel. Y rasgará los velos de los sepulcros y de las cunas. Y jurará por la cruz de su espada, purgar a España de renegados y felones".[35]

Y en tiempo de los Reyes Católicos, tiempos particularmente ricos en hechos de naturaleza épica, caballeros fueron, entre tantos ejemplos por nombrar, *Don Gonzalo Fernández de Córdoba*, bien llamado *El Gran Capitán*, el *Comendador Juan de Vera* y el *Maestre de Alcántara Don Alonso de Monrroy*. Tres nombres para ilustrar ese espíritu que *Vigón* calificó de *estilo militar de vida*. Y que está en las antípodas del "burócrata de la pólvora" del que se quejará después *Ortega*, pero muy cerca del privilegio del guerrero que combate por la verdad. Estilo que supone pelear por caridad antes que por vana rebeldía, por generosidad antes que por afición deportiva, por razón de sacrificio antes que por beneficio.

El *Gran Capitán* había nacido en *Montilla* y *Pérez del Pul-*

[35] LEÓN, RICARDO, *El Amor de los Amores*, Madrid, Espasa Calpe, 1969, p. 30.

gar lo llama "voz furiosa", en alusión a su vehemencia y denuedo. Al llegar la guerra de Italia, hará milagros de proezas con su reducido ejército expedicionario, conquistando las costas del Jónico y tomando ciudades a su paso. Combatió por el Papa, y éste puso en sus manos cicatrizadas la Rosa de Oro.

Al frente, siempre al frente de los suyos, con el famoso penacho blanco de su casco al viento, lidió contra franceses en inferioridad de condiciones, y en los campos de *Garellano* —cuando todo parecía derrumbarse— corrió a un morro, bandera en alto, exclamándole a los cuadros: "¡Hermanos! ¡Me prometisteis vencer o morir!". Tamaño coraje era correspondido por los subalternos, de quienes supo reconocer *Francesco Gonzaga* que "más parecían espíritus aéreos que hombres de carne y hueso". Pero no conoció mejor recompensa histórica que la de aquella tarde, cuando después de intensas jornadas castrenses, llega al *Palacio de la Aljafería*, en el corazón de *Zaragoza*, y la *Reina Isabel*, la Cruzada, le da públicamente la bienvenida llamándolo *"mi Gran Capitán"*.

De *Don Juan de Vera* sólo un hecho bastará para definirlo, y para definir a la vez la Hispanidad del yugo y de las flechas.

Estaba en los salones de la *Alhambra* en negociaciones con *Abu Abdallah*. De pronto, uno de los cortesanos moros se permitió alusiones obscenas sobre María Santísima. El caballero español lo miró fija y gravemente. Sabía que toda palabra holgaba y resultaba a la vez insuficiente. Sabía que semejante ofensa exige una reparación concorde y pronta. Y sabiéndolo y pensándolo sacó su espada y partió en dos la cabeza del infame. Quienes quisieron agredirlo por tal reacción, tuvieron que vérselas con su acero todavía desenvainado, y finalmente se le dio la razón a su conducta y se castigó a los provocadores.

Escandalícese quien quiera: es hora de decir que esto era verdadero ecumenismo y no el horroroso sincretismo de nuestros días, en que se nivela la mentira con la verdad y se toleran las blasfemias en nombre de la convivencia civilizada.

En cuanto a *Don Alvaro de Monrroy*, la biografía de *Maldonado* lo resalta precisamente como cuidadoso del ejemplo que, tal como vimos, era uno de los pilares de la pedagogía caba-

lleresca. Ejemplo en el pugnar y en el avanzar, en la fidelidad y en el servicio, y —sobre todo— en el infundir ánimo y convicciones. "Era el hombre del mundo que más esforzaba la gente que con él iba en las guerras, que cuando consigo le llevaban, las cosas grandes se les hacían livianas y las muchas gentes no les tenían campo sabiendo que iba el allí... Su cuerpo no era cansado de ningún trabajo, ni el ánimo vencido... sus armas eran tan pesadas que su espada y su lanza apenas otro hombre las podía mandar... Con estas armas fue hallado muchas veces en medio de sus enemigos, que trabajaban por matalle, y sin ser socorrido de los suyos salvarse haciendo entre ellos muy grande estrago... Nunca decía a los suyos: haced como me viéredes hacer".[36]

Muy cerca asimismo de *Isabel y Fernando*, pero en funciones de asesoría, colaboración y gobierno, estaba *Juan López de Vivero*, que por ser natural del pueblecito de *Palacios Rubios*, en la docta Salamanca, pasó a ser conocido como *Juan López de Palacios Rubios*.

De él —y dedicada a su primogénito *Gonzalo* que acababa de cumplir la mayoría de edad— es una obra sobre la que conviene reparar, por contener un verdadero código de destrezas y gallardías del caballero en el combate, una sintética semblanza del mester de caballería entre gentes de Fe y de España.

Es el *Tratado del esfuerzo bélico heroico*, escrito al comenzar el siglo XVI, cuando asomaban en el horizonte bélico las primeras armas de fuego, a las que el autor juzga innobles e indignas del hidalgo, a la par que reivindica la vieja usanza medieval del cuerpo a cuerpo, con la vista puesta en la justicia de la pelea antes que en sus instrumentos o en el mayor o menor riesgo que pueda correrse.

[36] Cfr. Maldonado, Alonso, *Hechos del Maestre de Alcántara Don Alonso de Monrroy*, Madrid, Revista de Occidente, 1935. Sobre las figuras de *Vera* y de *Gonzalo Fernández de Córdoba* es mucho lo que se ha escrito. Remitimos por su accesibilidad a Vizcaíno Casas, Fernando, *Isabel, camisa vieja*, Barcelona, Planeta, 1987. Cfr. asimismo Vigón, Jorge, *El Ejército de los Reyes Católicos*. En su: *Hay un estilo militar de vida*, Madrid, Editora Nacional, 1966, p. 47-89.

Mas nadie puede aconsejar sobre el esfuerzo si no lo ha practicado, si "nunca le despertaron las trompetas". Y es éste el primer distingo que ha de hacer un combatiente. El segundo es que no todo hombre fuerte es esforzado, pues una cosa es "la reciura de miembros" que nace de "la natural complexión" y que se atribuye "al apetito sensitivo" —y que desordenada de la razón puede dar pie al vicio— y otra cosa es la fortaleza moral, que engendrada por una "multiplicación de actos virtuosos" hace que el hombre conserve el ánimo y la recta inclinación en las batallas.

Los actos del esfuerzo comienzan por ser *interiores*, cuando la inteligencia discierne con claridad los principios y los fines y la voluntad se apronta a consumarlos. Entonces se *exteriorizan*, y el caballero sabe esperar al enemigo o dilatar el encuentro, aguardarlo o perseguirlo, sufrir las heridas o infligirlas, evitando el temor que lo haría indigno y la osadía que lo convertiría en temerario. Y guardando siempre el necesario equilibrio, pues no faltan los osados en esfuerzos interiores y pusilánimes en los exteriores, o inversamente, los que aman desordenadamente el peligro físico pero no son capaces de una interioridad valiente.

Fortaleza completa y jerárquica ha de tener el buen caballero para "acometer o resistir las cosas arduas, difíciles y terribles de la guerra, aunque se espere peligro de muerte". Y fortaleza constante, perseverante y fiel, hasta que ella se le haga hábito y costumbre, segunda naturaleza o esfuerzo habitual. Aquí propiamente radica el secreto: en el lograr que la virtud se actualice y habitúe en nosotros para hacernos naturalmente capaces de gestos graves, viriles y heroicos, prefiriendo el trabajo a los deleites. Y prefiriéndolos desde temprano, pues "el hierro con el hierro se agudiza", usándolo anda limpio y en desuso se mella.

El hombre esforzado no ha de negarse a considerar el temor, pues el que nada teme es porque nada ama, excepto su propio y desorbitado orgullo, pero ha de saber también que el único temor no reprensible es el que está orientado a Dios, siendo todos los otros necesarios de aplacar y de vencer, aún aquellos que

surgen del razonable sentido de la cautela. *Porque en la batalla, más riesgos corren los que más temen, y como bien enseñó Séneca, el miedo al combate es una tragedia mayor que el combate mismo.*

Desaconsejable es, sin embargo, la mera osadía, pues "osa lo que debe y lo que no debe" y quienes la practican acaban siendo "ventosos, hinchados, arrogantes y blasonadores"; conducta más que distante de la del caballero que ha de conocerse a sí mismo, y no confiar en sí más de lo que debe, ni tomar sobre sí más carga de la que pueda sufrir... "Que el varón esforzado, así como conviene que sea verdadero, no insidioso y acechador o engañador, así es necesario que sea cauto y estimador igual de sus cosas".

Hay, sin embargo, ocasiones en las que no toca sino ser osado por razón de dignidad y de la majestad de aquello que está en juego. Osado fue el *Cid* cuando libró al *Rey Sancho II* de catorce enemigos que lo llevaban preso, o *Garci Pérez de Vargas* cuando protegió a *Don Fernando* de siete moros, camino de Sevilla, o *Don Alvaro de Lara* cuando desafió con trescientos de los suyos a los señores de *Vizcaya* que lo duplicaban en número, o allí en *la peña de Martos*, el buen alcalde *Pérez de Castro*, defendiendo su plaza contra una muchedumbre sarracena. Casos todos en que no era propicio ni hubiese sido decoroso ponerse a calcular las posibilidades del éxito o de la sobrevida, sino testimoniar con la sangre que hay bienes que son innegociables, y que es siempre preferible la muerte clara a la vida oscura.

La justicia es, para el caballero, la compañera inseparable del esfuerzo, pues ya sabía Aristóteles que el esfuerzo sin la justicia es materia de iniquidad. Otro tanto la prudencia, que es madre de virtudes —*mater familias*— y que ausente suscitaría la temeridad o la injuria. "No guarda Dios a quien no se guarda", precisa *Palacios Rubios* y la victoria es tal si justicia y prudencia adornan los medios y los fines, pues ni siquiera los paganos consideraban victorias las que se sostenían en el fraude o el engaño. Incluso, "quien vence corrompiendo al adversario malamente, no se llame vencedor", porque en todo se ha de cuidar la honra y no hay causa que justifique ensuciar la fama personal.

El que no es justo y prudente, por lo tanto, que no se llame esforzado, ni menos caballero.

El caballero, en suma, no debe enredarse en contiendas torpes o sin entidad ninguna, ni rodearse de muchos y mediocres antes que de pocos pero aptos. Sabrá que no rige para sus campañas la ley del número, y que a imitación, entre otros grandes, de *Leónidas*, se sentirá más seguro rodeado de un puñado de decididos que de una muchedumbre de incapaces.

La benevolencia será una cualidad por la que lo reconocerán sus súbditos, tanto como el coraje de parte de los contrincantes, y ante unos y otros dará ejemplo de templanza, que sin ella ningún señorío —ni privado ni público— podrá cultivar. Y valorando la vida como don de Dios y don irrepetible, estará pronto a perderla por el bien de su patria. Sin declamaciones ni vanas arrogancias, sin permitir la adulación ni la vanagloria. Sobriamente, como quien cumple sin sobresaltos con un acto de servicio.[37]

Caballero entre caballeros fue *Don Quijote de la Mancha*.

Todo se ha dicho de él y nada agregaremos. Pero valga recordar, para alimento de una recta emulación, que la metafisidad de su vida lo convierte en dechado de conductas virtuosas.

Por esa metafisidad elige luchar por lo esencial, sin reparar más de lo debido en las contingencias, y rescata a su paso la primacía de lo uno sobre lo múltiple, como el peso de lo eterno sobre lo fugaz. Se ha propuesto redimir lo caído, y empieza consigo mismo, sustrayéndose de la vida muelle para buscar contrincantes, que sabe que acechan aunque parezcan inocuos. En la encrucijada de un mundo que exalta la ubicuidad y el cambio, *Don Quijote* rehabilita la perennidad y el valor de lo que nunca muda. "Caballero andante he de morir", siempre igual a su vocación y a su destino. Ajeno a la confusión de los encantadores o a la de quienes blasonan de cuerdos: "yo sé quien

[37] Cfr. Palacios Rubios, Juan López de, *Tratado del esfuerzo bélico heroico*, Madrid, Revista de Occidente, 1941, p. 122.

soy", repetirá una vez y otra nuestro héroe.

Advierte que tiene una misión y sale a cumplirla. Aunque el camino se haga extenuante y escarpado. Ya no importa; "por él tengo que ir a pesar de todo el mundo". Lo tienen sin cuidado los éxitos mundanos y los requerimientos vulgares: "su triunfo fue siempre el osar y no el cobrar suceso". Y enjuto de físico y magro de carnes, no tiene fuerza en las fuerzas sino en el ideal que lo moviliza y distingue. Tras él sabrá ser "valiente y generoso, cortés, atrevido, paciente y sufridor de trabajos".

No está de moda, ciertamente, y eso produce la perplejidad o la befa de los que asisten a sus aventuras, "parecíales otro hombre de los que se usaban", pero es actual y vigente en mérito a su identidad. Cristiano viejo, más teme no cumplir con Dios que ser muerto, y a Su Divina Misericordia se abandona, pues "Él que es proveedor de todas las cosas, no nos ha de faltar, y más andando tan en su servicio como andamos". Principio y fin de sus desvelos, no a otro más que al Altísimo sabe que ha de rendir cuentas. Eso explique tal vez otra de sus imperativas reacciones: "Dios me entiende".

Grande de ánimo, "sólo me fatigo" —le dirá al barbero— "por dar a entender al mundo en el error en que está en no renovar en sí el felicísimo tiempo donde campeaba la Orden de la andante caballería". Es por eso que nadie hablaba como él de aquella edad de oro, nadie arrancaba a las almas de la frustración y del tedio recordándoles el esplendor inaugural, ni las despertaba otra vez al entusiasmo con palabras encendidas y bellas. Nadie educó como *Don Quijote*, pues no otra cosa es el magisterio que hacer brotar la luz de la interioridad del otro. Será la hora de pedirle con *Rubén Darío*, que nos libre "de rudos malsines, falsos paladines, y espíritus finos y blandos y ruines..."

"ora por nosotros, señor de los tristes
que de fuerza alientas y de ensueños vistes,
coronado de aureo yelmo de ilusión;
que nadie ha podido vencer todavía,
por la adarga al brazo, toda fantasía,
y la lanza en ristre, toda corazón..."

Será la hora, al fin, de que suspendamos nuestras palabras para transcribir aquellas que han penetrado en la hondura del honroso caballero: "Don Quijote" —escribió con maestría *Jordán Bruno Genta*— "dechado y ejemplo de caballeros, es el testimonio irrecusable de ese hábito de las esencias y de los principios realísimos que distingue a la mente hispánica tradicional. Verdad es que le ocurre, a veces, andar los caminos del mundo tan absorbido en el misterio de las cosas y en la persecución del orden justo que le vemos tropezar y caer de bruces o estrellarse contra tal o cual obstáculo fortuito. Y nuestra estimativa plebeya y ramplona nos hace apreciar que vive fuera de la realidad; que tiene sorbido el seso y está loco de remate... No le perdonamos que se distraiga de lo accidental, de lo que es una vez y nunca más, por una extremada dedicación a lo que es sustantivo y eternamente valioso... Pero Don Quijote, genio y figura del único Imperio Libertador que ha existido sobre la tierra, no se cuida de las apariencias: su mirada continúa fija en lo hondo de las almas y su brazo fuerte y delicado está siempre pronto para el rescate de las esencias cautivas y de las dignidades humilladas... *Don Quijote*, señor de piedad y de sapiencia, levanta con las manos graciosas y varoniles de las remontadas palabras y de las discretadas y bien concertadas razones, a los caídos, a los humillados, a los menesterosos, a la humanidad derrotada y claudicante, hasta la altura de su nobilísima condición y decoro de ser, hasta la excelencia de la imagen y semejanza de Dios... Don Quijote es la España misma que se vino a América, para enseñar a las gentes y abundar en justicia; y para hacer posible esta Argentina nuestra, así como es y queremos que sea".[38]

Parafraseando a *Ramiro de Maeztu*, podría decirse que

[38] GENTA, JORDÁN B., *Rehabilitación de la inteligencia*, Buenos Aires, Ediciones del Restaurador, 1950, p. 17-18. Cfr. asimismo GELONCH VILLARINO, EDMUNDO, *Don Quijote como ideal de hombre*, Córdoba, (edición mecanografiada), 1969.

toda España es caballeresca en el siglo XVI. Y que, a diferencia de las naciones protestantes, que cimentaron su progreso en la producción de bienes útiles, ella apostó su grandeza al honor de sus soldados, batiéndose por aquellos "pilares sacrosantos" *—Dios, Patria y Rey—* de los que después hablaría el himno carlista. Por eso, quien repase las obras cumbres de la cultura de la época, volcada en sus poetas y artistas, en sus letrados, canónigos o memorialistas, se encontrará con el elogio de la milicia entendida como la doble vocación de armarse interior y exteriormente.

Lope de Vega en *Las cuentas del Gran Capitán* exalta la figura de *Don Diego García de Paredes*, guerrero excepcional de estirpe caballeresca, alzado contra burócratas, politicastros y comerciantes y orgulloso de su honor y de su pobreza. Al punto que, tentado con una renta por el mismo monarca, responde que sólo la tomaría para forjar soldados a su servicio. Nada ligado a la guerra justa le era ajeno, y a pie o a caballo, con pica, espada o lanzón rudo, su brazo y su entendimiento pertenecen a la patria y a lo que en ella hay de sagrado e intangible. Pero cada vez que ha de enfrentarse lo hace conforme a su hábito antiguo de *bellator* medieval "y no como estos bellacones gallinosos", que en su lenguaje eran tanto los apoltronados como los innovadores castrenses.

Bajo los muros de *Marsella*, el sargento *Luis Pizaño*, con la venia de su superior, el *Marqués de Pescara*, defiende al modo de los legendarios torneos los derechos castellanos. Si pudo hacerlo fue porque al decir de *Sandoval*, "era valeroso soldado, y junto con esto muy cristiano, y que jamás le vieron tomar el nombre de Dios en la boca si no era loarle y encomendarse a Él"; esto es, porque prevalecía en él la virtud y había salido airoso de su pugna espiritual. Y hasta el *Milicio* de *Nuñez Alba*, ese personaje de sus *Diálogos de la vida del soldado* que adolece tal vez de una excesiva influencia antimilitarista de cuño erasmiano, no puede sino alabar las glorias épicas del pasado y aconsejarle a su joven interlocutor que no descuide los conocimientos en materia de teología para ser mejor cristiano. Porque la gloria de un guerrero no está en convertirse en un funciona-

rio de la administración militar, a buen sueldo de otros tantos funcionarios ajenos a la sacrificada vida andante, sino en acabar sus días incorruptible y leal.

No son incompatibles las letras y las armas, prescribe el veterano *Milicio*; "nunca la pluma embotó a la lanza ni la lanza a la pluma", dirá a su turno *Don Quijote*, contestes ambos en que el oficio de caballero encierra en sí la épica y la mística. Pero si los ámbitos convergen es porque, sin ser opuestos, están separados y son diversos. De allí que el protagonista de *El soldado catholico* de *Jerónimo Gracián*, no quiere discutir con los luteranos cuestiones dogmáticas sino defenderlas con las armas. *"No quiero defender mi Iglesia Romana con la lengua"*, explicita, *"sino con la espada... Dexemos essas disputas y argumentos para los theologos, y cada uno entienda su facultad... Y Dios os libre de tierras, donde viéredes que los seglares y los soldados arguyen y los eclesiásticos callen"*. Separación demasiado tajante, se dirá no sin razones, pero exagerada didácticamente y de un fondo tan cierto que su abandono nos ha traído no pocos males que tenemos a la vista.

También *Cervantes* cree digna de ser defendida la vocación del soldado, a la que compara con la del monje, pero aclara que "las armas no sólo con el cuerpo se ejercitan", y que el hidalgo ha de ser diestro en razones y pasiones, puestas ambas al socorro de la Verdad. Una cosa es cierta y patrimonio común de la moral hispánica: el combatir ennoblece y quien no tiene linaje sólo puede adquirirlo, al decir de *López de Montoya*, "por la espada y fuerza de sus brazos", ordenados virtuosamente a la custodia de lo justo. De modo que "unos traen y derivan su descendencia de príncipes y monarcas", enseña *Don Quijote*, pero pueden acabar en nada por sus malas obras; otros en cambio, han principiado siendo nada hasta alcanzar la cima por sus hazañas. Así, "unos fueron, que ya no son, y otros son, que ya no fueron" (I, XXI). Lo mismo dirá en sustancia al joven paje que parte desolado de Madrid a Cartagena: "no hay otra cosa en la tierra más honrada ni de más provecho que servir a Dios primeramente, y luego, a su rey y señor natural, especialmente en el ejercicio de las armas" (II, XXIV).

"La guerra engendra de nuevo al hombre" —recita *Lope* en *El hijo venturoso*— "en la ajena cobra nombre, quien no la tuvo en su tierra". Parábola cierta e históricamente constatable, como lo demuestra, entre otros, el caso de *Julián Romero*, alistado como simple tamborillero a los dieciséis años y *Maestro de Campo de la Orden de Santiago* después de *San Quintín* y por su mucha valía. El *Greco* lo retrató arrodillado, en actitud orante, vistiendo el glorioso manto blanco con la cruz púrpura, el rostro ascético, la mirada hacia lo Alto y la espada a la vista, de fina empuñadura. Esa espada severa, que al decir de su biógrafo *Marichalar*, combatió "contra moros, contra herejes, contra rebeldes". Varias veces herido y mutilado en batalla, admirado por el *Duque de Alba* y por *Don Juan de Austria, Julián Romero* personifica aquella cualidad caballeresca que el *Manchego* sintetizaba con su "cada cual es hijo de sus obras". No la nobleza heredada y los blasones exhibidos en la comodidad cortesana, no la coreografía superficial y vistosa, sino la indiscutible hidalguía formada en la virtud y en el servicio. En esas contiendas que, según escribe *Urrea* en su *Diálogo de la verdadera honra militar*, se celebran *"en defensa de la Yglesia, del Rey y de la Patria"*. Por eso despierta más respeto en Don Quijote aquel desventurado paje ya aludido que los mil remilgos de la residencia de los duques, que finalmente abandona para recuperar su libertad andariega y alejarse de las espadas ociosas.

No define al caballero su sola procedencia, ni su hacienda ni su bienestar económico. La larga data de sus antepasados o el tiempo de asentamiento en el territorio, son elementos insuficientes. Defínelo y distínguelo —insiste *Urrea*— su sabiduría y su virtud, su capacidad de mesura y su sentido de la proporción, porque no es propio de él desenvainar espada por cualquier reyerta, mas bien éste parece oficio de esgrimistas, contra quienes no en vano se volvía el *Licenciado Vidriera*. Porque no puede ser lo mismo tener destreza en pendencias de taberna o en duelos baladíes que ejercitar la constancia en una prolongada guerra justa.

Menos aún será señal de caballería o de nobleza el lujo o la policromía en la ropa o la fastuosidad y ostentación en los

atuendos. En sus *Avisos para soldados*, el jesuita *Franciso Antonio* aconsejaba la sobriedad y la discreción extrema, y el pueblo llano llamaba risueñamente *"papagayos"* a quienes pretendían blasonar honores por el abuso de adornos y de colores. Era propio del plebeyo advenedizo y de espíritus cursis, recubrirse de galas y de plumas, de mangas con rebufos repletas de calados y puntillas, tan lejos de aquel reposo indumentario del sufrido veterano.

El auténtico combatiente no presumía jamás. Su interioridad ascética se reflejaba naturalmente en monocromías oscuras, en el cabello corto y el rostro afilado, en el olvido de adornos y en la modestia de ademanes y de presencia. *El Greco* lo pintó con maestría y *Manuel Machado* le cantó con inspiración:

"Este desconocido es un cristiano
de serio porte y negra vestidura,
donde brilla nomás la empuñadura
de su admirable estoque toledano.

Severa faz de palidez de lirio
surge de la golilla escarolada,
por la luz interior, iluminada,
de un macilento y religioso cirio.

Aunque sólo de Dios temores sabe,
porque el vitando hervor no le apasione
del mundano placer perecedero,

en un gesto piadoso, y noble, y grave,
la mano abierta sobre el pecho pone,
como una disciplina, el caballero".[39]

[39] MACHADO, MANUEL, *El caballero de la mano al pecho*. En su: *Apolo* (1910). En su *Opera Omnia Lyrica*, Madrid, Editora Nacional, 1942, p. 161.

Se trataba, como tanto insistían los estudiosos de la moral castrense, de ser honrado en todo, y la primera señal de honradez consistía en saber, como lo asentó *Bernardo de Escalante* en sus *Diálogos del Arte Militar*, que *"la milicia no es otra cosa que una semejanza de verdadera religión, statuida de Dios, que obliga al soldado a guardar justicia, Fee, Constancia, Paciencia y silencio, y sobre todo obediencia, con la cual se llega facilmente a la verdadera perfección de las armas"*. Honradez exigente en que lo primordial, recuerda *García de Palacio*, es *"el reconocimiento que deven a Dios y la obligación que tienen como hijos dela Iglesia, ha defender y estender la religión christiana, la que tienen a su patria y príncipe y como por ellos deven morir"*. Honradez, al fin, que desdeña el oro y las tentaciones crematísticas, por las que se desvelan los vulgares y los burgueses disputan, pero que aspira al ideal descripto por *Martín de Aguiluz* en su *Discurso y Regla Militar*... *"ser buen christiano, devoto y temeroso a Dios todo poderoso, y muy obediente a todo lo que manda la Santa Madre Iglesia Romana, porque sea ayudado de Nuestro Señor Iesu Christo y haze lo que es obligado"*.

Todos cuantos venimos citando y cuantos pudieran agregarse aquí, pues España ha sido pródiga en escritores de estos temas connaturales a su identidad, no harían sino ratificar lo sabido. Que el caballero se debe a Dios y a la Patria, a la Iglesia y a la Cristiandad, a la Verdad, al Bien y a la Belleza. Y que para poder entregarse a tan altos fines, primero ha de poseerse, esto es, regirse a sí mismo con plenitud de señorío. La milicia terrena se le ordena a la celestial y ambas tienen fortaleza y muralla en su alma, que ha de ser clara y abierta como una madrugada en primavera.[40]

Y bien; tanta gravitación llegó a tener esta ética caballeresca, tanta relevancia alcanzó y tan a fuego grabó en las conciencias sus límpidas consignas, que aún desaparecida física-

[40] Para este análisis del espíritu caballeresco y militar de la sociedad española del siglo XVI, hemos seguido a PUDDU, RAFFAELE, *El soldado gentilhombre*, Barcelona, Argos Vergara, 1984.

mente la Cristiandad y concluido cronológicamente el marco medieval que le servía de paisaje, siguió sirviendo de paradigma y nutriendo con sus enseñanzas. El código de la cristiana hidalguía no abandonaba a los espíritus hispánicos, y el centro vivo de ese código era la figura ecuestre del *orator* y del *bellator*, la síntesis de la Iglesia Militante y del Ejército de Dios.

Así en *Lepanto*, las naves no fueron para *Juan de Austria* sino nuevos corceles y las aguas revueltas otros tantos barrancos por donde cabalgar en persecución del enemigo. Y en pleno siglo XVII, *Baltasar Gracián* escribe *El Héroe* y *Francisco de Quevedo* su *Política de Dios y Gobierno de Cristo*, en los que reivindican ambos ese sentido épico y místico de la antigua caballería que no quería ni debía fenecer.

A juicio de *Gracián*, "la mayor prenda de un héroe" es el corazón de "un caballero animoso", para el cual "nunca hay arma corta, porque con hacerse él un paso adelante, se alarga ella bastantemente". Eminente y humilde debe ser en todo tiempo, sin ínfulas vanas ni acopio de medianías; plausible ante los discretos y no ante el vulgo, pues rico vive de aplausos el histrión, de eminencias el caballero. Dado a las fatigas y a padecer adversidades, brillará siempre en él "un señorío innato, una secreta fuerza de imperio, que se hace obedecer sin exterioridad de preceptos", aún en aquellas circunstancias desdichadas y hostiles. Ninguna afectación empañará su conducta, porque "la afectación es el lastre de la grandeza" y su preocupación personal ha de estar puesta en la perfección y nunca en la alabanza.

¿En quiénes pensaba *Gracián* al retratar así la identidad del héroe? ¿Hacia quiénes se orientaba su admiración y su sentido de la *imitatio*?

Nombres clásicos asoman de sus páginas, tomados del universo helénico y romano. Y era justo y previsible que así fuera. Pero invoca a *Godofredo de Bouillon* y a *Rodrigo Díaz de Vivar*, al gran *Gonzalo Fernández* y al serenísimo señor *Don Juan de Austria*, a *Pelayo* y a la flor de la caballería. A *Isabel* y a su católico esposo, y de un modo especial a *San Fernando*, que no perdiendo un palmo de tierra para España ganó a varas el cielo.

Y que después de una vida de proezas admirables, "rubricó su imperial sangre con la de Cristo, Señor Nuestro Sacramentado". El Arquetipo es, una vez más, el caballero cristiano, guerrero y santo, rey y cruzado.[41]

Hacia la misma época, *Quevedo* redacta su *Política de Dios y Gobierno de Cristo*, dirigida al *Rey Don Felipe IV*. Es una obra apologética y de fuerte sentido apostólico, en la que cada reflexión, cada consejo, está apoyado en un texto escriturístico, convenientemente traído a la memoria y aprovechado en rigurosa exégesis.

Quevedo empieza por recordarle al Rey que debe tomar ejemplo de sus predecesores, en modo muy especial de *Carlos V* y de *Felipe II*, y en los capítulos finales, dedicados a la guerra y a la milicia, en general, vuelve a aparecer el espíritu de la nobleza andante que cimentó las glorias de la Hispanidad.

El jefe militar será, ante todo, quien conciente de que no en vano se llama a Dios, Señor de los Ejércitos, vaya por Su causa "delante en la guerra y en el peligro", "porque más importa que yendo delante lo vean los soldados pelear a él, que no que yendo detrás vea él pelear a sus soldados".

El Capitán será instrumento de la Providencia y ministro de las victorias del Señor, pero sabiamente entenderá que "no está la victoria en juntar multitudes de hombres, sino en saber desecharlos y elegirlos. El número no es fuerza: confía y burla más que vence. Muchos, más dan que hacer a la aritmética que a los contrarios. La multitud es confusión, y la batalla quiere orden. Pocas veces es la fanfarria defensa, muchas ruina... Quien pesa y no cuenta ejércitos y votos, más seguramente determina y más felizmente pelea".

Los ejemplos a seguir ya han sido provistos por Dios, y se equivocan los que creen que el paso de los tiempos los ha vuelto impracticables. "No es así ni tiene la culpa el tiempo con

[41] Cfr. GRACIÁN, BALTASAR, *El héroe*, Madrid, Espasa Calpe, 1969. La alusión a San Fernando esta en el *primor XX*, *"último y corona"*, p. 43-44.

las nuevas máquinas de fuego, sino el distraimiento que padecen los ánimos belicosos" que se vuelven insensibles ante los misterios de la historia y de la historia sagrada en particular.

Siguen estando para nuestra imitación las gestas del Viejo Testamento y sus caudillos excepcionales; varones que se ofrecían voluntaria y valientemente a las batallas "movidos de la afrenta que se hace a su nación, y de la que se quiere hacer a las armas de Dios". Y los soldados conversos después de la llegada del Redentor, que obraron como otros tantos centuriones. Pero *Quevedo* no olvida al *Gran Capitán* ni a *Pescara*, ni a los *Reyes Católicos* ni a *Alfonso el Sabio*. Y cala más hondo que *Gracián* al poner como supremo arquetipo de caballero armado al mismo Cristo Nuestro Señor, a quien el Padre Eterno reservó una milicia que no conocieron Josúe ni Moisés, ni Gedeón ni David.[42]

La Hispanidad conservó siempre, aún recónditamente, esta valoración del espíritu caballeresco, y esta íntima convicción de la necesidad de no pasar por la vida sin un gesto de combate y de desafío al mundo. Se ve en sus santos y en sus reyes, en sus hombres de ciencia y de conquista, en sus expedicionarios y misioneros. En aquellos tratadistas de la justicia de la guerra, como *Vitoria, Martín de Azpilcueta, Domingo de Soto* o *Diego de Covarrubias*, que por encima de matices y de discusiones académicas, no podían admitir una Cristiandad inerte y un cristiano cruzado de brazos frente a los enemigos. Se ve en esa consigna maeztusiana que identifica al *ser* con el *defenderse* o con el magisterio de *Donoso Cortés* sobre el destino vil que aguarda a los pueblos sin vocación pugnativa. Y se deja ver en la psicología de su gente que, al decir de *Vigón*, prefiere la gallardía a la eficacia, el espíritu de servicio al del lucro y la vida como milicia mejor que como negocio. Siempre dará un prestigio sin desgaste el hacer del mando una carga en vez de un beneficio, rebelarse ante la injusticia movido por la caridad y no por el resentimiento,

[42] Cfr. Quevedo y Villegas, Francisco de, *Política de Dios y Gobierno de Cristo*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1946, pptte. caps. XXII y XXIII.

saber obedecer y subordinarse para pelear abnegadamente por una causa común, conservar la disciplina y el respeto por las jerarquías naturales, emprender la marcha aunque resulte fatigosa y áspera. Siempre será motivo de elogio un jefe que no vacile, una plaza que no se rinda, un alcázar sostenido sin renuncias, un almirante que muera peleando con su uniforme de gala, un joven que renuncie a su despacho de abogado para rescatar a la patria cautiva al precio de su vida. Siempre, al fin, será bien visto, ese estilo militar, que no define necesariamente un uniforme, pero sí la preferencia por lo veraz y lo justo, por la austeridad y la perseverancia, por bautizar Cruzadas a la guerra contra la tiranía roja, por la Cruz y por la Espada en armónica sinfonía. Y estamos otra vez invocando a la Caballería. Estamos otra vez señalando su vigencia.

Por eso, todavía en el siglo XIX, en medio de toda la decadencia que pueda señalarse y aún quizás por ello tanto más ilustrativo, habrá resabios de este *ethos caballeresco* entre los soldados de España. Y un 22 de diciembre de 1808, en el segundo sitio francés de Zaragoza, el *Gral. Palafox*, a cargo de la defensa, puede contestar al ultimátum de su enemigo, el *Mariscal Moncey*, con estas palabras que parecen sacadas de *Amadís* o de *Cifar*: *"No sé capitular, no sé rendirme. Después de muerto yo hablaremos de eso"*. Casi dos siglos después, un soldado argentino, un criollo cabal de estirpe hispana, caído heroicamente en las *Islas Malvinas*, la llevaría como consigna épica en su libreta de Comando, y la haría realidad indiscutible muriendo bravíamente. Tal el caso admirable del *Sargento Mario Antonio "Perro" Cisnero*.[43]

La Hispanidad continúa. La Caballería no ha muerto.

[43] El libro de JORGE VIGÓN antes citado es: *Hay un estilo militar de vida*, Madrid, Editora Nacional, 1966. El episodio de *Palafox* está narrado en diversidad de textos. Remitimos, para que el lector aproveche toda la obra a: GARCÍA GARRAFA, ARTURO, *Del ingenio español. Frases célebres de militares*, Madrid, Imprenta de A. Mazo, s/a. La historia heroica del *"Perro" Cisnero* ha sido contada por MANSILLA, ALBERTO, *No sé rendirme, después de muerto hablaremos* (*Verbo*, n. 291, Buenos Aires, 1989).

Epílogo

La Guerra Justa

Con tales antecedentes, bien que imperfectamente reseñados, pero que —como hemos visto— cubren largos siglos de Cristiandad, desde los comienzos históricos de la misma, no se entiende que haya aún quienes levanten banderas pacifistas u objeciones de conciencia ante la vida militar, invocando para ello posiciones cristianas cuando no católicas. Menos se entiende o se justifica la prédica y la práctica de una espiritualidad que, en aras del ecumenismo o de la inserción en el mundo, conduce al creyente a la deserción de sus obligaciones como miembro de la Iglesia Militante.

El pacifismo —ya quedó dicho— es un error que no puede apoyarse ni en las Sagradas Escrituras ni en la Tradición, ni en el Magisterio. De allí que sus sostenedores más entusiastas haya que buscarlos directamente entre las filas heréticas, o entre modernistas y progresistas, que son un conglomerado de todas las herejías, o entre sectarios confesos al estilo de los cuáqueros, los anabaptistas o los testigos de Jehová; o entre confundidos de buena fe, como podrían ser Tolstoi o el austríaco J. Ude. Y por supuesto entre ideólogos de diverso signo, al modo de Ghandi o de Luther King, en quienes lo más reprochable —amén de sus opciones políticas que no juzgamos ahora— es haber apelado a la moral cristiana para convalidar sus desvaríos.

No pueden tomarse por pacifistas ni como precursores de tal alternativa, a aquellos hijos fieles de la Iglesia que sin discutir la legitimidad de la guerra justa ni negar la armonía en-

tre la Fe y la Milicia, fueron infatigables y honestos defensores de la paz y criticaron con razón las guerras de su tiempo, negándose incluso en algún caso, con todo derecho, a tomar parte de las mismas. Pensamos, por ejemplo, en *los franciscanos de Rímini*, apoyados por *Honorio II*, en *Santo Tomás Moro* o en *Juan María Vianney*. Pero la *Orden de San Francisco* engendró también al heroico *San Juan de Capistrano*, el Canciller de Enrique VIII —que no se opuso a las guerras emprendidas políticamente por el monarca— fue un modelo de valentía rubricado con sangre, y el *Santo Cura de Ars* se negó a invadir España con las tropas napoleónicas. Son más bien ejemplos de ilustre militancia cristiana. La paz no consistió para ellos en ese amasijo de equilibrios que predicarían después los hombres de la Ilustración, por el que se diluye la justicia y se igualan las creencias sino —y paradójicamente— algo muy relacionado con la guerra y con la victoria. Guerra y victoria sobre las presiones y los temores, sobre los afectos desordenados y las tentaciones fáciles.

Paralelamente a la heterodoxia del pacifismo, la Iglesia fue consolidando y puliendo una doctrina ortodoxa de la guerra justa. Se encuentra en *San Ambrosio* y en *San Agustín*; en las páginas del *De officiis* del primero, cuando legitima la fuerza que se usa en pro de la Patria, de los débiles y de los amigos, y en distintos escritos del segundo, principalmente en su *Carta al tribuno Marcelino* y al *General romano Bonifacio*. También *San Atanasio* justifica y encomia al que pelea en defensa del Bien (cfr. *Ad Amunem Monacum*) sin que ninguna de estas posturas suponga algún asomo siquiera de menosprecio por la paz, o de apoyo insensato a arbitrarias contiendas ofensivas. El soldado cristiano ama la paz y la busca, pero conoce que muchas veces es necesario alcanzarla y sostenerla por vía del combate.

"Ninguna guerra puede ser justa, a no ser por causa de vindicta o para rechazar al enemigo", enseñará *San Isidoro* (*Etimología*, XX), pero en esos casos la acción punitiva será un recurso honesto. Y de tanta honestidad que, al decir de *Nicolás I*, estando en juego las leyes de Dios, la defensa propia, "la de la patria y la de las normas ancestrales", ni siquiera la Cuaresma

podría suspenderla o postergarla (*Responsa Nicolai ad consulta Bulgarorum*, 46). Defender a Dios y a la Patria son obligaciones tan graves para el cristiano, que por cumplirlas debe estar dispuesto a armarse "en la milicia temporal", con una conduta tal —dice *Radero*— "que no pierda en modo alguno el alma que vive para siempre" (*Praeloquiorum Libri sex*, I, 11). Opiniones firmes y unívocas que de un modo u otro reiteraron *Pedro Damián* o el *Obispo Rufino, San Anselmo de Canterbury* o *Yves de Chartres, Abelardo* o *Alejandro II*.

En el esplendor del siglo XIII, sus sabios y sus santos vuelven a reiterar la doctrina de siempre. *Raimundo de Peñafort* en la *Summa de Paenitentia, Enrique de Susa* en su *Summa Aurea, Alejandro de Hales* en *De lege punitionis* y el gran *Buenaventura* quien comentando el Evangelio de San Lucas, dirá rotundamente que "hay causa conveniente (de guerra lícita) cuando se trata de la tutela de la patria, de la paz o de la fe" (*Commentarium in Evangelium Lucas*, III, 34). Otro tanto se encontrará en los tratadistas de las centurias posteriores, autores de grandes *Summas* orientadoras, como la *Astesana*, la *Pisana* o la *Angélica*, hasta que en la España del siglo XVI brillan las cumbres de la teología abocadas a tan candente problema. Los nombres de *Vitoria, Cayetano, Martín de Azpilcueta, Domingo de Soto* o *Melchor Cano* no necesitan presentación ni comentario, aunque el especialista pudiera —con todo derecho— señalarnos otros tantos como los de *Alfonso de Castro, Diego de Covarrubias, Domingo Bañez, Luis de Molina* o *Francisco Suárez*. Los argumentos fluyen y discurren apasionadamente, ora en contradicción, ora en concordia, ricos en casos, ejemplos, situaciones y condiciones, pero nadie cree que el católico deba claudicar pasivamente en la defensa de sus principios y que los Estados conducidos por auténticos hombres de Fe hayan de resignar su soberanía espiritual y material.

Semejante doctrina, finamente entretejida en diversidad de épocas y lugares, pero bajo el signo universal de la Iglesia Romana, no se ha interrumpido ni se ha declarado nula. Como bien lo ha dicho *Mario Sacchi*, analizando la vigencia del derecho de guerra en Santo Tomás de Aquino, el mismo no está

limitado por un horizonte histórico determinado, ni surge de sus principios que sólo tenga aplicación bajo determinadas circunstancias cronológicas. Es doctrina moral segura y permanente, válida para cada ocasión en que se presenten similares problemas a resolver.[1]

Es cierto que ni el Aquinate ni quienes lo precedieron o le siguieron en el tratamiento de estos temas, podían entrever las consecuencias devastadoras de las modernas conflagraciones y el riesgo de un exterminio desolador con las sofisticaciones técnicas contemporáneas. Es cierto asimismo que ante tantas y terribles consecuencias, y con la vista puesta en los estragos bélicos más impresionantes de este siglo, algunos teólogos han terminado por reprobar toda guerra; tales por ejemplo, los firmantes del *Comunicado de Friburgo* en 1931. Y es igualmente cierto que las últimas formulaciones del Magisterio sobre tan delicado punto, acentúan la conveniencia de los arreglos diplomáticos y desalientan las campañas belicistas. Ya en la Pascua de Resurrección de 1954, *Pío XII* expresaba su inquietud cristiana por el uso de armamentos inauditos que podían producir "en todo el planeta una peligrosa catástrofe". Convengamos en que desde entonces y hasta hoy, los motivos para la atendible inquietud pontificia se han incrementado enormemente.

Mas sin embargo, y pese a quienes con mala doctrina así quisieron confirmarlo, el sentido y la razón de la guerra justa no ha desaparecido, ni han sido interrumpidas las argumentaciones a su favor. Allí está, en plena modernidad, el *Curso de Teología Moral* de los *Carmelitas de Salamanca*, escrito al concluir el siglo XVII; las obras del dominico *Billuart*, las exposiciones de *San Alfonso María de Ligorio*, o las siempre citadas páginas de *Taparelli*, que merecieron la recomendación de *Pío*

[1] Cfr. SACCHI, MARIO E., *Correctorum Corruptorii "bellum iustum". Respuesta a los adversarios de la validez de la doctrina de Santo Tomás de Aquino sobre la guerra justa*. Comunicación presentada en la *XII Semana Tomista: El hombre y la moral tomista*, organizada por la *Sociedad Tomista Argentina*, Buenos Aires, septiembre de 1981.

XI. Y están también, aunque la nómina sea necesariamente restrictiva y mucho esquematice, los nombres de *Ulpiano López, José Mausbach, Pedro Lumbreras, Antonio Messineo, Bernhard Häring* y hasta el del discutido *Yves Congar*, que señaló al respecto no pocos elementos atendibles. Autores diversos y complejos, cuyas respectivas tesis demandarían la pericia del experto para quedar descriptas y justipreciadas, pero que coinciden en ratificar la legitimidad de los combates defensivos, librados en custodia de las leyes divinas, del orden natural, de la integridad nacional y del bien común completo; y no sólo contra enemigos externos sino contra gobiernos tiránicos o sistemas políticos perversos que corrompan la dignidad y la fe de los pueblos. Afirmaciones éstas que implican taxativamente la licitud y la conveniencia de que existan Fuerzas Armadas con sentido cristiano de su vocación y de su misión guerrera, así como la licitud y la conveniencia de que el católico esté espiritualmente dispuesto a jugarse y a lidiar.

Más próximo a nosotros, el Papa *Pío IX*, condenó en el *Syllabus* los enunciados pacifistas, y el mismo *Benedicto XV* —a quien le tocó regir la Iglesia durante la Primera Guerra Mundial— distinguió entre los horrores de la contienda, la conveniencia de una verdadera paz y la doctrina moral tradicional que justifica determinadas luchas. *Pío XI*, como bien se sabe, apoyó y bendijo sin reservas la Cruzada Española de 1936 y la noble resistencia cristera de los católicos mejicanos, en documentos tan límpidos como emocionantes y aleccionadores, siendo su sucesor *Pío XII* quien nos ha legado quizás, entre los pontífices modernos, las más elaboradas razones sobre la paz y la guerra, las armas y la justicia, y el deber cristiano de hacer frente a la iniquidad. No la inmoralidad de la guerra de agresión, enseña *Pío XII*, no al armamentismo provocador y amenazante ni a la "monstruosa crueldad de las armas modernas", pero tampoco la tibieza, la pusilanimidad y la paz a todo precio. Siempre será "moralmente lícito o incluso, en algunas circunstancias concretas, obligatorio, rechazar con la fuerza al agresor... Un pueblo amenazado y víctima de una injusta agresión, si quiere pensar y obrar cristianamente, no puede

permanecer en una indiferencia pasiva... y si no quiere dejar las manos libres a los criminales internacionales, no le queda otro remedio que prepararse para el día en que tendrá que defenderse" (*Mensajes de Navidad*, 1945 y siguientes).

Quienes le sucedieron habrían de enfatizar aún más los reclamos pacíficos y las condenas a las campañas belicistas, pero nunca dejaron de reconocer la hipótesis de una lucha defensiva, ni el derecho de legítima defensa, del que habla el *Concilio Vaticano II* (*Gaudium et Spes*, 79-80), utilizando "la fuerza militar para defenderse con justicia... una vez agotados todos los recursos pacíficos" (ibidem). Y aunque está siempre presente la objeción de que la magnitud de los desastres de las novísimas guerras podría exceder la reparación que con ellas se obtuviera, acierta *Pelayo de Zamayón* cuando responde que "todos los males de la guerra (serán) siempre inferiores al hundimiento de la civilización cristiana", y que, por lo tanto, puestos en la disyuntiva de rescatar "el honor de la patria salvado heroicamente" y "la deshonra nacional y la pérdida de la Religión soportadas con cobardía", no se ha de dudar en seguir la primera alternativa.[2]

El actual Pontífice, que procede de una tierra rica en epopeyas cristianas y en paradigmas épicos de santidad, que antes de llegar a la Silla de Pedro hizo el elogio de los mismos en sus escritos literarios de encendido fervor patrio y militante, jamás dejó de bregar por la paz y en contra de la funesta amenaza de una contienda nuclear, pero empezó por recordar —ya como Vicario de Cristo— que "los pueblos tienen el derecho y aún el deber de proteger, con medios adecuados, su existencia y su libertad contra el injusto agresor" (*La paz, don de Dios confiado a los hombres*, n. 12, 1-1-1982), insistiendo recientemente, con

[2] ZAMAYÓN, PELAYO DE, *Moralidad de la guerra en nuestros días y en lo porvenir* (*Salmentiencis*, n. 2, 1955). Cit. por SOMOANO BERDASCO, RAFAEL, *Pacifismo, guerra...*, ob. cit., p. 216-217. Del mismo autor recomendamos: *El derecho a la defensa nacional durante el estado de agresión permanente*, publicado originalmente en la *Revista Española de Teología*, n. 2, Madrid, 1943 y reproducido en *Verbo*, n. 260, Buenos Aires, 1986, p. 72-91.

ocasión de la contienda en el Golfo Pérsico, en que los cristianos "no somos pacifistas; queremos la paz, pero una paz justa y no a cualquier precio" (*La Nación*, Buenos Aires, 18-2-1991, p. 4), y reclamando después, en agosto de 1992, la ayuda militar a la católica Croacia para no ser cómplices de la campaña ofensiva que busca destruirla.

Es que el Santo Padre —cuyas palabras textuales sobre el deber de pelear y sobre la semejanza entre el católico y el soldado, citábamos en el primer capítulo de este libro— sabe, con todo el magisterio tradicional que lo precede, que no hay paz sin desafío y valentía, sin esfuerzo, ardor, caridad y buen combate. Por eso, cuando el 2 de abril de 1989 visitó como Pastor Universal la *Guarnición de Cecchignola*, en Roma, les reiteró una vez más a los soldados la perfecta congruencia entre la vocación cristiana y la misión castrense, con conceptos inequívocos que vale la pena reproducir:

"Ciertamente no hay una dificultad de fondo, una imposibilidad de juntar la vocación cristiana y la vocación del servicio militar. Si se considera su naturaleza en sentido positivo, *el servicio militar en sí mismo es una cosa muy digna, muy bella y muy noble.* El núcleo mismo de la vocación militar no es otro que la defensa del bien, de la verdad y sobre todo de los que son agredidos injustamente. Y aquí encontramos el principio que explica en qué situación *la guerra puede ser justificada:* si es una defensa de la patria agredida, una defensa de los que son perseguidos, inocentes; una defensa incluso con el riesgo de la propia vida.

Esta defensa puede llevar consigo la muerte o el daño del agresor, *pero él es culpable en este caso.* Naturalmente se busca siempre disminuir el daño aún del agresor, pero quien se expone mucho más al riesgo del daño y de la muerte es sobre todo el que defiende... Basta pensar en la figura de San Florián: estoy muy ligado, por mi historia personal, a este Santo, quizá poco conocido aquí en Italia. Pero tampoco en Italia, en Roma, han faltado los heroicos confesores y mártires de la Fe que eran militares: han descubierto la Fe y han sabido vivir como militares su nueva situación interior, conjugando y sintetizando los

dos aspectos... Naturalmene *hay que subrayar que se necesita también una buena formación espiritual*, para crear, para encontrar y para desarrollar esta coherencia entre las dos vocaciones, la militar y la cristiana...

Todos ven en el servicio militar una prueba para el joven... No es fácil integrarse en esta disciplina... pero precisamente lo que cuesta y no es tan agradable, es al mismo tiempo muy útil y constructivo... Quizá lo que falte a muchos jóvenes de hoy —*especialmente en los países acomodados, en los países de larga libertad por no decir liberalismo, libertinaje*— es una disciplina, una autodisciplina... El período del servicio militar es para los jóvenes un período en el que pueden madurar verdaderamente en la autodisciplina. Y no solamente en la del cuerpo, en la externa: se ve ciertamente en el modo de ser de un militar que su cuerpo es disciplinado. Pero esta disciplina corporal debe ir pareja con la disciplina interna, espiritual, que atañe a la conciencia humana, a la voluntad y al corazón. Un hombre disciplinado, autodisciplinado, es un hombre maduro."[3]

Hemos prolongado la cita, de un texto que recomendamos leer y difundir íntegramente, y hemos subrayado por cuenta nuestra algunos pasajes, para que resalten al menos tres enseñanzas clásicas de la Iglesia hoy negadas por muchos sedicentes católicos. La primera es la coherencia entre la Fe y la Milicia, sobre la que tanto hemos insistido en estas páginas. La segunda es la preeminencia de *"la buena formación espiritual"* sin la cual, ninguna vida religiosa y castrense es posible. Y la tercera es la indiscutida justificación del servicio militar —y el elogio de su carácter formativo— que refuta abiertamente la prédica mendaz y cobarde de tantos objetores de conciencia, amparados en supuestos principios cristianos.

La obligación capital de la conciencia no es la libertad sino la Verdad. Y si ella es fiel a la sindéresis o hábito de los primeros principios, no fabricará subjetivamente sus propias normas, sino que será capaz de conocerlas, contemplarlas y ejecutarlas, tal

[3] Cfr. el texto completo en: *Verbo*, n. 295, Buenos Aires, 1989, p. 13-16.

como brotan del derecho natural y de la ley divina. No es la conciencia la que crea lo justo o lo injusto, sino la que objetivamente lo distingue y reconoce, adhiere o rechaza. Por eso, mucho estima la Iglesia la voz de la conciencia, y reconoce la santidad de aquellos que han sido capaces de oírla heroicamente hasta ofrendar la propia vida, pero a condición de que esa voz no proceda de las arbitrariedades del sujeto sino del acatamiento de la creatura a la voz mayor del Creador.

Por cierto que muchas contingencias del llamado servicio militar obligatorio son pasibles de críticas serias y fundadas. Y que no pocos aspectos de los ejércitos permanentes merecerían más reparos que elogios. Algo de esto columbraba *Benedicto XV* hacia 1917, y caló hondo entre nosotros el *Padre Castellani*, cuando epilogando *La Revolución que anunciamos* de *Marcelo Sánchez Sorondo*, escribió palabras proféticas sobre los males de nuestro Ejército.

Por cierto, incluso, y en esto coinciden los tratadistas, que hay obligación de rechazar en conciencia cualquier contienda injusta o cualquier pertenencia a una tropa que se ha desnaturalizado y envilecido. Pero no son estas las razones que invocan los objetores profesionales de conciencia, sino una supuesta repugnancia intrínseca entre lo militar y lo cristiano que, como vimos, carece de asidero. "El Centurión del Evangelio" —dijo *Paulo VI*— "está ahí para asegurar que no hay ninguna incompatibilidad entre las exigencias de la disciplina militar y las de la Fe, entre el ideal del soldado y el del creyente" (*Discurso a militares belgas*, 1-5-1965).

La recusación de la vida castrense no encuentra ningún punto de apoyo ni en la dogmática ni en la moral de la Iglesia, ni en el Magisterio de sus auténticos teólogos y de sus Pontífices, pero sí *una preocupación pastoral* lejana —recogida por el *Concilio Vaticano II* en la *Gaudium et Spes*— sobre la equidad de las leyes frente a aquellos que invocando razones de conciencia "se niegan a tomar las armas" (n. 79). No aprueba ni encomia semejante postura, reclama humanitariamente que las disposiciones legales se muestren equitativas ante tales casos, pues si se tratara de conciencias erróneas *de buena fe*, merece-

rían ser respetadas.[4]

La norma, empero, no puede ser la huída ni la deserción, ni la irresponsabilidad frente a los deberes ciudadanos, sino el cumplimiento de las obligaciones patrias en el reclutamiento y en el encuadramiento castrense. Que si obtiene lugar en una institución armada de prosapia cristiana, como la Nación a la que expresa, le dará ocasión al soldado de vestir un uniforme bendecido y de portar un arma consagrada al Dios de los Ejércitos.

Es claro que puede tocarle la grave circunstancia de matar y morir. Si lo primero, baste recordar que no sólo no peca sino que bien obra, el que en legítima defensa causa la muerte del injusto agresor. Como Moisés al egipcio que golpeaba a uno de los suyos (Ex. 2, 11-12), pues "el agresor formalmente injusto" —dice *Pío XII*— "pierde por su acción injusta el derecho a su propia existencia". Si lo segundo, esto es, si le tocase morir, el sacrificio de su vida nunca será vano, ni cabrán los lamentos cursis ni las rebeldías egoístas de los que reclaman el derecho juvenil a vivir hedonistamente. Ya fue dicho por *Claudel* que la juventud no es la edad del placer sino del heroísmo, y *San Juan* les escribe a los jóvenes "porque son fuertes y han resistido al Maligno" (I Jn. 1, 2, 14), mientras el *Apóstol* elogia a "los que fueron valientes en la guerra y desbarataron ejércitos extranjeros" (Hebreos, 11, 34).

Morir por la Patria en acto de servicio castrense, es siempre honroso y glorificante, y sólo una mentalidad de factoría sibarita y decadente pudo haber impuesto entre nosotros la pésima

[4] Sobre este discutido texto conciliar, cfr. Muñíz Vega, Gonzalo, *Los objetores de conciencia, ¿delincuentes o mártires?*, Madrid, Speiro, 1974, especialmente el capítulo V: *Concilio Vaticano II*, p. 35-43. Cfr. asimismo: Monsegú, Bernardo, *La regulación de la objeción de conciencia* (*Fuerza Nueva*, n. 236, Madrid, 1971). La armonía entre la conciencia evangélica y la conciencia militar queda bien demostrada en los trabajos de Innocenti, Ennio, *Vida militar y catolicismo* (*Gladius*, n. 4, Buenos Aires, 1985, p. 85-103) y de Guerra Campos, José, *Sentido cristiano del Ejército* (*Verbo*, n. 214, Buenos Aires, 1981, p. 7-27). Cfr. asimismo: Gueydan de Roussel, Guillermo, *Paz y Guerra* (*Gladius*, n. 16, Buenos Aires, 1989, p. 109-111).

costumbre de festejar las excepciones al enrolamiento armado o de condolerse por la temprana edad de los combatientes. En mejores tiempos, la precocidad bélica confería un rango moral inigualable, y se prefería una corta vida ofrecida como testimonio de grandeza a una pacata e intrascendente duración biológica. Un vínculo invisible pero sólido unía a las generaciones de caídos, y cada hogar signado por una muerte prócer, sabíase escogido antes que castigado. Bien ha dicho *Veuillot*: "¡Felices, a despecho de su duelo, las familias cuya sangre corre en este gran trabajo por la Patria! Su nobleza se fundamenta o se rejuvenece con un acrecentamiento de honor o de virtud que se convierte en prenda de su permanencia: las familias se perpetúan con esas inmolaciones… La limosna y la sangre son el riego de los árboles genealógicos y se puede asegurar que nunca el demagogo cobarde y envilecido, artesano de sediciones, podrá prevalecer y de manera completa por largo tiempo, en un país que produzca hombres que puedan responderle enseñándole las cicatrices de sus heridas recibidas en los combates".[5]

Quédenos de ejemplo la conducta de *Doña Angela Zeballos*, la cual, no teniendo qué entregar a las filas patriotas, cuando las invasiones inglesas del siglo pasado, anotó con orgullo en la nómina de donaciones: *"un hijo para soldado"*. Y ya más cerca en el tiempo —corrían los días de 1975— el gesto simple y altivo del conscripto *Hermindo Luna*. Hacía guardia en el Regimiento Nº 29 de Infantería de Monte, en el corazón de Formosa, cuando una célula del terrorismo marxista intentó copar la unidad. Quisieron ganárselo emocionalmente diciéndole que contra él nada tenían, que con él no era "la cosa", que no diese la voz de alarma, y entonces —mansamente rendido— nada malo le sucedería. Un gesto brusco de desprecio fue la

[5] VEUILLOT, LUIS, *La guerra y el hombre de la guerra*. Cit. por MUÑIZ VEGA, GONZALO, *Los objetores…*, ob. cit. p. 30. Sobre los alcances del sacrificio de la propia vida y de la muerte al injusto agresor, cfr. PIÑAR, BLAS, *El derecho a vivir*, Madrid, Fuerza Nueva, 1981, y sobre la importancia del hábito militar en los jóvenes, cfr. FORTINI, ATILIO, S.J., *La bendición de los uniformes* (*Gladius*, n. 6, Buenos Aires, 1986, p. 117-118).

respuesta. Tuvo tiempo para un justiciero exabrupto, para advertir con sus tiros al resto de la unidad, para gritarle al enemigo que *aquí nadie se rinde*. Y después ya no tuvo más tiempo porque se lo llevó la eternidad.

Aunque nadie los recuerde y casi todos los ignoren, Dios ubica estos hombres a Su diestra. Y ángeles arcabuceros saben hacerles honores y celebrar su heroísmo.

El Alzamiento de los Guerreros

He aquí, entonces, la doble tarea pendiente que tenemos por delante.

Que la Fe Católica recupere su verdadera espiritualidad, alejada de engaños pacifistas y de las majaderías mundanas, del emocionalismo y de la sensiblería, del psicologismo seductor y de la cómoda minimización de la santidad, del racionalismo que ahoga la vida contemplativa y del voluntarismo que ensancha desordenadamente al sujeto. Alejada de tantas actitudes activistas, subjetivas y casuistas, y del fatal irenismo que —como al personaje mitológico que da origen a la expresión— puede conducirla a la muerte, en aras de una falsa y forzada concordia de opuestos. Que vuelva a predicarse la certidumbre de la Realeza de Cristo y el orgullo de ser sus defensores y sus pregoneros, sus heraldos y sus combatientes.

Paralelamente, que las Armas recuperen también ellas el sentido cristiano que les dio razón de ser, y que las hizo avanzadas de la Cristiandad allí donde refulgían sus estandartes. Ni las hordas del bárbaro, ni las tropas paganas pueden ser sus modelos. Tampoco los modernos ejércitos napoleónicos ni el profesionalismo aséptico al servicio de los poderes políticos de turno, ni el mercenarismo bien rentado del Nuevo Orden Internacional, ni el profesionalismo de la muerte con compleja tecnología y musculatura de gimnasio. *Si en algun lado hallarán sus arquetipos, será volviendo el entendimiento al espíritu de los guerreros cristianos*.

Citábamos antes un epílogo ya clásico del Padre Caste-

llani a un libro no menos conocido. En el mismo queda hecho un distingo entre el *soldado* y el *guerrero*, que parece oportuno retomar, pues tal vez no sea muy académico, pero ilustra con claridad lo que queremos decir.

El soldado es el fruto de los institutos castrenses oficiales: positivismo, reglamentarismo, pasatismo, figuración social, "uniformes y ganas de charlar", un "alto empleado" siempre dispuesto a hacer "lo que el Estado mande, sea justo o injusto". Y por supuesto, totalmente ajeno a las obligaciones para con Dios y a la intelección real de la política que como ciencia arquitectónica del Bien Común exige una disciplina del alma inconciliable con la superficialidad. El guerrero, en cambio, es el soldado que se ha ilustrado en el campo de batalla. Allí —en contacto con las augustas realidades y situaciones límites— ha pasado por la criba del esfuerzo supremo todas las lecciones puramente librescas y los datos futiles. Allí, en la vigilia y en la lucha no simulada, en el asalto y en la embestida de las maniobras auténticas, ha comprendido de pronto la distancia entre el mapa del país de sus manuales de estudio y la sangre y la carne de la patria veraz; la distancia entre el enemigo como posibilidad en la mesa de arena y como amenaza terrible en la hora de la prueba; y ha medido también la distancia entre la verborragia desenfrenada de los ideólogos y el lenguaje "de los puños y las pistolas", el único posible —según recordada consigna joseantoniana— cuando se ofende a Dios y a la Patria. El guerrero es la Nación marcial y combativa, el rostro de la Nación hecho milicia. Su profesionalismo no deviene de instrucciones técnicas sino del oficio de batallar y de vivir con espíritu cristiano cada acto de subordinación o de mando.

Están los meros soldados, los que nunca serán otra cosa así hayan alcanzado los más codiciados peldaños oficiales, los que no arriesgarán nada que ponga en peligro su carrera y su soldada. Para ellos da lo mismo jurar fidelidad a uno u otro señor. Son los que han cambiado la mentalidad del luchador por la del candidato, el servicio por el hacerse servir, el vivac por el comité, el valor por el vale para gastos personales, las hipótesis de conflicto por las tesis de negociación, y que reconocen

como sus principales y únicos enemigos a los guerreros, porque testigos vivientes del Buen Combate, constituyen el dedo acusador y la promesa del honor y del amor no entregado.

Los guerreros son la patria misma movilizada en su defensa, frente a los adversarios de su identidad física y metafísica. No son un componente ajeno o agregado en circunstancias, son "la República mejor", como cantaba Calderón de la Barca; la República de las Hazañas, cuyos miembros cabales "todo lo sufren en cualquier asalto / sólo no sufren que les hablen alto".

Conviene pues, tener presente, que *ejércitos descristianizados y despojados de sustancia épica, pierden su condición de respetables, para constituirse en parodias inútiles y penosas. Y que tropas subordinadas a quienes tengan tal concepción de la milicia, quedan huérfanas de jerarquía, de entidad y de misión.* Por eso, se atribuye a *San Mauricio* esta valiente aclaración hecha al tiranuelo de su tiempo que se arrogaba la suprema comandancia: "Somos tu ejército, pero sin embargo, somos primero servidores de Dios que confesamos libremente. No podremos seguirte jamás hasta negar a Dios autor de la vida, autor de la nuestra, y lo quieras o no, autor de la tuya. Hemos prestado juramento militante en primer lugar ante Dios".

Como en los días medievales, es necesario que los guerreros, sean capaces de pronunciar siempre —después del canto patrio— ese grito de insuperable victoria, el trisagión glorioso de las aclamaciones carlovingias: *Cristo Vence, Cristo Reina, Cristo Impera.* Entonces, podrán ser llamados propia tropa.

Estas reservas y distingos que formulamos, no deben tomarse como una relativización del papel de la autoridad, de la disciplina y de la obediencia, pero tales bienes —precisamente por su importancia— han de estar ordenados a la defensa de la Verdad, tanto en el plano civil como en el castrense.

La subordinación —lo explica con autoridad Jorge Vigón— es el acatamiento al orden, la sujeción a quienes lo encarnan y preservan, el lúcido sometimiento a aquellos que hayan dado testimonio concreto de estar encolumnados en la salvaguardia del Bien. Cuando los jefes o gobernantes lejos de encarnar y

custodiar el orden — que no es un listado de fórmulas sino la perfección de la naturaleza de las cosas— se hacen cómplices o artífices del desorden por ineptitud, infidelidad o cobardía, no queda más camino que desobedecer para rescatar y recomponer el orden alterado. Es el *derecho a la desobediencia y a la resistencia.* Por eso, "quienes se defienden resistiendo" —lo dice Santo Tomás y citado por Vitoria— "no han de ser tenidos por sediciosos", antes bien, estarán cumpliendo una parte esencial del deber cristiano de la lucha.

Es doctrina segura de la Fe Católica, transmitida hasta hoy sin mengua ni desgaste, que los fieles de una nación cristiana poseen el derecho a desobedecer a los jefes y gobernantes ilegítimos, a desacatar sus propuestas, primero; a rebelarse después gradualmente en forma pasiva y activa, hasta llegar a la resistencia franca, física, obstinada y heroica, cuando la tiranía no deja otra posibilidad más que su muerte para que pueda restituirse la vida de la Nación.

Mas no se trata sólo de un derecho que puede ejercerse o no, según los casos. Bajo determinadas circunstancias — precisamente cuando las fuerzas tiránicas ocupan el poder en contra del bien común completo— la *resistencia activa integral es una obligación colectiva de los cristianos,* que nadie puede rehusar mientras dure el estado de agresión permanente; es una obligación moral inesquivable, es un imperativo que reclama concreción y respuesta, es una reconquista que no perdona excusas ni tardanzas.

Lo enseñaron los Padres y la mejor Escolástica, los teólogos de nota y los sabios moralistas de todos los siglos. Hay exigencia de plantear batalla en defensa de la Realeza Social de Jesucristo, cuando ella es agredida, befada, escarnecida y traicionada. Exigencia que llega a los civiles capaces, a los sacerdotes indoblegables en su ministerio, a los guerreros genuinos y a todos los que sientan la necesidad de no permanecer neutrales. Por eso el *Cardenal Belarmino* hablaba de *la santa intolerancia,* y *Urbano VIII* absolvió del juramento de fidelidad a los soldados que se lo habían prestado al *Conde Hugo,* ratificando así el principio de que la fidelidad de las tropas de un país cristia-

no se debe primero a Dios que a los hombres, y que no tiene por qué prestarse a los gobernantes cuando ellos se comportan como sacrílegos, apóstatas e impíos consumados, así conserven las formas de una legalidad democrática.

Precisamente era *Aristóteles* el que explicaba, en el *libro quinto* de *La Política*, cómo la democracia puede sobrevenir en despotismo y cuáles son en ese caso los síntomas y las características: la libertad concebida como permisivismo, la justificación de toda conveniencia facciosa invocando la voluntad popular, el apego por los extranjeros y adulones, la ingerencia desordenada de los plutócratas y una vergonzosa frivolidad y liviandad en la clase política, ganada por la corrupción y el hedonismo. *Balmes*, por su parte, enunciando las razones que tornan insanablemente injusto a un gobierno, así sea de origen democrático, enseña esquematicamente: si el poder abusa escandalosamente de sus facultades; si persigue y escarnece a la Religión de Cristo, si corrompe la moral, si ultraja el decoro público, si menoscaba el honor de los ciudadanos, si exige contribuciones ilegales y desmesuradas, si viola el derecho de propiedad, si enajena el patrimonio de la nación, si desmembra a las provincias, si lleva a los pueblos a la ignorancia y a la muerte. Y en estos casos, está claro, el recurso al *alzamiento armado* no es sino una derivación lógica y lícita de la facultad cristiana de combatir. Por eso, después de aclarar condiciones y requisitos, concluye *Luis de Molina* en que "bajo ciertas ocasiones, no sólo es legítimo a los cristianos hacer la guerra, sino que también ello puede ser mejor que lo contrario, y aún puede suceder que sea pecado mortal no guerrear". Es *la ley de las reacciones* que describía *Donoso Cortés*, y que exige ante todo *la inteligencia política* y *la fuerza responsable* que conduzca los hechos con sabiduría y prudencia, evitando males mayores y teniendo ante sí asegurada una razonable posibilidad de victoria.[6]

[6] Cfr. sobre el tema, PIÑAR, BLAS, *¿Es legítimo el alzamiento armado?* (*Fuerza Nueva*, n. 864, Madrid, 1984, p. 20-31). El derecho a la resistencia y al alzamiento armado fue ratificado en sus justos límites en la *Instrucción*

Recordaba la doctrina de la guerra justa, del rechazo por el pacifismo y por los objetores de conciencia, del distingo necesario entre soldados y guerreros, de la obligación de resistir al enemigo, hasta alzarse en armas si las circunstancias lo exigen, contra un gobierno tiránico, queda preguntarse, como siempre, qué hemos de hacer en adelante para mantenernos templados en esta edad difícil de la patria y del mundo, y en esta encrucijada de nuestra condición cristiana. Bien sabemos que en esto, como en lo mejor del hombre, no caben fórmulas o programas. Pero si fuera práctico comenzar por alinear las consignas en puntos cardinales, diríamos cuatro cosas, casi meditando en voz alta.

En primer lugar hemos de estar unidos, porque la pendiente es áspera y el camino escarpado. Juntos podremos asegurar que donde nos ataquen resistiremos, y donde ataquemos, seremos capaces de imponernos. Unidos en el dolor y en la plegaria, pero también en el razonable optimismo, porque no hay un fatalismo histórico inmodificable. Unidos en la esperanza sobrenatural porque ella, como virtud teologal, otorga grandeza de ánimo y fortifica los anhelos temporales. "Los que confían en Dios" —dice Isaías (40, 31)— "renuevan sus fuerzas y echan alas como de águilas y vuelan velozmente sin cansarse y corren sin fatiga". Y unidos en la lucha, sin consideraciones numéricas inhibitorias; porque no somos multitudes sino algo más importantes: creaturas. Y por lo mismo, nos es posible la acometida, nos es posible la avanzada, si tenemos ese espíritu legionario que pide amistad, unión y socorro mutuo, pero en principio, marcha, dureza, disciplina y arrojo.

En segundo lugar hemos de permanecer fieles a nuestra doctrina. Congregarse y expandirse, asociarse y prestar esfuerzos, pero conservar el pensamiento claro. Porque el ser precede al

---

sobre libertad cristiana y liberación de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, V, 75, Ciudad del Vaticano, 1986.

obrar, y sin ser verdadero no habrá quehacer eficiente y bien encauzado. Abrir camino con la Verdad. Recordar que el error no tiene derechos, y que si el trigo y la cizaña han de crecer juntos es por amor al trigo y no por consideración a las malas hierbas.

En tercer lugar, hemos de predicar hombre a hombre nuestras razones. No debemos cambiar el lenguaje ni pretender hacerlo simpático y tornadizo para conseguir supuestos adeptos. Se equivocan gravemente los que rebajan o debilitan el bien en aras de las adhesiones. Los puestos de comando en la Historia, no lo ocupan los simuladores ni los ambiguos, ni los ubicuos y reptantes; tampoco los expertos en publicidad. Lo ocupan los capaces de mantenerse fieles a sí mismos en la adversidad o en el triunfo. "Rectos, sin ceder en nada", decía *León Degrelle*, "duros con los deseos, duros con el alma, duros con la juventud".

En cuarto lugar, hemos de evitar la tentación de la vanidad y de la intriga. *Fitche* en sus *Discursos a la Nación Alemana* nos dice que "tenemos que ser serios en todos los asuntos y dejar de ser frívolos y burlones; formarnos principios fuertes e inquebrantables que nos sirvan de norma segura para todo nuestro pensar y actuar; vida y pensamiento tienen que ser una misma cosa, un todo profundo e íntegro... tenemos que crearnos un carácter". El carácter cristiano, diríamos nosotros. Para no fallar en la travesía, para no desfallecer en el tránsito. Y que por eso mañana se pueda decir de nosotros, lo que cantaban esos versos marciales de la gallarda Hispanidad:

"aún te queda la fiel infantería,
que por saber morir sabrá vencer"

Es preciso además forjar *hombres de coraje* opuestos a los *hombres de los compromisos y de las especulaciones materialistas*. *Pareto*, de quien tomamos la diferenciación, decía que estos últimos son pura verborragia sin palabra, todo doblez sin mezcla de rectitud alguna. Son los dispuestos a compaginar lo incompaginable con tal de hacer carrera y de saciar sus intereses privados. Son los calculadores amorales y grises para los cuales nada significa el honor y el deber, la honra nacional o el amor apasionado a lo Eterno. Tienen horror por la pelea y

justifican su pusilanimidad oprobiosa con la tolerancia universal y otras evasivas similares. Se saben huidizos y fluctuantes y han eliminado de sus conciencias el remordimiento por la traición. Son los hombres del beneficio y del silencio cómplice, de la deserción y del abandono, prontos para transar, tardos para servir. Capaces de renunciar por comodidad y pequeñez a las obligaciones imprescriptiblemente contraídas.

Los hombres de coraje y de fidelidad, en cambio, son la antítesis acabada. Un rasgo bastaría para definirlos. Prefieren la pobreza y la soledad, el infortunio y la muerte antes de consentir la deshonra de las cosas de la Fe y de la Patria. Prefieren el día de león al siglo de cordero, si ese día basta y alcanza para demostrar dignamente que no se puede apostatar ni de lo Alto, ni de los padres, ni de la tierra carnal. Son los hombres en los que se entremezclan armoniosamente los ideales del monje y del cruzado.

Lo más importante entonces, tiene que ser para nosotros, confesar la Fe. Confesarla y profesarla como un reto en medio de la gran apostasía. Homenajearla y servirla por los que la degradan y desertan. Perseguirla escoltándola aunque nos cueste persecuciones, y llamarnos a la ofensiva porque el Reino de los Cielos sigue estando en tensión y únicamente lo arrebatan los esforzados.

Desenmascarar, desmentir, desautorizar las mendacidades y reafirmar los principios que nos dieron el ser, principalmente los más conculcados, porque no habrá hombres donde no haya caracteres, ni encontraremos caracteres donde falten afirmaciones irrevocables.

Es una falta imperdonable en la pregunta por el cómo hacer lo necesario, subestimar el papel de la formación y la recta doctrina. Es preciso restituir el valor de las palabras y las palabras de valor. En la Babel contemporánea no se teme al locuaz sino al capaz de proferir palabras de vida eterna y sostenerlas sin contradicciones. Seremos respetados por nuestra coherencia irreductible, por nuestra docencia heroica, por nuestra rectitud de línea firme, y ese hábito altivo de llamar a las cosas por su nombre. Esto es lo que humilla al enemigo, lo reconozca

o no públicamente. Es que el tembladeral y las ruinas están y son del mundo. La utopía y el conflicto les pertenecen y los reclaman. Nosotros nos ofrecemos sencillamente a la univocidad y a la certidumbre, a la perennidad y a lo inmutable. Una convicción nos anima: *la Revolución no vencerá a la Revelación*.

Mas esta empresa nos incumbe a todos y en ella no se admite actuar de espectadores. A nada bueno lleva el activismo, pero tampoco ese sopor indigno del que hablaba *Menéndez y Pelayo*. Ese sopor incubado en la tibieza de las decisiones fundamentales y que acaba por admitirlo todo a fuerza de consentirlo todo.

Bien se ha dicho que al no vivir como se piensa se termina por pensar como se vive. Pero mejor se ha dicho antes que aquel que busque conservar su vida, la perderá y sólo quien es capaz de ofrendarla en unidad monolítica de ser y obrar en la verdad, la ganará para siempre y no perecerá jamás.

Ya no podrá ser suficiente el solo gesto o el emblema para blasonar militancia o compromiso. Ya no podrá aceptarse ningún protagonismo sin antagonismo fogueado en la contienda cotidiana, tal vez la más difícil, ésa sin brillos ni títulos ni público, pero gallarda en lo poco y hacedora concreta de la resistencia tenaz que precisamos.

No pueden ser excusa los años que nos pesan. Así como no basta ser joven y hasta puede constituir un impedimento, nadie tiene derecho a decir: yo ya luché en mi tiempo. Estos también son sus tiempos. Sólo el error envejece y seniliza, y combatiendo por Cristo nos daremos cuenta de que recuperamos los bríos. Nos daremos cuenta de que cada día tiene su afán, pero que en todos los días, en cada madrugada, se renueva el misterio de su promesa señera: *Él está con nosotros hasta la consumación de los siglos*.

No puede igualmente ser excusa repetirnos que la época es mala. A tiempos malos coraje doble, escribía el *cardenal Pie*. Es urgente ser más altos que los momentos que nos toca presenciar, verdaderamente libres por no usar de las libertades de perdición, cabalmente soberanos porque tenemos Señor que no se rinde; y entender sin rodeos que lo difícil nos está requerido,

sin quejas ni lamentos ni tristezas estériles. Varón de dolores fue Cristo sin dejar de ser Rey. Hemos de agradecer en el fondo que se nos distinga enviándonos padecimientos. Dios quiere más a quien le pide que a quien le otorga y es uniéndonos a la cruz como en la cruz se resucita. Que nos salga pues nuevamente de los labios el juramento del Quijote: "Bien podrán los encantadores quitarme la ventura, pero el esfuerzo y el ánimo no lo conseguirán jamás".

Tampoco puede ser excusa alguna sostener que no se nos concede espacio, que nuestra prédica, en fin, no tiene peso. Poco valor tendría nuestro empeño si alguien pudiera asegurarnos un terreno promisorio de ventajas. Pero hemos aprendido que justamente, en virtud de su peso, todo cuerpo busca el lugar que le es propio y no encuentra reposo hasta que llega al sitial que le pertenece. No van hacia abajo las llamas aunque se las empuje con fuerza, no descienden las saetas que se arrojan a la intemperie. No van hacia abajo los que eligen pelear por las cosas de arriba. No extinguirán el peso de la la Iglesia Militante si es capaz de encolumnarse bajo un nuevo horizonte de luceros.

Dejemos a los resignados, atraigamos a los indecisos, llamemos a los que todavía escuchan. Que a la elección se sumen las consignas, a la consigna la arenga y a la arenga la plegaria que todo lo conforta y lo auxilia. Para los combatientes animosos nunca es impedimento el número, la perseverancia lo suple y el denuedo lo reemplaza. Nunca hay tampoco un arma corta cuando se pelea en la avanzada y adelante.

No nos será posible esta contienda si no forjamos en nosotros el modelo de militante que imponen estos tiempos.

El militante que necesitamos no es el espectador de una función, es el antagonista de una reyerta justa. No es el que se pliega a la comedia, sino el testigo de un drama que espera revertir con su esfuerzo en jornada de júbilo. No es el agitador de banderines estridentes, sino el portador silencioso del lábaro de gloria. No es el candidato que se prosterna suplicante ante los hombres, sino el hombre que entiende que la jerarquía se funda en el servicio. Y no será tal vez, el que recorra los peldaños del éxito en las campañas publicitarias, pero sí aquel que

se abrazó a la cruz, enamorado de su lumbre y de su gracia.

El militante que necesitamos no es el que pregunta cuál es el programa. Bien decía *Codreanu* que su patria cristiana agonizaba por falta de hombres enteros y no por ausencia de programas.

El militante que necesitamos es el que sabe que cuando no hay bien no hay que elegir, y que entre el mal y el mal menor —que es siempre un mal— está el bien posible: la Reconquista y la Restauración de la soberanía plena de Dios y de la Patria.

Se trata de vencer las conductas resignadas; y ese dolor ingrato que es fatalismo y desolación. Marchar sin esperanza no podemos porque ella es nuestra fuerza. Y si fuera cierto lo de *Peguy*, que dice que "Dios dijo: la fe que yo más quiero es la esperanza", ella nos llevará a la fe y a la caridad que es la única trilogía que no ha sido capitulada...

"Caigamos de rodillas
¡Oh hermanas iguales!
Santas Teologales
Velad por nosotros..."

El militante que necesitamos ha de estar próximo, junto a nosotros. Que sume su presente a nuestro coro, que acerque manos y brazos, palma al cielo, sin dar ni pedir tregua. Que traiga su insistencia en no rendirse. Que venga sin regreso y el corazón crispado de promesas. Que suba la bandera hasta la cima, que se aliste en las guardias sin relevo, que Rosario en el pecho y Cristo en jefe pronuncie sin temores el nombre exacto de la guerra.

El militante de Cristo es, precisamente, aquel que conoce el valor de la paz. Y que podría decir con *Saint Exupéry:* "de este modo he meditado largo tiempo en el sentido de la paz. Viene de los recién nacidos, de las cosechas logradas, de la casa, por fin, en orden. Viene de la Eternidad, donde penetran las cosas cumplidas. Paz de granjas plenas, de lencerías plegadas; paz de la sola perfección; paz de lo que se tranforma en regalo de Dios, una vez bien hecho". Así concebida y amada la paz —como regalo de Dios— y lista el alma para entreverarse en su defensa, sabrá conservar el entusiasmo aún en la adversi-

dad, pero sobre todo, ejercitar la paciencia y la cordura ante quienes fomenten el fatalismo y el dislate.

El entusiasmo nos es imprescindible porque él moviliza y sostiene; pero no ha de durarnos un día ni una noche de celebración fervorosa. Nadie puede quejarse, si pasado el momento de la exaltación vuelve a la indolencia, a la indecisión y a la indiferencia. Nadie puede protestar, ni reclamar, ni desear siquiera corregir lo malo, si encara la militancia como una visita social, la jornada exclusiva del encuentro. Ése que se acuse de no amar sino muy vagamente, que se acuse de ausencia de coraje pues cuando todo es lucha, lo que no sea librarla es ya una forma de huída. Pero que sepa también que hay un puesto vacante que lo aguarda en el escuadrón de los nuestros. Que sepa asimismo que los mejores consuelos para las penas graves son las resoluciones más nobles y las determinaciones irrevocables.

Y la paciencia —que es resistir y atacar, padecer pero también sublevarse—, exige que entendamos que no hay fechas ni horarios en la custodia de la Fe. No hay un calendario del rescate y hasta puede suceder que Dios no nos considere merecedores de ser sus protagonistas. Pero hay sí, como dice la Sagrada Escritura, un tiempo para todo y esta certeza anunciada: no prevalecerán indefinidamente. Por eso, no hay triunfos demasiado lejanos para quienes se preparan a ellos pacientemente, para quienes conservan el señorío en la derrota, para los que saben que no existe fracaso insuperable si no fracasan los ánimos, y que sólo se vence aprisa la guerra cuando se la prepara despacio.

Desde el fondo de la Romanidad y de la Hélade escuchamos a los poetas que nos dicen: Sed firmes y guardaos para mejores días, mantén la fila y manténla firme. Desde la piedra angular de *Pedro* sentimos su proclama: "El diablo ronda como león rugiente buscando a quien devorar. Resistidles, firmes en la fe". Desde el corazón de la Hispanidad lo oímos al *Quijote* que nos contesta inquiriendo: "¿Soy yo acaso, por ventura, de aquellos caballeros que toman reposo en los peligros?" Desde la historia del Ecuador nos alcanza el testimonio mártir de *García Moreno,* gritando: ¡Dios no muere!Y desde la espesura

montaraz de estas tierras nos llega la voz tonante de sus Caudillos instándonos a combatir.

Que a partir de ahora, cada cual sea capaz de salir, como decía *San Pablo*, llevando su propia carga. Dispuesto a no dejarse amedrentar por el mundo ni por los éxitos del mal. No nos desmaye la soledad puesto que al fin de cuentas, la felicidad acoge pero el dolor reúne y reagrupa. No nos disperse tampoco el legítimo afán de conseguir el pan de cada día. Si no reparamos tanta ofensa al Pan de Vida Eterna no podremos alimentarnos con dignidad ni decoro. No elijamos la retaguardia cuando se precisan posiciones de avanzada. En la batalla, corren más peligros los que más temen, y Dios protege a quien protege Su causa. Se necesitan varones de aquellos con ardimiento y entendimiento, que decía *Raimundo Lulio*, soldados probados capaces de un prolongado enfrentamiento, caballeros como el que contempló *San Juan* en el *Apocalipsis*, aquel cuyo nombre "era fiel y veraz". Antagonismo y controversia, pero adoración primero. Adoración y plegaria, rezo e imploración permanente, en la tensa vigilia de armas, ante el Dios único y verdadero, Dios uno y Trino, Señor de los Ejércitos que nos dejó la espada para que seamos capaces de empuñarla y clavarla.

Es cierto que estamos transidos por el dolor y signados por la soledad y, si se quiere, por la adversidad política. Pero ello, lejos de suponer nuestra derrota puede configurar tal vez el significado de nuestro anhelo. Porque el dolor y el pesar por las cosas más altas, ennoblece y empecina las ansias y donde este padecer aumenta crece a la par la voluntad indoblegable de restablecerse. El dolor de cruz se soporta izado y de pie y es el camino vertical hacia la Resurrección y la Vida. "Para redimirse es necesario sufrir... es necesario apurar el amargo cáliz hasta las heces. Sólo llegando hasta el fondo se puede tomar impulso para alcanzar las estrellas. Sólo la exasperación de sentirnos demasiado humillados nos dará la fuerza necesaria para la restauración de la grandeza perdida".

En cuanto a la soledad, como decía *Santa Teresa de Jesús*, la preferimos, antes que el error en compañía. Ella es el indicio de que permanecimos firmes y fieles, pobres y austeros, sin

mixturas ideológicas ni coyundas financieras. En la soledad de la vigilia y la esperanza el alma se hace fuerte aprendiendo a abandonarse a la Divina Providencia.

Y en cuanto a la adversidad política, que tanto suele amilanar a los amigos y ensoberbecer a los contrarios, la verdad es que ella ha sido desde siempre una fuente de reacción y de superación. Se puede reaccionar con desesperanza o mala rebeldía, con escepticismo o cínica indiferencia, con capitulaciones cobardes o activismos envanecidos. Nosotros —como lo muestra *Dante* en su *Paraíso*— queremos superar la adversidad con la humildad peregrina. Con la virtud de andar portando la Verdad sin concesiones ni vanaglorias, pero con obstinado e indoblegable afán de no renunciar al empeño de instaurarlo todo en Cristo Rey y María Reina.

Queremos superar la adversidad con el señorío sobre todo lo propio. Con la disposición al sacrificio, con el mantenernos en la recta vía y en la lealtad al *Decálogo*. Y sobre todo —también lo enseña el *Dante*— queremos superar la adversidad con el elogio de los tiempos áureos, con la exaltación de las gestas gloriosas y de sus héroes conductores.

En todo, habrá que dar ejemplo y testimonio, empezando la reconquista y la lucha por nosotros mismos. El nuestro es un quehacer de amor, y si es genuino, por sobre las ruinas y los despojos, el amor siempre edifica y cincela.

Hay que ejercitar la perseverancia. Para no amilanarse ni ceder. Para avanzar sobre todo y pese a todo; para que el cansancio no ronde nuestra vista.

Hay que ejercitar la fortaleza, para no huir cuando el rostro que conocimos de serena belleza —el de la Iglesia, el de la Patria— está lacerado y cubierto de llagas.

No le vamos a ofrecer a nadie el éxito inmediato y redituable. Pero tenemos para todos la certeza, el riesgo y el peligro.

La certeza de saber que —como bien decía *Donoso Cortés*— los tiempos inciertos son para nosotros los más seguros, porque al menos sabemos que tenemos que seguir en el combate. El riesgo y el peligro de librarlo frente a las acechanzas internas y externas. Y otra vez la certeza de que sólo así sere-

mos mejores para Dios y para Su Gloria.

Junto a la perseverancia y la fortaleza, hemos de cultivar la magnanimidad. Para no detenernos en lo exterior y mudable, para no agitarnos vacuamente por lo fugaz y transitorio, para remontar la corriente y apetecer lo superior, lo grande, lo egregio.

Hay que cultivar la Fe y la Esperanza que nos unen.

Nosotros somos los defensores de causas vencidas. Nos lo exponen como reproche y advertencia, pero no saben todo lo que dicen al decirlo, pues bien enseña *Pieper*, que "el acontecimiento absolutamente paradigmático, y en el más alto, absoluto sentido, «triunfador» de la Historia, se ha realizado en la figura intrahistórica del máximo fracaso".

La Virgen deshecha por los dolores del Calvario sigue siendo Madre de Dios, y nosotros adoramos a un Rey que es la imagen del escarnio y del fracaso terreno.

A Él no le pedimos como el mal ladrón, que baje del Madero y nos haga la vida cómoda. Todavía seguimos prefiriendo "el paraíso difícil" y que se acuerden de nosotros a la Hora del Reino.

Cuenta *Lugones*, en su capítulo *Al Rastro* de *La Guerra Gaucha*, el caso de aquel paisano que bajaba sereno del Carnaval. Venía alegre el hombre, suelta las riendas, canción en los labios y el recuerdo de las vidalitas anudado en su boca.

Su vaquía de rastreador le permitió advertir que un destacamento enemigo se encontraba cerca, y calculando que apenas llegaban a los diez hombres, se lanzó con cuatro camaradas a embestirlo, porque *"¡me dentraron unas ganas de peliar!"*.

Quedó solo finalmente, y los invasores eran muchísimos más que los previstos, pero no se quiso volver. Una y mil veces se precipitó sobre ellos, multiplicando asombrosamente sus fuerzas, hasta tal extremo, que produjo un verdadero y desordenado desbande.

Cuando al fin lo rodearon, hizo falta un enjambre de sablazos y de aullidos para tumbarlo, pero el jefe realista no quiso matarlo. Se le acercó con los suyos —entre indignado y transido de admiración— sin resignarse a creer que un solo combatiente hubiera podido causarles tanta derrota.

Agonizante y desfigurado por las terribles heridas, el gaucho oyó que aquel rival turbado, le preguntaba con un sesgo de reproche: *"¿qué sabe Usted de la Patria?"*, que era como preguntarle el porqué de la guerra que estaba protagonizando, y ya a punto de dejar en este mundo.

Pero al paisano no le restaban fuerzas para palabras. Alzó entonces su brazo, lentamente, y lo dejó firme sobre la línea del horizonte. Debajo de él quedaba la tierra —las montañas, los campos, los ríos— y arriba el cielo, con su sol intacto y un recuerdo de luna. La Cruz del Sur atravesaba verticalmente aquel paisaje. Fue su última respuesta.

Por esa línea del horizonte seguimos peleando. Por esa tierra y ese cielo que preside la Cruz.

Solos y pobres, solos y rodeados, pero con unas ganas irrefrenables de librar el Buen Combate. Hasta que Dios nos separe de la lucha para unirnos en lo Alto eternamente.

Bibliografía

Adams, Charles D.: *Demóstenes y su influencia*, Buenos Aires, Nova, 1946.

Aguer, Héctor: *San Agustín y los Salmos* (*Mikael*, n. 20, Paraná, 1979).

Ailbe, J. Luddy: *San Bernardo*, Madrid, Rialp, 1963.

Alvar, Carlos: *El Rey Arturo y su mundo. Diccionario de mitología artúrica*, Madrid, Alianza Tres, 1991.

Andrados, Francisco R.: *Líricos griegos*, Barcelona, Alma Mater, 1956.

Anozín, Pierre: *La gesta de los mártires*, Buenos Aires, Santa Catalina, 1942.

Anzoátegui, Ignacio B.: *Mitología y vísperas de Georgina*, Buenos Aires, Emecé, 1949.

Anzoátegui, Ignacio B.: *La rosa y el rocío*, Buenos Aires, Convivio, 1943.

Aristóteles: *Obras Completas*, Buenos Aires, Bibliográfica Omeba, 1967.

Auguet, Roland: *Los juegos romanos*, Barcelona, Ayma, 1970.

Barrow, R. H.: *Los romanos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1982.

Bauzá, Hugo: *Purificación y apoteósis del héroe clásico*. (*La Prensa*, Buenos Aires, 22-03-1981, p. 6).

Belloc, Hilaire: *Las Cruzadas*, Buenos Aires, Emecé, 1951.

Beneyto, Juan: *Los orígenes de la ciencia política en España*, Madrid, Doncel, 1976.

Berthe, Alfonso: *Jesucristo. Su vida. Su pasión. Su triunfo*, Einsiedeln (Suiza), Establecimientos Benzinger, Tipógrafos de la Santa Sede Apostólica, 1909.

Birngruber, S.: *El Apocalipsis de San Juan*, Madrid, Rialp, 1966.

Bonard, André: *Civilización griega. De la Ilíada al Partenón*, Buenos Aires, Sudamericana, 1970.

BORDEAUX, HENRY: *San Luis Rey de Francia*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1951.
BOWRA, C. M.: *La aventura griega*, Madrid, Guadarrama, 1960.
BRAUNFELS, WOLFANG: *Carlomagno*, Barcelona, Salvat, 1986.
BREDIF, L.: *Demóstenes y la elocuencia política en Grecia*, Buenos Aires, El Ateneo, 1943.
BUISEL, MARÍA DELIA: *Horacio, culpa primigenia y expiación* (I) (*Moenia*, n. XIV, Buenos Aires, Centro de Estudios Tomistas, 1983).
BUISEL, MARÍA DELIA: *Horacio, culpa primigenia y expiación* (II) (*Moenia*, n. XVII, Buenos Aires, Centro de Estudios Tomistas, 1983).
BUISEL, MARÍA DELIA: *Arcadia e historia en la IV Égloga de Virgilio* (*Moenia*, n. XXV, Buenos Aires, Centro de Estudios Tomistas, 1986).
BULLON, ELOY: *La política social de Trajano*, Madrid, Rivadeneyra, 1935.

CALDERÓN BOUCHET, RUBÉN: *Pax Romana*, Buenos Aires, Huemul, 1984.
CALDERÓN BOUCHET, RUBÉN: *Fundación de la Ciudad Cristiana*, Buenos Aires, Dictio, 1978.
CALDERÓN BOUCHET, RUBÉN: *Apogeo de la Ciudad Cristiana*, Buenos Aires, Dictio, 1979.
CALDERÓN BOUCHET, RUBÉN: *Decadencia de la Ciudad Cristiana*, Buenos Aires, Dictio, 1979.
CALDERÓN BOUCHET, RUBÉN: *¿Civilización latina o judeocristiana?* (*Gladius*, n. 1, Buenos Aires, 1984).
CALORI, AMELIO L.: *Virgilio*, Buenos Aires, Publicaciones del Instituto San Ramón Nonato, 1964.
CANTARELLA, RAFFAELE: *La literatura griega clásica*, Buenos Aires, Losada, 1971.
CARTAS DE SAN JERÓNIMO, Madrid, BAC, 1962.
CASCIARO RAMÍREZ, JOSÉ: *Exégesis bíblica, hermenéutica y teología*, Pamplona, Universidad Nacional de Navarra, 1983.
CASTEL, ODO: *El hombre auténtico*, Madrid, Guadarrama, 1963.
CASTELLANI, LEONARDO: *El Evangelio de Jesucristo*, Buenos Aires, Dictio, 1977.
CASTELLANI, LEONARDO: *Las parábolas de Cristo*, Buenos Aires, Itinerarium, 1959.
CATURELLI, ALBERTO: *Sí, sí; no, no* (*Mikael*, n. 7, Paraná, 1981).
CATURELLI, ALBERTO: *La metafísica cristiana en el pensamiento occidental*, Buenos Aires, Cruzamante, 1983.
CATURELLI, ALBERTO: *Tántalo o de lo negativo en el hombre*, Córdoba, Asandri, 1960.
CERVANTES SAAVEDRA, MIGUEL DE: *El Ingenioso hidalgo Don Quijote de la*

Mancha, Madrid, Emesa, 1971.
CICERÓN: *Los Oficios*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1946.
CLAUDEL, PAUL: *Presencia y Profecía*, Buenos Aires, Aguamarina, 1950.
COOMARASWAMY, ANANDA: *El tiro con arco*, Barcelona, Obelisco, 1991.
CORDERO, NÉSTOR: *El mito hesiódico de las edades del hombre* (*Escritos de Filosofía*, n. 3, Buenos Aires, Academia Nacional de Ciencias, Centro de Estudios Filosóficos, 1979).
CORTÉS, DONOSO: *Obras Completas*, Madrid, BAC, 1970.
CRAHAY, ROLAND: *Estructura política de la antropología religiosa en la Grecia clásica* (*Diógenes*, n. 41, Buenos Aires, Consejo Internacional de Filosofía y Ciencias Humanas, 1963).
CRUZ, MIGUEL: *Para abrir las Escrituras*, Tucumán, Grupo del Tucumán, 1990.

CHESTERTON, GILBER K.: *El hombre eterno*, Buenos Aires, Lea, 1980.

DANIELOU, JEAN: *Tipología bíblica*, Buenos Aires, Paulinas, 1966.
DE LA RADA Y DELGADO, JUAN DE DIOS: *Mujeres célebres de España y Portugal*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1942.
DE MARIANA, JUAN: *El rey y la institución real*, Madrid, Doncel, 1976.
DE MONMOUTH, GEOFFREY: *Historia de los reyes de Britania*, Madrid, Editora Nacional, 1984.
DE REYNALD, GONZAGUE: *La formación de Europa*, Madrid, Pegaso, 1955.
DE VITORIA, FRANCISCO: *El derecho de guerra*, Madrid, Espasa Calpe, 1975.
DELPIERRIÉ DE BAYAC, JACQUES: *Carlomagno*, Barcelona, Ayma, 1977.
DEMANDA DEL SANTO GRIAL, Madrid, Editora Nacional, 1980.
DEMARCHI, JORGE: *Clemente de Alejandría*, La Plata, Fundación Instituto de Teología, 1978.
DENZINGER, ENRIQUE: *El magisterio de la Iglesia*, Barcelona, Herder, 1963.
DIÓGENES LAERCIO: *Vida de los filósofos más ilustres*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1949.
DISANDRO, CARLOS A.: *Vergilii Regeneratio Lyrica*, La Plata, Hostería Volante, 1987.
DISANDRO, CARLOS A.: *La poesía physica de Homero*, La Plata, Hostería volante, 1982.
DISANDRO, CARLOS A.: *La herejía judeo-cristiana*, Buenos Aires, Struhart, 1983.
DISANDRO, CARLOS A.: *Filología y Teología*, Buenos Aires, Horizontes del Gral, 1973.
DUMONT, JEAN: *La Iglesia ante el reto de la historia*, Madrid, Encuentro, 1987.

El Caballero de la Espada, Madrid, Siruela, 1984.
El Cementerio Peligroso, Madrid, Siruela, 1984.
El cuento del Grial de Chrétien de Troyes y sus continuaciones, Madrid, Siruela, 1989.
El Mago Merlín y La Corte del Rey Arturo, Barcelona, Labor, 1987.
Eliade, Mircea: *Historia de las creencias y de las ideas religiosas*, Madrid, Cristiandad, 1978.
Emmerick, Anna C.: *Visiones y revelaciones completas. Según las anotaciones de Clemente Brentano, Bernardo E. Overberg y Guillermo Wesener*, Buenos Aires, Guadalupe, 1952.
Esclasans, Agustín: *Píndaro. Himnos triunfales*, Barcelona, Iberia, 1968.
Eurípides: *Las Troyanas*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1945.
Evola, Julius: *Metafísica de la guerra*, s/l, Nuevo Renacimiento, s/a.
Evola, Julius: *El misterio del Grial*, Barcelona, Plaza y Janes, 1975.

Fernández Carvajal, Francisco: *La tibieza*, Madrid, Palabra, 1978.
Festugiére, A. J.: *La esencia de la tragedia griega*, Barcelona, Ariel Filosofía, 1986.
Festugiére, A. J.: *Libertad y civilización entre los griegos*, Buenos Aires, Eudeba, 1972.
Festugiére, A. J.: *Sócrates*, Buenos Aires, Inter Americana, 1943.
Festugiére, A. J.: *Epicuro y sus dioses*, Buenos Aires, Eudeba, 1963.
Finley, M. I.: *El mundo de Odiseo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1961.
Fitche, Gottlieb: *Discursos a la nación alemana*, Madrid, Editora Nacional, 1977.
Fortini, Atilio, *La bendición de los uniformes* (*Gladius*, n. 6, Buenos Aires, 1986).
Foustel de Coulanges: *La ciudad antigua*, Madrid, Daniel Jorro, 1920.
Franceschi, Gustavo: *Visión espiritual de la guerra*, Buenos Aires, Difusión, 1940.
Frossard, André: *No tengáis miedo. Diálogo con Juan Pablo II*, Barcelona, Plaza y Janes, 1982.
Fumet, Stanislas: *San Miguel, ¿quién como Dios?*, Madrid, Rialp, 1956.

García Cordero, M.: *Teología de la Biblia*, Madrid, BAC, 1972.
García Garrafa, Arturo: *Del ingenio español. Frases célebres de militares*, Madrid, Imprenta de A. Mazo, s/a.
García Gual, Carlos: *Historia del Rey Arturo y de los nobles y errantes caballeros de la Tabla Redonda*, Madrid, Alianza, 1989.
García Hoz, Víctor: *Pedagogía de la lucha ascética*, Madrid, Rialp, 1963.

García Lluis, Ros: *Cuentos y Leyendas de la Bretaña*, Madrid, Miraguano, 1987.
García Morente, Manuel: *Idea de la Hispanidad*, Madrid, Espasa Calpe, 1961.
García Tropiello, J.: *El problema de la moral en el Antiguo Testamento*, Barcelona, Herder, 1977.
García Valdecasas, Alfonso: *El hidalgo y el honor*, Madrid, Revista de Occidente, 1948.
García Vieyra, Alberto: *El Paraíso o el problema de lo sobrenatural*, Santa Fe, San Jerónimo, 1980.
García Vieyra, Alberto: *Los Padres del Desierto. Las fuentes de la vida*, Santa Fe, San Jerónimo, 1981.
Genta, Jordán B.: *Acerca de la libertad de enseñar y la enseñanza de la libertad*, Buenos Aires, Amilcar Sapere, 1945.
Genta, Jordán B.: *La idea y las ideologías*, Buenos Aires, s/e, 1949.
Genta, Jordán B.: *El filósofo y los sofistas*, Buenos Aires, s/e, 1949.
Gelonch Villarino, Edmundo: *Don Quijote como ideal de hombre*, Córdoba (edición mecanografiada), 1969.
Glover, T. R.: *El mundo antiguo*, Buenos Aires, Eudeba, 1977.
González Flores, Anacleto: *El plebiscito de los mártires*, Michoacán, Impresos Fit, 1977.
González Nuñez, A.: *Profetas, sacerdotes y reyes en el Antiguo Israel*, Madrid, Instituto Español de Estudios Eclesiásticos, 1962.
Gracián, Baltasar: *El héroe*, Madrid, Espasa Calpe, 1965.
Gregor, Joseph: *Pericles*, Barcelona, Iberia-Joaquín Gil, 1944.
Grimal, Pierre: *Virgilio. O el segundo nacimiento de Roma*, Buenos Aires, Eudeba, 1987.
Gross, Raúl: *San Hilario de Poitiers*, La Plata, Fundación Instituto de Teología, 1983.
Guardini, Romano: *Imagen de Jesús, el Cristo, en el Nuevo Testamento*, Madrid, Guadarrama, 1960.
Guardini, Romano: *La esencia del cristianismo*, Madrid, Guadarrama, 1964.
Guardini, Romano: *Jesucristo*, Madrid, Guadarrama, 1965.
Guardini, Romano: *La muerte de Sócrates*, Buenos Aires, Emecé, 1960.
Guardini, Romano: *El Ángel en la Divina Comedia*, Buenos Aires, Emecé, 1961.
Guardini, Romano: *Meditaciones teológicas*, Madrid, Cristiandad, 1965.
Guénon, René: *El reino de la cantidad y los signos de los tiempos*, Madrid, Ayuso, 1976.
Guénon, René: *Rey del Mundo*, Buenos Aires, Fidelidad, 1985.

GUÉNON, RENÉ: *Símbolos fundamentales de la ciencia sagrada*, Buenos Aires, Eudeba, 1969.

GUERRA CAMPOS, JOSÉ: *El sentido cristiano del Ejército* (*Verbo*, n. 214, Buenos Aires, 1981).

GUEYDAN DE ROUSSEL, GUILLERMO, *Paz y guerra* (*Gladius*, n. 16, Buenos Aires, 1989).

HAECKER, TEODORO: *Virgilio. Padre de Occidente*, Buenos Aires, Ghersi, 1979.

HEGEL, FEDERICO G.: *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, Madrid, Revista de Occidente, 1974.

HEGENWICZ, E., *El libro de Merlín*, Barcelona, Bruguera, 1981.

HÖLDERLIN, J. C. FRIEDRICH: *Poesía Completa*, Barcelona, Río Nuevo, 1984.

HOMERO: *Ilíada*, Barcelona, Planeta, 1980.

HOMERO: *Odisea*, Barcelona, Planeta, 1980.

HORACIO: *Odas*, Madrid, Espasa Calpe, 1980.

HUIZINGA, JOHAN: *Hombres e ideas*, Buenos Aires, Compañía Fabril editora, 1960.

HUIZINGA, JOHAN: *El otoño de la Edad Media*, Madrid, Revista de Occidente, 1951.

INNOCENTI, ENNIO: *Vida militar y catolicismo* (*Gladius*, n. 4, Buenos Aires, 1985).

IRAZUSTA, JULIO: *Tito Livio*, Buenos Aires, Eudeba, 1968.

ISÓCRATES: *Discursos*, Madrid, Gredos, 1980.

IZURDIAGA LORCA, F.: *San Miguel Arcángel* (En *Año Cristiano*, Madrid, BAC, 1966, III).

JAEGER, WERNER: *Cristianismo primitivo y paideia griega*, México, Fondo de Cultura Económica, 1965.

JAEGER, WERNER: *Paideia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1978.

JENOFONTE: *Anábasis*, Madrid, Espasa Calpe, 1982.

JUAN PABLO II: *Spirituali militum curae* (En *L'Observatore Romano*, Ciudad del Vaticano, 1-06-1986).

JUVENAL: *Sátiras*, Madrid, Espasa Calpe, 1980.

KITTO, H. D. F.: *Los griegos*, Buenos Aires, Eudeba, 1985.

KRAUS, RENÉ: *La vida privada y pública de Sócrates*, Buenos Aires, Sudamericana, 1966.

LA CROCE, ERNESTO: *Sentido y estructura del mito hesiódico de las edades*.

(*Cuadernos de Filosofía*, n. 26-27, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, 1977).

LAMAS, FÉLIX A., *Los principios internacionales*, Buenos Aires, Forum, 1974.

LAMAS, FÉLIX A., *El orden social*, Buenos Aires, Instituto de Estudios Filosóficos Santo Tomás de Aquino, 1985.

LA MUERTE DEL REY ARTURO, Madrid, Alianza Tres, 1988.

LAJE, ENRIQUE: *El tema de la guerra en la tradición católica* (*Moenia*, n. XXVI-XXVII, Buenos Aires, Centro de Estudios Tomistas, 1986).

LANZAROTE DEL LAGO, Madrid, Alianza, 1988.

LASSO DE LA VEGA, JOSÉ: *Ideales de la formación griega*, Madrid, Rialp, 1966.

LOHFINK, A.: *Valores actuales del Antiguo Testamento*, Buenos Aires, Paulinas, 1966.

LOS EVANGELIOS APÓCRIFOS, Madrid, BAC, 1963.

LUCRECIO: *De rerum natura*, Barcelona, Labor, 1950.

LUCRECIO: *De rerum natura* (edición traducida e introducida por CARLOS A. DISANDRO), La Plata, Andes, 1959.

LLORCA, GARCÍA VILLOSLADA, MONTALBÁN: *Historia de la Iglesia Católica*, Madrid, BAC, 1963.

MACKAIL, J. W.: *Virgilio y su influencia en el mundo de hoy*, Buenos Aires, Nova, 1946.

MAGARIÑOS, ANTONIO: *Desarrollo de la idea de Roma en su siglo de oro*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1952.

MALDONADO, ALONSO: *Hechos del Maestre de Alcántara Don Alonso de Monrroy*, Madrid, Revista de Occidente, 1935.

MARECHAL, LEOPOLDO: *Megafón o la guerra*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988.

MARECHAL, LEOPOLDO: *Heptamerón*, Buenos Aires, Sudamericana, 1966.

MARECHAL, LEOPOLDO: *Poemas de la Creación*, Buenos Aires, Castañeda, 1975.

MARECHAL, LEOPOLDO: *Antígona Velez*, Buenos Aires, Colihue, 1989.

MARICHALAR, ANTONIO: *Julián Romero*, Madrid, Espasa Calpe, 1952.

MATTHEWS, JOHN: *El Santo Grial*, Madrid, Debate, 1988.

MEINVIELLE, JULIO: *Hacia la Cristiandad*, Buenos Aires, Adsum, 1940.

MENÉNDEZ Y PELAYO, MARCELINO: *Orígenes de la novela*, Santander, Aldus, 1943.

MENÉNDEZ Y PELAYO, MARCELINO: *Historia de los heterodoxos españoles*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1951.

MENÉNDEZ Y PELAYO, MARCELINO: *Historia de las ideas estéticas*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1943.

MITRE FERNÁNDEZ, EMILIO: *La muerte vencida*, Madrid, Encuentro, 1988.
MOLINÉ, ENRIQUE: *Los Padres de la Iglesia*, Madrid, Palabra, 1982.
MONDOLFO, RODOLFO: *La comprensión del sujeto humano en la cultura antigua*, Buenos Aires, Imán, 1955.
MONSEGÚ, BERNARDO, *La regulación de la objeción de conciencia* (*Fuerza Nueva*, n. 236, Madrid, 1971).
MUÑÍZ VEGA, GONZALO: *Los objetores de conciencia, ¿delincuentes o mártires?*, Madrid, Speiro, 1974.
MUÑOZ JUÁREZ, R.: *Teología de la guerra*, Madrid, Speiro, 1973.
MURRAY, GILBERT: *Esquilo*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1955.

NIETZSCHE, FEDERICO: *Obras Completas*, Buenos Aires, Aguilar, 1932.
NICOL, EDUARDO: *La idea del hombre*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977.
NUÑEZ MIÑANA, HORACIO: *San Ambrosio de Milán*, La Plata, Fundación Instituto de Teología, 1981.

OBRA MARIANA DE SAN BERNARDO, Buenos Aires, Teotocos, 1947.
OBRAS COMPLETAS DE SAN BERNARDO, Madrid, BAC, 1953-55.
OLIVIERI, MARIO: *I Cavalieri del tempio* (*Gli Annali*, n. 10, Firenze, Universitá per Strahieri, 1988).
OTTO, WALTER: *Los dioses de Grecia*, Buenos Aires, Eudeba, 1973.
OTTO, WALTER: *Teofanía*, Buenos Aires, Eudeba, 1978.
OTTO, WALTER: *Las musas*, Buenos Aires, Eudeba, 1981.

PALACIO, ERNESTO: *Catilina*, Buenos Aires, Dictio, 1977.
PALACIOS RUBIOS, JUAN LÓPEZ: *Tratado del esfuerzo bélico heroico*, Madrid, Revista de Occidente, 1941.
PAPINI, GIOVANNI: *Historia de Cristo*, Buenos Aires, Mundo Moderno, 1960.
PATER, WALTER: *Platón y el platonismo*, Buenos Aires, Emecé, 1946.
PAULO VI HABLA A LOS MILITARES CATÓLICOS, Buenos Aires, Dirección Nacional del Registro Oficial, 1976.
PÉREZ DE URBEL, FRAY JUSTO: *Fernán González, el héroe que hizo Castilla*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1952.
PERLESVAUS O EL ALTO LIBRO DEL GRIAL, Madrid, Siruela, 1986.
PERNOUD, RÉGINE: *Los hombres de las Cruzadas*, Madrid, Swan, 1987.
PETERSON, E.: *El libro de los ángeles*, Madrid, Rialp, 1957.
PETIT DE MURAT, MARIO JOSÉ: *Jesús, El Cristo*, San Miguel del Tucumán, Grupo de Estudios del Tucumán Fray Petit de Murat, 1988.
PEYREFITTE, ALAIN: *El mal francés*, Barcelona, Plaza y Janes, 1980.

PIEPER, JOSEPH: *Las virtudes fundamentales*, Madrid, Rialp, 1980.
PIERRON, PIERRE: *Historia de la literatura romana*, Barcelona, Obras Maestras, 1966.
PIÑAR, BLAS: *Tiempo de ángeles*, Madrid, Arca de la Alianza Cultural, 1987.
PIÑAR, BLAS: *El derecho a vivir*, Madrid, Fuerza Nueva, 1981.
PIRENNE, HENRY: *Mahoma y Carlomagno*, Madrid, Alianza, 1981.
PLATÓN: *Obras Completas*, Buenos Aires, Bibliográfica Omeba, 1967.
POPESCU, STAN: *Autopsia de la democracia*, Buenos Aires, Euthymia, 1984.
POPESCU, STAN: *Auge y ocaso de la aristocracia*, Madrid, Organización Sala Editorial, 1974.
POSIK, JORGE L.: *Tertuliano*, La Plata, Fundación Instituto de Teología, 1980.
PUDDU, RAFFAELE: *El soldado gentilhombre*, Barcelona, Argos Vergara, 1984.

QUASTEN, JOHANNES: *Patrología*, Madrid, BAC, 1977.
QUEVEDO Y VILLEGAS, FRANCISCO DE: *Política de Dios y Gobierno de Cristo*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1946.
QUINTO HORACIO FLACO: *Odas Completas* (Versión completa traducida y anotada por el PADRE ALFREDO MEYER), Buenos Aires, Huemul, 1966.

RAIMUNDO LULIO: *Libro del Orden de Caballería*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1949.
RAMOS LISSON, DOMINGO: *Espiritualidad de los primeros cristianos*, Madrid, Rialp, 1979.
RATZINGER, JOSEPH: *Informe sobre la Fe*, Madrid, BAC, 1985.
RAYMOND, F. M.: *La familia que alcanzó a Cristo*, Buenos Aires, Difusión, 1945.
RESINO, JOAN R.: *La búsqueda del Grial*, Barcelona, Anthropos, 1988.
RHODE, ERWIN: *Psyche*, Madrid, Suma, 1942.
ROWE, CHRISTOPHER: *Introducción a la ética griega*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979.
RUÍZ, BAUDILLO: *Actas selectas de los mártires*, Madrid, Aspas, 1948.
RUÍZ BUENO, DANIEL: *Actas de los mártires*, Madrid, BAC, 1962.
RUÍZ BUENO, DANIEL: *Carta y martirio de San Policarpo*, México, Librería Parroquial, 1946.
RUÍZ BUENO, DANIEL: *La doctrina de los doce apóstoles y cartas de San Clemente Romano*, México, Librería Parroquial, 1946.
RUÍZ BUENO, DANIEL: *El Pastor de Hermas*, México, Librería Parroquial,

1947.
RUTA, JUAN CARLOS: *Victorino el Africano*, La Plata, Fundación Instituto de Teología, 1984.
RUTA, JUAN CARLOS: *San Bernardo, monje y caballero*, La Plata, Fundación Instituto de Teología, 1990.

SACHI, MARIO E.: *Aristóteles, Santo Tomás de Aquino y el Orden Militar*, Buenos Aires, Cruz y Fierro Editores, 1982.
SÁENZ, ALFREDO: *San Miguel, el Arcángel de Dios*, Paraná, Mikael, 1976.
SÁENZ, ALFREDO: *San León Magno y los misterios de Cristo*, Paraná, Mikael, 1984.
SÁENZ, ALFREDO: *La celebración de los misterios en los sermones de San Máximo de Turín*, Paraná, Mikael, 1983.
SÁENZ, ALFREDO: *Cristo y las figuras bíblicas*, Buenos Aires, Paulinas, 1967.
SÁENZ, ALFREDO: *La Caballería*, Buenos Aires, Gladius, 1991.
SÁENZ, CARLOS: *El Psalterio en vulgar*, Buenos Aires, Dictio, 1980.
SAGRADA CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA: *Instrucción sobre el estudio de los Padres de la Iglesia en la formación sacerdotal*, Santa Fe, Cristo Rey, 1990.
SAINZ DE ROBLES, FEDERICO: *Poetas líricos griegos*, Madrid, Espasa Calpe, 1981.
SÁNCHEZ MAZAS, RAFAEL: *Las aguas de Arbeloa y otras cuestiones*, Madrid, Samarán, 1956.
SANTO TOMÁS DE AQUINO: *Encomio de la Sagrada Escritura* (*Mikael*, n. 7, Paraná, 1975).
SANTO TOMÁS DE AQUINO: *Catena Aurea*, Buenos Aires, Cursos de Cultura Católica, 1948.
SANTO TOMÁS DE AQUINO: *Suma Teológica*, Buenos Aires, Club de Lectores, 1986 en adelante.
SANTO TOMÁS DE AQUINO: *Suma Teológica*, Madrid, BAC, 1958 en adelante.
SANTO TOMÁS DE AQUINO: *De Veritate*, Santiago de Chile, Universitaria, 1978.
SANTO TOMÁS DE AQUINO: *Compendio de Teología*, Madrid, Rialp, 1980.
SANTO TOMÁS DE AQUINO: *Opúsculos filosóficos*, Madrid, Poblet, 1958.
SANTO TOMÁS DE AQUINO: *El Padrenuestro Comentado*, Buenos Aires, Athanasivs/Scholastica, 1991.
SANTO TOMÁS DE AQUINO: *El Credo Comentado*, Buenos Aires, Athanasivs/Scholastica, 1991.
SANTO TOMÁS DE AQUINO: *Los Mandamientos Comentados*, Buenos Aires, Athanasivs/Scholastica, 1992.

SCHMAUS, MICHAEL: *Teología Dogmática*, Madrid, Rialp, 1961.
SCHÖKEL, LUIS: *Macabeos*, Madrid, Cristiandad, 1976.
SEPET, MAURICIO: *San Luis Rey de Francia*, Buenos Aires, Excelsa, 1946.
SEPICH, JUAN: *Los Padres de Occidente* (*Sapientia*, n. 3, Buenos Aires, Universidad Católica Argentina, 1947).
SEQUEIROS, OCTAVIO: *Un cielo de utilería en la república platónica* (*Moenia*, n. XXVI-XXVII, Buenos Aires, Centro de Estudios Tomistas, 1986).
SHAKESPEARE, WILLIAM: *Coriolano*, Barcelona, Planeta, 1983.
SIR GAWAIN Y EL CABALLERO VERDE, Madrid, Siruela, 1987.
SOMOANO BERDASCO, RAFAEL: *Pacifismo, guerra y objeción de conciencia a la luz de la moral católica*, Madrid, Fuerza Nueva, s/a.
SPENGLER, OSWALD: *La decadencia de Occidente*, Madrid, Espasa Calpe, 1947.
SPENGLER, OSWALD: *El hombre y la técnica y otros ensayos*, Madrid, Espasa Calpe, 1967.
STRAMIELLO DE BOCCHIO, CLARA: *Cicerón, ¿un camino en la historia de la educación?*, Buenos Aires, Ceduca, 1987.
STRAUBINGER, JUAN: *Las cartas de San Pablo*, Buenos Aires-Montevideo, Peuser-Aldú, 1947.
SUÁREZ, FEDERICO, *La paz os dejo*, Madrid, Rialp, 1973.
SUÁREZ, FRANCISCO: *Guerra, intervención y paz internacional*, Madrid, Espasa Calpe, 1956.
SUÁREZ PALLASA, AQUILINO: *Sobre la milicia espiritual* (*Moenia*, n. XIV, Buenos Aires, Centro de Estudios Tomistas, 1983).
SUÁREZ PALLASA, AQUILINO: *Sobre la milicia y el atletismo cristiano en las Epístolas de San Pablo* (*Moenia*, n. XVI, Buenos Aires, Centro de Estudios Tomistas, 1984).

TABET, MIGUEL ÁNGEL: *Una introducción a la Sagrada Escritura*, Madrid, Rialp, 1981.
TAYLOR, ALFRED: *El platonismo y su influencia*, Buenos Aires, Nova, 1946.
TORRES PARDO, JOSÉ: *Por el triunfo de Cristo Rey*, Santa Fe, Cristo Rey, 1988.
TOSCA, PINO: *Catolicismo y Pacifismo* (*Cabildo*, n. 48, 2ª época, Buenos Aires, 1981).
TOYNBEE, ARNOLD: *La civilización helénica*, Buenos Aires, Emecé, 1975.
TOVAR, ANTONIO: *Vida de Sócrates*, Madrid, Alianza, 1984.
TUCÍDIDES: *Historia de la Guerra del Peloponeso*, Madrid, Hernando, 1952.

UNAMUNO, MIGUEL DE: *La agonía del cristianismo*, Buenos Aires, Losada, 1938.

VEDEL, VALDEMAR: *Ideales de la Edad Media*, Barcelona, Labor, 1929.
VIGÓN, JORGE: *Hay un estilo militar de vida*, Madrid, Editora Nacional, 1966.
VIGÓN, JORGE: *Estampa de Capitanes*, Buenos Aires, Círculo Militar, 1967.
VIRGILIO: *Bucólicas*, Buenos Aires, Eudeba, 1982.
VIRGILIO: *Eneida* (Traducción y notas del padre ALFREDO MEYER), Buenos Aires, Epheta, 1992.
VIZCAÍNO CASAS, FERNANDO: *Isabel, camisa vieja*, Barcelona, Planeta, 1987.
VON RICHTHOFEN, ERICH: *Estudios épicos medievales*, Madrid, Gredos, 1954.
VRIES, JAN DE: *El enigma de la saga irlandesa* (*Diógenes*, n. 46, Buenos Aires, Consejo Internacional de Filosofía y Ciencias Humanas, 1946).

ZAMAYÓN, PELAYO DE, *El derecho a la defensa durante el estado de agresión permanente* (*Verbo*, n. 260, Buenos Aires, 1986).

Índice

Capítulo III

El Sentido de la Lucha en las Sagradas Escrituras.

Capítulo IV

El Sentido de la Lucha en la Tradición Cristiana.

Epílogo.

ANTONIO CAPONNETTO

LOS ARQUETIPOS Y LA HISTORIA

La historia que hoy se enseña y se aprende, tanto como lo que se enseña y se aprende qué es la historia, está huérfana de arquetipos. Ya no por la tradicional tergiversación de una historiografía facciosa, ni tampoco por la moda sincretista de homologar a los réprobos con los elegidos, sino lisa y llanamente porque han sido devorados por la novísima modalidad metodológica y cuantitativa, en virtud de la cual, lo propio del historiador es ocuparse —con gran despliege técnico instrumental— de cuestiones económicas, ordinarias y corrientes, fenoménicas, mensurables o impersonales. Lo que entre los antiguos era oficio de sabios y materia de inspiración para poetas, hoy es preceptiva de especialistas y objeto de taxonomías o recuentos. La émula del tiempo que celebraba Don Quijote, con la vista puesta en la eternidad, se ha trocado en el remedo de un organigrama empresarial.

Y sin embargo, los arquetipos están allí. Siempre idénticos a sí mismos e inmutables en medio de los vaivenes, que no han logrado turbar sus figuras señeras. Están allí, en el corazón y en la cúspide de la historia, para hacernos inteligible lo pasado y el porvenir.

Pero estos arquetipos humanos están ordenados a su vez a la contemplación del Arquetipo Divino. Coronan y rematan en la suprema verticalidad de Cristo Rey, Señor de los hombres y de las naciones.

MARIO CAPONNETTO

EL HOMBRE Y LA MEDICINA

INTRODUCCIÓN A LA ANTROPOLOGÍA MÉDICA

¿Existe una antropología médica? ¿Qué se quiere decir cuando se habla de ella? Estas preguntas admiten más de una respuesta. La medicina siempre llevó implícita una cierta idea del hombre. Es fácil comprender que la visión del hombre y del mundo, característica de cada época histórica, ha tenido que incidir, inevitablemente, en la concepción, modalidad y configuración de la medicina correspondiente a cada una de esas épocas o períodos. Mas esta antropología implícita, si se nos permite llamarla así, no alcanza a ser, desde luego, una ciencia formalmente constituida. Por eso nuestra respuesta al interrogante inicial es distinta si consideramos ahora a la antropología médica no el reflejo de una determinada visión filosófica o de una concreta situación cultural, sino una disciplina orgánica, sistemática, epistemológica y metodológicamente fundada.

Por todo esto parece oportuno, pues, el intento de elaborar y formular una antropología médica que pueda ser presentada como una ciencia con objetos material y formal debidamente definidos, con método propio y límites adecuadamente establecidos.

Mario Caponnetto

El Pensamiento de Viktor Frankl

Las teorías psiquiátricas y antropológicas de Viktor E. Frankl —fundador de la Logoterapia, conocida como la "Tercera Escuela de Viena"— han sido objeto, en los últimos años, de un creciente interés y estudio tanto en Europa como en América. Los libros de este autor han sido traducidos a casi todos los idiomas y han alcanzado una considerable difusión. No resulta exagerado, pues, afirmar que Frankl ha impuesto en la psiquiatría de nuestro tiempo (y por extensión, en toda la medicina) un giro decisivo caracterizado por la vehemente afirmación de la naturaleza espiritual del hombre lo que transforma, radicalmente, las concepciones crudamente materialistas y deterministas de la enfermedad y de la terapia.

La doctrina de Frankl se nutre, esencialmente, de las modernas corrientes de los espiritualismos nacidos en el contexto de la fenomenología existencial. No obstante, el autor ha impreso a su pensamiento su propia y original impronta de tal modo que muchas de sus tesis resultan sorprendentemente coincidentes con el pensamiento de la Escolástica y otras, aunque diverjan de él, permiten una integración y una inserción en la unidad del patrimonio común de la *Philophopia Perennis*.

Scholastica

El diseño y la realización de la presente edición estuvo a cargo de OFFICINA TYPOGRAPHICA. La impresión fue realizada en los Talleres Gráficos SEGUNDA EDICIÓN, Gral. Fructuoso Rivera 1066, Capital Federal. Tirada 1.750 ejemplares.

Este libro se terminó de imprimir el 29 de septiembre de 1992 —año del Vº Centenario— y festividad de San Miguel Arcángel, el primero de los guerreros divinos, y el Príncipe de las Milicias Celestiales, cuya consigna *"¿Quién como Dios?"* es la bandera de todos los que combaten por la restauración del Orden Cristiano en las patrias terrenas.